





LAS GENTE  
 QUE  
 SON ASI



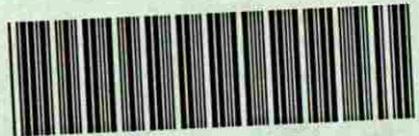
JACUNDO



P07297  
 C82  
 G4

I00001

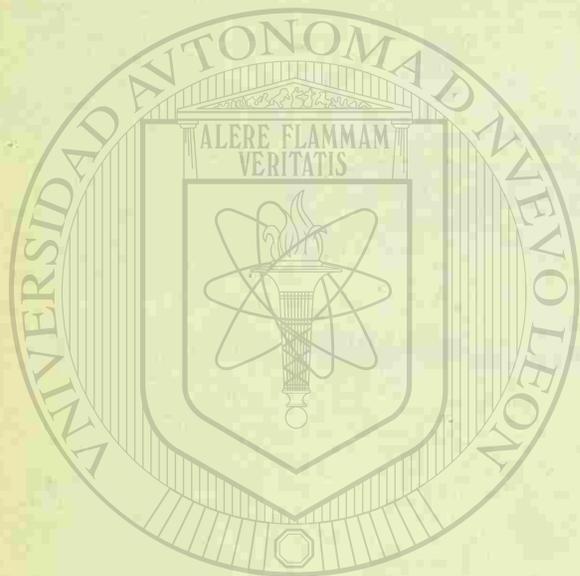




1020006093



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



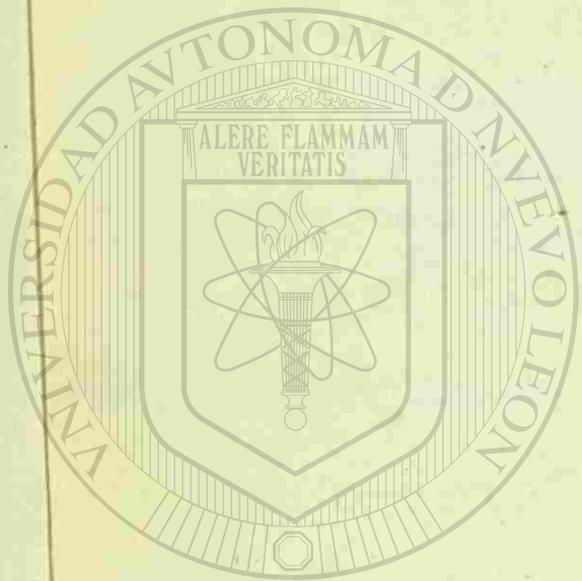
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



108681



**LA LINTERNA MAGICA,**

**TOMO QUINTO.**

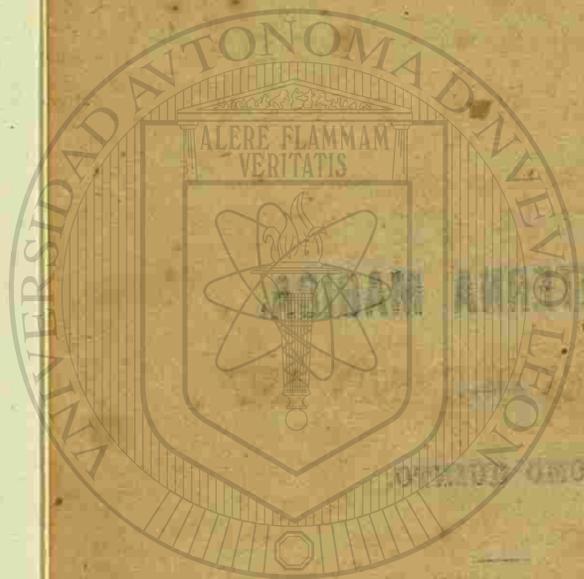
**UANL**

**LAS GENTES QUE "SON ASI,"**

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN**

**DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS**





LAS GENTES QUE "SON ASI."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



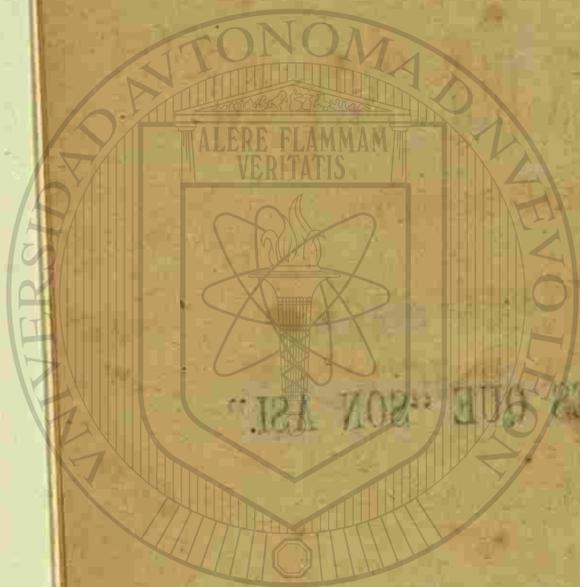
LA LINTERNA MÁGICA.

# LAS GENTES QUE "SON ASI"

(PERFILES DE HOY)

POR

FACUNDO.



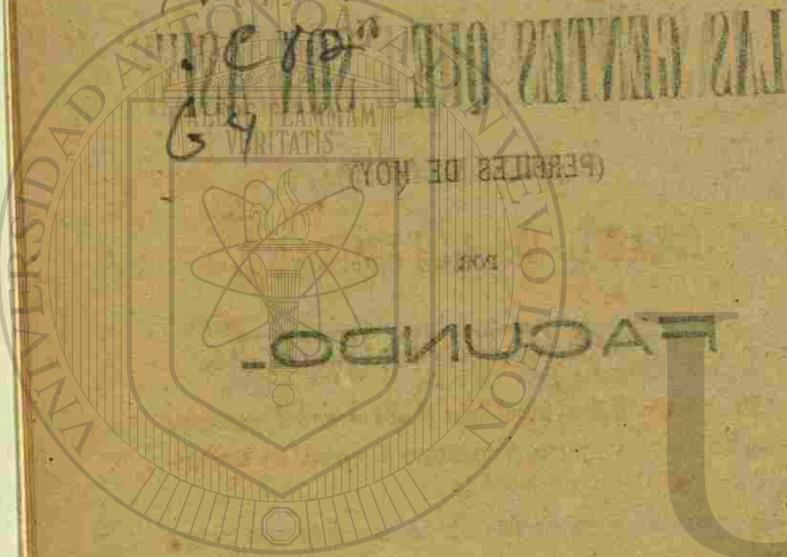
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.—1872.

Ignacio Cumplido, Impresor, calle de los Rebeldes número 2.

PA7297



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

AL DISTINGUIDO LITERATO

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

*Mi afición á las letras ha dado á usted motivos mas de una vez, para alentarme á seguir en tan difícil senda.*

*Agradecido á su cariño, le ofrezco hoy este pobre libro en prenda de nuestra buena amistad.*

JOSE T. DE CUELLAR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPÍTULO I.

PREÁMBULO.

**L**A humanidad no ha podido todavía ponerse de acuerdo ni aun en el sentido de lo que mas le conviene. A pesar de todos los dogmas, de todos los sistemas filosóficos y de todas las leyes, el mundo está plagado de individuos excepcionales, de seres refractarios á todo sistema, de hombres, en fin, en cuyo cerebro entra la verdad disfrazada, maltrecha é insuficiente.

Sobre esos cerebros se há quemado el suyo la frenología, esforzándose en encontrar en la forma la causa eficiente de las excentricidades y de las extravagancias; y

después de un maduro exámen ha exclamado satisfecha: «hay gentes que son así.»

El desacuerdo de la raza data de la antigua memorable fecha de la manzana; y cuando ni los dos primeros hermanos pudieron entenderse, ¿qué mucho que no nos entendamos nosotros todavía?

Las grandes conquistas de unidad y acuerdo han logrado cuando más poner un millón de hombres frente á otro millón para probar su fuerza física: los tiempos primitivos nos presentan un vasto cuadro en el que los hombres se destruían á millares, movidos solo por el espíritu de conquista; y tal manía se ha perpetuado por desgracia, entre otras causas, por la muy poderosa de que hay «gentes que son así.»

Pero ninguna época es tan fecunda en ejemplos de esta especie como la presente, al menos para nuestro propósito.

Esta época tornasol en que vivimos nos ofrece engendros curiosos, tanto de individualidades vacilantes y equívocas, como de personas que, arrojando pelillos á la mar, se han conformado sencillamente con su manera de sér y se han lanzado á la vida armadas con un precioso salvoconducto en que se leen estas palabras: «yo soy así.»

Quédese para los sábios el dudar, para los débiles el temer y para los cavilosos el meditar; pero para los genios inquietos y para los que viven de prisa no hay cosa

más natural que conformarse con lo que son, é ingresar en el número de las gentes «que son así.»

Cuando contemplamos á esas bienhadadas personas, nos arrepentimos de todo corazón de haber perdido el tiempo en indagaciones inútiles, en librajos y en manías de esta especie, sobradamente perniciosas en estos tiempos.

¡Dichosos mortales aquellos que, sin saber lo que cargan, llevan su alforja al cementerio, á donde con un *debe* y *haber* más ó menos documentado, hemos de ir todos!

Esta es una hornada de seres completamente felices, que desde el vientre de sus respectivas madres vinieron al mundo dueños de la piedra filosofal.

Ellos atraviesan este valle de dolores con la sonrisa en los labios, y pasan sobre todas nuestras dificultades como Pedro por su casa.

Probad, si gustais, á hacerlos fijar en algo; habladles del mundo moral ó de algo que valga la pena de llevar en el mundo el título de sér pensador, y vereis cómo esas privilegiadas inteligencias se os escapan como el azogue, os contestan con una sonrisa estereotipada y os espetan riéndose la más estupenda de las barbaridades. Estremeceos en seguida de horror, escandalizaos cuanto os sea posible, y por toda vindicación, por toda respuesta, os plantarán esta muletilla:

—¡Qué quiere vd. «yo soy así.»

Encontraos con uno de esos seres felices, y no les no-

tareis ni perplejidad, ni asombro, ni mucho menos encojimiento; os esperan á pié firme, se os plantan delante siempre festivos, provistos de una abundante coleccion de risas que entrerenglonarán en el asunto mas sério; y como se han hecho el ánimo de prescindir de toda investigacion, afrontarán con el valor de la ignorancia toda vuestra sabiduría, por medio de estas ó semejantes frases:

—¡Qué quiere vd.! yo soy un bruto; yo no he estudiado ni entiendo una jota; pero no creo lo que vd. me dice; yo soy muy franco; ¡qué quiere vd., amigo, qué quiere vd.! «yo soy así.»

Ese dédalo que se llama ciencia, que se llama moral, destino del hombre, eternidad, espíritu, mas allá, y tantas otras cosas, es para las consabidas gentes parvedad de materia.

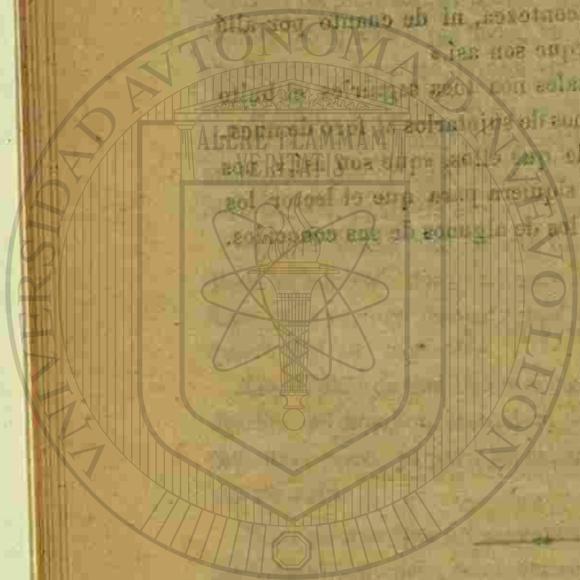
Y no se crea que tales gentes no sirven para nada, sino todo al contrario; son capaces de todo, están en todas partes, y para ellas se hicieron el placer y la vida, las comodidades y el sueño, la paz y la prosperidad; jamas les ha pasado por las mientes este terrible riesgo: ponerse en ridículo; ¡qué disparate! el ridículo es para todos, menos para las gentes «que son así,» y lejos de caer en tan hondo abismo, tienen el don de ridiculizar á los demas.

Se prestan á todo, y por medio de un sistema expeditivo, que les tiene mucha cuenta, pasan sobre todas las dificultades.

Si son fanáticos, se fabrican su Dios á su manera; si son progresistas, aceptan todo lo brillante; si son libera-

les, lo liberalizan todo; y no se les da un ardite de cuanto por acá abajo acontezca, ni de cuanto por allá arriba se les espere, «porque son así.»

A estos dichosos mortales nos toca seguirles el bulto en este tomo. Juntos hemos de sujetarlos al foco de nuestra linterna, en cambio de que ellos, «que son así,» nos den sus propios perfiles, siquiera para que el lector los coteje detenidamente con los de algunos de sus conocidos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TLAXCALA  
DIRECCIÓN GENERAL

## CAPITULO II.

### EN EL QUE COMIENZA LA HISTORIA DE UNA DE LAS GENTES QUE «SON ASI.»

**R** las dos de la tarde de un domingo de Noviembre, llegaba el autor de este libro á Ciudad del Maiz, distrito de San Luis Potosí.

Mi compañero de viaje era un joven de diez y ocho años. El acontecimiento que turbó por un momento la triste tranquilidad del pueblo, fué nuestra llegada. Apenas tuvimos tiempo de descansar y de tomar alimento: los ecos de una música de viento hacían afluir á los pacíficos habitantes del pueblo á la maroma.

Mi compañero se puso contentísimo, y por nada de este mundo se hubiera quedado sin concurrir al espectáculo; y por mi parte, la circunstancia de poder conocer á los principales vecinos del pueblo reunidos en la maroma, me animó á ser de los espectadores.

Una hora despues, mi compañero y yo estábamos en el corral, que la compañía de funámbulos habia erigido en teatro.

La concurrencia ocupaba una gradería formada con vigas, y reinaba allí cierta confianza y bienestar, propios de una verdadera fiesta de familia; todos se conocian y se comunicaban entre sí; allí estaban la familia del señor cura, los españoles de las tiendas, los empleados públicos, los regidores, el juez y el prefecto; lo mas granado, en fin, de la ciudad.

Se destacaban deslumbrantes algunos trajes de señora, ya color de escarlata, ya amarillos, ó ya, en fin, abigarrados hasta ofender la vista; y brillaban aquí y allá algunos sombreros bordados con hilo de plata y lentejuelas; pero en todos los semblantes se dibujaba una benévola sonrisa de satisfacción y de contento.

Aquella funcion era un acontecimiento ruidoso é inolvidable: la compañía ecuestre era de lo mejor que se habia visto, los ejercicios eran de lo mas bárbaro que pueda imaginarse, y sobre todo, habia una gran novedad:

Una cirquera.

Merced á la deferencia de algunas personas, para quienes éramos enteramente desconocidos, disfrutamos,

mi compañero y yo, de dos asientos en primera línea, y una vez instalados nos fuimos persuadiendo de que aquel espectáculo realmente no carecia para nosotros de atractivo.

Los ejercicios á caballo no llamaron mucho nuestra atencion, pues en realidad tenian poca novedad; pero cuando tocó su turno á la cirquera, nuestra atencion quedó de todo punto embargada.

Acompañada por el director y por el payaso, se presentó en el circo una jóven hermosísima, cuya sola presencia hizo prorumpir en un entusiasta aplauso á la concurrencia.

La jóven cirquera tendria diez y seis años, era blanca y poseia una magnífica cabellera color de castaña claro, que caia sobre sus hombros en profusion de sedosos rizos.

El óvalo de su rostro era perfecto, y en su mirada brillaba, á la par que la inteligencia, cierto aire de concentracion y de tristeza, que la hacia en extremo interesante.

Las líneas de su cuerpo eran purísimas, y contra lo que en general se nota en gentes dedicadas á ese ejercicio, el talle de la jóven era irreprochable, sus formas artísticamente modeladas y su traje riquísimo y de un gusto poco comun.

Llevaba una tunicela y corpiño de raso azul con franjas y fleco de oro, que caia sobre una pierna modelada y elegante: el pié era pequeño, fino y ricamente calzado.

Le presentaron un caballo negro de hermosa estampa, enjaezado con mantillon y pecho pretal azul de terciopelo.

El director ofreció, bajándola, la palma de la mano, y la jóven, poniendo en ella uno de sus pequeños piés, saltó al lomo del caballo, con no menos gracia que destreza.

Sin necesidad de arreglarse, se habia colocado sobre el cojin en una actitud tranquila y elegante, y se ocupaba de templar las riendas del fogoso animal, que se manifestaba impaciente por emprender la carrera.

El palafrenero contenia al caballo por los alacranes del freno.

En la concurrencia reinaba ese silencio que es la expresion del asombro y del interes: todos contemplaban á aquella jóven, creyéndose cada uno para sí, víctima de una fascinacion.

Tal es el prestigio de la hermosura, que la admiracion que causa se individualiza, y cada cual cree que la impresion que experimenta es superior á la de los demas.

—¿Realmente es tan hermosa esa muger? me preguntó mi compañero.

—Yo estoy admirado, le contesté.

En este momento rompió á galopar el hermoso corcel, y despues de la primera vuelta, la jóven, por medio de un movimiento rapidísimo, se puso de pié sobre el cojin.

El viento hacia ondular graciosamente, así los profusos rizos de su cabellera, como su corta y abundante falda azul, y sobre aquel pedestal movable, la arrogante figura de la jóven realizaba toda su belleza.

Noté que mi compañero estaba mas que absorto, estaba profundamente conmovido: sus ojos seguian con una

fascinacion febril el círculo que trazaba en el espacio aquella aparicion, cuyas actitudes académicas y el rápido movimiento le prestaban tal encanto que, perdida la idea de la pesantez, semejava una verdadera aparicion aérea, una hija del aire, que, con un prestigio arrobador, se atraia las miradas y la admiracion de los espectadores.

No sé que habia de fantástico y de voluptuosamente aéreo en aquella muger, pues sus ejercicios parecian tan fáciles, tan naturales, que se comprendia que gozaba al ejecutarlos; no era el terror que inspira un peligro próximo, sino la fascinacion de una aparicion deliciosa lo que inspiraba aquella muger.

El público, despues de haberla admirado por largo tiempo, prorumpió inusitadamente en un grito de admiracion y en el mas estrepitoso de los aplausos.

Aquella jóven habia hecho cuanto humanamente se puede pedir al mas avezado maestro de equitacion, y por fin saltó ligera, y siempre graciosa, á tierra, y dando las gracias al público, desapareció del circo.

El público no dejó de aplaudir sino despues de haberla obligado á presentarse de nuevo por tres veces consecutivas.

Quando volví la cara, mi compañero habia desaparecido de mi lado.

Ha sido preciso poner al lector al tanto del anterior episodio, que es el principio de la historia íntima de dos de los personajes de esta obra.

En cuanto á mi compañero de viaje, que es uno de ellos,

lo perdí de vista desde aquella tarde, y cuando algunos años despues lo he vuelto á ver, me ha relatado su historia, autorizándome para darla á luz, á condicion de ocultar su nombre y el de la cirquera.

Pero como el nombre haga poco al caso, daré al lector los que el mismo jóven me dió como seudónimo, conocido no obstante por algunos.

—Llámele usted á esa muger Estrella, me dijo.

Cuando hubo acabado de contarme su historia aquel jóven, me dejó en libertad de darle á él en mi novela el nombre que yo quisiera, y he preferido darle el de su padre.

Su padre se llama Alberto.

Hé aquí su historia:

El señor cura de un pueblo no muy distante de la capital, y cuyo nombre no debemos decir por no estar para ello autorizados, recibió un dia la visita de un vaquero, que era uno de sus feligreses y capataz de varias cuadrillas que, en faz de hermandad católica, representaban anualmente uno de los mas pingües ingresos del curato con motivo de las ceremonias de Semana Santa.

Lázaro, que así se llamaba el vaquero, no hacia á Lázaro precisamente por el papel que representaba en las ceremonias, pues preferia el de sayon, sino porque su jornal de medio año desaparecia en el cepo del curato antes de la semana Mayor.

Lázaro habia venido á ver al señor cura mucho antes de la cuaresma, y esto era raro porque nunca venia sino en Febrero.

—¿Qué novedad traes, hijo mio? le preguntó el señor cura al bueno de Lázaro.

—Esta criatura, contestó Lázaro enseñando al párroco un niño como de seis años, pues como su paternidad andaba encargando un *piltontle*, yo dije: pues á ver si quiere su paternidad esa criatura, que al fin ni padre ni madre que lo reclamen, porque no tiene, despues de Dios y de su paternidad, mas que á mi comadre, con perdon de su paternidad.

—¿Es huérfano?

—De padre y madre, con perdon de.....

—¿Y está bautizado?

—De eso sí no hay *costancia* en el pueblo; pero yo creeré que debe estar bautizado, pues cuándo no.....

—¿Y cómo se llama?

—Pues, le nombran Alberto, para servir á su paternidad.

—¿Y de dónde es?

—Dicen que de San Pedro el de Abajo, que de allá lo trajeron.

—Bueno, dijo el señor cura, que se quede. Ven acá, le dijo á Alberto.

Este se acercó para que el señor cura lo reconociera: le tomó la cabeza y se la levantó para verle la cara, y sin duda el párroco era algo frenólogo, porque exclamó con cierta seguridad:

—¡Qué buena cara de pillo tienes! ¡A ver, á ver! ¿y qué tal come?

—Come sus tortillitas.

—Este chico ha de ser gloton, dijo el señor cura para sí, poniéndole los dedos cerca de las orejas; y agregó á poco:

—¿Y te hurtarás tus gallinitas?

Lázaro abrió la boca y miró con profundo respeto al señor cura, acordándose de que, entre otras, su comadre tenía al padrecito en opinion de santo.

En el robo de gallinas estaba precisamente el secreto de la donacion que Lázaro hacia al señor cura: Lázaro sabia muy bien que lo que le regalaba á su paternidad, era un redomado é incorregible ladrón de gallinas; vicio por el cual, los muchachos de San Pedro conocian á Alberto por el apodo de *El coyote*.

Lázaro sintió cierto terror supersticioso por estar engañando al señor cura, pero por otra parte, estaba resuelto á deshacerse á toda costa del Coyote.

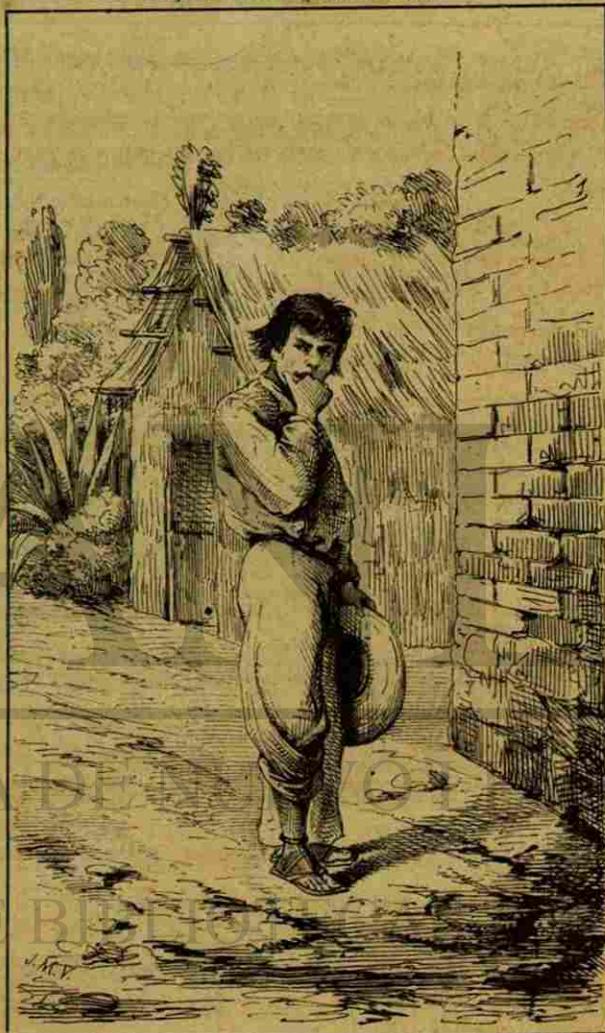
—Ya le quitaremos las malas mañas, dijo el señor cura. Mira, le dijo á Alberto, mira.

Y le mostró un retablo pintado, en el que un ángel combatia con flamífera espada á los demonios y los arrojaba al infierno.

—Este es el castigo de los ladrones. ¿Sabes los mandamientos?

Como es muy difícil hacer hablar á un niño indio de seis años y de las prendas de Alberto, Lázaro contestó por él:

—Apenas los sabe, padrecito.



El mozo del Cura.

El señor cura, á pesar de todo, aceptó á Alberto, y Lázaro, agradecido, no vaciló en asegurar á su paternidad, que aquel año iba á estar la Semana Santa mucho mejor que las anteriores.

Alberto quedó instalado en el curato.

Se le dedicó con teson al aprendizaje del Catecismo, y Alberto, por mucho tiempo, no dió que decir: se portaba bien y crecía, y llegó hasta ayudar la misa al señor cura; aprendió á sacristán y era, en lo general, listo y servicial.

Pero tan luego como hubo sentado sus reales y reconocido la posición, se entregó á sus hurtos, de los que había prescindido solo por un refinamiento de aquel feo vicio.

Nadie pudo probarle que él era el que se robaba las formas en la sacristía, y nadie tampoco logró pillarlo apurando el vino para consagrar.

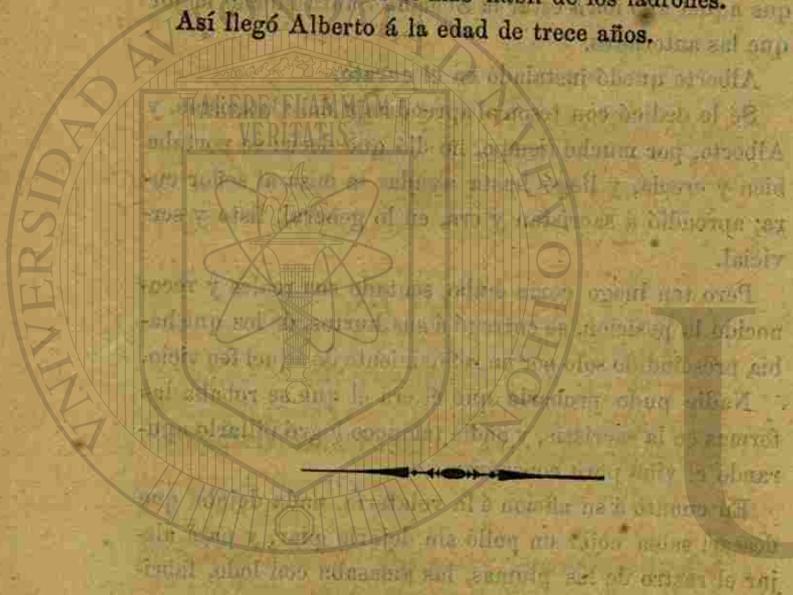
En cuanto á su afición á la volatería, nada dejaba que desear; sabía cojer un pollo sin dejarlo piar, y para alejar el rastro de las plumas, las amasaba con lodo, fabricando proyectiles para su honda.

Soltaba despues, atado á un alambre, un cuarto de pollo en el puchero con tanta destreza, que nunca pudo verlo la cocinera; y en una palabra, Alberto era el mas hábil é ingenioso de los ladrones.

El cura, que conocía muy bien las tendencias de Alberto, ordenaba que nada se le negase, y despues de algun tiempo de observacion, se sorprendía de no ver realizadas sus predicciones.

—¡Será posible, decía el señor cura, que Alberto no se haya robado nada todavía! Entonces ó la frenología es mentira, ó Alberto es el mas hábil de los ladrones.

Así llegó Alberto á la edad de trece años.



### CAPITULO III.

#### DESARROLLO DEL ORGANISMO DE LA ADQUISIVIDAD.

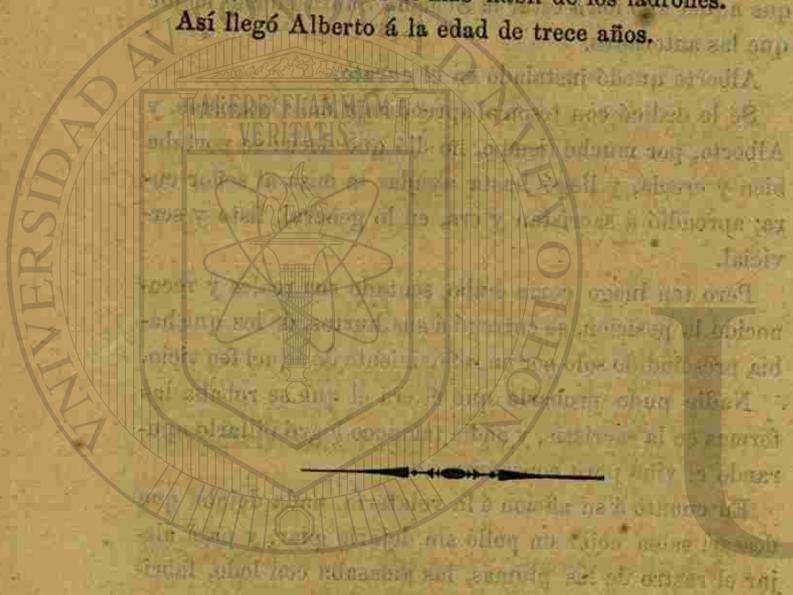
**A**LBERTO tenia costumbres extraordinarias: los domingos en la tarde se perdía.

Nadie sabia adonde iba, y si se le preguntaba decia que se habia estado en el campo espiando á las tuzas ó cogiendo ratones; pero en realidad nadie podia dar fé de que en efecto tales fueran sus entretenimientos.

Habían desaparecido ya algunos objetos de valor, pero no se le habia podido probar nada á Alberto; al contrario, las sospechas siempre recaian sobre otro, que cargaba injustamente con la responsabilidad, porque Alberto

—¡Será posible, decía el señor cura, que Alberto no se haya robado nada todavía! Entonces ó la frenología es mentira, ó Alberto es el mas hábil de los ladrones.

Así llegó Alberto á la edad de trece años.



### CAPITULO III.

#### DESARROLLO DEL ORGANISMO DE LA ADQUISIVIDAD.

**A**LBERTO tenia costumbres extraordinarias: los domingos en la tarde se perdía.

Nadie sabia adonde iba, y si se le preguntaba decia que se habia estado en el campo espiando á las tuzas ó cogiendo ratones; pero en realidad nadie podia dar fé de que en efecto tales fueran sus entretenimientos.

Habían desaparecido ya algunos objetos de valor, pero no se le habia podido probar nada á Alberto; al contrario, las sospechas siempre recaian sobre otro, que cargaba injustamente con la responsabilidad, porque Alberto

nunca cometía un robo sin preparar antes hábilmente una víctima expiatoria.

En suma, Alberto llevaba siete años de ejercer su oficio de una manera irreprochable, haciéndose mas hábil cada día.

No desdeñaba ningun objeto por insignificante que fuese, y en siete años habia logrado reunir, entre otras cosas, una cantidad muy respetable de alfileres, de clavos, de botones, de dinero, de ropa y de alhajas.

El cura le habia puesto mil veces la ocasion como un cebo, pero Alberto sabia siempre olerlo como las zorras.

El señor cura llegó á responder formalmente y en conciencia, de la honradez de Alberto.

Perdiéronsele un día al señor cura dos taleguitos, que contenian moneda menuda que ascendia á ciento ochenta pesos, y siendo este, si no el único, sí el robo de mas entidad que habia sufrido, se propuso averiguar el hecho por medio de la justicia.

La ama de llaves, las criadas, los sacristanes y los vecinos, tuvieron que ver con la justicia, y Alberto presenció imperturbable todos los trámites de la causa; dió sus declaraciones con una seguridad y una firmeza admirables, y despues de muchos trámites y moratorias, la justicia y el cura llegaron á averiguar que nada sabian.

Disponíanse varios vecinos del pueblo á hacer la romería del Señor de Chalma, y Alberto, con ese motivo, consultó al cura si le seria obligatoria la promesa que habia

hecho de visitar al Señor de Chalma en caso de que hubiera parecido el ladron de los taleguitos.

El cura le aconsejó que cumpliera la *manda*, y una mañana salió Alberto del pueblo, con la bendicion del cura, para anticiparse segun él decia, á sus compañeros de romería.

Alberto salió á pié del pueblo, cargando una pobre maleta que hizo en presencia de su amo, y partió devotamente.

Pero dos horas despues, bajaba de una loma un gine-te bien apuesto y montado, que no era otro que el mismo Alberto, que entraba por fin en el pleno goce de sus rapiñas atesoradas con tanto teson y constancia durante algunos años.

Un vecino se presentó al juzgado ese mismo dia para denunciar el hecho de haberle sido robado un caballo, sus arneses y sus armas.

Mandó el juez buscar las huellas y hubo de dudar de la veracidad del quejoso; pues el lugar en que guardaba los arneses estaba á la sazón cerrado, sin aparecer rastro ni fractura, y sobre todo, no se pudo encontrar pisada alguna que, partiendo del corral, indicase el rumbo que el caballo habia tomado.

Alberto, entretanto, caminaba ufano y satisfecho del buen éxito de su habilidad, y como si estuviera, pasando efectivamente por una trasformacion, se irguió sobre su caballo y perdió de pronto el aire de encogimiento y humildad que para nada le servia; pensó en quitarse el nom-

bre y en aceptar un nuevo género de vida en teatro mas adecuado á sus instintos, que tomaban proporciones colosales á medida que se sentia libre y dueño de elementos preciosos.

Hasta entonces, Alberto habia tenido el buen juicio de no tener cómplices; pero sus proyectos para el porvenir exijian ya una cooperacion digna de su ambicion de atesorar. Desde luego se consideró en buena posicion supuesto que estaba equipado, montado y sobre todo armado; él no sabia manejar las armas, pero en último caso no le servirian de estorbo.

Caminó todo el dia y llegó al oscurecer á un pueblo que celebraba su fiesta titular.

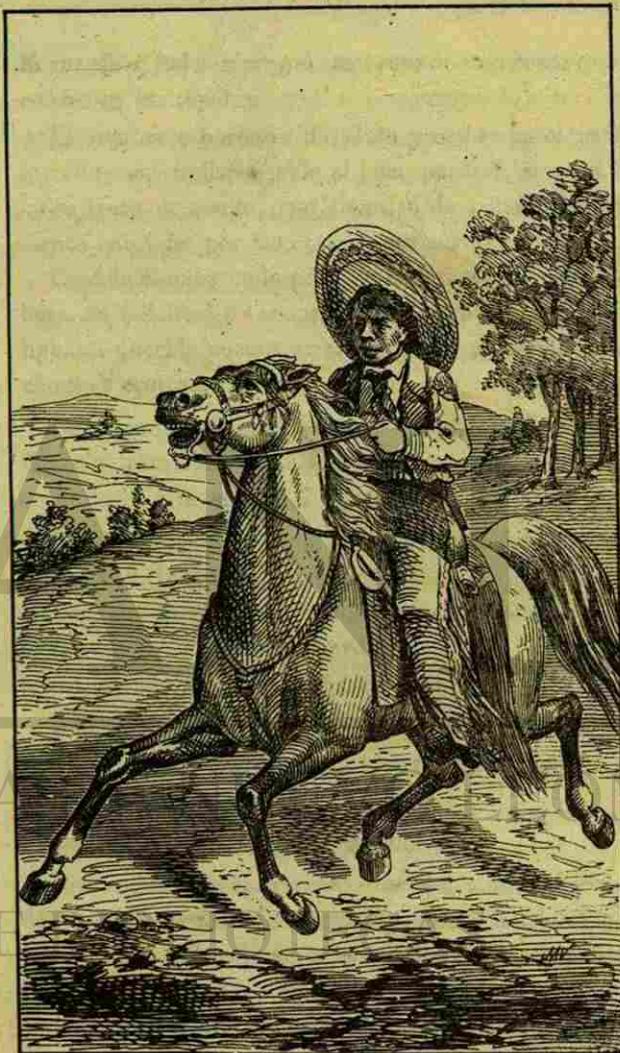
Esta circunstancia fué de su agrado, pues desde luego en aquella fiesta encontraria todo cuanto pudiera apetecer.

Todo era nuevo para Alberto excepto el robo; los amigos, las mugeres, el juego, la embriaguez, todo se presentaba ante sus ojos con el atractivo de la novedad, y su corazon era un volcan de deseos.

Aunque habia dejado sepultada en un escondite gran parte de su hacienda, llevaba lo bastante para proporcionarse comodidades y placeres.

Se alojó en un meson y pasó, ante el dueño, por José María Gomez; y como pagó al contado y gratificó al posadero, fué considerado como una persona de distincion.

Lo primero que hizo Gomez, que así le llamaremos en



Lit. de L. Compañía y C.

José M.<sup>a</sup> Gomez.

lo sucesivo, fué comprar el sombrero de mas costo que encontró en las tiendas.

El sombrero bordado de plata y oro es en el país la introducción indispensable al bien parecer, siempre que no se trate de pseudo *gentleman*, ó de personas enteramente parciales por las costumbres europeas.

Cuando Gomez pudo ponerse treinta pesos sobre la cabeza, su felicidad no conoció límites, no obstante que él hubiera querido encontrar en el pueblo un sombrero mucho mas costoso.

La segunda prenda en que pensó Gomez, fué en una bufanda de estambre con los colores nacionales: no tardó en hallarla y la enrolló á su cuello.

En seguida entró á una fonda y comió á reventar; de allí pasó al juego, tiró una moneda en la roleta y ganó; en seguida entró á una partida y ganó; cambió allí su pistola por otra mejor, compró una culebra que llenó de onzas, y tuvo la calma necesaria para salir ganando.

Allí encontró Gomez sus primeros amigos. Con ellos fué al baile: allí recibió Gomez las primeras caricias, allí, derramando su oro, conoció el amor.

Este amor era el de una bailadora.

Era una muger apañada, graciosa, y de su tipo podia decirse que era todavía la viva representación del tipo mexicano de hace medio siglo, y que va perdiéndose con la invasión de las modas francesas.

La bailadora se llamaba Tomasa, vestia enaguas de cas-

tor rojo y blanco, y de sus hombros pendía un rebozo finísimo de largas puntas.

Tomasa era una especialidad en el baile, usaba por lo común zapatos de piel plateada, que brillaban en medio de los rápidos movimientos del baile, como dos cocuyos aleteando.

Gomez se aventuró á bailar y se declaró el galán de Tomasa, y como mandó dar pulque á la concurrencia, fué el rey de la fiesta.

Gomez entró esa noche al mundo, y lo tuvo todo en un momento.

Al día siguiente nada encontró que apetecer, y veía en todo aquello el mas merecido galardón de su habilidad en el robo; y si las buenas máximas del señor cura hubieran logrado siquiera inspirar á Gomez un poco de pudor, el éxito de su salida al mundo hubiera bastado á borrar todo género de escrúpulos.

Pero por mas que aquella fiesta hubiera venido tan á propósito á sus deseos, se consideraba aún muy cerca del curato, y á toda costa necesitaba hacer perder sus huellas; bien es que, por otra parte, ni Lázaro el vaquero, ni el señor cura, ni los sacristanes hubieran podido reconocer al tímido Alberto en aquel espléndido D. José María Gomez, de un aire tan despejado y de maneras tan desenvueltas.

De todos modos, el Coyote ó sea Gomez, á fuer de prudente y avisado, proporcionó cabalgaduras á Tomasa, á una tía de esta y á dos acompañantes, caravana que á par-

tir de aquel instante constituía la familia de D. José María Gomez, puesta en camino en dirección del pueblo de la Asunción, distante de allí unas treinta leguas, y adonde habia empezado ya la fiesta anual.

Gomez encontró en la crápula quien le hiciera justicia; su mejor amigo fué un gran ladrón, tal vez porque dos lobos no se muerden, pero se conocen.

Gomez habia encontrado su media naranja, y esta adquisición la celebró en su interior, con mas entusiasmo que la de Tomasa, á quien proporcionó habitación, estableciéndola como la señora de D. José María Gomez.

Gomez y su nuevo amigo emprendieron un viaje, del que no volvieron sino á los quince días.

Gomez, ni en sus momentos de expansión comunicó á su amigo su vida pasada ni su verdadero nombre; ya se ve, él mismo lo habia olvidado.

Ni él ni su amigo volvieron á tener residencia fija, excepto unos meses en los cuales Gomez fué mayordomo de una hacienda, donde se portó admirablemente.

El dueño de aquella hacienda, que era una de las personas mas ricas y respetables entonces, estaba seguro de no haber tenido mayordomo mas honrado ni mas inteligente que Gomez, quien habia hecho cobros cuantiosos, y se habia conducido con tanta honradez y fidelidad, que el amo se vió obligado á obsequiarlo, cediéndole un terreno y unos bueyes.

Pero cierto día Gomez recibió una carta de su familia (carta escrita por su amigo) y notificó á su patrona con

mucho sentimiento, que tenia el deber de separarse de la hacienda, pues lo llamaba su padre moribundo en Morelia, para que se hiciera cargo de los intereses de la familia.

El amo estuvo á punto de llorar de pena, dió dinero á Gomez, y sobre todo, una carta en forma de certificacion, que era el documento mas honorífico y el testimonio mas fehaciente de que D. José María Gomez era el tipo de la honradez y de la virtud.

Como tal, fué llorado por el amo y por toda la servidumbre.

Gomez tenia ya ocultas en el forro de su costoso sombrero, dos cosas importantes: una era una estampa que representaba á nuestra Señora de la Soledad, de quien desde el curato era Alberto muy devoto, y la otra era aquel certificado que haría valer á su debido tiempo y en los casos extremos.

Tomasa seguia viviendo por cuenta de Gomez, á quien veía algunos dias cada dos meses; pero á Tomasa y á su familia no les faltaba nada, excepto Gomez.

Diremos mas acerca de este personaje, para que el lector conozca á fondo su carácter: segun hemos visto, la pasion dominante en Gomez era el robo, y esclavo perenne de este instinto, lo habia empleado siempre, robándose todo lo que á las manos habia, desde un alfiler hasta un capital.

La influencia de su educacion no combatió, sino sim-

plemente regularizó su conducta, haciéndolo víctima de una nueva aberracion.

Habia aprendido, mas por conducto de la cocinera del señor cura, que por el señor cura mismo, que hay una divina intercesora entre el pecador y el Ser Supremo.

Gomez adoptó la fé de esta intercesion, no en la acepcion sublime del ser moral, sino en la influencia material de un amuleto de poder sobrenatural.

A ese amuleto se refugiaba la conciencia de Gomez.

Esa instintiva reprobacion de las malas acciones se revelaba en Gomez por un temor que no podia dominar, y aunque ya se habia acostumbrado á no temblar robando, sentia que el miedo era su principal enemigo.

Cuando el éxito coronaba un plan meditado, creia ingenuamente que su santa protectora lo habia sacado adelante del peligro.

Sintiendo la necesidad de palpar su amuleto, adquirió una escultura que representaba á su santa, y el producto de sus primeras rapiñas lo consagró á bordar de perlas el manto de su Virgen; un dia, dia aciago, hizo voto de poner á su Virgencita una corona de oro: el éxito de sus depredaciones fué completo y cumplió la promesa.

Corroborada dia á dia la influencia milagrosa que, segun Gomez, ejercia aquella imágen en los robos, Gomez llegó á persuadirse que robar era una manera de vivir como cualquiera otra, y que no por ello lo habia de castigar Dios ni lo habia de abandonar su divina santa.

Gómez llegó á los veinte años enriqueciéndose y amando la vida que le brindaba con todo género de placeres, y pensaba que si en lugar de *aprovechar el tiempo* hubiera seguido siendo mozo del cura, sería á la presente el mas desarrapado y pobre de los domésticos, mientras que merced á su astucia, tenía á la sazón cuanto pudieran apetecer.

Gomez tenia una idea imperfecta del crimen y aun no habia sentido en su interior la reprobacion de sus acciones; se creia protegido por su Virgen, á quien amaba de corazon y á quien habia puesto corona de oro y manto de perlas.

¿No era esto corresponder debidamente á tantos favores?

Por otra parte, Tomasa la bailadora cuidaba con tierna solicitud de que á la Virgen no le faltase una lamparita, sustentada con aceite de olivo; todo porque á Gomez le fuera bien; y así le iba á Gomez, todavía no le habian hecho nada.

Gomez no sabia nada en materias de moral y de deber, pero en lo tocante á sí propio, sabia sostener su tesis con conviccion y con aplomo.

La palabra propiedad tenia para Gomez una acepcion distinta de la que le conocemos.

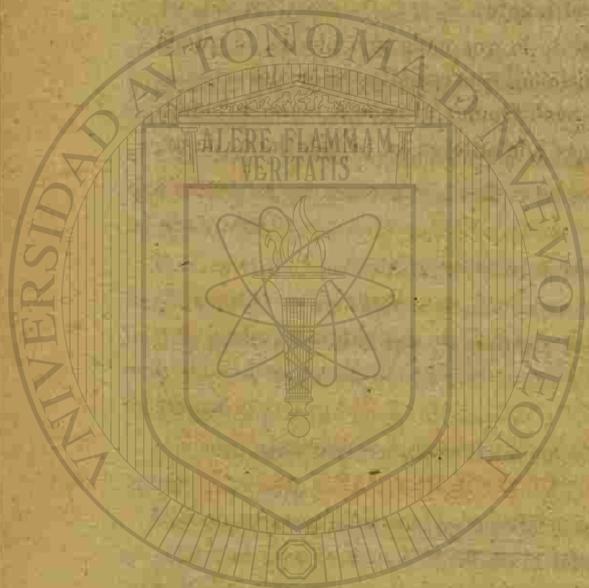
Un buen robo ratero, es para el robado, decia Gomez, enteramente igual á una pérdida casual: nada importa para el robado que intervenga una mano hábil, ó la ma-

no del destino: las dos son manos invisibles y contra las cuales nada puede el hombre.

En compensacion de lo que cada uno pierde, le queda el derecho de adquisicion, que ese sí es sagrado.

Del robo ratero pasó Gomez al robo á mano armada.

Ya lo veremos mas adelante en su primer lance de armas.



## CAPITULO IV.

CONTINUA LA HISTORIA DE JOSE MARIA GOMEZ.

**B**IEN pronto adquirió Gomez la costumbre de ser pródigo, y su modo de vivir le proporcionaba las ocasiones de desperdiciar y derrochar cuanto adquiria; de manera que cuando á Gomez le faltaba algo, sentia en su interior una impaciencia que no podia dominar y se encontraba entonces capaz de todo, por tal de ver satisfechos sus menores caprichos.

Su buen amigo, á quien conocian todos por el sobrenombre de *El pájaro*, era quien le ponía las ocasiones y quien lo adiestró en su ejercicio.

Estando un domingo Gomez y el Pájaro en la plaza del pueblo de S. Pablo Apetatitla, de tránsito para sus correrías, vió Gomez una muger.

Por la primera vez sintió Gomez todo el poder de la pasion, por la primera vez tembló de amor.

Aquella muger era hermosísima.

Era la muger mas bella del pueblo.

Gomez, desde el momento en que la vió, no tuvo ojos mas que para aquella muger: averiguó su nombre y sus circunstancias.

Se llamaba Salomé, era casada con el dueño de una hacienda inmediata, no habia tenido sucesion y era víctima de un marido celoso.

Gomez era á la sazón un mozo presentable, era gran ginete, y su color bronceado y sus maneras no carecian de atractivo para la muger que fuera capaz, como lo son muchas, de hacer de un *charrito* el bello ideal de sus ensueños.

Sin duda hubo de brillar algo en la profunda mirada de Gomez, supuesto que Salomé al verlo se estremeció, y algo como el aviso secreto de un destino futuro, hizo palpitar simultáneamente aquellos dos corazones acobardados uno delante del otro.

La forma de este amor era esta: el terror.

Salomé tuvo miedo al ver á Gomez.

Gomez tembló al ver á Salomé.

A la vez que el amor, los celos entraron al corazón de

Gomez, como para que no faltaran ni el fuego ni el combustible al mismo tiempo.

Salomé entraba á la sazón á la parroquia.

Gomez entró tras de Salomé y se arrodilló junto á ella, y sin pensarlo, sin vacilar un momento, sacó del forro de su sombrero aquella carta que daba tan buena idea de Gomez.

Sin hablar se la entregó á Salomé.

Esta vacilaba, pero Gomez pronunció esta palabra que salió, la primera, del fondo de todo lo que estaba sintiendo:

—Tómela vd.

Orden, amenaza y súplica al mismo tiempo, tenia aquella palabra tal prestigio, que Salomé obedeció; pero una vez con aquel papel en sus manos no supo que hacer con él.

La sobrecojió la idea de que su marido la viese, y pensando mil cosas á un tiempo creyó de repente haber encontrado una favorable solucion.

La misa tardaria en celebrarse.

Salomé se levantó y se dirigió á una puertecita lateral que comunicaba con el panteon de la parroquia.

Salomé solia visitar allí un sepulcro.

El panteon estaba completamente solo.

Salomé atravesó aquel recinto, doblgando con su falda la espesa yerba que lo cubria, y haciendo volar numerosas bandadas de pajarillos que se sombreaban entre las malezas.

Gomez observaba á Salomé oculto tras de un pilar.

Al fin llegó Salomé al extremo opuesto, y sin volver atrás el rostro, se arrodilló, desdobló la carta y leyó.

No era una declaración de amor sino un certificado; aquel joven se llamaba Gomez y era mayordomo de una hacienda; tenía tierras y yuntas, era honrado y leal; había sido llorado en su separación.

—Ha querido que sepa yo quien es, pensó Salomé; creo que este es un joven audaz que va á comprometerme; ¿si habré hecho mal en leer esta carta?.... He cometido una imprudencia. Si aun está ese joven en la iglesia, se la devolveré, y no volveré á fijarle la vista.

El sonido de una campana hizo estremecer á Salomé, y se levantó.

En seguida dió un grito.

Estaba frente á Gomez.

—No se espante usted conmigo, señorita, porque.... me ha bastado verla para que de hoy en adelante sepa usted que cuenta conmigo, con José María Gomez, que está prendado de usted. Ya sé que es usted casada, pero eso no importa; ó mejor dicho, sí importa, porque sé que ese señor la molesta y es injusto con usted; pero mientras yo viva por Dios que no le ha de tocar un pelo!

—Pero..... murmuró Salomé, deseando interrumpir á Gomez, yo no lo conozco á usted...y.....

—Haga usted de cuenta que nos conocemos hace mucho tiempo, porque lo que es yo, la quiero á usted como si hiciera años que la conozco; y la verdad, creo que usted.....

—Van á sorprendernos..... y ¿qué dirán los que nos vean aquí?.....

—No tenga usted cuidado, que para eso cerré la puerta del panteon, y no nos oyen mas que los muertos.

Mas tarde sabrá el lector de qué manera lo que pasó aquella mañana en el panteon, lo supieron tambien algunos vivos.

Seis años despues de este acontecimiento, pedía alojamiento, en la posada del mismo pueblo, una compañía de maromeros.

Venia el payaso en una mula, rendido de consancio y rojo como una remolacha; lo seguian el director, que era todo un atleta, dos hermanos suyos, jóvenes de veinte á veintidos años, dos mugeres y una niña.

Cada una de estas personas venia cabalgando en uno de los caballos del circo, y ademas, traian una carreta de dos ruedas en que venian los equipajes, las cuerdas y los aparatos de la maroma.

Esta carreta era conducida por un carrero y el mozo de caballeriza.

Toda la carabana se alojó en el meson. Como no se habia cuidado de quitar á los caballos los arneses propios del circo, bastaba á los transeuntes ver con el rabo del ojo un freno con borlas ó un mantillon con fleco de oro, para comprender que se trataba de una compañía de cirqueros.

A eso de las seis de la tarde conversaban, sentados en

una de las banquetas del zaguán del mesón, el director y el payaso.

—¿Sabes, compadre, que hay aquí muchos muchachos? le dijo el director al payaso.

—Ya lo había notado, le contestó este; y he notado mas.

—¿Qué?

—Ya sabes que tengo buen ojo.

—¿Has visto algo?

—Ven acá.

Y el payaso obligó al director á pararse en la puerta del mesón.

—No está, dijo el payaso despues de haber buscado con la vista algo entre los muchos curiosos, que en la acera de enfrente y cerca de la puerta, no habían cesado de hacer su cuarto de observacion desde la llegada de la compañía.

—¿Ya lo perdiste?

—Ahora no está aquí, pero ya me fijé.

—Bueno; avísame cuando lo veas, y ya obraremos de acuerdo.

Los dos compadres volvieron á sentarse en la banqueta del zaguán, y se pusieron á fumar.

—Es una diablura, dijo el director, que los aprendices tengan padres: estoy resuelto á no enseñar el oficio este mas que á los huérfanos.

—Por supuesto; y si tienen madre es peor, porque em

pezan con melindres, y á su juicio no hay paso en que sus hijos no estén á punto de matarse.

—No se puede hacer nada: acuérdate de Juan el enano y de Silvestre; ya hacian algo y podian ganar su vida cuando nos los quitaron, y á ese paso nunca lograremos tener una compañía completa.

Algunos muchachos se habían acercado poco á poco, escurriéndose contra la pared para ver de cerca á los cirqueros.

—Mira, le dijo el payaso á su compadre, ¿ves á ese de la blusita amarilla?

—Sí; pero es muy chico.

—Mira que piernas!

—Sí, es ancho y parece sano. ¿Y sabes algo?

—No había querido indagar hasta que tú lo vieras.

—Pues infórmate.

El payaso sacó una moneda de la bolsa, se la puso en un ojo á guisa de lente y dirigió la vista al grupo de muchachos.

Estos se fijaron en el payaso, celebrando la gracia y codiciando la moneda.

El payaso arrojó por alto la moneda y los muchachos se precipitaron sobre ella.

—¿Quién la cogió? preguntó el payaso con una risa grotesca, que infundió confianza á los muchachos.

—Este, dijo uno señalando al mas grande.

—Vete, le dijo el payaso al beneficiado, tú no entras en la otra.

Se retiró el payaso á su lugar y volvió á arrojar otra moneda, y repitió esta operacion acompañándola de mas ó menos chuscadas á propósito para entretener á los muchachos.

Todos habian cojido ya su moneda, menos el de la blusa amarilla.

—Ven acá, le dijo el payaso, toma; y le alargó una moneda de plata. ¿Cómo te llamas?

—Yo me llamo Gabriel.

—¿Y tu padre?

—No tengo padre ni madre.

El payaso y su compadre se vieron.

—Toma, le dijo el payaso, mañana vienes á la función.

Y le dió al muchacho un boleto.

A la tercera función, Gabriel era amigo íntimo de toda la compañía, y cuantas veces podia se escapaba de su casa para mezclarse con los cirqueros, ver los ensayos y los preparativos de las funciones.

Al cabo de algunos dias empezó á escasear la concurrencia, y la compañía levantó el campo y emprendió su marcha hácia el pueblo vecino.

Serian las ocho de la noche del día de la partida de la compañía, y Salomé estaba sentada en un taburete cerca de la ventana que daba vista á la calle.

A los piés de Salomé estaba su criada de confianza; la luna bañaba con luz purísima la falda del vestido de Salomé.

—¿Qué se cuenta en el pueblo, Gertrudis? dijo Salomé.

—¿Qué, niña! no te cuente; que esto y decaerme muerta!

—¿Pues qué sucede?

—Que el pobre de Gabriel no parece.

—¿Quién es Gabriel?

—Un muchacho, el huerfanito del herrador.

—¿Conque no parece?

—Ni su luz.

—¿Y qué es lo que se cree?

—Pues dicen que se habrá largado, y otros que quién sabe. ¿Qué dices nada mas, niña de mi alma?

—¡Pobre muchacho!

—Sí, pobre muchacho; le tocó ser siempre desgraciado.

—¿Pues qué mas le ha sucedido?

—Nada; que á ser cierto lo que dicen, la pobre criatura tiene pecados ajenos que purgar.

—Cuénteme usted eso, Gertrudis.

—Pues has de estar, mi alma, que fuí esta tarde á ver á mi comadre la de la tienda, que estaba de lo mas acongojada precisamente por la desaparicion de Gabriel, y me contó su historia; pero ¡qué historia, niña de mis ojos!

—A ver, cuéntemela usted.

—Pues figúrate, mi alma, que este es un muchachito á quien tiraron.

Salomé hizo un movimiento.

—Mira, mi alma, dijo Gertrudis, cerraremos la ventana, porque te acaba de dar la muerte chiquita.

Estremecimiento nervioso muy común en todas las gentes, y que por lo general no se determina por causa fija.

—No: estoy bien, siga usted.

—Pues, sí señor, y como iba diciendo, continuó la vieja: á este pobrecito lo tiraron, y yo no lo sabia, y le tocó al maestro herrador recojerlo, y hace cinco años que lo tiene.

Salomé hizo otro movimiento.

—¿Ya lo ves? te está haciendo daño el frio.

—Siga usted, Gertrudis, dijo Salomé con cierta impaciencia.

El maestro herrero, que es tan bueno, adoptó al muchachito, lo bautizó, le buscó *chichihua* y cuando creció lo puso en la escuela, y ya lo queria como si fuera su hijo, cuando ¡cátate, niña! que esta tarde se volvió relojito la criatura. Ya te puedes figurar todo lo que se habrá hecho por encontrarlo y todo el habladero del pueblo con este motivo; y para que conozcas á las gentes te diré: antes ni quien hablara de Gabriel, y ahora que le sucedió algo malo, se empeñan todos en hacer creer que todo lo sabian; es buena que se atreven á decir las gentes que Gabriel es hijo de los muertos!

—¡De los muertos! repitió maquinalmente Salomé.

—Dicen que en el panteon fué donde la madre del niño conoció al autor de sus dias.

—Cuénteme usted eso, Gertrudis, me interesa la historia de ese pobre muchacho.

—Dicen, y de ello no salgo garante, que el pobre niño apenas nació, segun le he dicho á usted, fué puesto en las cuatro esquinas.

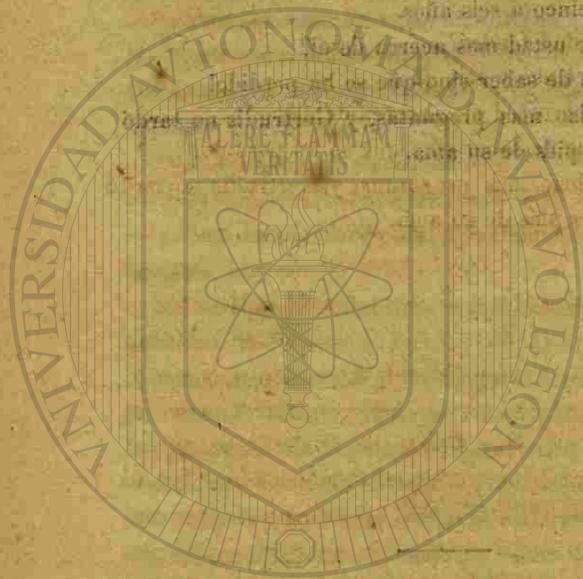
—¿Y qué edad tendrá?

—Como de cinco á seis años.

—¿Y no sabe usted mas acerca de él?

—¡Qué se ha de saber sino que se ha perdido!

Salomé no hizo mas preguntas, y Gertrudis no tardó en roncar á los piés de su ama.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO V.

GABRIEL.

**A** excepcion de algunas lágrimas, Gabriel no fué muy sensible á su cambio de vida. Pertenece al circo era para Gabriel una dulce compensacion, y caminar á caballo ó en la carreta de los equipajes, tenia para él un atractivo poderoso. Una vez calmadas sus primeras inquietudes, empezó su aprendizaje de acrobata. El payaso ensayaba desarticular á Gabriel y el director á hacerlo fuerte. El capital inmueble de las fuerzas ó de la elasticidad,

se conquista á fuerza de dolores y por medio del tratamiento menos comedido que se conoce.

El hombre al encontrarse frente á frente de su propio organismo y al contemplar la admirable precision con que todas las partes del cuerpo humano concurren al desempeño de su sabio objeto, ha discurrido que un *fémur*, saliéndose de su encaje y volviéndose á encajar como si tal cosa, vale la pena de pagar por verlo, y para llegar á este resultado medio mata al propietario de dos *fémures* comunes y corrientes, hasta lograr que se abran como las piernas de un compas.

Gabriel puso por capital en la compañía ecuestre, sus piernas y su miedo, sus dolores y sus descoyuntamientos, hasta que llegó á abrir las piernas como un muñeco de alambre; y desde ese momento Gabriel tenia un capital en las coyunturas, aunque ninguno en la cabeza ni en el corazón.

Consolábase, no obstante, de tener una compañerita, á la que también se obligaba á hacer barbaridades aunque de distinto género.

Dos años estuvo Gabriel flexibilizándose, y mas de una vez habia sido exhibido por el director y sus dos hermanos, que hacian grupos y encaramaban á Gabriel, y hacian de su pobre humanidad cera y pabalo.

Gabriel, como por lo general los niños que no han probado los mimos maternos, era impetuoso y duro; y habia en su interior no sabemos que repulsion instintiva á sus semejantes, como si estuviera guardando un se-

creto reproche contra todos, por no saber á quien le debería la desgracia de no haber tenido padres.

Un dia los miembros de Gabriel estuvieron mas rígidos, y estuvo menos dispuesto que otras veces á dejarse descoyuntar, y recibió en pago de esta rebeldía una azotaina de manos del payaso.

A excepcion de los primeros gritos, Gabriel sufrió los azotes, haciéndolo su ira superior al dolor.

Cuando todos se recogieron, Gabriel se sentó en su cama sin poder conciliar el sueño: á su pesar sollozaba de cuando en cuando, y cada uno de sus movimientos le causaba un nuevo dolor en sus recientes cardenales.

—¿Por qué he de ser acróbata? decia; estos hombres son unos brutos, que me embrutecen y me tratan como á un caballo, y todo para hacerse ricos con mis verdugones y mis golpes. No quiero ser del circo!

Y sin meditar esta resolucion, se dirigió á la ventana que daba al campo y saltó á tierra.

La noche estaba oscura y reinaba en el pueblo un silencio solemne; pero Gabriel no se acobardó, sino que envolviéndose en el cobertor que aun pendia de sus hombros, echó á andar en direccion de un cerro inmediato á la poblacion.

—La compañía debe ponerse en marcha en la madrugada, y tal vez, pensaba Gabriel, no se detengan solo por buscarme: me encaramo al cerro y desde allí los veo ir; y cuando estén lejos me vuelvo al pueblo.

Serian apenas las once cuando Gabriel se encontraba

enteramente fuera de la poblacion y á la orilla de unos sembrados.

Vagaba al traves de campos de un negror tristísimo aquel pequeño bulto blanco tiritando de frio, y volviendo la cara á todas partes como esperando un peligro á cada paso.

Al fin la fatiga lo obligó á moderar el paso y se detuvo junto á un árbol, antes de encumbrar la loma que habia elegido como refugio.

No bien se hubo parado, le pareció ver brillar entre las malezas dos puntos luminosos; fijose en ellos, y notó bien pronto que una forma negra se movia frente á él; se volvió bruscamente y percibió hácia el lado menos sombrío otra masa negra que se le acercaba, y después una tercera; y no sabiendo que partido tomar hizo un movimiento abriendo los brazos como para ahuyentar aquellas visiones.

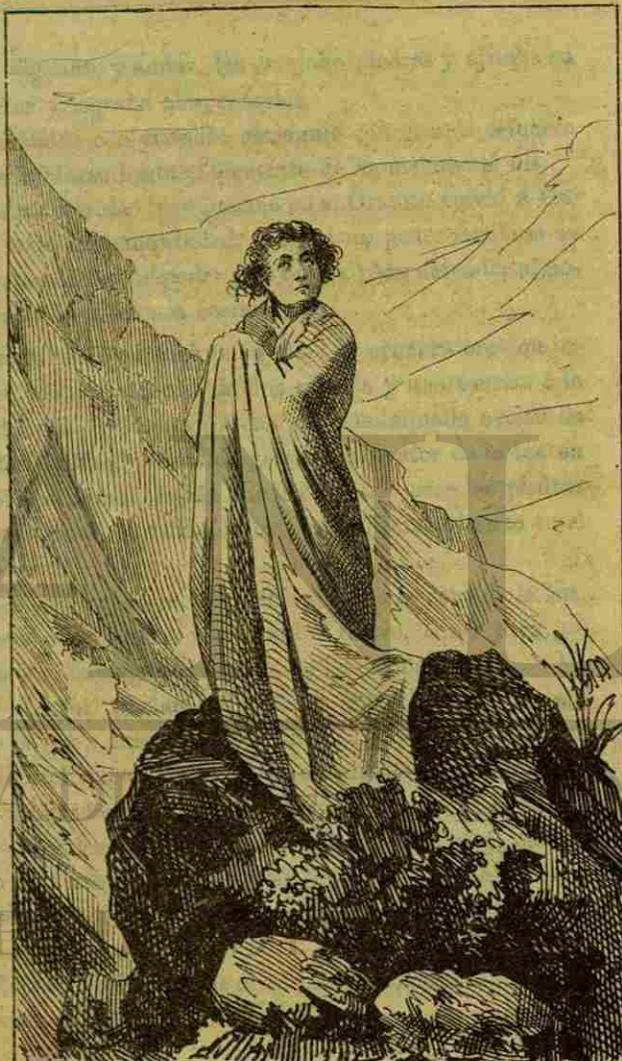
Los animales monteses huyeron en opuestas direcciones, y Gabriel triunfó del primer peligro.

—Son coyotes, pensó tranquilizándose.

Calculó en seguida que tendria que estar alerta toda la noche para no permitir que se le acercasen.

A este efecto comenzó á proveerse de piedras, con las cuales hizo un lío en su corbeter, y eligió un lugar escarpado y una altura desde donde pudiera dominar el terreno.

Varias veces intentaron los coyotes rodearlo, pero Ga-



Gabriel.

Lil Bohemia Inter...

1020006090

briel, vigilante y audaz, les arrojaba piedras y ajitaba su cobertor y lograba ahuyentarlos.

Luchando con el sueño consiguió con grande esfuerzo no descuidarse hasta el momento de anunciarse el día.

Cierta claridad blanquecina en el Oriente volvió á Gabriel toda su tranquilidad, como si un padre cariñoso se anunciara lleno de poder y de fuerza para defender al pobre niño de todos sus enemigos.

Gabriel dejó exhalar de su alma la primera oracion inarticulada, en la forma de una mirada y una sonrisa á la luz del día. ¡Cuanta pureza habia en aquella accion de gracias! ¡Cuanta inefable gratitud al Autor de la luz en la sonrisa de aquel niño que iba dejando caer las piedras de sus manos, moradas de frio, para fijarse absorto en el crepúsculo!

A medida que crecia en el horizonte la zona de la luz, Gabriel volvia hácia Occidente el rostro, como para gozarse en contemplar la huida de las sombras.

—¡La luz! exclamó el niño, se abrió el cielo y de allí vino la luz y luego viene el sol.....

Gabriel experimentó un enternecimiento profundo; se sentia agradecido y hubiera querido acariciar la luz.

—¡Que larga es la noche y que horrible en el campo todo está negro y triste: ¿esta noche qué haré?... Cuando se haya ido la compañía me volveré al pueblo y allí veré qué hago.

Entretanto Gabriel se dirigió á la montaña sin perder de vista el pueblo.

Cuando estuvo á cierta altura, reconoció la calle por donde debería ver pasar á la compañía.

El sol doraba con vivos reflejos todo un panorama de esmaltadas nubes, que semejaban suntuosas arquerías y pabellones de filigrana, como para formar un templo al astro del día.

Gabriel no cesaba de contemplar aquel espectáculo, que por la primera vez le hacia experimentar emociones de un género tan grato: era la primera vez que Gabriel se ponía en espontánea comunicacion con algo superior á los hombres y á todas las miserias que rodeaban su vida, y se levantaba del fondo de su alma el consuelo, la paz y la esperanza.

Una vez exaltada la imaginación del niño, se fijaba con placer en cuantos objetos le rodeaban, y todos sus temores y sus ansias de la noche, se habian convertido en confianza y bienestar.

Con deleite escuchaba el canto de las aves, y las buscaba con la vista entre las ramas para espiar sus aléteos y sus caricias, y hasta las florecillas que se abrían á sus piés le invitaban á la contemplacion.

Esta série de impresiones debían influir poderosamente en la vida de Gabriel; acaso este destello de espiritualidad lo induciría á una nueva série de contemplaciones y á la perfeccion moral.

Ya lo sabrémos mas adelante.

El polvo que se levantaba en la calle del pueblo á eso

de las ocho de la mañana, anunció á Gabriel que la compañía emprendía la marcha.

Distintamente llegaba á su oído el silbido particular con que el payaso acostumbraba llamar á sus camaradas y aún al mismo Gabriel.

Conoció que en aquellos momentos lo buscaban, y ocultándose tras de unos gruesos troncos, observaba los movimientos de sus verdugos.

Al cabo de algun tiempo percibió que la cabalgata desfilaba por un camino y salía del pueblo seguida por la carreta de los equipajes.

Con esta confianza, y habiendo podido contar los bullos, y cerciorarse de que todos los hombres de la compañía caminaban, sin que ninguno se hubiera quedado para buscarlo, se dirigió al pueblo; y como si el cielo hubiera recogido en su forma inarticulada la oracion del niño en la mañana, en el pueblo le esperaba ya á Gabriel el alma compañera que necesitaba en su aislamiento, la compensacion de su desgracia.

Vagaba Gabriel al acaso, sin saber que partido tomar y buscando en el semblante de cada uno de los transeuntes alguno en que pudiera notar una señal de benevolencia.

Al fin cansado se sentó sobre una piedra: comenzaba á sentir la necesidad de comer, y pensó por la primera vez en lo terrible de este aguijon de la humanidad, que ha sugerido á los hombres tan extraños y variados procedimientos para alimentarse.

Gabriel había ocultado la cabeza entre sus dos manos, y hacia tiempo que permanecía en esta postura cuando acertó á pasar por allí una persona.

Era un viejo envuelto en una capa española color de aceituna, y llevaba puesto un sombrero fieltro de anchas y flexibles alas.

Se paró frente al muchacho, y despues de contemplarlo inmóbil por largo tiempo, le preguntó:

—¿Estás malo?

Gabriel levantó la cabeza, se restregó los ojos y se puso en pié.

—¿Qué tienes? volvió á preguntar el viejo.

—Nada, contestó Gabriel con un acento que revelaba que en efecto no tenía nada.

Aquella manera particular de contestar, llamó la atención del viejo, quien fijándose en la fisonomía de Gabriel, empezó á comprender que este sufría y disimulaba.

—¿Que estabas haciendo aquí?

—Nada, volvió á decir Gabriel.

—¿Quién es tu padre?

—Nadie.

—¡Nadie! repitió el viejo con cierta emoción, ¿no tienes padres?

—No, señor.

—¿De qué vives?

—Vivía de hacer suertes; pero me dolía mucho el cuerpo, y como el payaso es muy bruto, me pegaba.

—¿Eras de los del circo?

LAS GENTES QUE SON ASI.



Lit. de la Bohemia Liter.  
II. Santiago y Gabriel.

—Sí, señor; pero no quise seguir, y me fui al cerro mientras se iban.

—¿Y ahora?

—Ahora, aquí estoy.

—¿Quieres venir conmigo?

—Sí, señor; si usted me enseña á leer, iré.

Al viejo le llamó la atención que aquel muchacho, hambriento probablemente, pensara primero en aprender á leer.

El viejo echó á andar seguido por Gabriel; lo llevó á su casa, y desde aquel día nada faltó á Gabriel de cuanto pudiera apetecer.

Aquel señor era un viejo viudo y rico que vivía hacia algunos años en el pueblo; vivía solo y era de un carácter reservado y taciturno.

Era servido por una ama de gobierno y por un criado.

Cuando llegó á su casa acompañado de Gabriel, llamó á la ama de gobierno y le dijo:

—Vea usted, Mariana, aquí le traigo á usted este jovencito, acabo de adoptarlo, y me propongo hacer de él un hombre de provecho.

Mariana torció el gesto, y revisó de arriba abajo á Gabriel.

—¿Conque lo ha adoptado usted, señor D. Santiago? Dios se lo tomará á usted en cuenta como al fin se logrel

—Se logrará, yo se lo aseguro á usted, Mariana; por ahora dele usted de comer, y disponga usted el cuartó chico para que sea su dormitorio. Ve, hijo, ve con Ma-

riana y respétala: ella te va á querer mucho si te portas bien.

Mariana cumplió fielmente las órdenes de D. Santiago, pero á poco rato se apareció de nuevo.

—¿Qué se ofrece? preguntó D. Santiago.

—Nada, señor amo, sino que como hay gentes tan ingratas, yo queria decir á usted que si ya pensó bien lo de adoptar al muchacho, porque..... en fin, usted está grande, y no sea que el chico sea un pillastre y no hayamos buscado mas que quebraderos de cabeza.

—No tenga usted cuidado, Mariana; el muchacho tiene muy buena frente, y me prometo hacer de él un hombre de provecho.

—Eso es tan difícil en el día!.....

—No lo crea usted, Mariana; hoy disfrutamos en el país las ventajas de la educacion pública en una escala que me hace concebir muy lisonjeras esperanzas para el porvenir.

—¿La educacion? ¿Y en el día, señor D. Santiago? será lo peor que pueda V. hacer; hoy se enseña á todos los muchachos á herejes y á liberales: da horror ver como está la juventud, señor D. Santiago: la prueba es que este muchacho no sabe el Catecismo; va á cumplir siete años, segun entiendo, y no sabe los misterios de nuestra santa religion, y por este ejemplar se conocen todos; hoy los niños no se ocupan del Catecismo; lo cual es cosa que me tiene verdaderamente escandalizada.

—Cuando en mis tiempos, señor D. Santiago, habia de

suceder estol ya se vé; entonces se creia que para ser feliz un hombre, era indispensable que supiera nada mas que sus deberes como cristiano; pero hoy, primero son las matemáticas y las..... que sé yo que gerigonza de libraj os traen entre manos, porque yo cada día oigo mentar libros nuevos; es cosa que el hijo de la cocinera de acá dice que está aprendiendo no sé que cosa de *ografía*.

—Será geografía.

—Eso, señor; la geografía, y el muchacho no sabe todavía como ha de confesarse; ¿lo pasará V. á creer, señor D. Santiago?

—Es muy fácil.

—Quiere decir que V. le va á enseñar á este niño todas esas cosas de la geografía, y á hablar como los extranjeros, y á todo.

—Sí señora, voy á ver si mi hijo adoptivo llega á presidente de la república.

—¡Dios nos ampare y nos defienda de semejante cosa! pero ya se vé, eso sí no puede ser.

—¿Y por qué no puede ser?

—Un huérfano, un pobre como estel

—Pero si este pobre llega por la instruccion á ser un hombre de provecho, puede aspirar como todos los buenos ciudadanos que saben distinguirse por sus virtudes cívicas, á la primera magistratura.

—¡Ay! señor don Santiago, con razon estamos como estamos; si nos vemos expuestos á ser mandados el día me-

nos pensado por gente así, como este muchacho, salida de la nada.

D. Santiago estaba acostumbrado á tolerar las confianzas y las impertinencias de Mariana, y se divertía con sus apreciaciones; ya se vé, Mariana era tal vez una de las muy pocas personas que hablaban con D. Santiago, quien como hemos dicho, tenía una manera particular de vivir, y pasaba en el pueblo por un misántropo, de quien circulaban extraños y fantásticos cuentos.

## CAPITULO VI.

### EL VIENTO DE FEBRERO.

**D**ON Santiago encontró muy de su gusto á Gabriel, y bien pronto tuvo ocasion de conocer que no se había equivocado en creer que aquel muchacho era susceptible de un perfeccionamiento moral rápido y notable.

En efecto; Gabriel tenía un bello corazon y una organizacion admirable para el estudio; D. Santiago, por su parte, era un hombre ilustrado y progresista, aunque las decepciones de su vida le hubiesen obligado á vivir aisla-

nos pensado por gente así, como este muchacho, salida de la nada.

D. Santiago estaba acostumbrado á tolerar las confianzas y las impertinencias de Mariana, y se divertía con sus apreciaciones; ya se vé, Mariana era tal vez una de las muy pocas personas que hablaban con D. Santiago, quien como hemos dicho, tenía una manera particular de vivir, y pasaba en el pueblo por un misántropo, de quien circulaban extraños y fantásticos cuentos.

de un modo que le hacía el papel de un hombre

de un modo que le hacía el papel de un hombre

de un modo que le hacía el papel de un hombre

## CAPITULO VI.

### EL VIENTO DE FEBRERO.

**D**ON Santiago encontró muy de su gusto á Gabriel, y bien pronto tuvo ocasion de conocer que no se había equivocado en creer que aquel muchacho era susceptible de un perfeccionamiento moral rápido y notable.

En efecto; Gabriel tenía un bello corazon y una organizacion admirable para el estudio; D. Santiago, por su parte, era un hombre ilustrado y progresista, aunque las decepciones de su vida le hubiesen obligado á vivir aisla-

do, huyendo siempre de hacer el papel de leguleyo de pueblo.

No obstante, la mayoría de los vecinos de este le hacían justicia en cuanto á su saber, y le pedían generalmente consejo en todas la situaciones difíciles.

Don Santiago, á pesar de todas las reticencias y vacilaciones de Mariana, se dedicó con una solicitud verdaderamente paternal á la educación de Gabriel, quien por su parte mostraba las mas felices disposiciones para el estudio, y su inteligencia se desarrollaba diariamente al benéfico y provechoso influjo del sistema empleado por D. Santiago; de manera que en poco tiempo Gabriel poseía ya los rudimentos de la primera educación, y estaba en aptitud de emprender estudios de mas consideración.

A este efecto se hacia indispensable que Gabriel continuara su educación en México, y D. Santiago que en muchos años no se habia movido del pueblo, decidió hacer un viaje á la capital á fin de asegurar el aprovechamiento de su hijo adoptivo.

En esta época ya el cariño de Gabriel formaba en el corazón de D. Santiago uno de sus mas vehementes sentimientos, porque el jóven se habia hecho acreedor, con su conducta, á la estimación de cuantos le conocían, y al mas acendrado cariño por parte de D. Santiago.

Soplaba á la sazón el viento de Febrero.

Gabriel estaba solo y en el campo.

Después de la fria calma del invierno, la naturaleza

parecía tomar aliento en la obra perpétua de sus regeneraciones.

Ráfagas violentas semejaban falanges de seres movidos que se arrastraban por los sembrados y los valles, que lamian las faldas de las montañas, y desasosegados y pertinaces, rizaban unas veces los lagos y otras veces sacudían las empolvadas copas de los árboles escuálidos.

De repente cesaban los turbiones, y en lontananza se destacaban algunos remolinos que levantaban las últimas hojas secas del campo hasta las nubes.

Otras veces, silbador y ronco, caracoleaba el viento entre las malezas agitando los varejones y desentretrejiendo las enredaderas secas, las aristas presas en los breñales, las hojas que pasaron el invierno en peloton informe entre dos recodos sirviendo de casa á los insectos.

Rugia por todas partes doblegando algunas plantas polvosas y macilentas, y en toda la naturaleza se notaba no sabemos qué festinación precursora de una fiesta.

No eran los anuncios de una ruina próxima, no era el huracán embravecido é implacable; sino un viento precursor de las delicias primaverales que llegaba sacudiéndolo todo y como reprendiendo al invierno por sus despojos y por sus estragos.

Este viento ejecuta millones de actos solemnes y de una importancia incalculable: su soplo, verdaderamente vivificador, arranca de los vértices de las hojas los dañosos amontonamientos de despojos que obstruyen la vegetación, desenlaza dos plantas que durmieron abrazadas du-

rante el invierno, las despierta y les avisa que estén listas para el trabajo del crecimiento y la reproducción.

Barre sobre las gramíneas llevándose las hojas y las escorias perniciosas hasta depositarlas en un escondite de piedras, ó las oculta en un barranco ó en un arroyo, ó las desmenuza para que desaparezcan á la vista.

Reprende á los insectos perniciosos que habian plegado las hojas con su baba para fabricarse cuarteles de invierno; desaloja á algunos intrusos aventureros que pretendian perforar las plantas y roerles el corazon; echa á silbidos otros que amenazaban una yema, y hasta pide á las nubes algunos goterones para que le sirvan de proyectiles contra la canalla que usurpa el terreno de las flores que vienen.

Las aves, al sentir ese viento que riza sus plumas, lo resisten volviéndole la cara y adivinan la estacion que se avecina, y en medio de aquel trajin de aseo general, aréglanse con el pico las últimas plumas de la muda, péñanse su pechuga de pluma nueva, y aderezan su interesante vestido con que se presentarán en la primavera, en cuya época es necesario cantar bien y estar aseado.

De vez en cuando dirigen las aves una mirada al cielo que se empaña, para aparecer mas tarde brillante y diáfano.

Verdeguean sobre despojos inertes las ramas que aún subsisten y van á ver brotar las nuevas hojas, y debajo de la tierra se prepara por todas partes el gran trabajo de las sávias, como si la voz de ponerse en accion se hubie-

se propalado en las inmensas zonas fértiles; y los millones de obreros microscópicos, ese mundo oscuro de chupadores de jugos se ponen en movimiento para dar vida y jugos desde los individuos seculares hasta á los pequeñuelos ejemplares de la vegetacion.

El aviso solemne se propaga en ecos, en murmullos y en silbidos; en los chasquidos de las breñas, en el rodar de las escorias y en la pertinacia de algunos gemidos que se producen en las junturas de una choza abandonada, y tal vez en los mil postreros ayes de angustia, de las hojas secas que van á perderse en el abismo.

Gabriel contemplaba este cuadro de la naturaleza, y sentia cierto placer melancólico al ver rodar las hojas; y es que encontraba una misteriosa analogía entre el estado de su alma y aquellos preparativos que iban á cambiar la faz de la naturaleza.

Gabriel sabia que iba á abandonar aquel pueblo hospitalario y querido, y que un porvenir lleno de flores le esperaba.

Venir á México, era para Gabriel un acontecimiento tan plausible, que lo consideraba como la realizacion de un sueño.

Por fin, llegó el dia fijado para la marcha; D. Santiago se habia provisto de caballos y estaban listos ya dos criados y una mula de carga; se habia cerciorado detenidamente de la buena andadura de su caballo, del buen estado de los arneses, y habia preparado con método y

órden todo cuanto pudiera apetecer en materia de comodidades.

—Lo estoy viendo y no lo puedo creer, decía Mariana; ¿será posible que el señor D. Santiago, que lleva tantos años de no querer moverse de su rincón por nada de esta vida, vaya ahora á emprender un camino tan largo solo por ese muchacho? Ya se ve, no se puede negar que el chico es bueno; pero no al grado de sacar al pacífico de mi amo de sus arregladas costumbres; ¡y todavía sabe Dios los trastornos que se originen, ó si va á sucederle algo por esos caminos, que dicen que están tan malos! Pero qué hemos de hacer! no parece sino que Gabriel no es huérfano, sino hijo legítimo del señor D. Santiago.

Ya hechos todos los preparativos de la marcha, aun probó Mariana de disuadir á su amo de lo que ella llamaba una locura; pero nada pudo conseguir, y llegó por fin el día de la partida.

Gabriel no había podido dormir pensando en su dicha, y fué el primero que estuvo listo, esperando solo el momento de marchar.

—Ea! dijo D. Santiago saliendo de su habitación; ya creo que nada falta.

Hizo sus últimos encargos á Mariana y montó á caballo, Gabriel lo imitó, y seguidos por los dos criados y la mula de carga, salieron del pueblo.

Don Santiago tenía que pararse al pasar por cada tienda y por cada esquina para dar razón de su marcha á los vecinos, para quienes aquello era un acontecimiento ex-

traordinario; pero despues de no pocas detenciones, saludos, encargos y despedidas, la pequeña caravana se encontró en despoblado, y el caballito de D. Santiago desplegó todo su sobrepaso.

Gabriel procuraba no alejarse de D. Santiago, á quien hacia preguntas incesantes.

—A mí me agradan los muchachos preguntones, decía D. Santiago; esos son los que aprenden ó los que llegan á saber algo.

De manera que con estos antecedentes Gabriel, bien sea por su deseo de saberlo todo ó por halagar á D. Santiago, no cesaba de hacerle preguntas sobre todo lo que veía, y D. Santiago, por su parte, se encontraba satisfecho, pues tenia ocasion, á cada pregunta de su hijo adoptivo, de darle nociones sobre multitud de conocimientos.

Ningun incidente digno de notarse aconteció á D. Santiago en los primeros días de camino; pero una tarde uno de los criados se dirigió á su amo para decirle:

—Patron, usted dirá si seguimos.

—¿Por qué? qué hay?

—Dice el de la tienda que ahí abajo de la loma anda el Pájaro con otros.

—¿Y quién es el Pájaro?

—Pos es de los compadres.

—¿Pero á nosotros qué nos pueden quitar? Ya saben ustedes bien que no traemos nada de valor.

—Pos cuando menos nos dejan á pié, señor amo; luego el Pájaro anda con diez ó doce.

—¡Tantos así exclamó D. Santiago espantado.

—Y yo no sé, continuó el criado, cuantos traerá, y ya verá su *mercè* que lo que es por nosotros en cualquier rato nos chispamos y como Dios nos dé á entender desatamos; ¡y cuándo nos cojen! pero su merced no podrá hacer lo mismo. Y luego, que las armas de qué sirven cuando son muchos? Por mí, lo que su *mercè* disponga; yo cumplo con avisar.

—Me parece, dijo D. Santiago reflexionando, que lo prudente será averiguar si esa noticia es cierta, y luego si se sabe la gente que traen.

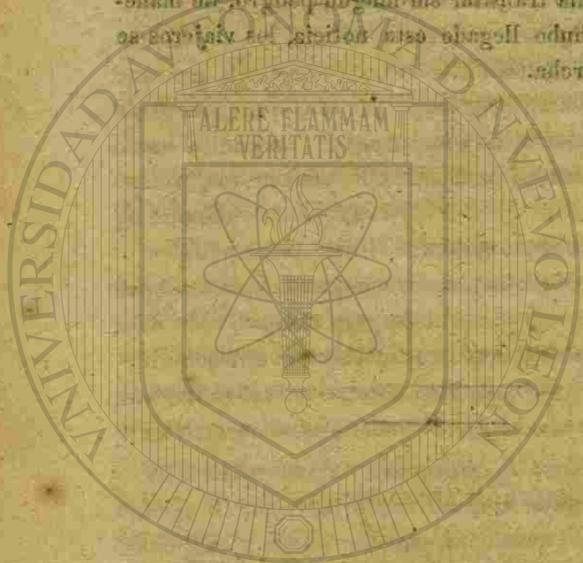
Se decidió en consecuencia que uno de los criados, el mas conocedor del terreno, se adelantara á pedir informes, y volviera con ellos, antes de seguir adelante.

Gabriel pretendió acompañar al explorador y estaba deseoso de tener su primer lance de armas, pues que armado iba, y sentia vehementes deseos de que llegara el caso de hacer uso de una mala pistola que le habian proporcionado.

Pero D. Santiago no consintió en la separacion del jóven, quien contrariado pero obediente, se resignó á esperar.

Hubo necesidad de pernoctar en un pequeño rancho, y esperar tranquilamente la vuelta del explorador, quien regresó hasta la mañana siguiente, trayendo la noticia de que efectivamente habian pasado por el camino real el Pájaro, un tal Gomez y dos hombres mas; pero que como habia salido una fuerza rural á perseguirlos por los

crímenes que por allí habian cometido, estaba seguro el camino y se podia transitar sin ningun peligro, de manera que apenas hubo llegado esta noticia, los viajeros se pusieron en marcha.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO VII.

DOS COMPADRES CURIOSOS.

**M**IENTRAS camina D. Santiago, volvamos a seguir los pasos de Gomez, de quien no hemos vuelto á ocuparnos desde la escena del panteon del pueblo.

Gomez, acostumbrado á conseguir todo lo que deseaba, tenia ya ese aire resuelto y era audacia que caracteriza á los hombres incultos y feroces.

La pasion que concibió por Salomé lo volvió loco, y desde el momento en que la conoció, no pensó en otra co-

sa que en preparar un rapto, para lo cual contó en todo con su amigo el Pájaro.

Este asunto llegó á estar arreglado, especialmente desde el momento en que Salomé sintió que iba á ser madre, y se consideraba sin valor para arrostrar la justa cólera de su marido.

La casa de Salomé no era de las céntricas del pueblo, y formaba la esquina de una pequeña manzana, que en su mayor extension de terreno pertenecia al marido de Salomé.

El costado izquierdo de la casa formaba parte de una calle angosta que conducia al campo, y en esta calle solo habia una puerta y dos ventanas, pertenecientes al departamento de la servidumbre y los macheros.

Con alguna frecuencia aparecian á eso de las once de la noche, especialmente en las mas oscuras, dos ginetes, que conduciendo sus cabalgaduras con extraordinaria precaucion, llegaban sin hacer el menor ruido á cierta distancia de las ventanas; allí quedaba uno de ellos y el segundo avanzaba lentamente hasta colocarse al pié de una de las ventanas.

Todo esto pasaba en medio del mayor silencio y sin ser notados por los vecinos; hasta cierta noche en la cual aquella escena tuvo un testigo presencial.

Don Máximo, el dueño de una tienda situada á corta distancia y en direccion de la calle angosta de que hemos hablado, se retiraba una noche á su casa, preocupado

con el relato de ciertos crímenes que habian formado el tema de la conversacion de su tertulia favorita.

Notó D. Máximo, á pesar de la oscuridad de la noche, que á lo lejos se destacaban dos bultos; paróse á observar y conoció que los bultos avanzaban con precaucion, y entonces pareció conveniente á D. Máximo ocultarse en el hueco de una puerta para observar lo que pasaba.

Don Máximo tenia un compadre, que á la vez era el hombre de todas sus confianzas.

—Compadre, le dijo al dia siguiente, tengo que participar á usted un acontecimiento: anoche á eso de las once y media ví en la direccion de mi casa y como quien sale del pueblo hácia el Oriente.....

—¿Qué vió usted, compadre?

—Dos bultos.

—¿De hombres?

—Probablemente; eran dos ginetes.

—¿Tan tarde y dos ginetes! ¿Serian correos?

—No, compadre, porque iban espacio, y como recatándose: ¿me comprende usted?

—Sí, compadre. ¿Y qué hicieron los bultos?

—Se pararon: despues uno de ellos se separó de su compañero y avanzó hácia la izquierda, y el otro se quedó esperando.

—¿Haya cosa!

—El que avanzó se pegó á la pared, y allí se estuvo como mas de dos horas.

—¿Y usted, compadre?

—Yo me estuve observando. ¿Me comprende usted?

—Sí, compadre. ¿Y luego?

—Luego se juntaron los bultos y se fueron.

El compadre se quedó pensando largo tiempo, y luego preguntó:

—¿Dice usted que á lo largo de la calle?

—Hacia el Oriente.

—¿Mas allá deca D. Antonio?

—Mas.

—¿Pasada la tienda?

—Mas allá.

—¿Entonces en la última calle?

—Eso es!

—Pues en la última calle no hay mas que la puerta de los macheros de la casa de Salomé.

—Pues eso es lo que yo digo.

—¿De manera que allí seria donde el ginete se paró?

—Yo creeré que sí.

—Pues vea usted, compadre: como el marido de Salomé tiene sus medios y es tan confiado, no será extraño que no estén espiando para darle un golpe de mano.

—¿Le parece á usted que seria bueno avisar? preguntó D. Máximo.

—Vea usted, compadre, en todo es bueno ser prudente.

—¿Cómo prudente!

—Quiere decir, que si no es lo que nos figuramos....

—¿Pues qué otra cosa puede ser?

—Puede ser..... muchas cosas: en primer lugar puede ser cosa de amores.

—En todo mete usted los amores, compadre.

—En todo los hay, compadre; vea usted que tengo mucho mundo.

—Pero si son amores ¿de quién cree usted que se trata?

—Pues nada..... yo diria que de las criadas de doña Salomé.

—¿Sabe usted que tiene razon, compadre?

—¡Ya lo ve usted!

—Y si son amores de las criadas ¿para qué nos metemos?

—Es verdad; ¿pero y si no son?

—Por eso será bueno averiguar el hecho.

—Vamos á averiguarlo.

—Vamos.

—¿Cómo harémos?

—Es muy sencillo: enfrente de la tapia y las ventanas del costado izquierdo de la casa de doña Salomé, está la tapia del corral de D. Pascasio.

—¿Y qué?

—Don Pascasio no está en el pueblo; y en la casa no vive mas que su mayordomo y dos peones.

—Ya comprendo, compadre; nos metemos esta noche con cualquier pretexto.

—No, compadre Máximo, no es tan sencillo eso, porque entonces nosotros serémos los que vamos á inspirar sospechas.

—¿Pues qué cree usted que será lo más conveniente?  
—En primer lugar, debemos cerciorarnos de si lo que usted vió anoche no es una casualidad, sino una cosa constante y positiva.

—¿Tiene usted razón!

—Y una vez averiguado que la escena se repite, entonces veremos como nos introducimos en la casa de D. Pascasio.

—¡Eso es!

—Y entre tanto, no hay que decir nada á nadie de este acontecimiento.

—Por mi parte guardaré secreto, y esta noche observaremos los dos.

—No hay necesidad de que yo me desvele, compadre; usted que se retira tarde de su tertulia, vuelva á poner cuidado, y si esta noche se repite la escena le ofrezco á usted que mañana la veremos de cerca.

—Me parece muy bien.

A la noche siguiente D. Máximo se puso en acecho á eso de las once y media; pero la noche estaba lluviosa y oscura y nada podia distinguir desde donde habia observado la noche anterior; de manera que tuvo necesidad de avanzar en direccion del lugar de la escena.

Daban las doce cuando vió los dos bultos, y favorecido por la oscuridad, avanzó cuanto le fué posible; pero nada sacó en limpio sino que el ginete estaba probablemente hablando con alguien, que se asomaba á una de las ventanas.

Cerca de la una, D. Máximo, entumecido y soñoliento, se retiró á su casa.

Al dia siguiente volvió á entablar la plática con el compadre.

—Compadre, dijo D. Máximo, los ví.

—¿Otra vez?

—Sí.

—¿Como antes de anoche?

—Lo mismo. Se fueron cerca de la una.

—Pues esta noche los veremos cerca.

—Convenido.

—Voy á preparar las cosas.

—Aquí estaré esperando á usted. ¿A qué hora nos veremos?

—Volveré en el dia para que convengamos la hora de la cita.

Los dos compadres tuvieron, desde entonces, el más formal empeño en conocer el misterio que encerraba la aparicion nocturna de los dos ginetes.

El compadre de D. Máximo era uno de los vecinos más antiguos del pueblo; conocia á todos y era muy inclinado á interiorizarse en los asuntos de los demás, por poco que los tales asuntos le importaran; pero en un pueblo corto, la curiosidad es un constante motor, y dejar pasar algo desapercibido, es una cosa imperdonable.

Don Antonio, que así se llamaba el compadre de D. Máximo, comprendió la necesidad de no inspirar sospechas al mayordomo de D. Pascasio, á cuya casa iba á pe-

netrar para ver de cerca lo que hacían los ginetes misteriosos.

Pedir permiso para penetrar en la huerta de D. Pascasio á las once de la noche, era desde luego una pretension que debia inspirar sospechas; pero D. Antonio encontró bien pronto un espediente.

—Amigo D. Mateo, le dijo al mayordomo, necesito de sus buenos servicios.

—Estoy para que usted me mande, contestó el mayordomo quitándose el sombrero.

—No es nada, D. Mateo; ha de estar usted que tanto á mi compadre Máximo como á mí nos comprometen en casa del licenciado á jugar todas las noches; y aunque no es mas que de á medio el tanto, el negocio se va volviendo ruinoso, y mi compadre y yo hemos decidido retirarnos del juego.

—Me parece muy acertado, señor D. Antonio.

—Pero es el caso que se nos han agotado las excusas, y hemos tenido que recurrir al arbitrio de decir que esta noche estaremos fuera de la poblacion, y para no caer en mentira.

—Ya entiendo: quiere usted pasar una mala noche?

—Efectivamente.

—Pues si eso es todo, señor D. Antonio, no necesitaba usted ni avisarme: puede usted disponer de toda la casa, que al fin mi patron, el señor D. Pascasio, es buen amigo de su persona de usted.

—Pues estamos convenidos; esta noche, á eso de las diez, estaré aquí con mi compadre.

—A la hora que sus mercedes gusten, que no faltará cena y cama para dos.

—En cuanto á cena no hay necesidad, porque la harémos temprano, pero en cuanto á la cama sí, es preciso aceptarla.

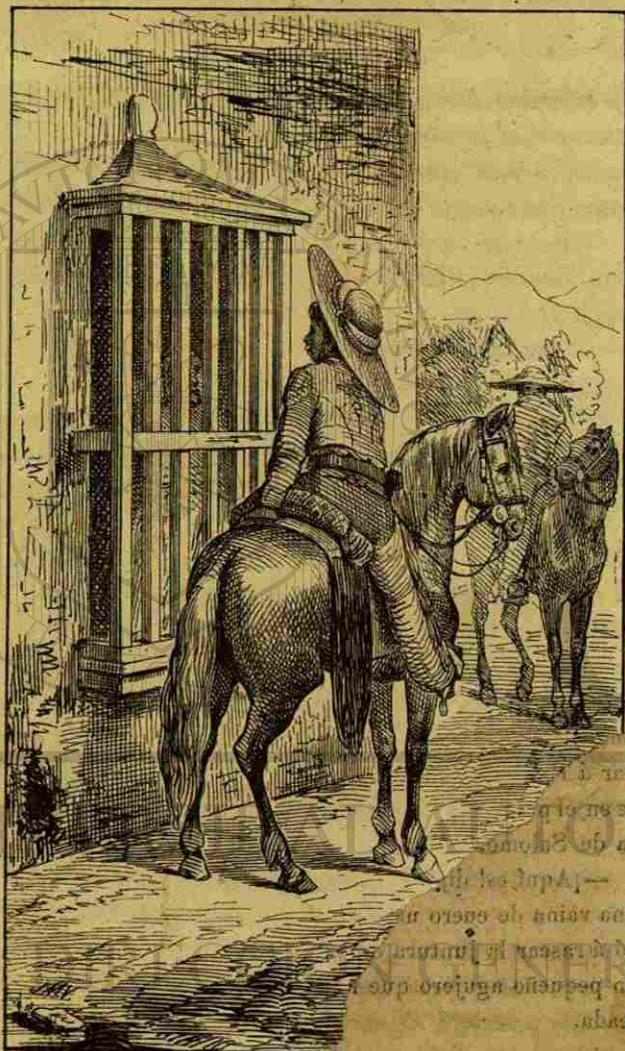
—Todo estará dispuesto.

Don Antonio se retiró satisfecho de su ardid que comunicó en el acto á su compadre, y poco antes de las diez de la noche de ese mismo dia, estaban perfectamente alojados en la casa de D. Pascasio, merced á la buena voluntad del mayordomo.

No bien se hubieron cerciorado los dos compadres de que Mateo se habia encerrado en su habitacion, cuando abriendo con precaucion las puertas, se dirigieron á la huerta.

Don Antonio tenia medidos los pasos, y á partir de un punto dado comenzó á contar los que era necesario andar á lo largo de la tapia para venir á parar precisamente en el punto que quedaba frente á las ventanas de la casa de Salomé.

—¡Aquí es! dijo D. Antonio parándose, y sacando de una vaina de cuero un ancho cuchillo, con el que comenzó á rascar la juntura de dos adobes, hasta lograr hacer un pequeño agujero que le permitiera ver la ventana deseada.



Los ginetes misterio

CAPITULO VIII.

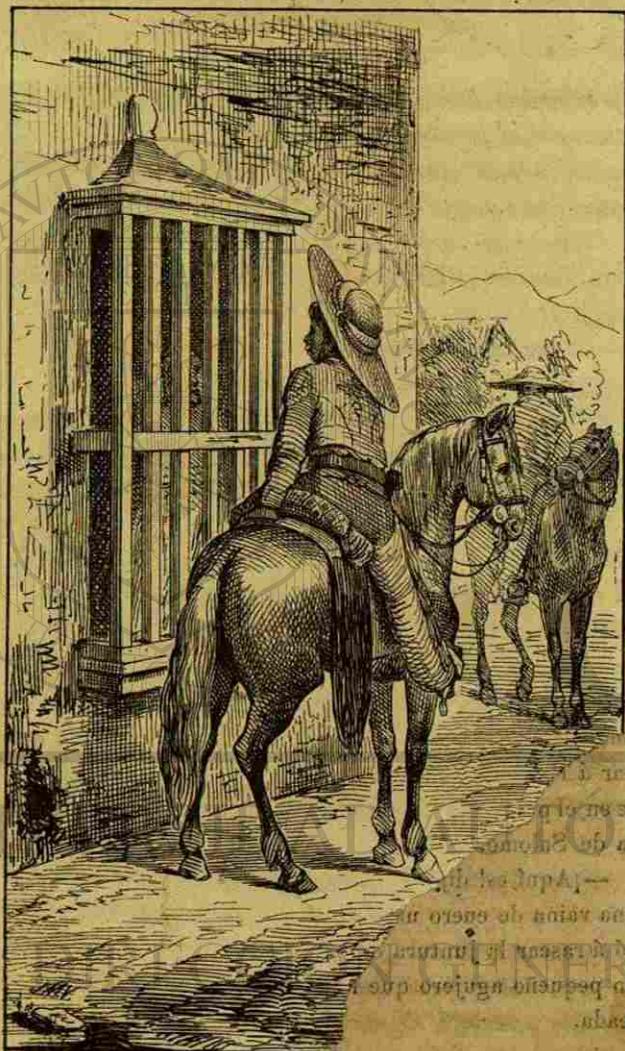
EL RAPTO Y LA CRECIENTE CURIOSIDAD DE LOS COMPADRES.

**R**ESO de las doce de la noche, llegaron á la calle los dos ginetes misteriosos, y apenas se sintieron los pasos de los caballos, se abrió la ventana y apareció Salomé.

—Esta noche, dijo Gomez acercándose, es la última que espero tu resolucio, y supongo que no la retardarás por mas tiempo.

—¿Pero acaso no nos estamos viendo todas las noches?

—Esto no me basta; yo necesito vivir á tu lado y verte constantemente; necesito verte á la luz del día y sin



Los ginetes misterio

CAPITULO VIII.

EL RAPTO Y LA CRECIENTE CURIOSIDAD DE  
LOS COMPADRES.

**R**ESO de las doce de la noche, llegaron á la calle los dos ginetes misteriosos, y apenas se sintieron los pasos de los caballos, se abrió la ventana y apareció Salomé.

—Esta noche, dijo Gomez acercándose, es la última que espero tu resolucio, y supongo que no la retardarás por mas tiempo.

—¿Pero acaso no nos estamos viendo todas las noches?

—Esto no me basta; yo necesito vivir á tu lado y verte constantemente; necesito verte á la luz del día y sin

esconderme; además, esta situación no puede prolongarse por más tiempo; pues si hasta ahora han podido pasar desapercibidas nuestras entrevistas, alguna vez llegarán á notarlas y entonces será muy difícil; tal vez imposible, tomar una resolución.

—Debes á tu vez tener presente, contestó Salomé, que el sacrificio que me exiges es de tal manera grave, que una vez consumado no caben reparación ni remedio.

—¡Reparación! rugió Gomez incomodándose; ¿para qué necesitamos reparación? ¿ó serias capaz de exigirme que le pida perdón á tu marido?

Estas palabras fueron pronunciadas con un acento de ira tan concentrado que Salomé tembló.

El terror habia tenido una parte tan activa en la conducta de Salomé, que ella misma no habia podido averiguar hasta entonces, si temía á Gomez más de lo que lo amaba.

Desde los primeros momentos, Gomez ejerció sobre ella un ascendiente irresistible, se sintió impotente para luchar, y en el sopor de los primeros momentos, Salomé encontró más fácil sacrificar su dignidad, que arrostrar con la ira de Gomez.

Salomé no lo conocía, ignoraba completamente los antecedentes y la conducta de Gomez, y ella misma no podía explicarse el temor instintivo que la inspiraba; pues se sentía incapaz de toda resistencia.

Es tal el corazón de la muger que no puede aborrecer

al autor de su desgracia: por el contrario, esto la estrecha más y la subyuga.

Si Gomez hubiera ofrecido á Salomé una felicidad deslumbradora, Salomé se hubiera sentido capaz de desdeñarla; pero Gomez era el autor de su desgracia, y esta contemplación engendraba en su alma el sentimiento que ella confundía con el amor.

Fluctuando entre un marido justamente indignado y un amante decidido á arrostrarlo todo por ella, teniendo además la conciencia de una falta irreparable, prefería huir de la cólera del marido á arrostrar la del amante.

Su propia falta era de tal naturaleza, que la colocaba en una pendiente en la que no podia ni rehabilitarse ni retroceder.

Gomez, por su parte, acostumbrado á no dominar sus instintos, se dejaba llevar por aquel amor, echándose en cara la debilidad con que hasta entonces habia obrado; de manera que en el momento en que lo vemos hablar con Salomé, está enteramente resuelto á llevar á cabo el rapto proyectado.

La conferencia aquella noche fué más larga que de costumbre, al grado que el Pájaro daba, por primera vez, á los diablos su misión de acompañante, y por su parte estaba también resuelto á que aquella situación no se prolongase.

Los dos compadres, atisbando cada uno por su tronera, pues D. Máximo habia tenido tiempo de hacer la suya, se habian enterado de la situación á pesar de haber perdido

la mayor parte de las palabras que los amantes se decían muy por lo bajo.

Por fin, Salomé consintió en que á la noche siguiente á la hora de costumbre, en vez de asomarse á la ventana abriera la puerta.

Gomez se despidió ofreciendo estar puntual á la siguiente cita, que seria la última, y los dos compadres dieron fé de esta despedida y se retiraron á su habitacion.

La ocasion era propicia para Salomé, porque su marido estaba ausente, y hasta entonces no se habia apercibido de la infidelidad de Salomé.

Quando esta volvió á su habitacion se entregó de lleno á sus reflexiones.

—Esto no tiene remedio, pensaba, yo no debo vivir al lado de un hombre á quien engañó; yo no podré ocultar mi falta, no; ni quiero ocultarla; yo no he sido dueña de mí; Gomez me fascina, juega con mi albedrio, con mi fé, con mi resistencia; hay en él algo que me atrae como el fondo del abismo..... sí, estaba escrito que debia pertenecerle.

Robusteciendo mas y mas su resolucion, se dispuso á hacer sus preparativos; no sabia que era lo que habia de dejar en aquella casa que no habia de volver á ver nunca, y le parecia cometer un robo al pensar en llevar algo de lo que le perteneciera.

Quemó algunos papeles y dió su última mirada á todos los objetos que le eran queridos, á todas esas pequeñas chucherías que forman el museo de algunas mugeres.

Vió su corona de azahares, la corona nupcial, y la cubrió inmediatamente, como si aquel emblema de pureza le lanzara un reproche por sus liviandades posteriores.

¡Cuánto sufrió Salomé! solo en el corazon de una muger cabe esa minuciosa y amarga despedida subdividida en mil pequeños objetos, en mil complicados y pureiles recuerdos, en mil delicadas y sutiles vacilaciones.

Pero lo que habia de notable en el estado moral de Salomé, era que su resolucion no dimanaba del entusiasmo que inspira una pasion: no habia en Salomé el alborozó de la muger amada que va á realizar sus sueños de felicidad y á indemnizarse de sus angustias, no; en Salomé habia la fascinacion del suicida, el capricho sostenido por una idea pertinaz y sin solucion; y en todo ello un fondo de despecho que lejos de sonreir temblaba ante un porvenir que por intuicion se figuraba negro y triste.

No pudo en toda la noche conciliar el sueño; las horas se habian precipitado unas tras otras con la festinacion de sus ideas arrastradas por aquel torbellino que la impelia con la fuerza de un destino irresistible.

Tenia Salomé una criada de confianza, según hemos visto: Gertrudis. Esta criada en quien el marido de Salomé depositaba toda su confianza, habia criado á Salomé y no se habia separado nunca de su lado: la vió nacer, la alimentó, la vió crecer, la vió casarse, y ahora la estaba viendo tal vez por la vez postrera.

La presencia de Gertrudis fué para Salomé tal vez el mas sério de los reproches. Gertrudis la queria tanto, que

al día siguiente se moriría de pena la pobre anciana al saber que su hija había desaparecido para siempre.

Casi estuvo Salomé á punto de arrepentirse, y sintiendo que vacilaba se decidió á no ver mas á Gertrudis en el día.

Las horas le parecían eternas, y cada uno de los objetos que contemplaba Salomé parecían decirle adios con una tristeza indecible; de manera que procuraba no fijarse en nada que pudiera influir en debilitar sus resoluciones, pues necesitaba de todas sus fuerzas para cometer una accion no menos reprobable que su primera falta, pero que ella consideraba como consecuencia precisa de su destino!

Los dos compadres estaban abismados y sin saber qué partido tomar.

—¿Sabe usted, compadre, que el caso es bastante comprometido?

—¡Pues ya se ve que lo es!

—¿Impedimos el rapto?

—¿Pero con qué derecho?

—¡Tomal con el de amigos del marido. ¿Me comprende usted?

—¿Pero cómo impedirlo sin hacer un escándalo, sin deshonrarlo previamente, sin tener que dar parte á la autoridad, sin hacer público el hecho?

—Y luego, agregaba el otro compadre, ¿si nos ha parecido, si no es un rapto lo que el ginete pretende?

—No, compadre, en cuanto á eso, yo estoy cierto que

lo que es rapto..... en fin, yo estoy seguro; ya sabe usted que yo tengo mucho mundo, y lo que á mí me da en el corazon ¡jure usted que sale, compadre!

—Pues usted dirá lo que será bueno hacer, porque si por otra parte nos conformamos con ser simples espectadores, nos convertiremos en cómplices, y entonces sí tendremos que echarnos en cara con respecto á nuestra amistad con el marido.

—Eso es muy cierto.

Don Máximo y D. Antonio pasaron tambien la noche en vacilaciones, y á la madrugada los venció el sueño sin haber podido encontrar una solucion á aquel enigma.

Pero llegó el día y se hacia preciso tomar una resolucion, y D. Antonio, sin pensarlo mas, se dirigió á la casa del prefecto.

Solicitó tener con la autoridad una conferencia secreta en la que le reveló sus sospechas, y por vía de consulta le contó cuanto sabia sobre el particular.

Al prefecto le ocurrió emboscar una ronda al término de la calle para cortarles la retirada á los raptos, disponiendo á la vez que D. Máximo, D. Antonio y él mismo estarian en acecho, y en el momento de entrar los dos ginetes en la calle consabida, rodearlos y apoderarse de ellos.

Estas disposiciones se tomaron con el mayor sigilo, y al jefe de la ronda se le dijo que se trataba de capturar á dos *mañosos* recomendados por exhorto recibido en el juzgado.

Todo se dispuso convenientemente, y los diversos actores de la escena que iba á pasar en la noche, se disponian cada uno por su parte á verla realizada de muy distinto modo de como iba á pasar.

Gomez tenia á su disposicion tres magníficos caballos, y ya habia tomado sus medidas para huir con su prenda á lugar seguro.

El Pájaro se felicitaba porque llegaban á tener término las excursiones nocturnas, en que se fastidiaba soberanamente.

Los compadres y el prefecto pensaban que iban á dar un golpe maestro, y Salomé estaba segura de que su destino estaba fijado.

En tanto llegó la noche y cada uno se preparó para el lance, esperando con impaciencia las once y media que era la hora crítica.

El prefecto y los dos compadres, armados hasta los dientes y bien embozados, se apostaron á respetuosa distancia de la ventana de la casa de Salomé, y la ronda, oculta en una casita de las orillas del pueblo, esperaba dormida, casi en su totalidad, las órdenes de su gefe; pues ninguno habia comprendido la causa de que la ronda se hubiese hecho aquella noche encerrados en una casa, en vez de recorrer la poblacion como lo hacian siempre.

Pero como es obligacion del soldado callar y obedecer, los rondadores se acomodaron con facilidad á la idea de esperar acostados mejor que andando.

Dieron las once, y Salomé no pudo contener sus lágrí-

mas al ver dormida á Gertrudis; dirigió todavía una última mirada á su habitacion, y se dirigió al desierto de departamento de los macheros, llevando en la mano la llave de la puerta que le iba pareciendo á Salomé la llave del cementerio.

Se sentó tras de la ventana sin abrirla y solo poniendo el oido atento á las pisadas de los caballos; pero ningun ruido se percibia, á excepcion de los aullidos lejanos de un perro.

Un perro, el animal doméstico, el festivo y leal compañero del hombre, tiene á veces una manera de contarle á la noche sus desgracias, que hace estremecer de horror al que lo escucha.

En efecto, ¿qué ecos mas lastimeros y profundos que los de uno de esos perros vagamundos que en la mitad de una noche sombría, levantan la cabeza en ademán de angustia y lanzan el prolongado gemido de un dolor que nadie comprende?

Aullidos de esta naturaleza eran los únicos que de vez en cuando turbaban el silencio de la noche.

Dieron las doce y los ginetes no parecian: aquella danza estaba produciendo en los ánimos una viva impresion.

Salomé, por su parte, estaba tan conmovida que habia perdido la idea del tiempo trascurrido; aún le parecia que se habia adelantado á la hora de la cita.

El prefecto comenzó á dudar de la veracidad de los

compadres y á temer que estos hubieran procedido con ligereza.

Don Antonio pensaba que tal vez el raptor seria persona de la poblacion y que habia tenido tiempo de saber que se le preparaba una emboscada, y habia preseindido, por aquella noche, de poner en ejecucion el plan proyectado.

Sea de ello lo que fuere, el caso es que en dudas y conjeturas dió la una, y los raptos no parecian; el encargado de la ronda se fastidiaba esperando la ocasion de atacar al enemigo que no daba señales de vida.

Por fin, á eso de las dos y media de la mañana, el prefecto y los compadres decidieron recoger la ronda y esperar otra oportunidad.

Salomé permaneció tras de la ventana toda la noche, y al notar que el dia despuntaba ya, se retiró á su habitacion, no sabiendo á que atribuir aquella extraña desaparicion de Gomez.

## CAPITULO IX.

DON MÁXIMO NO ABANDONA EL GRAVE PROYECTO  
DE AVERIGUAR LO QUE PASA.

**P**ASARON seis meses sin que los dos compadres volvieran á ver á los ginetes misteriosos; el prefecto tuvo á solemne embuste la denuncia, aunque los compadres habian visto con sus propios ojos á los ginetes, habian oído hablar á Gomez con Salomé, y no les cabia la menor duda de que se trataba de un rapto.

Los dos compadres entraron en sosiego por algunos dias en materia de espionage y cuidados agenos, hasta que una noche D. Máximo, que era el mas afecto á saber lo que

pasaba á los demas, notó que en la susodicha calle de las ventanas, habia, no cerca de una de estas sino del zaguan, un bulto que parecia recatarse.

—¡Nuestro hombre viene á pié para ocultarse mejor! exclamó muy contento D. Máximo, creyendo haber hecho un importante descubrimiento.

Se puso á su vez en acecho, y despues de media hora de observacion, acertó á pasar un vecino por allí.

—Vecino, le dijo D. Máximo, hágame usted favor de decirle á mi compadre D. Antonio que aquí lo estoy esperando para un asunto de mucha importancia. ¡Por vida de usted, vecino!

—Voy á verlo, contestó el vecino con flemático tono; aunque no sin encontrar altamente misteriosa la cita.

Don Máximo siguió escuchando.

El bulto negro permaneció inmóvil en la puerta.

Al cabo de un rato apareció D. Antonio.

—Compadre, le dijo D. Máximo.

—¿Qué tenemos?

—Que nuestro raptor está á pié; y ahora nos será mas fácil pillarlo.

—¿Es posible?

—Mírelo usted, compadre.

—No se ve nada, dijo D. Antonio apurando la vista.

—¡Cómo! ¿No es un bulto negro que se esconde tras el dintel de la puerta? ¿Lo ve usted?

—Sí, sí, algo se nota. ¿Pero está usted seguro, compadre, de que ese bulto es el del raptor?

—¡El mismo! ¡estoy seguro, segurísimo! Y esta es la ocasion propicia de probarle al prefecto que no lo engañamos y que cuando le hacemos una denuncia tenemos en que fundarnos.

—¡Tiene usted razon, compadrel y supuesto que está usted tan seguro voy á avisarle en el momento al prefecto que disponga la gente.

—Sí, compadre; nada mas que ahora la ronda en vez de esperarse, entrará á lo largo de la calle por la parte de allá y nosotros tambien entraremos por la parte de acá al mismo tiempo.

—¡Y lo encorralamos!

—¡Y le damos el alto!

—¡Y nos desengañamos todos!

—Pues no pierda usted tiempo, dijo D. Máximo.

Apenas se hubo desprendido D. Máximo de su compadre cuando D. Antonio notó que el bulto en cuestion se habia movido y echaba á andar á lo largo de la calle, en direccion de donde estaba D. Máximo.

Este se recató lo mas que pudo, pero sin perder de vista el bulto.

Pero ¿qual seria la sorpresa del compadre cuando notó que el bulto aquel era una muger!

—Ha de estar disfrazado, exclamó; voy á seguirlo!

Y efectivamente se puso en su seguimiento. Era una muger, y llevaba algo cuidadosamente cubierto en los brazos.

Don Máximo la dejó pasar afectando disimulo, y co-

mo se proponía no seguir á aquella muger á corta distancia, esperó que se alejara para observar de lejos sus movimientos.

La muger misteriosa en llegando á la esquina en donde estaba D. Máximo, tomó otra calle á su derecha y corriendo despues por otra, llegó casi á despoblado.

Don Máximo apretaba el paso porque la noche era oscura y temia por momentos perder la pista en una de tantas vueltas como daba la muger aquella.

Cada vez mas impaciente, D. Máximo se propuso acercarse á la muger y desengañarse definitivamente de quien era y qué asuntos la traian á las vueltas á aquellas horas y por los suburbios del pueblo.

Tomada esta resolucion avivó el paso, lo cual sentido que fué por la muger, echó á correr y D. Máximo en su seguimiento; pero la misma agitacion de la carrera no le dejaba ver los movimientos de su perseguida que corría con mas velocidad que D. Máximo, hasta que por fin desapareció.

A cierta distancia se dibujó en tierra una ráfaga de luz que deslumbró á D. Máximo, pero siguió corriendo; no veia ya á la muger, pero en cambio le pareció oír distintamente el llanto de un niño.

Don Máximo se paró jadeante.

—¡No me cabe duda! exclamó; eso que ha gemido ha sido un niño ó un tecolote: la noche se presta á todo y bien puede ser lo uno ó lo otro. Recapitulemos: La muger escondia algo y huyó cuando la seguia; estos son dos da-

tos en favor de la idea de que sea un niño y no un tecolote lo que ha gemido.

Se proyectó una luz, luego se abrió una puerta; desapareció la muger, luego la muger entró al mismo lugar de donde salió la luz; á la sazón lloró un niño, luego era un niño lo que llevaba la muger y no un tecolote, á quien le hubiera faltado la espontaneidad que estos animales necesitan para gemir.

De todo esto se infiere claramente que, de resultas de lo del ginete que hablaba al traves de la ventana, aparece una noche un bulto en el que llegó á reconocer á una muger, cuya muger espera un niño, cuyo niño no puede ver nadie, supuesto que la muger no permite que yo me acerque: luego todo ello no es mas que una infidelidad.

¡Infidelidad, no cabe duda! ¿Pero de quién? ¿de criada ó de ama? ¡Hé aquí lo difícil de adivinar! ¡pero no! ¡qué difícil!..... yo lo sabré.

Y diciendo esto, D. Máximo echó á andar entregándose de nuevo á sus cavilaciones, pero ya cerca de su casa se acordó de que su compadre D. Antonio en compañía del prefecto, debian haberlo buscado, y que como mientras llegaban, él habia tenido necesidad de seguir á la muger, probablemente su compadre, pero mas especialmente el prefecto, le tendrian por un visionario cuando menos.

Las calles del pueblo estaban completamente desiertas, y D. Máximo encontró que por lo pronto lo mejor seria acostarse, reservando para el dia siguiente las explicaciones que debia á su compadre y al prefecto.

Muy temprano estuvo á verlo su compadre D. Antonio.

—¡Válgame Dios, compadre, lo que ha ido usted á hacer anoche!

—¡Qué, compadre! si tengo muchas cosas que comunicarle.

—Ya me va usted escamando con sus noticias y sus descubrimientos, y lo que es en esta ocasion el señor prefecto no le perdonará á usted el chasco que le ha dado.

—Pero no ha sido inútil, porque he hecho un descubrimiento.

—¿Qué descubrimiento ha hecho usted, compadre?

—Que lo del ginete ha dado su resultado.

—¿Qué resultado?

—Un niño.

—¡Un niño!

—Sí, compadre.

—¿Y dónde está ese niño?

—Eso es lo que no puedo saber á punto fijo.

—Entonces.....

—Vea usted, compadre, al principio vacilé en si sería un niño ó un tecolote.

—¿Un tecolote?

—Sáqueme usted de una duda.

—Diga usted.

—¿No es verdad que para que un tecolote cante, es necesario que esté cómodo?

—Hombre, no lo sé.

—Pero lo que usted se figura.

—¿Por que me lo pregunta usted?

—Porque yo creo que para que un tecolote cante ó llore, porque yo no sé bien por fin lo que hacen esos animales; pues bien, para que el tecolote cante, es preciso que esté á sus anchas, parado en su respectiva rama y con todas sus comodidades, porque de lo contrario el animal en vez de entregarse á gemiditos de cierto género, graznaría ó arañaría segun fuera tratado por una muger.

—La verdad, compadre, dijo D. Antonio, me está usted volviendo loco, no comprendo una palabra de todo eso que está usted diciendo.

Entonces D. Máximo explicó detalladamente á su compadre todo cuanto en la noche habia visto y oido, y quedaron por fin de acuerdo los dos compadres en que todo lo que hasta allí sabian, reconocia por origen un amor secreto, y un secreto producto que se habia escapado á sus ojos.

El prefecto por su parte y á pesar de todas las explicaciones de D. Máximo, se propuso no volver á dar crédito á sus denuncias y habladurías.

Estos dos compadres «eran así.»

D. Máximo no podia resistir al misterio; averiguar lo que no le importaba era su pasion dominante; hubiera caminado al fin del mundo en pos de un asunto misterioso; encontraba un extraño y caro placer en averiguar los asuntos agenos, en sorprender secretos que no le podian confiar, en interiorizarse de hechos que no le atañian; y en

una palabra, D. Máximo había venido al mundo para ver lo que hacen los demás.

Su amistad con D. Antonio no tenía otro origen que la curiosidad: desde el momento en que supo que D. Antonio era curioso, estrechó con él sus relaciones, y de la noche á la mañana é incesantemente, D. Máximo no se ocupaba sino de aquello que menos relacion tenía con su persona: hacia apuntes, consignaba fechas, y llevaba la crónica del pueblo con toda la exactitud del mas laborioso compilador.

A D. Máximo le debemos los apuntes de esta historia, en la que nos permitimos dar un lugar al mismo compilador, reservándole en esto una sorpresa para cuando este libro llegue á sus manos.

Peró con la confianza de que no podrá desmentirnos, no hemos vacilado en describirlo como tipo curioso, y porque en realidad D. Máximo es sin disputa una de las gentes "que son así;" y que por lo tanto no se puede eximir de figurar entre las figuras que alumbrá nuestra linterna.

## CAPITULO X.

### EL DESCUBRIMIENTO DE LOS DOS COMPADRES.

**D**ON Máximo tenía razon.

No era sino un niño lo que aquella muger llevaba oculto; solo que la rapidez de la carrera, la iráfaga de luz, y la velocidad con que pasó la escena que vamos á describir, le impidió conocerla á D. Máximo con todos sus detalles.

La muger al sentirse perseguida y llevando en brazos aquel niño recién nacido, y que sin compasion estaba resuelta á abandonar, segun las instrucciones que habia re-

una palabra, D. Máximo había venido al mundo para ver lo que hacen los demás.

Su amistad con D. Antonio no tenía otro origen que la curiosidad: desde el momento en que supo que D. Antonio era curioso, estrechó con él sus relaciones, y de la noche á la mañana é incesantemente, D. Máximo no se ocupaba sino de aquello que menos relacion tenía con su persona: hacia apuntes, consignaba fechas, y llevaba la crónica del pueblo con toda la exactitud del mas laborioso compilador.

A D. Máximo le debemos los apuntes de esta historia, en la que nos permitimos dar un lugar al mismo compilador, reservándole en esto una sorpresa para cuando este libro llegue á sus manos.

Peró con la confianza de que no podrá desmentirnos, no hemos vacilado en describirlo como tipo curioso, y porque en realidad D. Máximo es sin disputa una de las gentes "que son así;" y que por lo tanto no se puede eximir de figurar entre las figuras que alumbrá nuestra linterna.

## CAPITULO X.

### EL DESCUBRIMIENTO DE LOS DOS COMPADRES.

**D**ON Máximo tenía razon.

No era sino un niño lo que aquella muger llevaba oculto; solo que la rapidez de la carrera, la iráfaga de luz, y la velocidad con que pasó la escena que vamos á describir, le impidió conocerla á D. Máximo con todos sus detalles.

La muger al sentirse perseguida y llevando en brazos aquel niño recién nacido, y que sin compasion estaba resuelta á abandonar, segun las instrucciones que habia re-

cibido, y con las instrucciones una regular propina; la muger, decíamos, viéndose perseguida pensó tomar el campo á toda costa.

El ruido de su carrera obligó al maestro herrero, que á la sazón daba vuelta á la llave de su puerta, á detenerse en en esta operacion, y al sentir que quien corria se aproximaba abrió la puerta: la muger puso al niño en el suelo á los pies del herrero y siguió corriendo.

El herrero se adelantó, recogió al niño, y se cerró la puerta por su propio peso.

En este momento se paró D. Máximo y todo quedó en silencio.

D. Máximo regresó, y al volver la espalda al lugar de la escena, el herrero entró con el niño en su casa.

La muger del herrero contempló estupefacta á su marido arrullando á un recién nacido.

—¿De quién es ese niño? preguntó próxima á ponerse fuera de sí.

—¡Mio! exclamó el herrero con una alegría casi paternal.

—¡Infámel! exclamó la muger del herrero con una voz casi de fiera.

—Entendámonos, muger; este niño acaba de ser abandonado á nuestra puerta.

—¿Por quién?

—Por una muger que corria.

—¿Oiga?

—La verdad.

—Esas serán tus salidas de noche.

—No.

—No, eh? ya nos comeremos el gallo!

—Sí, pero entre tanto hagamos algo por este niño: no ha vuelto á llorar, y esto es extraño: está frio y es tan chiquito!

—¿Que clase de madre será esa! no sé como ha podido ser de tu gusto; porque lo que eres tú tendrás malos gustos pero no mal corazon.

—Vamos, vamos, muger, no hay que andarse con sandeces á estas horas; nuestro deber es socorrer á esta criaturita y no dejarla morir de frio y de hambre; que en cuanto á su procedencia ya quedará tiempo para averiguarla.

Pronunció el herrero con acento tal de seguridad estas palabras, que la muger se tranquilizó un tanto, y se prestó, aunque refunfuñando, á ayudar á su marido.

—Mira, muger, este niño debe ser hijo de alguna madre desgraciada que no puede lucirlo como nosotros á los nuestros; se conoce que la muger que lo llevaba tenia intenciones de tirarlo en la zanja; pero Dios me inspiró para abrir la puerta á tiempo, y la muger sorprendida soltó la prenda.

—¿Y todo eso á qué viene? preguntó la muger.

—Viene á que es necesario ocultar este niño y á que no se sepa que está aquí.

—Al contrario, es necesario avisarle al señor prefecto para que tome sus medidas y nos quiten este engorro.

—No seas cruel, muger, y piensa en que á estas horas la madre de este niño llora y se aflige.

—No lo creas; las madres que lloran por sus hijos, no los tiran.

—Pero si esa madre es una señora..... casada, por ejemplo, que no pueda.....

—¿Y eso á nosotros qué nos importa? que sea todo lo que quiera ser; pero no debemos nosotros cargar con pecados ajenos.

—Pero las buenas acciones, muger, las buenas acciones!

—Para buenas acciones estamos ahora, que el obrador está como si se hubieran muerto todos los caballos del mundo!

—A pesar de todo, es necesario no tener mal corazón y tal vez nos agradecerán algún día lo que hacemos por este niño.

—¿Tú crees todavía en eso? Haz beneficios y verás lo que sacas.

—El gusto de hacerlos; muger, me estás escandalizando.

—Y tú me estás dando en que pensar volviéndote tan bueno con motivo de ese niño, por quien te interesas mas de lo que conviene á un hombre casado y con obligaciones.

—Me intereso por el niño por humanidad, y creo necesario ocultarlo porque nadie nos autoriza para producir un escándalo y quitarle el crédito.

—¿A quién? se apresuró á preguntar la muger del herrero, pretendiendo hacerlo caer.

—¿A quién? eso es lo que yo no sé ni puedo saberlo; pero sea quien fuere, debe ser una persona que tiene poderosos motivos para ocultarse.

—¿De mí?

—De tí y de todos, y de mí tambien.

—¡Ah! creia yo que de tí no tendria que ocultarse.

—¡Cállate!

—¡Hola, hola! ¡te incomodas! ¡me alzas el gallol! ¿Y así no quieres que sospeche? ¡Pues estamos lucidos! Todo esto corrobora mis sospechas y á mí no me envuelves; viejo y todo como eres no me la das, porque las mugeres pecamos de malicia; á mí no uenga usted con huevas, maestro herrador, y usted y esa criatura pueden ir saliendo de mi casa, ó armo una que se suene por todo el pueblo.

El herrador arrullaba entre tanto al niño, y solo contestaba á su muger con una mirada de cólera.

—En resumidas cuentas, dijo el herrador al cabo de un rato, ¿no te prestas á socorrer á esta criatura? ¿no tienes corazón? ¿estás celosa? ¿sospechas de mi fidelidad? ¿crees que es mio este niño? Pues bien, aunque no lo es, lo adopto; lo declaro hijo mio y lo cuidaré para que no se muera; á tí nada te deberá, y cuando crezca, cuando comience á hablar, yo solo le oiré decir papá, y no le enseñaré á decir madre, supuesto que no la tiene; yo lo cuidaré, yo le proporcionaré alimento y todo lo que necesi-

te sin deberte á ti nada, ni una mirada para el angelito... ¡Ah! si lo vieras!..... però no lo verás... está abriendo los ojitos; estoy seguro de que si pudiera hablar, me diría: ¡muchas gracias, señor herrador! ¡usted es mi padre, porque á usted debo la vida! Ya oyes esto? pues así lo he de oír yo de sus lábios cuando lo enseñe á hablar. No, no es tu hijo ni lo será nunca; y á la verdad yo tampoco quiero proporcionarle al inocente una madre como tú, que antes de tener corazón de madre, tiene celos de tonta.

La muger del herrador no contestó una sola palabra, porque las razones de su marido tenían un valor que ella no podía desconocer.

El herrador, que habia tenido cinco hijos, conocia todo ese formulario de recursos que se necesitan para que se logre el ser humano; el hombre orgulloso y que se declara sin embarazo ni modestia despues de la papilla señor de la creacion.

El herrador atendió, con solicitud verdaderamente paternal, al tierno niño en presencia de aquella muger, para quien cada solicitud de su marido á la criatura era un reproche para ella; pero cuyo reproche afrontaba vigorizada con el poderoso estímulo de los celos.

Al dia siguiente D. Máximo, para quien era imposible prescindir de hacer investigaciones sobre cualquier misterio que le saltaba á los ojos, se levantó de madrugada y dirigiéndose al lugar en donde segun su apreciacion,

se habia perdido la muger misteriosa, fué, de puerta en puerta, preguntando hasta dar con el herrador.

—¡Buenos dias dé Dios á usted, maestro!

—¡Buenos dias, D. Máximo! Es un milagro verle á usted en la casa de los pobres.

—El pobre soy yo, maestro.

—¿Por qué, D. Máximo?

—Cuidados que no faltan.

—¿Le ha sucedido á usted algo?

—Vea usted, maestro, anoche.....

El maestro herrador se puso sobre sí, y como estaba enterado de la fama de curioso de que gozaba D. Máximo, estuvo listo para disimular y ser discreto.

Fingió el herrador sorprenderse del relato de D. Máximo, y tuvo acierto para desorientarlo completamente.

Don Máximo, por su parte, experimentó un verdadero disgusto al perder la pista, pues el maestro herrador era el último en quien tenia fundadas todas sus esperanzas; de manera que se volvió contrariado y cabizbajo, y meditando poner en ejecucion algun otro plan que diera por resultado apoderarse de la clave de tantos misterios.

La muger del herrador fué cediendo poco á poco y pres-tándose á complacer á su marido, y á prodigarle cuidados al recién nacido.

Pasaron dos meses y ninguno de los vecinos del herrador se apercebió de que en la casa habia un niño.

La muger del herrador tuvo un dia una conferencia con el cura del pueblo en el confesonario, sobre el parti-



Tomadas por Gomez todas las medidas conducentes, emprendió el camino en compañía del Pájaro y un criado, que conducía un caballo para Salomé.

Ninguna sospecha abrigaba el Pájaro de que pudiera ser perseguido, pues según todas las noticias que hasta entonces había recibido, el último robo había quedado impune, pues los robados no se habían tomado el trabajo de dar parte á la autoridad próxima.

De manera que, caminando confiados Gomez y el Pájaro, no pensaban sino en la luna de miel que le esperaba á Gomez.

Pero al atravesar un estrecho sendero con un despeñadero por un costado y los crestones de la montaña por el otro, se vieron sorprendidos por una fuerza que les marcó el alto.

El Pájaro, mas avezado y mas tranquilo en lances de esta especie, sacando su espada, disparó su caballo contra sus perseguidores, tiró algunos tajos á derecha é izquierda, hirió á dos y logró escaparse; mientras que Gomez que no tuvo tiempo ni de mover su caballo, ni de sacar la pistola de la funda, recibió sin defenderse los golpes de sus adversarios, quienes, tratándole como bestia feroz, lo machetearon hasta dejarlo sin sentido.

Medio muerto fué conducido al pueblo de donde acababa de salir, y no estuvo en disposición de darse cuenta de lo que le había pasado, hasta el día siguiente dentro de los muros de la cárcel.

La curacion y las primeras diligencias duraron dos me-

ses, al cabo de los cuales fué conducido Gomez, bajo segura custodia, á la cabecera del distrito y de allí á la cárcel del Estado.

Faltaba al carácter de Gomez para llegar á su punto definitivo, esa serie de trámites por que pasa el reo, esa larga sucesion de humillaciones repugnantes, esas cien miradas escudriñadoras que lo devoran, y todo ese conjunto de impotencias embotadas contra la férrea mano de una justicia despreciable para el reo y tan odiosa cuanto irresistible.

Las miradas de Gomez eran las del basilisco, y dia á dia se recrudecia en su prision su odio contra los que lo aprisionaban. Ni por un momento se figuró que aquel seria su destino definitivo, sino todo lo contrario, abrigaba una esperanza, ó mejor dicho, una conviccion profunda de que aquel estado en que se encontraba seria transitorio, y sufría su prision y reprimía su impaciencia seguro de que llegaría el dia de la libertad y la venganza.

Gomez adquirió esa mirada impassible, esa calma impenetrable del criminal, cuyas pasiones, cuyo orgullo lo colocan, al menos para sí mismo, mas alto que la justicia y sus recursos.

Gomez contestaba tranquilamente los interrogatorios, y su estoicismo hacia vacilar muchas veces á los jueces. Por supuesto que á Gomez no le pudieron arrancar jamas una confesion, y todas las pruebas que hasta entonces se habían podido aducir contra él, eran sacadas por induccion, pero no directas ni irrefragables.

No obstante, Gomez pasó año y medio en la cárcel sin que su causa se hubiera podido concluir.

Pero el día que Gomez menos lo esperaba, despertó al estruendo de las armas y en medio de una estupenda gritaría; se levantó, se dirigió á la puerta de su calabozo para espiar por la cerradura, y notó que la puerta estaba abierta; salió y vió á sus compañeros de prision precipitarse hácia la puerta y él hizo otro tanto.

Estaba en la calle: se oían disparos de fusil por todas partes y no sabia que partido tomar ni de lo que se trataba; cayó herido á sus piés un soldado, y Gomez le quitó el fusil y unos cartuchos, y se alejó del lugar de la cárcel; atravesó una calle y vió á uno de los dependientes del juzgado que salia á caballo de una casa: lo conoció Gomez, tendió el fusil y dejó ir el tiro: el dependiente se llevó las manos al estómago, se inclinó hácia delante y cayó del caballo; Gomez se precipitó hácia su víctima y de un salto lo reemplazó en el lomo del animal, que iba á correr al sentirse libre.

Un momento despues, Gomez se incorporaba á la fuerza que habia asaltado la ciudad; y desde ese momento se consideró tan salvador de la patria como cualquiera otro.

Graduado por él mismo de capitán de auxiliares del ejército, se presentó al coronel, quien lo hizo desde luego su ayudante; y Gomez, colmando de bendiciones á la guerra civil, se puso de parte de esos que nos están haciendo

felices todos los días, y á quienes la patria debe estarles tan agradecida.

La fuerza salvadora á que pertenecia Gomez, comenzó desde aquel momento á moverse sin cesar, alejándose mas y mas de la angustiada Salomé.

Gomez tuvo ocasion de aprender la táctica y la ordenanza de guerrilla, y comprendió que la posicion á que podia aspirar, merced á las inmunidades del oficio, era con mucho, superior á la que hasta entonces habia guardado en su calidad de simple ladron de camino.

Gomez pensó que saquear una hacienda, plagiar á un rico y hacer una requisicion de caballos, eran cosas productivas, que ademas de proporcionarle todas las comodidades á que se habia ya acostumbrado, tenian la ventaja de ceder en beneficio de *sagrada causa*; y llevaban en sí un sello tan marcado de patriotismo y otras virtudes, que aquello que antes le habia echado en cara la pícara de la justicia, ahora se lo estaba agradeciendo la buena de la patria.

No necesitaba tanto la oscura conciencia de Gomez para tranquilizarse en materia de mal obrar; pero con semejante piedra filosofal, abonó desde entonces Gomez todos sus crímenes al *haber* de sus distinguidos servicios como patriota.

Gomez era una de esas autoridades invulnerables y absolutas compuestas de una pistola, un caballo y un hombre, y tenia, sobre los apaches, la ventaja de haber aprendido á firmar; sobre los ciudadanos, la de tener derechos.

y no tener obligaciones; sobre los hombres honrados, la de no tener taxativa; sobre los militares, la de no tener honor militar, quisicosa que ha engendrado tantos hechos heróicos; y en una palabra, José María Gomez era todo lo que queria ser, y "era así."

El homicidio no tenia para Gomez mas significacion que el de un procedimiento: un tiro de su revólver era el acento agudo de alguna de sus frases.

Al principio mandaba fusilar, y despues fusilaba; encontrando mas expeditivo convertirse en fiscal, juez y peloton á un mismo tiempo en óbvio de trámites.

Entraba á un pueblo: lo vió un hombre:

—Cojan á ese, dijo Gomez.

Los soldados de Gomez cogieron á ese.

—¿Y usted, qué es? le preguntó Gomez al preso.

—Yo, nada.

—Pues tenga, y le disparó su revólver en la frente.

Ese cayó á sus piés, y Gomez, antes de moverse, sopló el cañon de su pistola que humeaba; quitó con la uña el fragmento de cápsul de la chimenea y guardó el arma.

Volvióse á su segundo y le dijo con tono reposado:

—¿Vamos á echar una jugada, amigo?

—Como quiera, gefe, le dijo el segundo.

Y entraron al cuartel.

Gomez era hombre de muy pocas palabras; y no bastándole las cejas ni la inclinacion constante de la cabeza para graduar el foco de sus miradas, empleaba, como

acentuacion indispensable de su manera de ver, el ancha ala de su sombrero.

Desde la mirada abierta del niño que no parpadea ni con la amenaza de un puñal, hasta la mirada de Gomez, habia la misma distancia que hay entre la inocencia y el crimen.

El hombre depravado siente la penetrabilidad de sus retinas, y teme no encubrir bastante su alma al traves de esos diáfanos cristales de la vision.

Gomez hubiera prescindido de ver porque no lo miraran; su primera tendencia era abatir la mirada de su interlocutor, y nada exacerbaba tanto sus feroces instintos como una mirada escudriñadora.

El hombre á quien acababa de matar, no habia hecho otra cosa que fijarle la vista.

Estos actos, de incalificable barbárie, habian formado al rededor de Gomez la clave de su prestigio; no era el mas valiente de los suyos, pero era el mas cruel; no era el mas entendido, pero era el mas malo.

*Sus palabras sabian á plomo*, segun expresion de sus mismos soldados; porque segun hemos dicho, era muy comun que los periodos gramaticales de Gomez acabasen, no en punto sino en detonacion.

A esta ortografía debia Gomez su grado militar y su guerrilla y su preponderancia.

Nadie podia disputarle que no habia luchado contra el enemigo invasor, y mas de un periódico puso el grito en

el cielo, en un arranque de ingenuo patriotismo, exclamando:

“El invicto José María Gomez á la cabeza de cien valientes, mantiene vivo el fuego sagrado de la patria entre los ásperos breñales de la sierra de..... Todavía en esos corazones generosos, todavía en esas almas nobles no se apaga la fé del triunfo de México, no se extingue la idea de la justicia de una nacion libre, que lucha por su autonomía y su independencia.”

No faltaba quien leyera á Gomez estas elucubraciones, ni faltaba á él el regocijo correspondiente al ver sancionada su conducta; de manera que lo único que á Gomez solía faltarle de vez en cuando, entre su conciencia y sus hechos, entre su pasado y su enmienda, era esto: un párrafo.

De cuyo útil adminículo se encargaba espontáneamente algun periodista desde su tranquila redaccion, á cuenta de mayor cantidad.

Como las piedras rodando se encuentran, Gomez y el Pájaro volvieron á encontrarse al cabo de tres años.

—¡Adios! ¿Y qué anda haciendo por aquí, amigo? le dijo el Pájaro á Gomez.

—Pues ya lo ve; aquí ando con la fuerza.

—¿Ya tiene fuerza?

—¡Pues nol.

—¡Ahl! ¿qué usted tan buenol.

—¡Y usted, por qué nol.

—Yo soy paisano, amigo; ya sabe.

—¿Y por qué no se mete á la bola?

—¡Adios! conque yo andaba con los franceses!

—¿Dè traidor?

—No; qué!.....

—¡No digo! ¿Pues entonces de qué?

—Pues nada; viendo lo que Dios me daba.

—Venga á echar una almorzada connigo. ¿O ya no somos amigos?.....

—¡Vayal! pues cuándo nol ¡entonces!.....

Llegaron los dos amigos á un pueblo; se alojó la fuerza; el forragista pidió pasturas por cuenta de la pobre patria; los soldados tomaron todo lo que les hacia falta para seguir sosteniendo la independencia nacional, y Gomez y el Pájaro se proporcionaron una buena cantidad de enchiladas y una tina de pulque para proceder con acierto en el curso de las ciencias políticas y otros primores que Gomez iba á comunicar al Pájaro.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

## CAPITULO XII.

## APUNTES PARA LA HOJA DE SERVICIOS DE GOMEZ.

**A**QUELLOS dos pájaros de cuenta se entregaron con deleite á las enchiladas, al pulque y á la conversacion.

—¿Conque le ha ido bien, no, amigo? le preguntó el Pájaro á Gomez.

—¡Vayal ¡pues no me vé! Métase tambien; mire que en la bola está uno mejor; pues á mí ¡cuando me hacen nada yal! ¡Si viera qué oficios tengo de los gefes! de mucha honra, amigo; y lo que es la justicia, pues ahora es ella la que me teme. ¿Lo creerá, amigo?

—¡Pues como no!

—Métase, yo sé lo que le digo. ¿Cuántos muchachos tiene?

—No mas tengo siete.

—¡Adios!

—¡Por vida de usté! ¿Pues qué no sabe que por fin me fusilaron al Chato?

—¡Lo fusilaron!

—¡Vaya! pues cuándo lo pudimos salvar! y oiga usté, recomendaciones no faltaron; *así*, de personas particulares.....

Al decir la palabra *así*, el Pájaro juntó las puntas de los dedos moviéndolos.

—*Así* de licenciados, pero siempre lo lastimaron; pero ya uno pagó: á los cuatro dias me lo encontré mal parado, y allí fué donde.

—¿Y ahora adónde iba, amigo?

—Pues como supe que aquí estaba, en lugar de cojer para allá, me metí al pueblo; y yo dije, pues al cabo somos amigos; ¡qué me han de hacer!

—¿Pues qué.....?

—Nada; sino que ayer por allá, por Loma Alta, nos encontramos los muchachos y yo con unos valientes, y.....

—Me acaban de dar parte, dijo Gomez, que han traído dos cadáveres.

—¡Adios! ¡esque cadáveres! ¡y usté sí que.....!

—Dicen que los trajeron en una escalera.

—¡Pues mire qué delicados! si apenas los regañé se-ria algun rasguño que se les encontró.

—Quien sabe; pero llegaron muertos.

—¡Adios! ¡ya no puede uno echar mano al *chafalo*; luego luego dicen que se mueren; y es que el Raton afila mucho.

—¿Quién es el Raton?

—El muchacho que me limpia la espada; ya se lo dije que no afile tanto. ¿Conque se murieron?

—Así dice el parte del alcalde.

—¡Malhaya la delicadeza!

—Conque, ¿qué dice, amigo? véngase con los muchachos.

—Bueno; ¡y de qué me vengo?

—Pues de mayor. ¿Y qué tal gente?

—*Digasté, diatiro* buenos; saben de todo.

—¿Se cuenta con ellos?

—¡Pues no! y á la hora que usté quiera; son de lo que hay.....

—Pues lo daré á reconocer.

—Vaya si me hace favor, antes que vuelvan á menear lo de los lastimados de ayer.

Gomez silbó de una manera particular; y se presentó un ayudante.

—Oiga, D. Poli, mire, que den á reconocer en la fuerza al señor como el mayor; ya sabe.

—Sí, mi coronel, se tocará orden general.

—Pues vaya, que toquen orden.

—¡Clarín de guardia! gritó el ayudante.

No había en la fuerza mas que un clarín, y á este le tocaba siempre la guardia.

—¡Mandel! gritó el clarín tocándose el sombrero.

—Que toque órden general.

El clarín obedeció.

El ayudante formó á los pocos soldados que pudieron reunirse, y les comunicó que había un mayor en la fuerza y siete altas en el servicio.

—Mire, D. Poli, escriba una comunicacion al general diciéndole que hoy se han presentado á mi fuerza siete voluntarios armados y montados, y que yo he de procurar que la fuerza se aumente; independencia y libertad; ya sabe.

—Está bien, mi gefe.

—Pues voy á traer á los muchachos.

—¿Pues *onde* están?

—Allá abajito.

—Pues vaya y no se tarde, no se ofrezca algo.

El Pájaro no tardó en montar y en emprender, á galope, el camino para recojer á los muchachos.

Después de hora y media, entraban á la poblacion ocho hombres armados y perfectamente montados; algunos de ellos traian la bufanda mas alta de lo que la temperatura podia exigirles; pero se conocia que eran personas afectas á cuidarse el cutis.

No parecieron mal los muchachos á Gomez, y en el acto mandó llamar al habilitado.

—Oiga, le dije, á ver si socorre á las altas.

—¿En qué clase, mi gefe?

—En clase de.....

—En clase de oficiales, se apresuró á decir el Pájaro.

—A todos como subtenientes.

—Está bien, mi gefe.

Y el habilitado fué hacer sus cuentas.

Al cabo de algun tiempo volvió.

—Ya están socorridos, mi gefe.

—Bueno. ¿Y dígame, ya pagaron todos los del préstamo?

—Faltan el de la tienda grande y el del rancho.

—¿Y qué dicen esos?

—Que no tienen dinero.

—¿Ya les dije que los fusilo si no aflojan?

—Sí, mi gefe, se los dije; pero.....

—Pues á esos nos los llevamos.

En modos de adquirir, Gomez habia llegado al expeditivo é infalible de la exaccion: todo parecia dispuesto para satisfacer las necesidades de Gomez; circunstancias por las cuales llegó á estar tan contento de sí mismo como de la patria, y desde entonces adquirió el aire de gefe y de superior á todas luces.

En efecto, Gomez ejercia el poder absoluto en nombre de la libertad, de la que era el primero en aprovecharse; cooperaba prácticamente á la salvacion de la patria; y á la sombra de idea tan luminosa, Gomez era absolu-

tamente dueño de sí mismo, teniendo su voluntad por ley, su fuerza por razón y á la nación por responsable.

Ante tan risueño cuadro, el Pájaro veía un nuevo cielo abierto á su ambición, y se sorprendió de cómo aquel intrincado dedalo de su conciencia, aquella grave cuestión sin salida de sus deudas ante la ley y la justicia, encontraba una solución expeditiva, irreprochable, absoluta.

Jamás en los sueños de un ladrón pudo surgir este luminoso consuelo:

Ahorcar á la justicia.

Ni Jérxes, ni Cambises, ni Neron asumían poder más alto, ni ejercían su dignidad real en la más estúpida de sus matanzas, con más aplomo y sangre fría que Gomez.

El mismo Cambises matando al buey Apis y á sus sacerdotes, no sonreía con más gracia al olor de la sangre, que Gomez después de haber disparado su *revolver*.

La barbarie de los primeros tiempos ejercida en plena civilización, hacia de Gomez la invulnerable entidad de las montañas y el irresistible azote de las poblaciones.

Estas ametralladoras humanas pasan á la posteridad nadando en lagos de lágrimas y sangre, después de haberse considerado en el mundo completamente felices.

Al partir del pueblo en que renovaron su amistad Gomez y el Pájaro, la lucha de la defensa nacional había tomado incremento: había más hombres y más armas, y las mismas víctimas estaban besando el cuchillo que las había de degollar, en la creencia de que aquellos eran legítimamente sus salvadores políticos.

A este punto llegó Gomez en su gloriosa carrera; pero para llegar allá hubo de dejar consignados para su historia algunos episodios, que tenemos el deber de narrar por ligarse con la historia de nuestros personajes, en gracia de lo cual nos perdonará el benévolo lector que retrocedamos para volver á tomar el hilo de los acontecimientos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO XIII.

EL PADRE Y EL HIJO.

**D**EMOS dejado á D. Santiago y á Gabriel esperando noticias sobre la seguridad del camino; pero aunque el explorador les inspiró confianza, á los viajeros les estaban reservadas algunas sorpresas que haremos conocer á nuestros lectores.

Téngase presente que al volver á ocuparnos de Gomez, nos referimos á una de las épocas en que no prestaba sus importantes servicios á la patria, pues estos los prestaba solo en circunstancias extremas.

Gomez merodeaba á la sazón en compañía del Pájaro y de otros dos compadres.

Gomez y el Pájaro, á eso de las siete de la mañana, se encontraban al pié de una montaña en una pequeña esplanada, á la que daba paso por una barranca un puente natural cubierto por abundante vegetación, de manera que la esplanada quedaba completamente oculta é ignorada.

Los dos bandidos esperaban impacientes el regreso de los dos compadres, quienes habían salido á explorar desde las cuatro de la mañana.

Se sintieron de pronto las pisadas de un caballo, y como en aquel lugar, bien conocido del Pájaro, todos los rumores tenían una significación especial, el Pájaro dijo á Gomez:

—Ahí viene Catarino.

—¿Y por qué no el otro?

—No; porque Catarino se fué por abajo y el ruido se oye en esa dirección.

En efecto, á pocos momentos los pasos se acercaron, y después el ruido de las malezas indicó que el explorador estaba de vuelta.

—¿Qué hay? le preguntó el Pájaro.

—No hay nadie; pero ayer salió del pueblo D. Santiago con su hijo y dos..... yo digo que serán sirvientes.

—¿Quién es D. Santiago? preguntó Gomez.

El Pájaro se había quedado pensativo; pero al cabo de un rato contestó:

—Don Santiago tiene unos doce mil pesos saneados, es un viejo económico que usa todavía la capa de su abuelo y tiene un hijo á quien quiere mucho.

Gomez interrogó con la mirada al Pájaro.

—Pues yo creo, contestó este, que bien puede aflojar unos cinco mil por el chico, y todavía le dejamos siete para que no se muera del susto.

—¿Y por qué no los doce de una vez?

—Pedimos para que ofrezca.

—Bueno.

—¿Y hácia dónde van? preguntó el Pájaro al explorador.

—Van á México.

—De modo, dijo el Pájaro, que si cortamos por las lomas.....

—Los alcanzamos en la tarde oscureciendo.

—¿Como por el ranchito?

—Puede ser que mas abajo.

—¿Y Celso? preguntó Gomez.

—No debe tardar, contestó Catarino.

—Lo esperamos.

Muy poco se hizo esperar el segundo explorador, y apenas se sintieron sus pisadas, los tres ginetes salvando el puente oculto, salieron á su encuentro.

Sin detenerse, el explorador se colocó entre Gomez y el Pájaro para dar sus noticias.

—Lo único que he podido saber por uno que vino de

México, es que esta semana debe salir de allá la familia de un señor D. Carlos.

—¿Qué D. Carlos?

—No sé; dicen que es un rico, que su muger se llama Chona, y que viene además un señor que se llama Salvador, que creo es español.

—¿Y adónde van? preguntó el Pájaro con visible interés.

—A la hacienda grande.

—¿Ah, es el dueño de la hacienda grande? preguntó Gomez.

—¿Y qué? dijo el Pájaro, sospechando una vacilación por parte de Gomez.

—Que ya sabe que de allí fuí yo mayordomo y me conocen todos.

—¿Acaso tenemos necesidad de entrar á la hacienda? ¿qué, no se acuerda del bosquecito? Pues allí ni modo.

—¡Ah, si no llegamos!

—Oiga, D. Celso, ¿y que día salen?

—Yo por sí ó por no dejé allá al *Raton* en el meson de Regina con su caja de varilla.

—¿Y le dijo que esté pendiente para que avise?

—¡Pues no!

—¿Ya sabe donde estamos?

—Le dije que no pasábamos de entre San Nicolás y el rancho viejo; y en San Nicolás mi comadre le dará razón.

—¡Bueno, dijo el Pájaro, todo lo haremos!

—Entonces, dijo Celso, cortarémos por el otro lado á salir para.....

—No, interrumpió el Pájaro, porque vamos á esperar á un D. Santiago que viene con su hijo.

—¿Y á ese *pa* qué?

—¡Adios! si tiene sus *tecolines*.

—¡Qué ha de tener!

—Entonces usted no sabe.

—Es un viejo miserable, y se nos muere del susto.

—Ya verémos; yo sé muy bien que tiene sus doce mil *grullos*.

—¡Ah quel

—¿La Casa Colorada, pues de quién es?

—¿Del viejo?

—¡Pues no!

—¿Conque tiene?

—¿Y las tierritas que tiene arrendadas á mi compadre Jimenez?

—¿Tambien?

—¡Vaya, pues usted sí quel.....

—¿Y qué? ¿le quitamos al muchacho?

—Pues eso es.

—Si creo que no es su hijo.

—¡Sí, que no ha de ser! dijo Gomez, y muy su hijo; dicen que lo recogió; pero son jugarretas del viejo hipócrita: el muchacho es su hijo; pero como D. Santiago no ha sido casado, tiene escrúpulo de lucir á sus hijos.

Esto produjo una risa entre aquellos ginetes, para

quienes el pudor y otras virtudes eran siempre motivos de desprecio y de burla.

Caminaban los cuatro ginetes entretenidos en su conversacion, y salvando con familiar destreza los senderos, los pasos y las veredas, como prácticos conocedores del terreno.

Simultáneamente se detuvieron en una pequeña eminencia, y el Pájaro dirigiéndose á Celso le dijo:

—Anda tú.

Celso, por toda respuesta, arrendó su caballo y comenzó á trepar por una loma.

Esperaron los ginetes mas de un cuarto de hora el regreso de Celso.

—El camino está solo, dijo Celso, y los caminantes vienen ahora bajando el cerro.

—Entonces los esperaremos mas abajo, dijo el Pájaro.

—¿Del lado de la barranquita?

—Vamos, dijo el Pájaro, arrendando.

—Vamos, dijeron los otros.

Y cada cual comenzó á prepararse. Celso y Gomez se apearon para componer la silla; Catarino sacó su pistola y la registró; Gomez se pasó hácia delante el puñal que pendia del cinturón, y el Pájaro rompió la marcha.

Al llegar al lugar elegido por Gomez, aquellos ginetes habian hecho en el dia una marcha circular de quince leguas, para venir á parar al punto de donde habian salido, lo cual hará comprender que las noticias llevadas á D. Santiago por su explorador no eran inexactas, pues aque-

llos hombres habian pasado por allí tomando una direccion extraviada, que indicaba que no aparecerian pronto por el mismo sitio.

Don Santiago efectivamente venia en compañía de Gabriel bajando el cerro.

El Occidente desplegaba á sus ojos el panorama del crepúsculo.

—¡Qué hermosas nubes! decia Gabriel. ¿Qué son las nubes, padre?

—Las nubes, hijo mio, contestó gravemente D. Santiago, son las emanaciones que el calor roba á los diferentes cuerpos; son los vapores que se desprenden de la tierra.

—¿Entonces por qué no las vemos subir desde la superficie de la tierra?

—Porque se hacen visibles cuando el frio de las capas de aire superiores las condensa.

—¿Y cómo es eso?

—Se elevan los vapores de la superficie de la tierra y de las aguas durante el dia, de una manera invisible; porque son como el aroma de la flor y como la respiracion de las plantas: estos vapores ligeros atraviesan con precipitacion las capas inferiores y cuando han llegado á cierta altura se encuentran rodeados de una temperatura mas fria, y entonces se unen, se estrechan y se abrazan sosteniéndose mutuamente; allí los arrebatada una corriente de aire y los une á otros grupos, hasta que juntos van á formar esos pabellones, esos pórticos, esos vistosísimos panora-

mas de mil colores al traves de los cuales contemplamos la desaparicion del sol.

—¡Que bello es todo eso, padre! ¿Y el sol donde se va?

—El sol está fijo.

—¿No camina?

—No, hijo mio, la tierra es la que se mueve.

—¿Y es muy grande el sol?

—Es el globo principal del sistema solar y es 1.385,000 veces mas grande que la tierra.

—¡Tan grande! exclamó Gabriel admirado. ¿Entonces estará muy lejos?

—A 34.400,000 leguas de nosotros.

—¡Cuanto saben los hombres, padre! yo quiero saber todo eso. ¿En México aprenderé esas cosas?

—Sí, hijo mio, allí aprenderás: ese es mi deseo.

—Y se lo deberé á usted todo, dijo Gabriel, sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Pero no olvidarás nunca mis primeros consejos: instrúyete, enriquece tu inteligencia; pero no corrompas tu corazon; sé humilde y caritativo, huye de la soberbia y de las malas pasiones, y..... oye, vas á encontrar en México muchos jovencitos llenos de humo y de vanidad, llenos de soberbia y de suficiencia; húyeles, hijo mio, húyeles y no imites á los elegantes y á los presumidos, y hazte valer por tu saber y tus virtudes. Yo quiero que llegues á ser un hombre de provecho, respetado por su honradez, por sus buenas costumbres y su buena educacion.

Felizmente has nacido en un país libre, regido por instituciones democráticas, lo cual te pone en el caso de aspirar á todos los honores y á todos los puestos prominentes, porque entre nosotros no hay mas aristocracia que la del talento y la instruccion; y si sabes distinguirtte por tus prendas alcanzarás en la sociedad un puesto distinguido; pero necesitas trabajar mucho, tener una constancia ejemplar y una dedicacion absoluta á tus deberes.

Gabriel caminaba concentrado y atento á las palabras de D. Santiago; y este á medida que hablaba sentia acrecer en su interior cierto enternecimiento, como si comenzara á sentir la influencia de la separacion que se acercaba.

El sol estaba próximo á hundirse tras de los montes y prestaba á la naturaleza toda esa variedad de esmaltados colores, en que algunas tardes de México son tan ricas y tan espléndidas.

Las *huilotas*, preciosas tortolitas de los valles, atravesaban con precipitacion el espacio en direccion á los *jagüeyes*, adonde despues de apagar la sed de la siesta se guarecen en los *perús* y en los sauces.

Algunos labradores se percibian muy lejos conduciendo sus yuntas al establo, al que los bueyes se encaminaban gravemente, cansados de las rudas tareas del barbecho; y ya en el cielo, diáfano y sereno, no quedaban mas que uno que otro giron de nubes *frisés*, cuyos perfiles se iban perdiendo en el azul del cielo.

Era la hora de la oracion y del recogimiento; la ho-

ra de las plegarias y el descanso; muy mas remarcable para D. Santiago y para Gabriel, supuesto que aquella hora era suprema, no solo por la galanura de la naturaleza y por la esplendidez de los paisajes que se extendian á su vista, sino porque aquella era una de las horas que precedian á una separacion dolorosa y el principio de una obra santa de regeneracion y de luz.

D. Santiago, ufano de su obra, acariciaba interiormente las ideas mas risueñas con respecto á la educacion de su hijo adoptivo; y Gabriel por su parte contemplaba abismado delante de sí el mundo de la ciencia y el primer pedazo de una escala que se elevaba ante su noble ambicion de saber: por otra parte, habia llegado á amar á D. Santiago profundamente y sentia un placer tiernísimo al acariciar las venerables canas de su bienhechor; á quien servia con una solicitud poco comun en los niños y estaba pendiente de sus menores deseos.

Eran propiamente el hijo obediente y el padre cariñoso los que así se amaban, y guiados por un pensamiento noble se dirigian á la hermosa capital para buscar allí las primeras fuentes del saber.

¡Cuanto gozaban padre é hijo ante esa risueña perspectiva y entregados completamente á las ilusiones de un porvenir risueño, contemplaban el grandioso espectáculo de la puesta del sol, con esa efusion propia del que al sentirse feliz tiende su vista á los incommensurables horizontes, y encuentra algo inmaterial y sublime que se

identifica con su entusiasmo, en las nubes, en las distancias y en el firmamento.

Pero en medio de aquel santo recojimiento, interrumpiendo los apacibles rumores de la tarde y hundiendo en el abismo del terror el dulce panorama de las ilusiones, resonó en los aires una terrible imprecacion, una blasfemia horrible.....

Estaban allí Gomez, el Pájaro y los dos bandidos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO XIV.

DE COMO LAS NOTICIAS DE CELSO ACERCA DE LA  
CASA DE CÁRLOS, ERAN FIDEDIGNAS.

**L**OS lectores que hayan tenido la amabilidad de leer nuestras anteriores novelas nos perdonarán que nos ocupemos de dar en este capítulo algunas noticias de Chona, de Carlos y de Salvador; personajes conocidos ya, excepto de los que por primera vez nos favorecen leyendo el presente libro.

Carlos es, como dijo muy bien Gomez, el dueño de la hacienda grande, en la cual Gomez en su calidad de mayordomo se acreditó en un tiempo de hombre honrado.

Chona es la esposa de Carlos, es una señora aristocrática, elegante y severa, y ama por primera vez, á pesar de su estado, á Salvador, joven elegante, rico y natural de Buenos Aires.

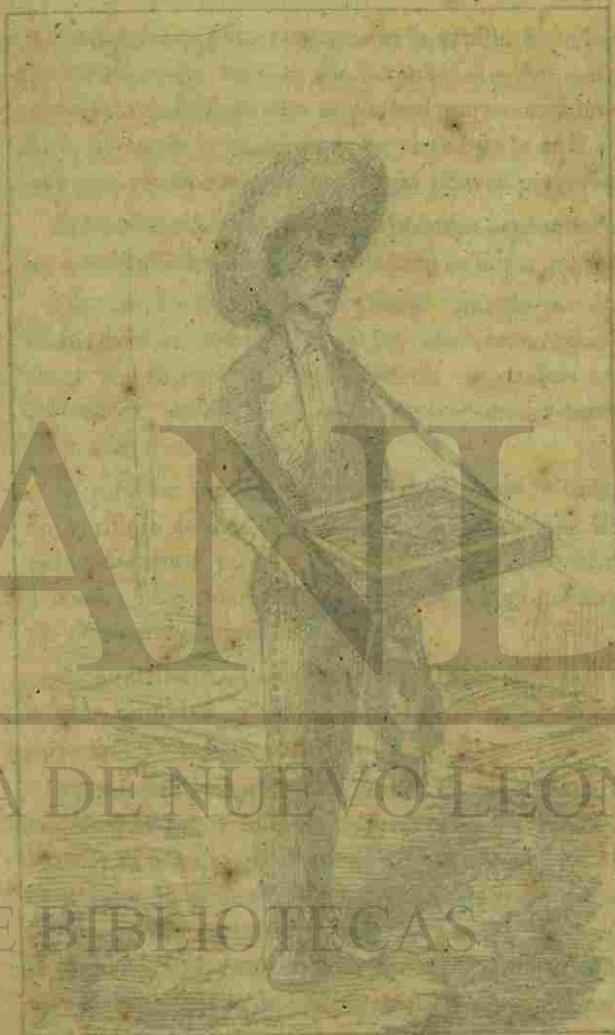
Anualmente visitaba Carlos sus haciendas; y á tales escursiones lo acompañaban generalmente su muger y algunos amigos, que en alegre caravana recorrían las hermosas posesiones de Carlos, y llevaban la fiesta y la animacion por todos los pueblos, ranchos y haciendas inmediatas.

La visita anual era un acontecimiento que ponía en movimiento á todos los rancheros de las cercanías, quienes á porfía se disputaban el placer de hacer los honores del recibimiento.

En un rancho recibían un día á la alegre comitiva con una corrida de toros; en otro cortijo ó lugarejo con un coleadero y manganeadero; en otro con una tamalada; mas allá con un almuerzo; y en suma, no había lugar, pueblo ó ranchería donde el amo no fuera recibido con las mayores muestras de regocijo.

En aquel año la visita del amo se había retardado, y esto, si bien por una parte había sido una contrariedad, por otra había acrecido el entusiasmo de la servidumbre, que tuvo ocasión de hacer dobles preparativos.

Salvador, invitado por Carlos, era de los primeros de la comitiva; y aunque se habían presentado hasta allí algunas dificultades, estaba casi decidido que la comitiva se compondría aquel año, de tres familias, además de la



sigua



Angulo.

de Carlos; y como iba á estrenarse la capilla de la hacienda, reedificada y hermoseedada notablemente con una obra que habia durado un año, se dispuso que un sacerdote formara parte de la expedicion; en virtud de lo cual se iba haciendo necesario cada dia, hacer nuevos preparativos.

Se contrató una orquesta, se ajustaron cantantes y pianistas para todos los dias que habian de durar las fiestas.

Los criados de la casa de Chona, quienes por cuenta de sus salarios acababan de recibir una buena suma, para hacer por su parte sus preparativos, compraban todo el dia anillos, pendientes y cuantas chácharas y baratijas les venian á las manos.

El surtidor especial de la servidumbre de la casa, era un varillero de alta estatura, delgado y nervioso, de mirada penetrante y labios delgados; tenia buenas maneras y mucha verbosidad y afluencia para lograr por ese medio colocar sus mercancías.

Este varillero se llamaba Angulo; habia recorrido á pié toda la república, y se preciaba de conocer á todos los *mañosos*.

Angulo habia nacido comerciante, y tenia todo ese aplo-mo en el mentir y toda esa sagacidad china para el embuste y la cábala; sabia ganar un quinientos por ciento en objetos totalmente declarados *mulas* en el comercio; hacia cambios ventajosísimos, y comerciaba algunos dias de la semana en cambiar loza por ropa vieja; no porque este comercio fuese de su principal inclinacion, sino por-

que esto le proporcionaba poseer prendas de vestuario de todas clases y usos, sin inspirar sospechas.

En efecto, Angulo compraba prendas robadas, sin maldita la aprension; y la policía nunca sospechó, ni aún pensó en catear la casa de Angulo, pues se le conocia como cambiador de trastos por ropa usada.

En la casa de Angulo se confundian los botines de un asesinado con otros cambiados por un pozuelo; y la levita de un desbalijado se convertia en toquillas á la mañana siguiente ó en cortes de babuchas y botines que la mujer de Angulo *aparaba* y vendia á los zapateros pobres.

Angulo conocia á todos los viandantes, á todos los italianos tocadores de organito, á todos los peajeros y á las autoridades de muchos pueblos.

Iba de feria en feria, de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, desde México hasta el Saltillo; desde el Saltillo hasta Morelia; desde Morelia hasta Veracruz.

Para caminar libremente con garantía para su anchetta, habia tenido que encompadrar con los compadres, á quienes prestaba importantes servicios; todo lo sabia Angulo, todo la averiguaba, y sus largas piernas de cobre le servian para devorar leguas como cualquier locomotiva.

Rascaba en la ciudad y desembuchaba en el campo; y allí, á la sombra de algun árbol, ministraba á los compadres valiosos datos y hacia graves denuncias.

Por eso los compadres le llamaban el *Raton*. El ratón hacia agujeros en las casas: solo que en vez de dientes roedores, empleaba las baratijas y los collares; ino-

centes vínculos que lo ligaban, entre otros lazos, con el del amor en mas de una cocina, de donde ademas de las dulces ilusiones de unos amores semiculinarios, sacaba fidedignas é importantes noticias para Gomez y otros de su calaña.

Los hombres como Angulo son nuestros judíos; solo que su religion y sus costumbres difieren de las de aquellos.

Angulo habia logrado hechizar á la galopina de la casa de Carlos, que era, como se dejará entender, su mas constante consumidora de baratijas.

Del fondo de este amor brotaba la fuente de las grandes noticias, y de las denuncias en las cuales se jugaba la honra, la reputacion, la vida y la fortuna de una familia; pero ese era el precio del salvo-conducto de Angulo, quien mas de una vez se vió precisado á aceptar las albricias de un buen soplo.

El varillero penetraba hasta la cocina con permiso del portero, que se llamaba Santos, y era un viejo soldado inválido, y quien en lo mas recóndito de su conciencia honrada, se reprochó mas de una vez su debilidad por haber dado entrada á Angulo.

—No me gusta este hombre, decia Santos en su cuarto á su entenada; ha de ser mañoso, tiene una cara y unos modos que no me gustan; y luego esa cicatriz que se cubre con el cabello..... Yo no sé, yo no sé, murmuraba el viejo, pero el tal varillero me parece un pájaro de cuenta,

Los refunfuños del viejo portero habian sido ya causa en la cocina de serios disturbios y de hablillas incesan-

tes, á las que Angulo ponía término prudentemente dejando de ir á la casa por algunos dias.

Ya no le cabía duda al Raton de que la familia no tardaría en ponerse en camino.

Estaban dispuestos cinco carruajes, y entre ellos el fáeton de Salvador; caballos de silla, dos carros con equipajes, comestibles, vinos, camas y todo cuanto pudiera apetecerse en materia de comodidades.

El padre capellan estaba ya provisto de la respectiva licencia eclesiástica; las criadas se habian confeccionado enaguas vistosas, y habian comprado rebozos de bolita.

La galopina veía acercarse el cruel momento de separarse del varillero; pero este no vaciló en jurar que la seguiría con todo y ancheta hasta el fin del mundo; y este juramento de amor tenia tanto mas fundamento, cuanto que Angulo tenia la obligacion de anticiparse á la familia en su marcha, para estar oportunamente en los terrenos de la hacienda grande.

La galopina acabó de perder el juicio al recibir esta prueba palmaria del amor de Angulo; de manera que la despedida fué larga cuanto tierna y apasionada; se repitieron los juramentos, y el varillero, en un arranque de liberalidad y de entusiasmo, no vaciló en regalar á la galopina los mejores aretes de la vidriera, que eran unos falsos camafeos con bustos griegos.

Entretanto, Salvador y Chona ocupaban en la sala el lugar de costumbre; quiere decir, Chona estaba sentada en el sillón, cuyo respaldo daba al balcon, y dando segun

hemos dicho en el libro anterior, la cara á un magnífico grabado que representaba á Daniel en presencia de los leones.

—Un cuadro mas variado y mas digno de nuestro amor nos espera, Chona, decía Salvador; ya me cansan los salones y me sofoco sobre los resortes de los muebles; tengo no sé que dulce ansiedad por que llegue el momento de contemplarte cuando la naturaleza dibuje un fondo de paisaje digno de tu figura y de tu amor; me siento poeta, Chona; hoy empezó á comprender todo lo que cien veces he despreciado en los versos.

—¿De veras? preguntó Chona carifiosamente.

—Sí, Chona; anoche leí versos.

—¿Tú?

—Sí, Chona; versos que me hicieron un bien, porque encontré en ellos mucho de lo que yo quisiera decirte, y que no he sabido decir; y por la primera vez me estoy figurando que ha de ser delicioso amarte en el campo; me parece que los cielos tachonados de estrellas, que las mañanas frescas y brillantes, que los campos todos con su agreste pompa y sus encantos misteriosos, nos esperan, nos llaman para saludarnos, para hacernos ver que ellos solos deben ser los testigos de nuestro amor, que á ellos solamente debemos confiarles nuestros dulces secretos y nuestras íntimas alegrías. Sí, Chona, desde que te amo tanto, me parece estrecho el mundo y mi amor busca á tu lado un horizonte digno de él, porque mi amor es el eslabon de una cadena cuyo extremo se pierde en el infini-

to; y allá, en el mundo de la luz y de la eternidad, es donde el Dios de los espíritus libres va á ceñirnos la corona de eternos desposados; entretanto espero, y la esperanza es tan grata, que me anima en mi tránsito por este mundo, en donde solo nos preparamos al gran viaje de ese gran camino del que ya no podrá separarnos ni el destino ni el hombre.

—¡Qué feliz eres con tus ilusiones, y cuanto siento no haberme vuelto por fin, como tú, espiritista!

—¡Con mis ilusiones! exclamó Salvador, ¡llamas ilusiones á la luminosa revelacion, á la verdad descubierta para mí por medio del soplo imperecedero del espíritu! ¡ilusion á lo que es tan palpable! Pero llámale ilusion, y sueño, y fantasía: ya sabes que me he impuesto el deber de no obligarte á pensar como yo, porque sé que al fin aceptarás esto de que muchas veces te burlas, y que para mí es el dogma de los espíritus fuertes, que saben elevarse sobre las viejas ruinas de la tradicion y sobre las esferas de la sombra.

—No sé todavía, dijo Chona con aire de tristeza, hasta qué abismos podrá conducirnos este amor insensato.

—Yo sé hasta qué cielos vamos, y en qué abismos vivimos; y mido la pequeñez de nuestros imposibles del mundo, de nuestras mezquinas contrariedades, como abarco los inmensos horizontes en que nuestro amor, un dia sin trabas, desplegará sus alas para atavesar el eden de los que se aman como nosotros. ¿Qué importa un sacrificio mas? ¿Qué importa un dia en nuestra carrera eterna?

—¡Eternal! ¿Y si es de penas?

—¡Jamás! El Ser omnipotente no formó los seres superiores, para hacerlos perecer en el eterno círculo de las destrucciones: el hombre es la tangente de esos círculos precisos, trazados por una mano sabia para mantener las reproducciones por medio de la inmolation constante; ¡pero nosotros! ¡pero tú tan pura y tan grande, tan espiritual y tan inteligente, tú, perdiste en el aplastamiento vulgar de los seres sacrificados á la ley que todo lo consume para mantener al hombre? Jamás, Chona, jamás: yo creo en la pluralidad de los mundos; esos millones de globos que cintilan son mundos habitados, mundos tal vez de maravillas; mundos mas antiguos que la tierra y mas perfectos; mundos donde la ciencia sea el elemento espiritual, y la última perfeccion el premio inmortal: humanos aquí, pasaremos espiritualizados á ser ángeles allá, para quienes no habrá distancias ni barreras, sino la luz divina por númen, el universo por morada, la verdad por creencia y Dios por alma.

Allá, Chona, allá nos amaremos, allá está la felicidad y la vida verdadera; aceptemos aquí nuestro purgatorio y nuestra cruz, nuestra purificacion y nuestro voto, pero con la llave de nuestra fé mas pura que nos abrirá el paraiso.

La mirada de Salvador ejercia ya un poder magnético sobre Chona, y cada vez que Salvador la imponia silencio solo con la fuerza de su voluntad, Chona se sentia embargada y enteramente á merced de aquel influjo so-

brenatural, al que jamás pudo resistir ni con toda la fuerza de su conciencia estremeceida, ni con el poder físico de sus acciones y movimientos.

Cuando Salvador no podía vencer del todo con la fuerza de la lógica, los escrúpulos de conciencia de Chona, recurría á inundarla con el fluido de su poder magnético, y Chona acababa por entregarse á un éxtasis de amor, cuya duración sólo Salvador calculaba.

Acababa Chona de entrar en uno de esos éxtasis, estaba con la mirada fija en Salvador, y en sus labios se dibujaba una sonrisa tranquila de apacible bienestar.

Salvador tomó entre las suyas una de las bien modeladas manos de Chona y la llevó á sus labios.

Imprimió en ella un solo beso, y la bajó lentamente para depositarla en el regazo de Chona.

Habia en este movimiento de Salvador un sentimiento tan puro de castidad y de respeto, que se podía afirmar que le era repugnante y despreciable el abuso.

Salvador contempló á Chona por largo tiempo, pero con una atención tal, que se hubiera dicho que no se había interrumpido la conversacion del pensamiento.

Así permaneció mucho tiempo hasta que notó que la respiracion de Chona se hacia fatigosa, y casi de una manera imperceptible dijo Salvador:

—Despierta..... Despacio, murmuró en seguida, y articulaba palabras que parecian incoherentes y como si con ellas estuviera completando períodos que Chona pensaba mas bien que decía.

En seguida, era Chona ya, y no Salvador, quien decía de vez en cuando una palabra.

Era que Salvador evitaba las transiciones, y tenia el poder de hacer volver á Chona á la vida real, pasando de esta al sueño magnético y del sueño á la vida, casi sin apercibirse de ello.

—¿Qué tienes? preguntó cariñosamente Salvador al cabo de un rato.

—Una cosa rara, contestó Chona.

—¿Qué es ello?

—Siento con tu mirada algo que me parece un sueño; hay en tus ojos como un desvanecimiento, y aún me parece que llevo á estar callada un largo rato.

—¿Eso sientes?

—Sí.

—¿Y lo has sentido ahora?

—Sí. ¿No es cierto que he estado callada largo tiempo?

—No, Chona; nuestra conversacion se ha mantenido sin interrupcion; has hablado, te he contestado, y yo no he notado nada.

—¿Qué cosas tan raras me pasan! pero no puedo explicarlas: yo las comprendo, pero á medida que me esfuerzo para decírtelas, me sucede lo que con esos sueños que te dejan á uno una impresion agradable; pero que mientras mas luchamos por recordarlos, se pierden mas y mas á medida que despertamos y á medida que nos empeñamos en que no se nos escapen las imágenes.

—Las excitaciones nerviosas, dijo sencillamente Salva-

dor, producen á veces cortos deslumbramientos pasajeros, en los cuales sufre la memoria algunos cambios y estravios; pero no hay que fijarse en esos pequeños cambios, si no queremos hacerlos notables y sensibles, cuando sin fijarnos en ellos pueden muy bien pasar desapercibidos.

Cárlos, contra su costumbre, apareció en la sala de improviso.

## CAPITULO XV.

DE COMO LA APARICION DE UN GATO NEGRO TRAE UN AVISO DE PARTE DEL DEMONIO.

EN los labios de Salvador se estereotipó esa afectada afabilidad del falso amigo.

Chona sintió un vuelco en el corazón, como al flujo de un toque eléctrico.

Y Cárlos tuvo que hacer saliva para poder emitir la voz.

Todo esto pasó al través del mas perfecto disimulo.

—La lista de los convidados asciende á diez y ocho, dijo Cárlos tan luego como sus glándulas secretaron la

dor, producen á veces cortos deslumbramientos pasajeros, en los cuales sufre la memoria algunos cambios y estravios; pero no hay que fijarse en esos pequeños cambios, si no queremos hacerlos notables y sensibles, cuando sin fijarnos en ellos pueden muy bien pasar desapercibidos.

Cárlos, contra su costumbre, apareció en la sala de improviso.

## CAPITULO XV.

DE COMO LA APARICION DE UN GATO NEGRO TRAE  
UN AVISO DE PARTE DEL DEMONIO.

EN los labios de Salvador se estereotipó esa afectada afabilidad del falso amigo.

Chona sintió un vuelco en el corazón, como al flujo de un toque eléctrico.

Y Cárlos tuvo que hacer saliva para poder emitir la voz.

Todo esto pasó al través del mas perfecto disimulo.

—La lista de los convidados asciende á diez y ocho, dijo Cárlos tan luego como sus glándulas secretaron la

humedad indispensable para que la lengua no hiciera un mal papel entre las fauces.

—Te aseguro, dijo Salvador levantándose de su asiento, que la caravana va á estar respetable. ¿Has contado á mis dos criados entre la servidumbre? Nos serán muy útiles, especialmente Jacinto, que es un cochero magnífico.

—Suponia ya que vendrian contigo.

—¿Ya viste mis atriles? preguntó Chona á su marido así que el vuelco aquel habia tenido la amabilidad de permitirle hablar.

—¿Tus atriles? preguntó Cárlos, cuyo pensamiento habia ido muy lejos en aquellos momentos.

—Sí, mis atriles, mis blandones, mis ciriales, y en fin, toda mi sacristía.

—¿Trajeron hoy todo eso?

—Sí, y dos incensarios y el ornamento. ¡Si vieras que bien bordada está la pálial! es un trabajo primoroso!

—¿Sí? ¿quién la hizo?

—Luisita; ya sabes que ella desempeña admirablemente estos trabajos.

—Bien, dijo Cárlos, eso quiere decir que estamos todos listos y que pasado mañana será definitivamente el día de la marcha.

—¿Pasado mañana? preguntó Salvador.

—Decididamente; si no apresuro este viaje, me parece que nos quedamos; notarás que llevamos un mes de transferirlo y ya me está dando no sé qué.....

—¡Ave María Purísima! dijo Chona, ¿vas á decir que tienes presentimientos?

—Pues es la verdad, este viaje se está dificultando tanto, que.....

—¡Vamos, Cárlos! ¿de cuando acá eres aprensivo?

—No, nada; sino que..... ¡quien sabe! hay cosas que parecen brujerías; á pesar de todo yo siento una repugnancia inexplicable al pensar en este viaje, y no soy supersticioso, ya me conoces, pero.....

—¿Pero qué?

—He visto un gato negro.

Salvador encontró una ocasion propicia para reirse, abonando su hilaridad por cuenta de su anterior turbacion.

En la conciencia de Chona se levantaba un secreto reproche, como un preludio funesto, y mas inclinada á las supersticiones que Salvador, sintió tambien la influencia del presentimiento, acaso porque sabia bien que su marido tenia sobrados motivos para no estar tranquilo.

Salvador seguia riéndose, mas aún de lo que aquella idea lo estimulaba; pero la risa, que como hemos dicho otras veces, está tomada en la sociedad como recurso dramático, era necesaria á Salvador.

Al fin, con el temor de hacer inverosímil su hilaridad, Salvador exclamó:

—Pero, vamos á ver; si eso del gato tiene alguna explicacion, dánosla, y sabremos en lo sucesivo si tambien hemos de temblar ante los gatos negros.

—Mira, Salvador, hay algo siempre oscuro delante del hombre: su mañana viene envuelto, como las hojas, en una yema indescifrable; y cuando ha tenido uno la debilidad ó el candor de fijarse en algunos signos exteriores, por incoherentes que parezcan, experimentamos la misma emocion que con un aviso cierto.

—¿Hablas formalmente?

—Sí, Salvador.

—¿Y lo del gato.....

—Lo del gato ha sido siempre para mí un augurio funesto, al grado que no recuerdo haber sufrido alguna vez una desgracia que no haya sido precedida de esa extraña aparicion.

Desde muy niño me indujeron á encarnar al mal espíritu, al diablo, al coco, á lo que tú quieras, en la forma de un gato negro.

El primer peligro que corrió mi vida de niño, fué una congestion cerebral porque me asustaron con un gato negro; creo que desde entonces se hizo el gato negro el tipo de mi fatalidad; desde entonces se encargó de ser el horóscopo de mis desdichas y..... no sé si será porque ha estado pendiente de esa circunstancia que parece pueril; pero, lo repito, cada vez que he visto un gato negro, he pensado en que me va á suceder una desgracia y me ha sucedido efectivamente.

—¿Siempre? preguntó Salvador.

—Siempre, sin fallar una sola vez.

—¿Y ahora has visto el gato negro?

—Sí, anoche. Iba yo á acostarme y sobre una columna de escayola que está en un rincon de mi cuarto, ví brillar dos luces verdes, fijé la vista y me pareció que allí habia un objeto cualquiera que por la disposicion de la luz y de las sombras semejava al parecer la cabeza de un animal feroz.

Al principio casi me recreaba en contemplar aquello que me parecia una de esas casuales combinaciones que engañan la vista y que uno se complace en no destruir.

—Es cierto, interrumpió Salvador, á veces se proyecta en la pared la silueta de una persona y es producida por un sombrero y un jarron y un ramillete, ó por objetos, en fin, que están muy lejos de ser lo que parecen.

—¡Eso es! dijo Cárlos, bajo esa impresion contemplaba la forma aquella, cuya inmovilidad sostenia mi ilusion. Yo seguí contemplándola sin acercarme, porque si por una parte tenia curiosidad, por otra no queria satisfacerla sino por medio del raciocinio y la penetracion, como al que le presentan una charada cuya solucion está á vuelta de hoja y pudiendo desengañarse, prefiere luchar con la dificultad.

Pero nada, mis esfuerzos eran inútiles; la cabeza era una cabeza de animal y mi imaginacion se esforzaba en recordar los objetos de mi pertenencia que pudieran sobre la columna producir aquella aparicion. No era ni un sombrero, ni una piel, creí que era un *manguito* ó tal vez un chaleco negro ó..... en fin, mil cosas; hasta que no pudiendo más, me acerqué rápidamente á la columna.

Entonces el animal levantándose sobre sus patas traseras, brincó sobre mí, espantado y temiendo una agresión..... Confieso á ustedes mi debilidad. Me sobrecogí de pavor, temblé como un niño, debo haberme puesto pálido, debo haber temblado como un cobarde porque materialmente oía yo las palpitaciones de mi corazón que se agitaba violentamente.

Permanecí aterrado por largo tiempo y en seguida busqué á mi alrededor.

Era efectivamente un gato negro, que esponjando la cola, me dirigía su última mirada de rencor y tomaba la puerta como seguro de haber cumplido con su deber de parte del diablo, ó de la fatalidad, ó de no sé quién.

Me acordé entonces de mis presentimientos y de mis desgracias y..... lo confieso, leí con la seguridad de un adivino un augurio fatal aunque indefinido, pero que resueltamente ha engendrado en mí esta convicción:

Me va á suceder una desgracia.

Cuando Carlos acabó de hablar, reinó en la sala un profundo silencio.

Chona estaba cabizbaja y del semblante de Salvador habia huido toda traza de jovialidad: aquel recogimiento fué para Carlos la sancion mas manifiesta del augurio.

Salvador no pudo contestar tan pronto, que impidiera á Carlos recoger esta corroboracion.

—¿Sabes, Carlos, que te desconozco? nunca me habias dicho que fueses supersticioso.

—Ya sabes que es difícil confesar uno sus debilida-

des; pero hoy arrojando hasta con tu risa, te hago esta confesion.

—Pues bien, señor visionario, así como tienes signos que en forma de gato te anuncian las desgracias, tendrás contrahechizos y conjuros á propósito; porque quien te dió el veneno, te daría tambien la triaca ¿ó te hicieron donacion del uno sin permitirte el consuelo de la otra?

—Mira, Salvador, si hemos de aceptar de buena fé, ó mejor dicho, á ciegas, la teoría; sin buscar las causas, ni la aplicacion ni nada, sigamos á la misma supersticion en su ida y vuelta, en su contra y su pro.

—Eso es lo que yo queria decir.

—Pues bien, la conseja dice que la manera de conjurar el mal, es matar el gato.

—La cosa es bien sencilla, contestó Salvador, se perseguirá al bicho por toda la servidumbre, nos armaremos de todas armas, y si es necesario, se hará en la casa una verdadera partida de caza con su correspondiente trahilla y sus trompas y todo el aparato.

A pesar de que Salvador procuraba por medio de un tono semiburlesco llevar la cuestion al terreno de la frivolidad, reinaba cierto embarazo en aquellos tres personajes que en vano procuraban ocultar; pero Salvador no creyendo conveniente abandonar su tarea, tiró del cordón de la campanilla y algunos momentos despues se presentó un criado.

—Benitez, ¿eres tú? dijo Salvador viendo entrar al criado.

—Sí, señor; contestó este.

—Necesito á toda costa que me traigas muerto.....

—¿A quién, señor? preguntó alarmado Benitez.

La sorpresa del criado hizo vagar la primera sonrisa en los labios de Chona y en los de Cárlos.

—No hay que alarmarse, óyeme bien; necesito que me traigas muerto un gato negro que se ha aparecido en el cuarto de Cárlos.

—¿El gato de señor Santos el portero?

—No sé que Santos sea dueño de ese animal, dijo Chona con cierto enfado.

—Y sobre todo, agregó Cárlos, sea de quien fuere, es necesario que ese gato muera hoy, si es preciso á balazos.

Pronunció Cárlos estas palabras con tal acento de energía, que el criado no tuvo mas que objetar.

—Arma á los cocheros, á Vicente, al lacayo, á todos y hagan una batida en forma, agregó Salvador; porque hoy ha de morir ese animal, sea de quien fuere: ya lo has oído.

—Está bien, dijo el criado y desapareció.

Benitez tenía cierta enemistad con Santos el portero; circunstancia que le hizo saborear el placer de la venganza con editor responsable, y se dirigió en derechura al cuarto del portero.

—Señor Santos, le dijo á éste, el amo manda hacer una ejecucion de justicia.

—¿En quién, hombre! exclamó Santos azorado.

—No, nada; en nadie, en el gato prieto de usted.

—¿Mi gato?

—Sí, señor Santos; me han mandado que hoy mismo mate su gato de usted.

—Pero.....

—No hay peros, porque el amo lo manda; yo lo siento mucho, porque sé lo afecto que es usted á los animales, y sobre todo á ese horrible demonio, por mas que no haya podido explicarme nunca ese amor; pero ello es que tengo que cumplir con la órden. ¿Me hace usted favor de decirme en dónde está su gato para matárselo?

—¡Esto es una iniquidad!

—¡Matar mi gato! exclamó la entenada de Santos. ¿Y por qué, vamos á ver? ¿qué perjuicio les hace, cuando el pobrecito no se atreve á andar por allá arriba? esos son embustes de usted, señor Benitez, y todo porque nos tiene usted puesta la puntería, por lo que yo me sé; pero ande usted, que si tal cosa hace con mi pobre gato, he de decir todo lo que pasa; yo estoy segura de que el amo no se ha metido en semejante cosa, pues ni conoce á mi gato ni lo ha visto nunca.

—Se equivoca usted, señora, dijo Benitez gravemente, yo no sé que cosa gorda habrá ido á hacer el gato, que tanto el amo como el señor D. Salvador están resueltos á que ese animal no pase la noche con vida.

—¿Qué cosa gorda ha de haber hecho mi gato, sino lo que hacen todos los gatos? pero ese no es un motivo para mandarlo matar..... Entonces, que nos maten á todos.

—Yo no sé, insistió Benitez encojiéndose de hombros

pero la sentencia está dada. ¿Conque no se encuentra por aquí la víctima?

—¡La víctima! exclamó la entenada de Santos. ¿Y por qué le dice usted víctima?

—Porque va á morir.

—Esa no es una razon para que usted le llame víctima á mi gato, que ninguna carne le ha comido ni á usted ni á nadie, porque yo lo mantengo con mi trabajo; que para eso que lo he criado con puros *montalayos*, porque ni siquiera ratas sabe cojer el inocente.

—Todo eso es inútil, y ya es necesario poner manos á la obra.

Ya los demas criados de las caballerizas, los cocheros y el lacayo se habian enterado de aquella extraña disputa, y se habian ido acercando poco á poco al cuarto del portero.

—¡Ea, muchachos! dijo Benitez, armarse de garrotes, y vamos á matar al gato prieto.

—Aquí está mi palo, dijo el lacayo enseñando el mango de un látigo.

—Voy á llevar la queja á la señora, exclamó la entenada del portero, porque esta no es una orden del amo, que nada tiene que ver con mi gato; sino que todo ello es una animosidad del señor Benitez.

—Ve, hija, ve; y le dices á la señora que por Dios, en fin, dile que..... dile que el gato es inocente, y que impediremos que vuelva á subir á las salas.... dile que..... dile que el señor Benitez tiene reconcomia con nosotros,

y que ahora se venga, pretendiendo matar nuestro gato; dile que..... dile todo lo que quieras, y no te tardes.

La entenada subió la queja, y como entró primero á la cocina, allí se levantó la segunda oleada entre las cocineras, fregonas y galopinas, y un coro de maritornes se levantó, protestando contra la ejecucion, ni mas ni menos que si se tratase de una persona.

Pero mientras se levantaban estos rumores, ya los criados andaban por bodegas, cocheras y azoteas buscando al gato de Santos y armados con escobas y trancas.

El lacayo reanimó á los cazadores, diciéndoles que el señor D. Salvador daba media onza de oro por el gato muerto.

## CAPITULO XVI.

## UNA PARTIDA DE CAZA, URBANA.

**L**A emocion que se produjo entre la servidumbre femenina con motivo de la ejecucion del gato, fué extraordinaria.

—¡Habrás visto, decia la cocinera, que se llamaba señora Andrea, escándalo tal por un pobre gato! no parece sino que se trata de un criminal.

—¡Qué sabe usted, objetó la galopina, los perjuicios que ese animal habrá ido á hacer al salon, y tal vez en los papeles del amo!

—Pero eso no es motivo para mandarlo matar. ¡Alma mía de él tan mansito y tan callado!

—¿Callado? dijo una *recamarera*, ¿callado? ¡Qué bien se conoce que no se desvela usted como yo, mi alma. ¡Callado cuando toda la santa noche se la pasa el muy..... dando unos gritos que parece que le hacen algo!

—Para eso, dijo Andrea, todos los gatos maullan, especialmente.....

—Pues lo que es este no maullará esta noche; y me alegro, porque me dejará dormir.

—Ni crea usted que lo cojan.

—¿No?

—Ya se ve que no.

—¿Y usted en qué se funda?

—Eso, yo me lo sé.

—Lo habrá usted espantado para que no lo cojan.

—¿Usted así lo cree?

—Por lo menos, me lo malicio.

—Pues bien, sí lo espanté, porque me pareció una obra de caridad; y no sólo lo espanté sino que lo bañé de agua fría, y ya sabe usted que el gato espantado..... del agua fría huye.

—¡Qué cruel es usted! ¡pobrecito animal! ¿Y así está usted abogando por él?

—Lo hice por su bien, para que se destierre por algunos días, mientras pasa el furor de matarlo.

—¡Pues lo matarán á pesar de todo! dijo la *recamarera*.

—¿Cuánto apuesta usted á que no lo matan?

—Lo que usted quiera; mi ración. Figúrese usted que el lacayo me ha dicho que el señor D. Salvador le ha ofrecido media onza de oro por el gato muerto.

—¡Oiga! dijo Andrea, D. Salvador ha..... ¡Jesus, María y José nos acompañe! Y cállate lengua, porque.....

—¿Qué está usted diciendo, señora Andrea? dijo la galopina.

—Nada, mi alma; decía yo que la primera en la frente porque nos libre Dios de los malos pensamientos.

—Y la segunda en los labios, agregó la *recamarera*, imitando el tono de voz de Andrea, porque nos libre Dios de las malas palabras.

—Es que yo no he dicho malas palabras; que no soy ninguna mal hablada.

—No, no ha dicho usted malas palabra; pero con eso da usted á entender quién sabe que cosas.

—¡Es usted muy maliciosa!

—No tanto.

—En fin, cada uno es dueño de su pensamiento; y lo que es á mí, no me la dan muy fácilmente.

—¿Por qué dice usted eso? preguntó la *recamarera* acercándose.

—¿Para qué lo quiere usted saber?

—Nada; era para ver si era lo mismo que yo me pienso.

—¡Sí ha de ser! ¿Pues qué no tiene uno ojos?

—Yo no había querido decir nada, porque ya sabe usted que no es bueno andarse una en chismes; pero la verdad, yo compadezco al pobre del amo.

—¡Y con razon! Sí, con perdon de usted, ya se.....  
descaran mucho: ahí los tiene usted hasta las doce ó has-  
ta la una de la noche platicando en la sala solitos; y el  
amo, ó se sale á la calle, ó se está en su gabinete como  
muerto!

—¡Si le digo á usted, que yo no sé como no ha llega-  
do á haber un escándalo!

—¡Pero lo habré! ¡Eso júrelo usted, mi alma!

—¡No lo permita Dios! que no soy yo, y se me cae la  
cara de vergüenza.

Mientras tomaba en la cocina este carácter la cuestion  
de la muerte del gato negro, la entenada de Santos se ha-  
bia arrojado ya á los pies de Chona.

—¡Señora ama, por lo que usted mas quiera en el mun-  
do! por el señor D. Carlos! por los huesitos de su mamá  
de usted! por el señor D. Salvador, le ruego que no ma-  
ten á mi pobre animal, que yo le ofrezco á usted que no  
volverá á subir! pero hágalo usted por Dios, señorita! di-  
ga usted que no lo maten!

El dolor creciente de aquella muger la hacia derramar  
abundantes lágrimas, ni mas, ni menos que si se tratara  
de un ser humano.

Los gritos de la muger se confundian con los que, por  
todas partes, daba la servidumbre, alentada por el deseo  
de ganar la propina, y porque el revestir aquella batida  
de mas aparato del que en sí requeria, era para la mis-  
ma servidumbre una ocasion de manifestar al amo su leal-  
tad y su eficacia.



Santos y el lacayo. Lit. de la Bohemia Liter.

—¡Don Vicente! gritaba el lacayo desde la azotea, allá va; dice José que lo ha visto descólgarse al segundo patio; búsquelo, y que cierren el zaguan.

—¡Santos! gritaba otro, que cierre le puerta.

En esto se oyó una detonacion en la azotea, y la tenada de Santos no pudiendo contenerse se levantó, y cambiando su actitud humilde por otra resuelta, se irguió y gritó con aire insolente:

—¡Pues no lo matarán! ¡no lo matarán! porque yo lo defenderé; y los amos no son reyes para dar esas órdenes; ya lo veremos, que tambien hay justicia para los pobres y el *inspetor* es mi compadre, y aunque sean ricos los amos, ya veremos si esto se queda así.

—¡Cállese usted, mi alma! le decian las criadas, no arme usted escándalo, que tal vez *por la buena* hasta le darán á usted una gratificacion.

—No quiero gratificacion, lo que quiero es mi gato que nada les come.

—¿Quién tiró? preguntó un criado.

—Fué el amo Don Salvador que le *jerró*, contestó el lacayo.

Efectivamente, Salvador habia tirado al gato disparando una pistola y no le habia dado. Salvador, no obstante su gravedad habitual, habia aceptado sin vacilar el papel de verdugo del gato, porque á pesar de su espiritismo y de todas sus idealidades, no podia disputarle á su propia conciencia que estaba obrando pérfidamente con respecto á su antiguo y fiel amigo Cárlos; de manera que

el haber tomado á pechos lo de la muerte del gato negro, era una especie de excusa que el mismo Salvador creía encontrar; excusa que por insuficiente que fuera bastaba, al menos por el pronto, para hacer algo en favor de Carlos, en cambio de lo mucho que hasta allí había hecho contra él.

Crecían por todas partes los gritos y la algazara de los criados, tomaban incremento los comentarios de las maritornes; y contrastando con la animación de la batida, Carlos estaba quieto, inmóvil y pensativo en un sillón de su cuarto.

Chona apenas se hubo desprendido de la entenada de Santos, creyó, tal vez porque la conciencia no se equivoca, que debía ponerse al lado de su marido.

En el género de vida que estos dos esposos habían seguido desde que se casaron, era un acontecimiento notable ver acercarse á Chona á su marido, de una manera cariñosa y afable.

Chona se acercó á Carlos.

—Me da pena verte tan preocupado y tan entregado á esa superstición. Vamos, no hay que creer en eso, ó vas á acabar por contagiarnos á todos con esa idea y adios expedición, adios fiestas, todo va á ser duelo y pesadumbre.

Carlos no contestó sino al cabo de un largo rato esta sola palabra:

—Siéntate.

Chona hizo rodar otro sillón y se sentó al lado de su marido.

—No; dijo éste, mas acá; y le indicó á Chona una actitud, en la que casi quedaban marido y muger frente á frente.

Carlos meditó mucho su introducción, pero dijo así:

—¿Sabes que los gladiadores romanos que morían en el circo en presencia de un numeroso concurso, procuraban tomar una actitud graciosa para exhalar el último suspiro?

—Sí; contestó apenas Chona.

—Eso era porque los romanos, como yo, le tenían más miedo al ridículo que á la muerte.

—¿Por qué dices eso? dijo Chona haciendo un esfuerzo supremo para hacer con serenidad la pregunta.

—Lo digo porque.....

Chona estaba en ascuas.

—Lo digo porque mi superstición es muy ridícula.

Chona respiró.

—Yo he conocido personas de muy buen criterio, que participan de algunas de esas ideas que bien pueden ser una debilidad; pero que luego se comprende que hay cosas..... dijo Chona procurando forjar una disculpa que ni el mismo Carlos pensaba.

—¿No es verdad que hay cosas..... Voy á explicarte mi superstición.

Chona contuvo la respiración.

Carlos continuó:

—Delante del hombre hay eternamente un misterio impenetrable, y cuando se ha tenido la desgracia de perder la receta maravillosa del agua bendita y de otros amuletos no menos apreciables; cuando un día, mas atrevido ó mas ignorante, el hombre ha pretendido analizar y dar rienda suelta á su imaginacion; entonces surge del fondo de todas las cosas lisas y llanas en virtud de milagros ó de influencias divinas; surge, decia yo, la dicha y vuelve uno al punto de su ignorancia, pero con un desengaño mas y con un consuelo menos.

En esta sucesion de acontecimientos en la cual hay necesidad de tomar parte en la vida, el día que uno menos lo piensa comprende todas esas desgracias, todos esos contratiempos que vienen sin aviso previo, y un día se nos desploma un techo ó nos viene equivocadamente una bala destinada á otro, ó nos sucede, en fin, una de tantas desventuras imprevistas y que ni yo ni nadie tiene el poder de conjurar; pues bien: al hombre no debe estarle tan obstinadamente cerrada la clave de esos avisos; es preciso que exista un signo precursor, que surja una coincidencia, que brote un aviso de cualquier objeto, y sucede así indefectiblemente: mi aviso es el gato y por eso insisto: me va á suceder una desgracia.

## CAPITULO XVII.

## EL ASALTO.

**N**O debemos dejar pendiente por mas tiempo el interes del lector acerca de la suerte de Gabriel, pues lo dejamos en el momento en que Gomez y el Pájaro les daban el sacramental *¡alto ahí!* que precede á todo robo en despoblado.

Cada uno de los cuatro bandidos acometieron simultáneamente á los cuatro viajeros: el Pájaro á Don Santiago, Gomez á Gabriel, y los otros dos compadres á cada uno de los dos criados.

—Delante del hombre hay eternamente un misterio impenetrable, y cuando se ha tenido la desgracia de perder la receta maravillosa del agua bendita y de otros amuletos no menos apreciables; cuando un día, mas atrevido ó mas ignorante, el hombre ha pretendido analizar y dar rienda suelta á su imaginacion; entonces surge del fondo de todas las cosas lisas y llanas en virtud de milagros ó de influencias divinas; surge, decia yo, la dicha y vuelve uno al punto de su ignorancia, pero con un desengaño mas y con un consuelo menos.

En esta sucesion de acontecimientos en la cual hay necesidad de tomar parte en la vida, el día que uno menos lo piensa comprende todas esas desgracias, todos esos contratiempos que vienen sin aviso previo, y un día se nos desploma un techo ó nos viene equivocadamente una bala destinada á otro, ó nos sucede, en fin, una de tantas desventuras imprevistas y que ni yo ni nadie tiene el poder de conjurar; pues bien: al hombre no debe estarle tan obstinadamente cerrada la clave de esos avisos; es preciso que exista un signo precursor, que surja una coincidencia, que brote un aviso de cualquier objeto, y sucede así indefectiblemente: mi aviso es el gato y por eso insisto: me va á suceder una desgracia.

## CAPITULO XVII.

## EL ASALTO.

**N**O debemos dejar pendiente por mas tiempo el interes del lector acerca de la suerte de Gabriel, pues lo dejamos en el momento en que Gomez y el Pájaro les daban el sacramental *¡alto ahí!* que precede á todo robo en despoblado.

Cada uno de los cuatro bandidos acometieron simultáneamente á los cuatro viajeros: el Pájaro á Don Santiago, Gomez á Gabriel, y los otros dos compadres á cada uno de los dos criados.

Gabriel fué el mas listo en sacar su pistola y disparó contra Gomez, pero no salió el tiro.

Gomez por respuesta, asestó al jóven una soberbia bofetada, que lo derribó en tierra.

Gabriel cayó dando con la cara en las piedras, mientras Don Santiago á la voz de «eche pié á tierra!» se apeaba procurando socorrer á su hijo.

Entre tanto se habia emprendido un altercado entre los bandidos y los mozos, y al pasar á las vías de hecho, los dos criados arrendaron sus caballos y se pusieron en precipitada fuga.

—¡Cójalos! gritó el *Pájaro*, y los dos bandidos emprendieron la persecucion á todo correr de sus caballos.

El sol se ocultaba en el horizonte y alumbraba aquella escena el resplandor de algunas nubes color de fuego, que se destacaban de un inmenso grupo de nubarrones pardos y pesados.

Al verse solo el caballo de Don Santiago, echó á andar, y el *Pájaro* no sabiendo á quien atender, gritó á D. Santiago:

—¡Cója su caballo!

Cuyo grito fué acompañado de una media docena de interjecciones bien acentuadas y claras.

Don Santiago se puso en seguimiento de su caballo y el *Pájaro* tras de él; mientras Gomez se apeaba para levantar á Gabriel, que se desangraba sobre las piedras del camino y parecia desfallecido.

Los reflejos rojizos del sol iban extinguiéndose.

Gabriel, efectivamente exánime, fué levantado por Gomez.

Tenia una profunda incision en la frente, de donde brotaba sangre en abundancia.

Gomez, á quien se hubiera juzgado un hombre caritativo, vendaba con su pañuelo aquella herida, pero en realidad lo que estaba haciendo era vendar los ojos á Gabriel.

En tanto Don Santiago y el *Pájaro* se habian alejado, dando vueltas á un pequeño recodo del camino, y habian por lo tanto desaparecido de la vista de Gomez.

En estos momentos solo quedaba en el horizonte como los restos de un incendio; una nube cárdena que se parecia á un largo tizon que se apaga: todo iba poniéndose negro, las sombras se iban apoderando con no sabemos que extraña precipitacion de aquellos campos.

Apenas alguna de esas aves nocturnas que se enseñorean en las tinieblas, hubiera podido distinguir entre las confusas masas negras de las malezas y los árboles, entre los boscajes y los peñascos negros, los dos grupos que formaban Gomez y el *Pájaro*, con Gabriel y Don Santiago. Erán dos buitres que habian logrado hacer bien tarde su presa y sorprendidos por la noche, buscaban una guarida provisional para asegurar su banquete.

La noche desplegó por fin su negra colgadura, se extinguieron los silbos de los reptiles y los últimos rumores; venia el silencio como impuesto á la naturaleza por el Gran Rey; todo se sometia, todo se plegaba ante el imperio del silencio y de la sombra; todo entraba al caos de

la noche; y por uno de esos cambios tan frecuentes en nuestras latitudes, casi por ensalmo habian avanzado hácia el zenit del N. E. y del O. E., falanges de vapores que esperaban la desaparicion del sol, para invadir la bóveda celeste.

Mas que nubes, parecian crespones que un maquinista invisible habia corrido para aquel segundo acto que requeriria sombra, porque era el crimen el protagonista.

Los crespones no habian dejado, al menos en la periferia visible, un solo jiron á través del cual pudiera alguna estrella ver la tierra; nada, ni un resplandor, ni un ruido; parecia que la noche se habia tragado, como un inmenso monstruo, á los viajeros y á los buitres del camino.

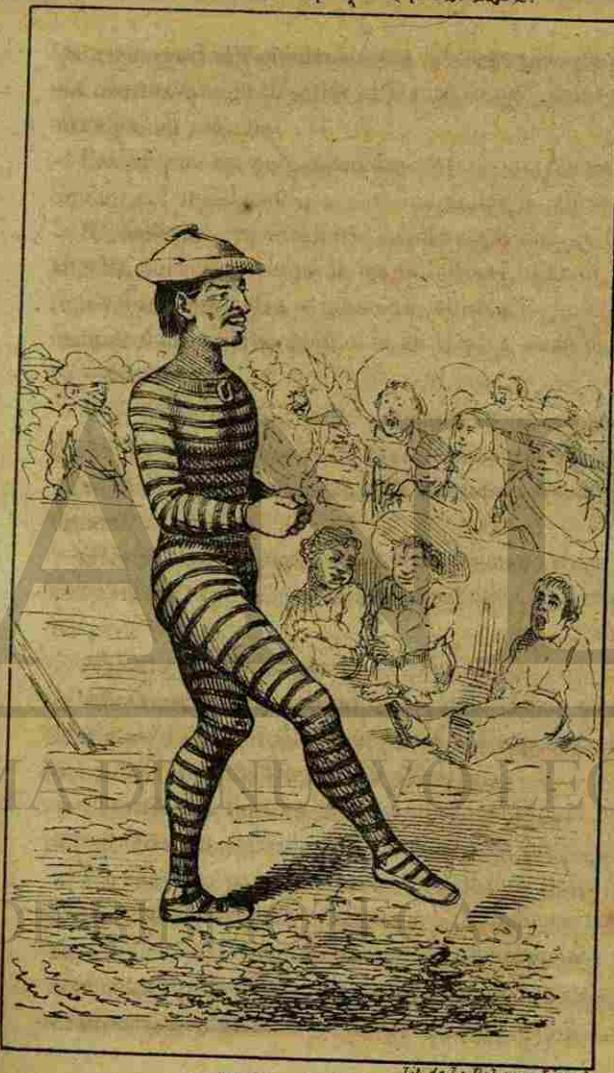
Pero los dramas de la sombra tienen por público, al que sabe penetrar con nictálope vista en esas regiones y á esas horas de negros misterios en que nacen las leyendas y los fantasmas.

Informes y movedizas, como las figuras que se proyectan en el agua, podia con trabajo percibirse entre las malezas las sombras del Pájaro y D. Santiago, serpeando por tortuosos senderos, perdiéndose á largos intervalos entre arbustos y malezas, ó hundiéndose en algún bajo del terreno accidentado, como si fueran dos espectros que regresaran á su sepulcro.

Pero poco despues aparecian, dibujando sus cabezas en el fondo plumizo de las nubes.

Mas allá, lejos, muy lejos, estaba Gomez liando sobre el lomo de un caballo, el cuerpo flexible y mortecino de

LAS GENTES QUE SON ASI.



Melquiades

Lit. de la Bohemia Liter.

Gabriel; pero allí el silencio era interrumpido de la misma manera que lo describe el Dante en uno de los negros círculos del infierno.

Era un rumor, pero acercándose era una sucesión de espantosas imprecaciones y de inmundas palabras.

No sabemos quien estaba deteniendo á uno de los mil ángeles del cielo, á una de las mil almas hijas de la justicia eterna, para que, atravesando el espacio, hubiera descendido á pronunciar en el oído de Gomez estas palabras:

—Es tu hijo.

Pero nadie bajaba, nadie acudía; Gabriel estaba en ese limbo del síncope, que es un lugar tan misterioso que ninguno de los que vuelven nos ha querido revelar sus secretos.

Gomez seguía ajustando su fardo humano como un pesado *pagaré*, que se convertiría en caballos, mugeres y vino para Gomez.

Aquello era realizable.

Abraham llevaba á su hijo cargando el haz de leña y sentía algo de lo único que puede ser superior al amor del padre: algo de Dios en su alma.

Pero Gomez llevaba la misma prenda ante el mito infernal del robo, sin saber que inmolvaba su propia sangre.

Por nuestra parte, no creemos dejarnos llevar del espíritu romántico para asegurar las intuiciones magnéticas, ni las adivinaciones milagrosas que preparan un reconocimiento de estampilla, que termina con estas palabras sacramentales:

«¡Padre mio!—¡Hijo mio!»

Y no obstante, aseguramos que Gomez sentia una insensata amargura, un íntimo reproche en su alma al ejecutar aquel acto infame.

Lo decimos porque Gomez maldijo y blasfemó, en primer lugar al cielo, porque la oscuridad era tal, que no se veia el camino, y ya una que otra gota de lluvia habia producido, en el gran sombrero de Gomez, cierto ruido, que era como el aviso de una nueva dificultad.

Gomez estaba mas impaciente de lo que la situacion en sí hubiera podido ponerlo, y la violencia que experimentaba la atribuia á todos aquellos ligeros contratiempos.

Pensaba en que habia sido una brutalidad pegar tan recio al niño aquel; por otra parte, se decia Gomez, si no le acierto me dispara otro tiro el diablo del muchacho.

Hubiera sido mejor dejar á este.... amarrado por ahí, y llevarse al viejo..... y luego que los otros *destaparon!* ¡mal haya!.....

Y Gomez, caminando con su carga, y el Pájaro conduciendo á D. Santiago por intrincadas sendas, se perdian entre las sombras; pero ni Gomez ni el Pájaro se habian puesto de acuerdo acerca del lugar en que debian reunirse.

Al cabo de algun tiempo, la lluvia comenzó á caer con fuerza, produciendo un extraño rumor en los campos solitarios y tristes.

Gomez caminaba entre los breñales, y hacia rodar en su marcha, de vez en cuando, las piedras del camino, que

caian á alguna profundidad produciendo un sordo estrépito.

Pensaba Gomez en la suerte que habrian corrido sus compañeros, y en el lugar á donde debia dirigirse á fin de reunirse con el Pájaro.

No sabia por qué causa habian obrado en aquel asunto con desusada torpeza; aquel era un golpe que por parecerles muy fácil habia sido poco meditado, y á esto atribuia Gomez lo embarazoso de la posicion en que se encontraba y las muchas contrariedades y tropiezos que hasta allí habia tenido el lance.

Entre tanto la lluvia arreciaba y se hacia doblemente difícil su marcha; pero se consideraba cerca de un crestón del cerro que atravesaba, crestón en el que algunas peñas podian, por su especial disposicion, prestarle un abrigo contra la lluvia.

Varias veces pensó en silbar para dar noticia de su rumbo al Pájaro; pero no habiendo oido ningun silbido de este, calculó que seria prudente guardar reserva.

Ya Gabriel habia vuelto en sí, y algunos quejidos se escapaban de su pecho; pero Gomez finjia no oirlos y seguia tirando del ronzal del caballo en que iba atado Gabriel.

Al cabo de largo caminar, llegó Gomez al sitio que habia elegido como refugio, y en el cual se propuso pasar la noche: se paró, y despues de haber lanzado una mirada indagadora á las sombras que lo rodeaban, se apeó lentamente y aflojó la silla á su caballo.

Gabriel, impaciente ya en la incómoda postura á que lo habia sujetado Gomez, dijo por fin:

—Desáteme usted, porque voy muy mal.

—¡Adios! exclamó Gomez. ¿Conque quiere ir bien?

—Al menos, no creo necesario este martirio, especialmente cuando nada puede usted esperar de mí.

—Eso ya lo veremos. ¿Cuánto tiene su padre?

—No lo sé, y sobre todo, no me encuentro bien para contestar en esta postura; desáteme usted y hablaré.

—¡Vaya porque no diga!

Y Gomez desató á Gabriel y le permitió apearse; pero el niño apenas podia tenerse en pié y se recostó sobre las piedras.

En cuanto al Pájaro y D. Santiago, se encontraban á gran distancia de Gomez y separado uno de otro, esperando que la luz del dia volviera á reunirlos.

Gomez, despues de largo tiempo de vacilacion, se puso á contemplar á Gabriel que se habia dormido, y reflexionó que si aquel jóven seguia imposibilitado de moverse, Gomez tendria que seguir caminando con una carga embarazosa que le entorpeceria sus movimientos; y una vez bien seguro de que no podia menos de suceder como lo pensaba, se puso á atar de nuevo á Gabriel, no ya sobre el lomo del caballo, sino contra un arbusto que se elevaba bajo una de aquellas rocas.

En este tormento se agotó completamente la paciencia de Gabriel, y no estando ya bajo la influencia de su

anterior caida, manifestó un vigor extraordinario procurando defenderse.

Gomez ejecutaba la operacion de sujetar á Gabriel al tronco del arbusto, con ira concentrada y de una manera brutal, y como en algunos momentos Gabriel habia podido gritar, Gomez acabó su operacion pasando por la abierta boca del niño, una de las vueltas de la reata, con lo que acabó de quedar Gabriel privado de todo movimiento.

En seguida, Gomez que habia atado su caballo á un árbol, tomó el caballo de Gabriel y desapareció.

Gabriel entretanto jadeante y maltratado por las fuertes ligaduras que lo oprimian, procuraba en vano romperlas empleando toda la fuerza de que era susceptible; pero aquellas ligaduras parecian cadenas inquebrantables y ya la sangre habia afluido á las extremidades de tal manera, que iba embargando la accion de las manos y de los piés, en medio del dolor de la extrangulacion.

Forzado á morder la reata que le servia de mordaza, Gabriel tenia necesidad de permanecer con la boca abierta y esto le habia producido tal resequedad en la garganta, que sentia asfixiarse.

A los dolores causados por la presion de las ligaduras, agregaba el niño los que le producian sus desesperados esfuerzos por desatarse, y esta lucha tenaz é impotente se renovaba por intervalos aunque cada vez con menos éxito y con menos vigor.

Gomez, despues de haber ocultado el caballo de Ga-

briel en el fondo de una pequeña barranca cubierta por la vegetación, subió al lugar donde estaba el joven y volvió á tocar una á una todas las ligaduras, para cerciorarse de que su víctima nada había logrado á su favor á pesar de sus esfuerzos.

Gabriel había caído ya en la postración de la impotencia, y agotadas ya sus fuerzas sufría pasivamente sus dolores.

De su pecho se escapaba la respiración como un quejido estertoroso, compasado y lento.

Gomez se retiró á cierta distancia, guarecido siempre por los peñascos que servían de techo, y se recostó para descansar á su vez de sus fatigas.

La lluvia se desprendía por intervalos, produciendo un rumor sordo y prolongado al caer sobre las malezas y sobre los barrancos, y luego este rumor se iba perdiendo poco á poco dando asiento al solemne silencio de la noche, que se enseñoreaba en las tinieblas.

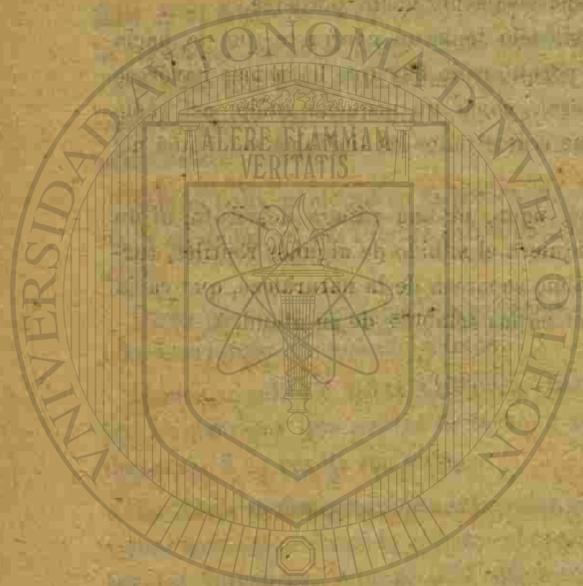
Pero aquel silencio era horrible, al grado de infundir pavor á Gomez, porque cuando la lluvia cesaba, podía oírse distintamente la fatigosa respiración de Gabriel, como se oye á la cabecera de un moribundo, y el agua entonces no prestaba mas ruidos que los que producían una que otra gota desprendida de lo alto de las rocas y produciendo una especie de gemido al caer sobre los charcos.

Algunas veces y cuando el silencio era mas profundo, se percibía el rumor de esos mil pequeños hilos de agua,

que corren de un depósito accidental á otro mas bajo y de éste á otro sucesivamente hasta perderse.

Entonces el silencio tenía un contraste que lo hacía mas profundo, porque nada hay que haga mas pavoroso el silencio general, como un pequeño ruido; así como no hay nada que realce tanto las tinieblas, como una pequeña luz.

Por lo demás, nada, ni una ráfaga de viento, ni un murmurio, ni siquiera el silbido de algunos reptiles, turbaba aquella calma soporosa de la naturaleza, que yacía como un cadáver en las sombras de su ataúd.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D

CAPITULO XVIII.

LAS VICTIMAS Y LOS VERDUGOS.

**D**EGRA como la noche se levantaba en medio de las sombras la conciencia de Gomez, á quien ni el silencio ni el cansancio le permitian probar la paz del sueño.

Nada le inquietaba tanto como el silencio; nada le ponía mas intranquilo, que la soledad; porque una falange de visiones sangrientas, atravesaba por su imaginacion, como si las almas de otro mundo vinieran á visitarlo cada noche, aprovechándose del silencio.

Para que Gomez durmiera, le era preciso recurrir á la embriaguez y solo en el sopor y el entorpecimiento que produce el alcohol, podia encontrar descanso; pero aquella noche no habia podido beber y sus párpados se abrian á su pesar.

Mil imágenes venian á atormentarlo, y cual si se avivaran sus recuerdos á cada instante, danzaban juntas en su cerebro las imágenes voluptuosas de sus amores con las de sus víctimas.

Apurada la fuerza juvenil de Gomez y agotados sus placeres, habia entrado ya á la edad en que el hombre, menos preocupado con su presente, es mas sensible á los recuerdos.

La soledad presenta siempre al hombre, abierto el libro de los recuerdos de ayer, y recorrer sus páginas es una operacion imprescindible del espíritu.

La soledad es una confidencia y con los ayes del pasado evoca los suspiros de hoy, acaso para que la conciencia pueda aprender en el manual que dejamos escrito algo provechoso para el sombrero mañana que no podemos descifrar.

Gomez, en su pesada vigilia, delectaba á su pesar su pasada historia, en cuyas hojas manchadas de sangre estaba escrito y repetido el nombre de Salomé.

A este punto propendia el recuerdo, á esa imagen convergían las memorias de todos sus hechos, y sin saber por qué, Gomez estaba dotado aquella noche de una do-

ble lucidez que le hacia percibir las imágenes con una claridad y un brillo desusados.

A medida que el silencio era mas profundo y la sombra mas densa, mas vivas y perfectas vagaban en la fantasía de Gomez las visiones de su historia.

Salomé, abandonada, triste, deshonrada, llorosa y suplicante, parecia llamarlo desde la barranca vecina. Otras veces se figuraba ver aparecerse en la oscuridad una reja y tras de la reja la hermosa cabeza de Salomé, y cuando Gomez queria apartar su idea de aquel cuadro, insensiblemente se veia en el cementerio del pueblo, en presencia de Salomé temblorosa, fascinada, enloquecida, y volvia á ver aquel cementerio lleno de yerba entre la que sobresalian algunas cruces negras.

Súbitamente vino á su cerebro la idea de que podia haber tenido un hijo.

—Ella me lo dijo, pensaba Gomez; lo sentia, estaba segura de ello.... ¿Qué habrá sido de ella? ¿cómo habrá podido ocultarse á los ojos de su marido? ¡Pero quiá!.... estoy hecho un béstia esta noche, y es que me hace falta un trago de algo. ¡Hace tantos años, nueve ó diez lo menos, que sucedió eso!.... ¡No, que diablo! si Salomé tuvo un hijo debe haberse muerto y puede ser que ella tambien. ¿Para qué he de pensar en eso? ¡Adios! exclamó de repente, pues el diablo del muchacho parece que se ha dormido parado..... ya no resuella..... mejor, porque el ruido que hacia me estaba fastidiando.

A la sazón, oyó Gomez un silbido y le pareció reconocer la manera particular de silbar del Pájaro.

—Por ahí anda ese, pensó Gomez, y contestó el silbido.

A poco volvió á repetirse, y Gomez, ya montado, se dirigió al lugar de donde le parecía salir la seña.

Ya el resplandor de las estrellas comunicaba á la tierra cierta claridad, y podía distinguir Gomez las veredas y los malos pasos.

Siguieron por intervalos repitiéndose los silbidos por largo tiempo, hasta que por fin cesaron del todo.

Poco despues empezaba á despuntar por el Oriente una tinta luminosa y pálida, y una ave oculta en la enramada envió al aire su primer gorgo.

El día se aproximaba.

El crestón que servia de respaldo á Gabriel, veía al Oriente, de manera que el primer destello de la aurora iluminó al mártir con su luz pálida, y una ráfaga de la brisa matutina, fresca ó impregnada con las primeras emanaciones de las plantas, besó la frente febril de Gabriel que permanecía inmóvil como un cadáver.

Pero la aurora le era propicia: no parecía sino que el mismo ángel color de rosa que Gabriel había contemplado cierta mañana rasgando los velos de la noche, había descendido para abrirle los párpados.

Aquel pobre niño con su frente ensangentada, su semblante lívido y su boca entreabierta por la presión de aquella brutal ligadura, que le sujetaba la cabeza al tronco del arbusto, presentaba un aspecto desgarrador.

Las brisas de la mañana iban á llevarle á sus fatigados pulmones un nuevo soplo de vida, acaso para que pudiera despedirse del mundo, bendiciendo al Autor de la luz como lo bendijo aquella mañana en que, radiante de felicidad, había elevado al cielo su primera acción de gracias.

¡Pobre Gabriel! aún no había hecho mal á nadie, y ya el destino se manifestaba inexorable!

Acaso allá en el fondo de su alma se agitó la idea risueña de la aurora y quiso el niño ver la luz; acaso alguna esperanza nació en medio de su profundo abatimiento, porque se notó en su cuerpo, inanimado en la apariencia, el movimiento de un esfuerzo; pero despues volvió á entrar en su profunda postración tal vez para no volver jamás á ver la luz.

Don Santiago había sido ya objeto de la crueldad del Pájaro.

El Pájaro no había amarrado á D. Santiago; pero por lujo de ferocidad le había regalado alguno cintarazos.

Don Santiago no fué dueño de disimular la inmensa pesadumbre que experimentaba por la separación de su hijo, circunstancia de la que se aprovechó el Pájaro para ser exigente é inflexible con su víctima.

—No tengo nada, decía D. Santiago al Pájaro, pero cuanto poseo lo doy de buena gana, porque mi hijo pueda educarse en México; y ya que no pueda legarle mis bienes, porque ustedes..... porque ustedes los necesitan,

al menos que ese niño desgraciado pueda recibir los tesoros de la educación.

—Eso es, contestaba el Pájaro, dele todo eso al muchacho, pero á nosotros el dinero que necesitamos; porque al fin no hay justicia para que usted guarde esos *medios* cuando hay hombres que tienen compromisos que cubrir; y luego que ya ve usted las injusticias; por unos pagan todos; á nosotros nos persiguen, y todo porque el maldito juez de San Pedro se figura que somos mala gente.

—¿Pero qué es lo que usted pretende?

—Ya lo sabe.

—¿Pero de qué manera he de poner á usted en posesión de lo que tengo, cuando mis bienes consisten en propiedades que ofrecen dificultades para su venta?

—¡Adios! pues usted tendrá algunos amigos que le presenten el dinero.

—No tengo amigos ricos.

—¡Adios, y cómo no!

—¿Quién podría facilitarme una suma de esa consideración?

—Pues usted sabrá.

—No, no tengo á nadie de mi parte.

—Entonces vamos á colgar al muchacho para quitarlo de penas.

—¡Qué barbaridad! ¡colgar á mi hijo! ¡no sea usted cruel! ¡ese es un atentado horrible!

—Si le parece tan feo, afloje la mosca.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó Don Santiago en el colmo de la tribulación.

—No me ande con oraciones, porque le doy otra cue-reada.

Y á las tiernas exclamaciones de Don Santiago, agregó el Pájaro algunas palabras mal sonantes y brutales.

Esta escena se prolongó por largo tiempo, sin que en el fondo del asunto que se versaba se adelantase en ningun sentido.

El Pájaro estaba sentado sobre una piedra: tenia la espada desnuda en las manos y con ella se entretenia, mientras hablaba, en picar las piedrecitas que habia regadas en la tierra.

Don Santiago, á muy poca distancia del Pájaro, estaba medio recostado en unas malezas, sobre las cuales habia caido á consecuencia de los malos tratamientos de su verdugo: allí habia recibido los primeros cintarazos cuyo estrago estaba resintiendo el pobre viejo en muchas partes de su cuerpo.

El Pájaro pensaba que su situación se iba haciendo embarazosa, y esperaba reunirse con Gomez, con una impaciencia creciente.

Nada habia podido conseguir de Don Santiago, porque sus diálogos hasta allí se habian reducido á exigencias por una parte y á negativas por la otra, pero sin venir á ningun arreglo practicable.

Cerca del amanecer el Pájaro creyó percibir ruido. Puso el oido atento y se decidió á silbar.

Inmediatamente montó á caballo pues en lance alguno había querido jamas abandonar su cabalgadura.

El bandido jinete no se considera reintegrado sino sobre el lomo de su animal: á pié conoce toda su nulidad y su miseria, y no parece sino que como el minotauro de la fábula, necesita llevar su busto sobre los cuatro fuertes cascos de un caballo, sin cuya base minotauro y bandido quedan reducidos á la condicion del débil ser humano que extraña en medio de la ferocidad de sus instintos la resistencia muscular de las bestias.

La costumbre de manejar el caballo, forma en el jinete uno de sus movimientos naturales y confunde las acciones del bruto con las propias, supuesto que instintivamente maneja á su voluntad así sus brazos como las patas de su caballo.

El Pájaro á pié, era nulo; pero á caballo, era una bestia inteligente capaz de todo.

Montado esperó á que Gomez silbara.

Apenas se vieron, el Pájaro dijo estas palabras:

—¡Pues usted sí que diatirol!.....

—¡Adios! ¿y yo qué?

—Que la jerramos.

—¿Onde?

—Onde ha de ser, que usted con el muchacho y yo con el viejo, nos vamos á estar así toda la vida.

—¡Adios! ¿pues qué queria que hiciera?

—¡Tan tonto!

—¡Pero no de las manos, patron!

—¿Y creo que usted viene motivoso?

—No sé quien.

—¿Yo de qué?

—¡Hora! pues de andar contestando.

—Yo no.

El Pájaro prorrumpió en una serie de interjecciones incoherentes que á no haber contenido sílabas españolas, se hubiera podido tomar por el rujido de una fiera.

—Oiga, vale, si no nos *sacamos* de este cerro nos cojen. Celso y el otro no parecen y ó les pegaron los otros ó los cojieron.

—Pues eso es lo que digo; y lo que es los mozos ya deben haber avisado en el pueblo.

—Al cabo no hay allí gente.

—Dicen que llegaron ayer los rurales.

—¡Qué rurales! á pié! pues usted sí que.....

—Pero pueden pedir caballos en la hacienda.

—¡Vaya! ¿y Don Pepe se los dá?

—Pues que ha de hacer.

—Don Pepe ya sabe que cuando ando por aquí, manda la caballada al otro llano.

—¿Y la mandó ahora?

—¡Pues no!

—Pero por si ó por nó, será bueno irnos al otro lado, al cabo allá en las peñas pardas ni quien nos sienta.

—¿Hasta allá?

—Pues.

—¿Y cómo anda el viejo si no puede menearse?

—¿Pues qué, lo lastimó?

—No, qué..... si apenas.....

—¿Pues sabe que será bueno que les demos una tortilla y los desatemos?

—Pero cada uno por su lado.

—Se entiende.

—Porque si el viejo vé á su hijo no afloja.

—¿Trae tortillas?

—Traigo unas gordas y *refino*.

—Pues vaya á darle al muchacho, dijo el Pájaro á Gomez, y al *pardear* la emprendemos. ¿Se acuerda de la barranca aquella de las piedras pardas?

—¡Pues no!

—¿No hay tres cuevas?

—Sí.

—Se va á la chica entrando por el monte, y yo me voy con el viejo á la grande, por el otro lado.

—Eso es, y nosotros nos vemos en la cueva de en medio.

—Oiga, al pasar por los dos caminos, no deje de comprarse cigarros y lo que haya.

—¿Y los muchachos?

—Pues que se..... que se los lleve el diablo.

Y los dos bandidos se separaron.

## CAPITULO XIX.

## LA PARTIDA.

Al fin, en la mañana del día aquel fijado por Carlos para emprender la marcha, había á la puerta de la casa, ocupando la mayor parte de la acera, un tren compuesto de cinco carruajes de muelles y dos carros de dos ruedas.

En el patio había cabalgaduras hasta para diez jinetes, y en toda la casa, removida de arriba abajo, se notaba grande animacion y movimiento.

Chona estaba vestida con un elegante vestido de Holanda plomo con adornos blancos, y tenia ya puesto un lindo sombrero negro con velo de gasa.

Salvador llevaba un flux gris, que le sentaba perfectamente.

En la sala estaban ya la mayor parte de las personas convidadas; los criados iban y venían en un incesante trajín, conduciendo bultos y acomodándolos en los carros; cada una de las señoras tenía cien encargos que hacer á cada criado, y convidados y sirvientes se movían en todas direcciones para acomodar equipajes y cajas y bultos de todas dimensiones.

—¿Quién falta? dijo muy recio una señora voluminosa que ocupaba el primer lugar en el salón.

—El padre Gonzalez; contestó un joven que parecía estar al tanto de lo que pasaba en todas partes.

La señora que había hablado tan recio, era una señora muy rica, causa qué, bien mirada, tenía no poca parte en lo alto de su diapason.

Esta señora acostumbraba hablar muy alto y poseía ese tono de suficiencia y de superioridad propios de una matrona respetada por sus riquezas.

Para la señora Doña Refugio, que así se llamaba la exhuberante señora, no había contrariedad posible, y generalmente, cuando esta señora hablaba, callaban los demás.

Doña Refugio discurría mal, pero gritaba bien; y como tenía dinero, estaba en la sociedad segura de sí misma; y aunque solía hacer algunas barbaridades y sostener ciertos absurdos, los demás callaban y no la contradecían sin más que una razón:

Doña Refugio «era así.»

Otra de las personas que «son así» era el joven que le había contestado á doña Refugio.

Este joven se llamaba Castaños.

Castaños no era ni rico ni joven, pero parecía las dos cosas.

Castaños se vestía bien y conocía y trataba á toda la aristocracia de México; era inofensivo, servicial y frívolo; les decía *hija* á todas sus amigas. Castaños estaba en todas las fiestas, así en el Casino Español como en los títeres; y así comía en el Tívoli como en una fonda de la Alcaicería.

Castaños iba al teatro siempre á palco, al paseo siempre en coche; comía en Iturbide, y sabía jugar al tresillo con los viejos, y á juegos de prendas con las muchachas.

Era profundamente inteligente en crónica escandalosa, y era de los que mantienen una conversacion, no solo de horas, sino de varios días, hablando de los asuntos de los demás; era el primero en llevar la noticia de un casamiento ó de un enfermo, de una quiebra ó de un pleito.

Castaños siempre tenía noticias. Con Castaños hablaba complacido el banquero y honrado el pollo; todas las señoras lo trataban con confianza, todas le decían Castaños, ninguna señor Castaños.

Castaños «era así.»

En un círculo de tontos, Castaños se lucía, aunque era más afecto á hablar con las señoras, con quienes siempre tenía algo pendiente.

Hablaba de todo, tenía muy buena memoria, y se sabía reír con una ingenuidad envidiable.

Castaños nunca estaba de mal humor. Si hablaba con niñas, les contaba cuentos, y las niñas se morían por Castaños; si hablaba con señoras grandes, les daba las señas del padre de la epístola y del evangelio en la función de iglesia de tal día; á cada una le llevaba noticia ó de su confesor, ó de algunos de sus mejores amigos; tomaba una parte activa en los negocios de los demás; y no se olvidaba de preguntar á uno, á quien no había visto en un año, como le fué la noche de San Agustín aquella en que bailaron en la casa de N.

En una palabra, Castaños era lo que se llama un hombre sociable y comunicativo; era nimio y escrupuloso en el cumplimiento de las etiquetas sociales: nunca se quedaba sin dar los días, pésames ó felicitaciones; cargaba un calendario de santos en la bolsa.

La concurrencia aquella era hasta cierto punto disímula, porque no todos se conocían mutuamente; pero Castaños los conocía á todos y todos conocían á Castaños.

No había tenido nunca un disgusto, y estaba tan bien conservado, que disimulaba su edad perfectamente; bien es que en esta longevidad tenía no poca parte la agua eléctrica con que se teñía un par de patillas que tenía Castaños que le daban toda su acentuación.

Era bajo de cuerpo, tenía las manos muy suaves, las uñas muy largas y la camisa muy limpia.

A Castaños le habían encargado las señoras, una su ca-

jita, la otra su bolsa de camino, aquella su llave, y la otra un secreto; por lo que Castaños tenía que hacer con todas.

—¿Quién ha de creer, decía una señora con aspecto de tia, quién ha de creer que voy tranquila porque va Castaños?

—Y yo también, contestó en voz alta doña Refugio.

—Mil gracias, Pachita; mil gracias, Cueva, dijo Castaños sin vacilar.

—Efectivamente, volvió á decir doña Refugio, Castaños es un hombre útil; apuesto á que sabe tirar la pistola.

—¡Vayal contestó un señor, Castaños es de los que tiran mejor en México.

—No, no tanto, dijo Castaños, procurando alargar con su modestia el capítulo de los elogios.

—¡Cómo no! insistió su panajirista. Castaños parte balas en un cuchillo.

—Pero rara vez.

—No; de diez tiros, ocho.

—¡Es posible! dijo doña Refugio. ¿Y cómo se hace eso? á mí me ha parecido eso siempre una exajeración.

—Pues no hay nada más cierto, dijo el señor; se pone un cuchillo de filo, y Castaños, á quince pasos, le dá en el filo, partiendo la bala en dos exactamente.

—¡Eso es admirable! exclamó doña Refugio, hablando de manera que no se le perdía una sílaba á pesar del ruido que había en toda la casa; pues con un tirador de esta especie estamos suficientemente garantizadas las seño-

ras; pues en el caso, que no será remoto, de que nos salgan los ladrones no quedará uno parado ante Castaños.

—¡Ah que bueno! dijo una polla, que hasta entonces preocupada con el temor de los ladrones, se figuró verlos caer uno por uno como barajas, si Castaños les tiraba.

Esto acabó de corroborar, entre la concurrencia, la idea de que Castaños era el hombre indispensable.

Así era Castaños.

En este momento se presentó el padre Gonzalez.

Todos los circunstantes hicieron un movimiento.

El presbítero se dirigió en derechura á saludar á doña Refugio.

—Creo, dijo esta, que solo á usted esperábamos.

—Estoy muy mortificado, dijo el padre, pero los negocios de la Iglesia me han demorado; yo suplico á ustedes muy encarecidamente que me disimulen.

Salvador hablaba en un grupo de jóvenes elegantes, entre los cuales Castaños tuvo no pocas veces que hacer rectificaciones, porque cualquiera que fuese el asunto que se versara en los grupos, era indispensable oír esta muletilla.

—Que lo diga Castaños.

—¿No es verdad, Castaños, que los abrigos de la Sorpresa son á treinta y cinco pesos? dijo una polla.

—Exactamente, Carolina, contestó Castaños. Las muchachas Cevallos compraron dos ayer; por señas que no queda mas que uno, pero como es verde nadie lo quiere; á menos que venga alguna paya y cargue con él.

—¿Pues qué no le gusta á usted el verde, Castaños

—Solo cierto verde, y eso desde que le vi á usted su vestido.

—¿Cuál?

—El que está adornado con flecos.

—¡Ah, sí! ¿Le gusta á usted?

—En usted sí, porque es usted muy blanca y algo rubia; pero no me dé usted prieta vestida de verde.

—¡Ah qué horror! dijo Carolina.

—Efectivamente, las gentes de color oscuro están detestables con lo verde, gritó doña Refugio.

—¿No les parece á ustedes que se va haciendo tarde? dijo de repente Castaños.

—Que vaya Castaños á traer noticias, dijo uno.

—Eso iba á proponer. Ya vuelvo.

Y Castaños salió de la sala.

—Todas las cosas de la capilla, dijo Chona al padre, están en el segundo carro, padre Gonzalez; tenga usted la bondad de entenderse con Castaños para que se las entregue.

—Está muy bien, señora.

—Cuando ustedes gusten, dijo Castaños en la puerta de la sala.

Todos se levantaron, y los caballeros, dando el brazo á las señoras, fueron saliendo del salon.

En estos momentos creció la animacion entre la servidumbre, y la colocacion en los coches fué asunto que ofreció grandes dificultades.

Algunos opinaron que las señoras deberian ir aparte

en ciertos carruajes; otros que debían ir uno ó dos hombres en union de las señoras por lo que pudiera ofrecerse; y finalmente se dispuso que doña Refugio ordenara la colocacion de las personas en los carruajes; y la señora, con el aplomo y seguridad que la caracterizaba, dispuso las cosas de la manera que le pareció conveniente, dejando para sí, para Chona, Salvador y Carlos el coche mas cómodo.

—Yo voy donde vaya Castañón, decia una señora, porque es muy divertido.

—Ya se ve, le contestaba otra, junto á Castañón no puede haber tristeza.

De todas las personas presentes habia una que rebo-saba mas satisfaccion y contento: esta era el lacayo; mientras que la mas atribulada de todas era el viejo Santos, quien parado en el quicio del zaguán contemplaba toda aquella animacion con mirada sombría y concentrada.

—Quiera Dios, decia en su interior, que no sobrevenga una desgracia!..... yo tengo mis ideas.

Al cabo de media hora todas las personas estuvieron colocadas en sus carruajes no sin que todo aquello hubiese ya llamado la atencion de los transeuntes, al grado de formar grandes grupos frente á los coches.

Por fin, partieron haciendo un gran ruido aquellos cinco carruajes, todos tirados por cuatro ó seis animales cada uno y con el respectivo acompañamiento de jinetes armados.

Al desaparecer de la calle el último carro, todavía

Santos estaba inmóvil en la puerta, acompañado por su entenada que seguía haciendo el duelo.

Ambas fijaban la vista en una cosa negra que estaba tirada en medio de la calle.

Era el gato negro muerto la víspera por el lacayo, quien habiendo recibido la propina ofrecida y no contento con haber presentado el gato bien muerto, lo habia tirado en la calle de manera que todos los carruajes lo aplastaran á su paso.

Efectivamente, quedaba un resto informe del gato de Santos, que era como un borron.

—¡Que crueldad! murmuraba Santos, quiera Dios que no les vaya mal á los amos, porque esta accion, por mas que se trate de un animal, es muy cruel.

—Y lo que es peor, decia la entenada, esto no es tan sencillo como parece.

—Ya se ve que no.

—Lo digo porque segun me ha dicho una señora, eso del gato negro es cierto: hay personas que creen que cuando se aparece un gato negro, le sucede á uno una desgracia.

—Yo tambien lo he oido decir, y lo que es ahora, segun la señora Andrea, esa fué la causa del encarnizamiento contra el pobre animal.

—Por eso digo que la cosa no es tan sencilla, pues segun me han dicho, cuando se mata el gato, es cuando sucede la desgracia.

—¿Eso dicen?

—Sí, porque no es todo que se aparezca, sino que después de aparecido se piense en la desgracia y se mande matar el gato por librarse de ella.

—Y yo creo que debe ser así, porque desde anoche estoy pensando que algo les va á suceder á los amos en esta expedición.

—Eso es seguro, ya sabe usted que Dios no se queda con nada; *no de envalde* he derramado tantas lágrimas; pero estoy segura de que el pícaro del lacayo es el primero que va á pagar.

—En fin, dijo Santos retirándose de la puerta, que se haga en todo la voluntad de Dios, aunque no por eso he de dejar de rogar á su Divina Magestad que libre á los amos de una desgracia.

Y diciendo esto cerró el zaguan y se metió á su cuarto, en donde reinaba ya, como en toda la casa, el mas pa- voroso silencio.

## CAPITULO XX.

### LA PRIMERA JORNADA.

**G**AMINABAN los carruajes velozmente con el primer arranque de los vigorosos animales que los tiraban, y los viajeros veian sucederse unos á otros los mil rótulos de las calles del Coliseo, Vergara y San Andres, con una rapidez extraordinaria.

—¡Adios, México! decia Castañes que era hombre á quien Dios no habia llamado á los caminos, pues solo en expediciones del género de aquella se le veia.

El primer cuento que contó aplicándose á sí mismo, fué aquel bien sabido de un señor Ormachea que al llegar á Cuautitlan exclamó: ¡qué grande es la República!

Castaños conocia todos los alrededores de México, pero nunca habia hecho un viaje de mas de seis leguas.

En el mismo predicamento se encontraban las señoras que iban en el coche con Castaños. La una era una señora tia, doncella de edad madura, rezadora y comodina, llena de amistades y circunstancias; la otra la jóven Carolina, desgraciada en amores y pronta á casarse hasta con Castaños, cosa que (aunque Castaños no era enteramente despreciable) solo á ella le habia ocurrido.

Cuando los coches entraron en la calzada rodando sobre tierra y el ruido fué menos molesto, se pudo entablar una conversacion mas reposada.

—¿No ha notado usted, Luisita, dijo entonces Castaños á la tia, que Carlos está muy preocupado?

—Ese es su carácter, yo creo que los hombres que han vivido como él en medio de los placeres y las comodidades en Europa, acaban por saciarse.

—No obstante, yo lo encuentro mas abstraído que de ordinario.

—¿Lo dice usted por lo del gato negro?

—Sí, entre otras cosas: ¿no le parece á usted muy raro que una persona tan ilustrada abrigue semejantes preocupaciones?

—Qué quiere usted, hija, todos las tenemos; yo, por ejemplo, nunca me siento á una mesa en donde hay trece personas.

—Pero eso es una preocupacion extrangera y usted á lo que creo no ha vivido en Europa.

—No, hija mia; pero la he adquirido, es la cosa mas fácil hacerse uno partidario de esas extravagancias.

—Sea de ello lo que fuere, el señor Don Carlos está muy triste.

—¿Usted que dice, padre Gonzalez?

El padre Gonzalez estaba á la derecha de Castaños.

—Yo veo poco al señor Don Carlos, dijo gravemente el padre despues de haberse tragado de golpe el resto de una oracion de su Oficio divino.

—Ya interrumpió usted al padre en sus oraciones, dijo Luisita á Castaños.

—Usted me disimule, padre, fué una inadvertencia.

Despues de caminar mas de tres horas sin ninguna interrupcion, la comitiva paró en una hacienda donde debia tomarse el almuerzo.

Bajaron las señoras de los coches y aquella respetable caravana fué recibida por el dueño de la finca, con las mayores muestras de atencion.

Estaba ya servido un suculento almuerzo y los viajeros no tuvieron tiempo sino de sentarse á la mesa.

—¡Jesus, que polvor decia una señora.

—El velo de Chona parece aplomado.

—Y las patillas de Castaños parecen nidos de golondrinas, dijo uno.

—A almorzar, señores, á almorzar porque tenemos todavía algunas leguas por delante para llegar á la primera jornada.

Aquel almuerzo fué de lo mas animado que puede darse.

La señora doña Refugio hablaba de vez en cuando haciendo resonar su buena voz entre todas, las que juntas levantaban solo un murmullo.

Salvador habia procurado no sentarse junto á Chona, pero sus miradas lo vendian, y Castaños, para quien no habia secretos, pues su mision en el mundo era averiguar lo que hacen los demas, le dijo á su vecino que era un jóven filarmónico:

—¿Ha notado usted?

—¿Qué?

—Lo que pasa con Salvador.

—¡Vaya!

—Observe usted con disimulo, que yo haré por mi parte otro tanto y en seguida nos comunicaremos nuestras respectivas noticias.

—Así lo haré.

Tambien Luisita, que en su modo de vivir se parecia mucho á Castaños, habia comunicado sus observaciones á su vecina y ya la curiosidad femenil estaba hincando el agudo diente en los asuntos de Salvador, que empezaba á ser una succulenta golosina para la crónica.

A pesar de lo respetable que era la comitiva no dejó de tocarse en la mesa la consabida conversacion acerca de ladrones, pasando de los cuentos á las suposiciones y de estas á la indagacion formal sobre el estado del camino.

El dueño de la hacienda no vaciló en asegurar que todo estaba por allí seguro.

Terminado el almuerzo la comitiva no tardó en estar de nuevo instalada en los coches, que partieron uno tras otro escoltados siempre por el numeroso acompañamiento de jinetes.

Salvador, sentado frente á Chona, tenia ocasion para llamar la atencion de su amada cada vez que los accidentes del terreno ó las hermosas perspectivas del camino valieran la pena de que Chona interrumpiera la grave conversacion que sostenia con doña Refugio, quien en su calidad de muger de buena sociedad tenia siempre abundante materia para la conversacion.

Solo Cárlos permanecia callado sin promover por su parte la conversacion, y solo contestaba con laconismo, aunque con atencion, á las repetidas preguntas de doña Refugio.

Nada notable ocurrió durante la tarde, y á eso de las seis habia logrado aquella caravana llegar al lugar en que se debia pasar la noche.

La cena fué tan animada como el almuerzo; y hasta allí no habia ocurrido el menor contratiempo.

—El día ha sido feliz, dijo Castaños.

—Completamente feliz, contestó doña Refugio; no ha habido un sola jaqueca, al menos que yo sepa.

Despues de la cena, y mientras se preparaban los respectivos departamentos para dormir, se introdujo cierto desorden en la reunion, pues algunas señoras quisieron

disfrutar de la hermosura de la noche sentadas en las banquetas del patio de la casa; algunas pasaron desde luego á las habitaciones, y otras, en fin, se paseaban á lo largo de un correeor.

Cerca de la puerta del patio de la casa, estaba doña Refugio hablando con dos señoras y dos caballeros, que de pié y frente á ellas, formaban un grupo.

Mantenan una tranquila y agradable conversacion, cuando notaron que en la puerta inmediata sonaban voces como de un altercado.

—¿Han notado ustedes? dijo doña Refugio.

—Sí, contestó uno de los caballeros, parece que riñen.

—Serán los criados, dijo una de las señoras.

Pero como las voces seguian, uno de los caballeros se adelantó hácia el zaguán para averiguar lo que pasaba.

Las cuatro personas del grupo quedaron pendientes y esperando alguna noticia; pero como esta tardaba y el murmullo de voces continuaba, se levantaron tambien de sus asientos y se acercaron al zaguán.

—Es imposible, decia un hombre entreabriendo la puerta, esta noche hay huéspedes en la casa y no queda un solo rincón para nadie.

Una voz plañidera y triste resonaba por la parte de afuera implorando un albergue.

—Ya se ha dicho que no, dijo bruscamente el portero.

—¿Quién es? preguntó con voz penetrante doña Refugio.

—Es una muger que quiere entrar, contestó el portero.

—Y bien, dijo doña Refugio; ¿y por qué no se le permite?

El portero no contestó.

—¿Viene sola?

—Sí, señorita, dijo el portero, dice que viene cansada y que tiene miedo de dormir fuera.

—Abra usted, dijo doña Refugio.

El portero dejó caer la cadena y la puerta se abrió lo suficiente para que pudiera penetrar una persona.

—¡Mil gracias! dijo una voz, cuyo timbre hirió de una manera particular los oídos de las personas que allí estaban.

—Esa voz, dijo muy bajo doña Refugio, no es la de una persona vulgar, y la manera de decir mil gracias revela que no es una muger ordinaria.

—Efectivamente, dijo una de las señoras, no sé por qué, pero esa voz me ha conmovido.

—A mí tambien, dijo la otra.

—Acérquese usted, buena muger, dijo doña Refugio.

Y avanzó hácia ella una especie de sombra, que cuando estuvo herida por la luz de la luna, que alumbraba todo el patio, le dió un nuevo realce y un nuevo interés.

Era una muger profundamente pálida, de frente despejada y blanca; sus ojos, de un brillo particular, estaban hundidos en sus órbitas y en las líneas de la boca de aquella muger habia esa contraccion especial de las personas que han sufrido por largo tiempo.

Fué tal la impresion que produjo aquella muger en los

circunstantes, que guardaron silencio por largo tiempo; nadie se atrevía á dirigirle la palabra y solo la contemplaban de hito en hito, forjando cada cual para sí las mas extrañas leyendas.

Doña Refugio fué por fin quien rompió el silencio.

—¿Tiene usted necesidad de algo, señora? pregunto doña Refugio á la desconocida, no atreviéndose á llamarle por segunda vez *buena muger*.

—De todo, murmuró la muger con acento de tirsteza, todo me falta, excepto Dios.

—Voy á mandar que le sirvan á usted.....

—No, señora, mil gracias; solo quiero un rincon donde descansar, y mañana continuaré mi camino.

—¿Va usted muy lejos?

—A la hacienda grande.

—Allá vamos todos y tal vez se proporcione que haga usted su viaje con mas comodidad. ¿Camina usted sola?

—¡Sola!..... soy sola en el mundo.

—¡Pobre muger! dijo una de las señoras muy quedo.

—Estoy dispuesta, dijo doña Refugio, á hacer por usted lo que pueda, si es que necesita usted de mis servicios.

—¡Señora, doy á usted un millon de gracias! ¡es usted muy buena! exclamó la muger con acento de profunda gratitud embargado por las lágrimas.

Doña Refugio procuró atentamente que las personas que la acompañaban la dejaran sola con aquella muger,

quien por sus maneras y su modo de hablar, revelaba no ser una persona vulgar.

—Deben ustedes comprender, decia doña Refugio bajando la voz contra su costumbre, que al encontrarse esta muger delante de cinco personas desconocidas, debe tener embarazo en confesar sus desgracias, pues segun lo que parece se trata aquí de una persona muy desgraciada.

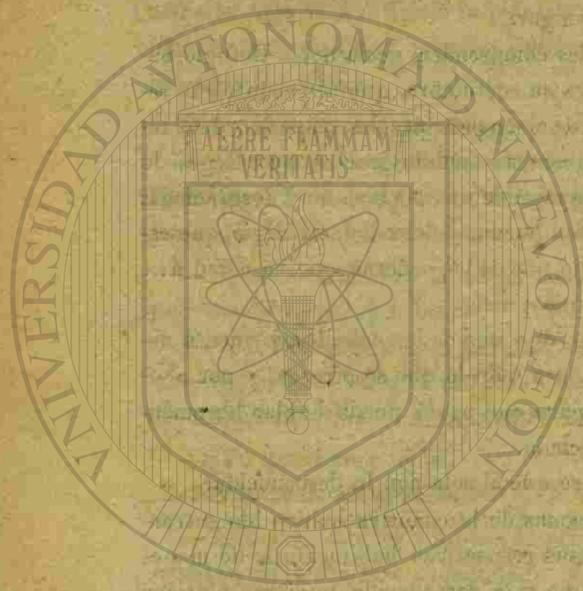
—¡Y usted es tan buena, señora doña Refugio, que estamos seguras, dijo una de las señoras, que va usted á...

—A hacer lo que pueda.

—En todo caso, dijo uno de los caballeros, cuenta usted con nosotros para todo lo que se ofrezca, y por ahora nos retiramos para que usted pueda hablar libremente con esa desgraciada.

Doña Refugio se quedó sola con la desconocida.

Las demas personas de la comitiva habian ido entrando poco á poco á sus respectivas habitaciones, de manera que doña Refugio y la desconocida pudieron platicar libremente.



## CAPITULO XXI.

EN EL CUAL EL LECTOR VUELVE Á ENCONTRAR  
Á UNA CONOCIDA SUYA.

**R**EDUCIDA por las circunstancias de mi familia á vivir por cierto tiempo en un pueblo corto cuando apenas tenia yo diez y sies años, quiso mi mala suerte hacerme esposa de un hombre con quien jamas me ligaron los vínculos del cariño.

Mi inexperiencia, y no sé que ofuscamiento fatal por parte de mis padres, decidieron este enlace de una manera violenta.

Cuando se tiene diez y seis años, señora, está uno muy lejos de imaginarse que haya en la vida otra cosa que de-

licias y comodidades, especialmente cuando ni un día solo se ha probado la amargura de un desengaño.

Yo me creí feliz, pero ¡ay! cuanto me engañaba; creí que mi marido iba á sustituir el cariño de mis padres y que podría yo amarlo sin echar de menos los mimos á que estaba acostumbrada.

Muy poco tiempo tardé en perder estas ilusiones y en ver que el matrimonio era para mí una carga insostenible; mi marido cambió desde los primeros días, y de atento y amable, se convirtió en despóta absoluto, en tirano, en verdugo. No abrigaba en su alma mas pasión que la de los celos; y esta pasión, señora, cuando arraiga en un corazón como el de mi marido, es el infierno mismo.

Hizo aquella muger una pequeña pausa como para tomar aliento, y continuó:

—Debo advertir á usted, señora, porque mi aspecto lo desmiente ya del todo, que yo era hermosísima.

—No lo dudo, dijo Doña Refugio, ni lo dudará quien estudie los rasgos de la fisonomía de usted.

Mi familia hubo de abandonar el lugar donde me casé y quedé sola; sola y á merced de aquel tigre que me había tocado por suerte.

Sufrí en silencio y lloré, lloré sin cesar; mi marido se encelaba de su sombra, del viento, de la luz, de todo, porque se había apoderado de él una monomanía feroz, sin mas origen que mi funesta hermosura.

Así sufrí tres años.

Durante este tiempo, mis ojos se cansaron de llorar,

yo no encontraba apoyo en nadie, á nadie veía y mi consuelo era orar; pedía consejo al párroco del lugar, pero siempre me prescribió la prudencia como único recurso.

Relatar á usted las horribles escenas que diariamente tenían lugar y á las que daba origen esa infernal pasión, sería cansar la atención de usted, señora, abusar de la bondad con que me escucha.

—La escucho á usted con interés indecible y estoy dispuesta á oír á usted, hasta el fin.

—¡Ay señora! la desgracia tiene un aspecto tan repugnante, que los que son felices no pueden comprender á los que lloran.

—Yo la comprendo á usted, dijo conmovida Doña Refugio, yo también he sufrido; continúe usted, se lo suplico.

—Gracias; señora, mil gracias.....

La desconocida se enjugó los ojos y continuó:

—Un día, un día de tantos, lloraba yo sola contando con que mi marido no me vería; pero me espiaba y mi llanto fué de pronto interrumpido por un golpe en la cabeza; me creí víctima de algún ataque cerebral; pero su voz, señora, su voz de tormenta resonó en mi estancia.

—Te he estado observando, rugía, y te he visto llorar; te he prohibido que llores y lloras siempre por..... lloras porque amas á alguno, lloras porque eres ingrata, porque me odias; pero me perteneces ¿lo entiendes? ¿sabes lo que es pertenecerme? es ser mía, es no respirar

sino por mí y no tener ni lágrimas, ni sonrisas sino por mí.

—Pues por tí lloro, exclamé.

—¡Mientes! rugió mi marido, tú no lloras por mí, porque lo tienes todo; pero debes entender que te vigilo, que te espío, que observo lo que haces.

—¡Qué hombre! ¡Dios mío! ¡qué hombre! murmuró doña Refugio.

—Aquel día acabó por golpearme, continuó la desconocida; vea usted mi frente.

En efecto, en la frente de aquella muger había una pequeña cicatriz.

—Me estrelló un vaso en la cabeza ¡ay! me hubiera matado!..... Esto pasaba con frecuencia, llegando al grado de no poder dormir ni comer en varios días y sufriendo todo, sin la intervencion de nadie, sin un amigo, sin un pariente, sin el amparo eclesiástico que imploré mil veces en vano, sin el amparo judicial, porque la justicia del pueblo estaba sometida á la voluntad de mi marido.

Sometida, callada y sufriendo siempre, no había pensado sin embargo en cambiar de género de vida, ni en libertarme de tan horrenda tiranía; pero una mañana, la recuerdo como si hubiese sido hoy, ví un hombre.....

Señora..... en los ojos de aquel hombre leí como un aviso sobrenatural; me pareció que había venido al mundo para redimirme, no sé qué de salvador ví en sus ojos;

no sé qué de grande y de terrible en su aspecto, y lo ví.....

El leyó también en mis ojos tal vez algo como la plegaria de un náufrago.

No fui dueña de mí misma: le pertencí.

Yo nunca había luchado, no sabía luchar; nunca había amado, no sabía amar; y fanatizada por una creencia fatal, me creí salvada, me pareció que era yo feliz, me sentí fuerte, me sentí con valor..... amaba.

El amor, señora, era para mí un mundo nuevo y en aquel hombre veía algo mas grande que el mundo; se hizo preciso huir..... él lo quería, él lo mandaba y él..... era mi rey..... Obedecí..... era preciso ocultar el fruto de nuestro amor que le pertenecía; me dijo que nos iríamos y lo esperé..... lo esperé, señora, y lo he esperado diez años.

—¿No ha vuelto? preguntó doña Refugio.

—No, señora.

—¿Y el.....

—¿Mi hijo? mi hijo, dijo aquella muger bajando mucho la voz; cometí un crimen.

—¿Cómo!

—Dejé que me lo arrebataran y no me volví loca; supe que me lo habían quitado y seguí viviendo; pregunté por él y no me respondieron.

—¿Y su marido de usted?

—Lo busqué para decírselo, para confesarle mi crimen y que me matara; pero el destino lo alejó de mi lado, y

mis cómplices..... porque el crimen siempre tiene cómplices, pudieron ocultarlo todo, todo, señora, hasta mi hijo.

Me postró la fiebre puerperal, durante la cual murió la muger que se llevó á mi hijo, la única que sabia donde estaba, y lo perdí.

—¿Y su marido de usted?

—Los celos lo hicieron borracho, y en medio de este horrible vicio, jugó y se arruinó, se enfermó y está idiota; vive en una casa de asilo.

—¿Y su familia de usted?

—He sabido despues que mi marido para explicar sus celos, me calumnió..... me calumnió, señora, antes de que hubiera yo sido criminal y logró que mi familia me abandonara; me lloró muerta..... no, muerta seria mejor; me lloró prostituida.

—¿Y no ha vuelto usted á saber nada de su hijo?

—Sí, señora, he sabido de él, lo voy buscando y lo buscaré hasta el fin del mundo, hasta que se me acaben los pies y la tierra; ya aprendí á caminar y camino.

Aquí pareció que la voz de la desconocida se embarcaba y que le faltaban las fuerzas, porque dejó caer los brazos como desfallecida.

Doña Refugio la obligó á pasar al comedor que á la sazón estaba solo, pues ya todos los convidados se habian retirado á sus habitaciones.

Pareció á Doña Refugio conveniente dejar sola á la desconocida por unos momentos, los cuales aprovechó en

reunirse con las personas con quienes habia interrumpido su conversacion, con motivo de aquel incidente.

Tanto las dos señoras como los dos caballeros, se habian quedado esperando con impaciencia que Doña Refugio acabara su larga conferencia con aquella desconocida.

—Yo creo que se trata de amores, decia uno de los caballeros.

—En todo ha de sacar usted los amores, objetó una señora.

—Es natural, yo en todo procedo de esa manera: "¿quien es ella?"

—En fin, decia otra de las señoras, Doña Refugio nos va á informar detalladamente de lo que pasa, pues al efecto ha querido quedarse sola con la desconocida, para averiguar hasta los mas insignificantes pormenores.

—De todos modos es bueno que un incidente que toca en lo dramático, haya venido á turbar la monotonía del camino: por mi parte estoy interesadísimo en ese asunto, siquiera porque me dará materia para escribir un artículo de viaje, conteniendo un episodio novelesco.

Aquellas cuatro personas no se ocuparon en todo el tiempo que duró la conferencia, sino en hacer conjeturas sobre el asunto, observando desde lejos los menores movimientos de la desconocida.

Al fin, volvió Doña Refugio.

—Ya viene, dijo uno.

- Ahora sí, todo lo vamos á saber.
- ¿Qué es ello? señora Doña Refugio.
- ¿Es realmente una muger.....
- ¿Es una desgraciada ó una perdida?
- Cuéntenos usted, señora.
- Ahora es cuando entra la parte divertida.
- Si será alguna petardista.
- O alguna espía de los ladrones.

—Señores! dijo gravemente Doña Refugio bajando la voz, señal infalible en esta señora de que se trataba de asuntos graves: exijo de ustedes el respeto debido á la desgracia: esa señora está bajo mi proteccion y sus secretos no me pertenecen.

Reinó el silencio en el grupo, en seguida Doña Refugio saludó y regresó al comedor, en donde la esperaba la desconocida, la que como habrá comprendido el lector, no era otra que Salomé la madre de Gabriel.

Apenas se hubo retirado Doña Refugio, una de las señoras exclamó:

—Nos ha dejado con un palmo de narices; ¡vaya usted á ver! tomar tan á pechos la historia de una desconocida, y salirnos ahora con que sus secretos no le pertenecen á Doña Refugio.

—¡Lástima de tiempo! dijo la mas jóven de las señoras; he aguantado mi sueño inútilmente.

—En fin, dijo la otra, es necesario conformarse, no sabemos qué será lo que pueda haber en esto.

—Yo creo que ha resultado..... nada, nada, vale mas esperar porque la curiosidad es una cosa que impacienta.

Y aquellas cuatro personas se despidieron, proponiéndose cada una en su interior averiguar aquel misterio.



—Algo muy grave debe haber visto doña Refugio en todo esto, decía Castaños, para que se hayan tomado ciertas determinaciones. ¿Si iremos saliendo con que la desconocida misteriosa es pariente de doña Refugio?

—Ya me lo había sospechado, dijo Luisita, porque de otro modo no se explica la reserva que desde cierto momento emplea doña Refugio en este asunto.

—¿Y dicen que esa muger es bonita?

—He oído decir que tiene un porte distinguido á pesar de la traza con que camina.

—¡Pobre muger!

—Debe ser su historia terrible: algo daría yo por conocerla.

—Lo cual no me parece difícil, supuesto que segun todas las probabilidades, á partir de este momento ya la desconocida pertenece á la familia de doña Refugio.

—Si doña Refugio fuera jóven, exclamó Castaños.

—¿Qué?

—La enamoraba por averiguar lo de la aparecida.

—¿Y cómo se llama esa muger?

—Salomé.

—Hasta el nombre es raro.

—Sobre que le digo á usted que aquí hay una gran de historia.

—¿Y adonde la han colocado?

—En el último coche.

—¿Sola?

—No; la han hecho acompañar por la criada de doña Refugio.

—No ha sido mala la fortuna de la aparecida; por lo visto ya se acabaron sus trabajos.

—¿Quién sabe!

La comitiva montaba á la sazón en los carruajes, y algunos momentos despues se ponía en marcha.

Ninguna circunstancia notable hubo en la mañana de ese dia. De entre los ginetes habia algunos mozos de confianza encargados de explorar el camino tomando noticias en algunos lugares y separándose del camino, principalmente en ciertos parages, para explorar las laderas, cuando estas eran monte ó arboledas.

Doña Refugio, que habia notado ya el efecto que Salomé habia causado entre los convidados, se puso de acuerdo con Carlos á fin de sustraer lo mas posible á Salomé á las miradas indagadoras de los paseantes, de manera que á pesar de haber muchas personas interesadas en averiguar lo que pasaba, no les fué dado ver á Salomé á la hora del almuerzo.

Sentados todos á la mesa, aunque no con las comodidades del dia anterior, solo se esperaba á Carlos, cuya repentina desaparicion empezaba á causar cierta inquietud.

Al cabo de algunos momentos, que á la hambre de los paseantes parecieron horas, un criado trajo la noticia de que Carlos vendria despues á la mesa.

—¡Malol! dijo Castaños á su inseparable compañera Luisita.

- Malo ¿por qué?
- Esto es un preliminar que no me gusta.
- ¿Por qué?
- Porque es señal de que alguna novedad ocurre.
- La palabra novedad soltada imprudentemente por Castaños pasó de boca en boca, y produjo un murmullo de verdadera alarma.
- Dicen que hay novedad, decía uno.
- ¿Qué clase de novedad es esa de que todos hablan? preguntó otro.
- ¿Quién dice que hay novedad?
- Yo, no.
- Ni yo.
- Lo ha de haber dicho Castaños, dijo una señora, quien con esta frase promovió la hilaridad.
- Todo lo ha de hacer Castaños, dijo éste. ¿Quién ha dicho que yo soy el autor de esa noticia?
- Todos, gritó uno.
- ¡Es natural! Castaños es el hombre de las noticias.
- Pues nada de eso, señores; pueden ustedes tranquilizarse, porque yo no he hablado nada de novedades.
- ¡Huecol le dijo Luisita al oído á Castaños, queriendo darle á entender que habia sido imprudente al soltar aquella palabra.
- Por poco pusilánimes que fueran los concurrentes, y por poco fundamento que tuvieran los rumores, bastó que circulara la idea de un peligro para que todos los áni-

- mos se sobresaltasen, abultando cada uno segun su fantasía la clase de peligro á que iban á exponerse.
- Cárlos, entretanto, hablaba á solas y con cierto misterio con uno de los exploradores.
- Pues me dijeron, decía el explorador, que está el camino malo.
- Bueno, contestaba Cárlos, ya sabemos que á pesar de todas nuestras gestiones no se ha logrado que compongan el camino.
- No, señor amo, queria yo decir..... porque como ya sabe su mercedé que no todos los dias son iguales, y que los compadres no tienen hora, porque tan pronto se aparecen por aquí como por allá.....
- ¿Y ha habido quien los vea?
- Dicen en el rancho que por allí pasaron esta mañana como unos seis.
- ¿Ladrones?
- Pues eso no se sabe; pero yo creeré que sí, pues cuando no; dicen que iban bien montados, y que uno de ellos llevaba chaparreras tagarnas.
- ¿No los conocieron?
- Pues á uno dicen que le nombran el Pájaro.
- ¿Pero no eran mas que seis?
- Eso es lo que dicen, que vieron seis, señor amo.
- ¿Y crees que salgan?
- Pos, yo creeré que puede ser, porque si han ido á traer mas gente; pues cuando no hacen la lucha, aunque no sea mas que por saber como quedan.

—Pues mira, haz que los muchachos alisten las armas.

—Está bueno, señor amo; aunque se me figura que de caernos, será al pardear y en aquellos malos pasos que hay cerca de las lomas, como quien baja ya *pa* la hacienda.

—¿En las barrancas?

—Sí, señor; como quien coje así para el potrero.

—En todo caso, procura avisar con tiempo, coloca á los muchachos de modo que nos den tiempo de prepararnos.

Cárlos volvió á la mesa con visible mal humor, y todas las miradas se fijaron en él, en medio del sobresalto general.

—¿Hay algo notable, señor Don Cárlos? dijo uno.

—No, señores; solo he mandado que se tomen algunas precauciones.

—Hombre prevenido, nunca es abatido; dijo una señora grande.

—Se va á lucir Castaños, dijo un jóven picado por los elogios que le habian hecho á Castaños, con motivo de su destreza como tirador.

—Bien es, agregó un diletante, que *non es lo mesmo morire, que parlare de la morte.*

—Ya se vé, agregó otro pollo, que no es lo mismo la placa que el ladron; porque un huevo en una botella, es lo mas sereno que se conoce en materia de punto en blanco; pero un bandidazo ¡caracoles!

—¡Ay! que miedo! exclamó una polla.

—Yo me quiero volver, dijo otra.

—Yo me muero! dijo una jovencita de grandes ojos y cabello corto y rizado.

—No ha de haber nada, dijo con aplomo Doña Refugio, haciendo resonar su buena voz en el comedor; los ladrones no se atreverán á atacar una caravana tan respetable como la nuestra.

—¿Pero si son doscientos hombres? objetó uno.

—Por estos lugares, dijo un señor que no habia cesado de comer, no hay partidas tan gruesas.

—Sobre todo, agregó el pollo, yendo Castaños con nosotros.....

—Señores, yo no soy valiente, dijo Castaños picándose; uno es que tire tal cual al blanco, y otro es que me crea con la serenidad suficiente en un lance; yo nunca he sido guerrillero ni mucho menos.....

—¡Adios de Castaños!

—¡Pero Castaños, hombre!

—¿Qué es eso, Castaños?

—Ese pollo, murmuró Castaños sentándose, me está cargando desde ayer.

El pollo por su parte estaba diciendo á su adlátere:

—Este Castaños es muy pretensioso, cree que solo él sabe tirar, y si nos pusiéramos ¡quién sabel!

—¿Usted tambien tira, jovencito? le preguntó un señor grave que estaba á su derecha.

—Sí, señor, tiro; que para eso le ha costado á mi papá buenos pesos, y á mí una zurra.

—¿Cómo estuvo eso? le preguntó su compañero.

—Nada, que gasté en el tiro de pistola el dinero de un cobro de mi papá, y me dió mi merecido; pero en cambio aprendí á tirar y saqué el Aguila, hice treinta y una.

—Aquí hay otro tirador, dijo uno.

—¿Quién?

—Santibañez.

—¡Bravo! ya hay un competidor de Castaños.

—Pues con dos Guillermo Tell no hay que tener miedo.

Castaños murmuró:

—¡Me alegro!

Las bromas se sucedieron unas á otras mientras duró el almuerzo; pero en medio de la aparente alegría que reinaba, habia quien seriamente estuviera pensando en que habia que esperar un peligro positivo.

Al tomar de nuevo los carruajes, Carlos fué entonces, y no doña Refugio, quien ordenó la colocacion de los viajeros, haciendo que ocupasen las señoras el centro del convoy.

Se aumentó el número de los ginetes con otros dos criados que se proporcionaron en aquel lugar, y despues de haber destacado cuatro ginetes como descubierta, los coches emprendieron la marcha.

A poco andar comenzó el terreno á ser mas accidentado y molesto, y la marcha de los carruajes se hacia á cada paso mas y mas leata y difícil.

De repente se paró el primer coche y tras él todos los

que seguian sucesivamente, trasmitiéndose la alarma de uno á otro.

La mayor parte de los hombres saltaron de los carruajes, Castaños y Santibañez pistola en mano, y los demas buscando por todas partes con ávidas miradas á los ladrones.

—¿Qué hay?

—Ahí están.

—¿Qué ocurre?

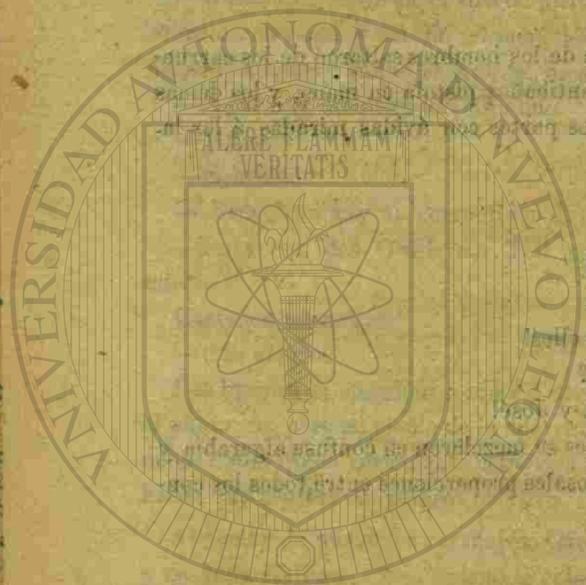
—Los ladrones.

—¡Fuego sobre ellos!

—¿Cuántos son?

—¡Jesus, María y José!

Todas estas voces se mezclaron en confusa algarabía y la alarma tomó colosales proporciones entre todos los concurrentes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXIII.

EL CHUBASCO.

**L**OS coches debían desfilarse por un estrecho sendero, en el que un mal paso había detenido el primer carruaje.

La alarma se convirtió bien pronto en algazara, cuando se hubo averiguado la causa de la detención; pero el mal era en realidad mayor de lo que parecía, pues se había inutilizado una rueda y aquel coche no podía seguir caminando.

Reunidos los criados no tardaron en sacar el coche del atolladero, pero hubo necesidad de abandonarlo. En seguida se hicieron desfilarse los demás y salvar uno á uno

aquel mal paso, teniendo para esto que apearse las señoras y que caminar á pié un gran trecho.

Este incidente retardó la marcha por mas de una hora, durante la cual y disipada la primera impresion del peligro, hubo motivo para que toda aquella comitiva se entregara á la expansion de los comentarios.

Ya los viajeros seguian tranquilamente la marcha, cuando un incidente de la misma especie volvió á interrumpirla.

—No hay enidado, gritó uno, es otro mal paso.

—¡Pié á tierra!

—¡Abajol!

—¡Otra vez!

—¡Hoy no llegamos!

Y la misma algarabía de la escena anterior se repitió, no obstante que aquello comenzaba á contrariar á los menos resignados.

Cárlos estaba visiblemente contrariado, y en mas de un grupo se suscitó la cuestion de acriminar al gobierno por el mal estado de los caminos.

—¡Es imposible! ¡si esto no es país! Vea usted que camino, y en pleno siglo XIX! decía uno.

—¡Y en tiempo del vapor!

—¡Esto no se ve en ninguna parte del mundo!

—Nada, decía otro, mientras no haya caminos, no habrá paz, ni prosperidad, ni nada en México.

Cárlos y Salvador presenciaban, los primeros, el paso de los carruajes y dirigian las operaciones.

—Lo que siento es, decía Cárlos, que la tarde va á ser mala; la agua es segura y es preciso darnos prisa.

—¿Lloverá?

—Sin remedio, y á este paso nos van á sorprender la agua y la noche.

—¡Vivo! ¡vivo! gritó Salvador á los criados.

—¡La rueda delantera!

—Ahora la otra.

Y lentamente y solo merced al número de hombres que ayudaban, podian salir los coches de cada uno de los atolladeros.

—¡Vicentel gritó Cárlos.

Y uno de los cocheros se dirigió á Cárlos.

—¿Qué, no hay otro camino mejor que éste?

—No, señor, contestó el cochero, el otro está peor.

—¿Crees que lloverá?

—Yo creo que sí, señor amo.

—¿Y no podremos llegar á tiempo?

—Ahí está no mas la agua, vea usted, señor.

Efectivamente, hácia el Oriente el horizonte se ennegrecia por momentos á medida que el sol declinaba.

A poco empezó á soplar un vientecito frio del N. E. que era el que iba á decidir la cuestion.

Al sentir aquella ráfaga húmeda, Cárlos comprendió toda la gravedad de la situacion, en que sin remedio iban á verse colocados.

Cárlos estaba pendiente, no solo del paso de los car-

ruajes, sino que repetidas veces tendia sus miradas hácia el camino.

—Me impacienta el retardo de los exploradores, dijo Carlos á Salvador.

—¿Ya debian estar de vuelta?

—Hace una hora, segun las instrucciones que tienen.

—¿Realmente temes que á pesar de nuestro número seamos atacados?

—Lo estoy temiendo, porque he sabido que no hace muchos días pasó por aquí una partida como de sesenta hombres.

—Pues ya eso es grave.

—Ya se vé que lo es, y luego, que como vamos con señoras, esto va á entorpecer todas nuestras operaciones.

Todavía se presentó un tercer mal paso en el camino, que volvió á detener la marcha de la comitiva, obligando de nuevo á los paseantes á apearse de los carruajes.

No habian pasado los tres últimos coches cuando ya las nubes se habian amontonado sobre la cabeza de los viajeros.

Informes pelotones avanzaban hácia el zenit dibujando con perfiles luminosos sus gigantescos contornos, mientras que en el horizonte se corria un velo ceniciento y uniforme que ocultaba los altos perfiles de las montañas.

De repente se escuchó una detonacion prolongada y lejana, pero bastante perceptible para que de la comitiva

en masa se levantara un murmullo como el de un enjambre que se alborota.

—¡El agual gritaron por todas partes.

—¡Viene el agua!

—¡A la agua, patos!

Otra descarga eléctrica hizo rimbombar sus ecos en las montañas; el sol se ocultó tras de negras nubes y la sombra empezó á invadir el espacio.

Se sentia en los carruajes ese sofocante calor que precede á las borrascas. Aquella capa de aire caliente no tardaria en elevarse para ser súbitamente sustituida por una ráfaga tempestuosa.

La electricidad estaba jugando sobre sus inmensas plataformas de nubes ó de capas de aire enrarecidas; se sucedian en lo alto las corrientes y se desgajaban y se unian aquí y allá enormes masas parduzcas y pesadas que amenazaban desprenderse sobre la tierra.

Comenzó á oirse un chasquido particular, parecido al que produce el maiz al pasar por un harnero inclinado de hoja de lata para depurarse del tamo.

—Ya está lloviendo, dijeron algunos.

Pero ni una gota caía, y no obstante, aquel ruido se prolongaba y crecía.

—¿Qué es eso? dijeron algunas señoras, ¡que ruido tan extrañol!

—¡Dios mío! ¿qué está sucediendo?

—«Glorifica mi alma al Señor» murmuraban por todas partes.

—¡Esto es horrible!

—¿Qué ruido es ese?

—¡Padre! gritó una señora, conjure usted por Dios esa nube, vea usted que horrible!

—¿Quién trae vela de Nuestro Amo? dijo una señora.

—Yo.

—Y yo.

—¡Enciéndanlas pronto!

—Padre, rece usted por nosotros.

—¡Jesus, que ruido!

—Y lo mas extraño es, que no cae una gota de agua.

—Y parece que no está lloviendo todavía por ninguna parte.

El padre Gonzalez estaba entregado completamente á la oracion, colocado dentro de un coche que tenia los vidrios levantados, y dos señoras lo acompañaban, vela en mano.

El pánico se habia apoderado de las señoras, y en estos momentos ninguno de los coches caminaba porque el primero habia sufrido otra avería.

Era aquel un paso del camino en el que para descender, ladeando una pendiente, habia que caracolear entre una falda y un precipicio. Los hombres seguian caminando á pié con algunas de las señoras que tenian mas temor de ocupar los coches.

Castaños, Santibañez y otros dos, se habian adherido á un grupo que rezaba, á la sazón que se unian con Salvador.

—¿Qué es esto, qué está sucediendo, señor Don Salvador? preguntó Anita.

—Es un fenómeno muy bonito.

—¡Ay, qué horror! ¿conque á usted le divierte?

—Estoy encantado.

—¡Jesus, María y José! usted no tiene remedio.

—¿Y qué fenómeno es ese? preguntó Castaños abreviando su *Magnificat*.

—Es el granizo que contienen esas nubes que están sobre nosotros.

—¿Pero por qué suenan?

—Porque los granizos impulsados por el viento, se chocan entre sí antes de caer.

—¿Quiere decir que van á caer sobre nosotros? preguntó una señora.

—A menos que una fuerte corriente de aire desvíe la nube prontamente.

—O que la infinita misericordia de Dios la aleje, por un especial favor hácia nosotros.

—Tambien, contestó Salvador y se alejó.

—¿Usted cree eso? dijo una señora á otra.

—¡Qué voy á creer! figúrese usted si Dios en sus altos juicios.....

Entonces fué á Castaños á quien le tocó hacer el papel de hombre instruido.

—Pues créalo usted, dijo fingiendo aplomo y avergonzándose interiormente de haber tenido miedo; la electri-

cidad es una cosa conocida: todo el mundo sabe lo que es la electricidad, y los que hemos estudiado física.....

—Pues yo no he estudiado eso, y tengo mucho miedo.

Una nueva detonacion fué como el postrer aviso del chubasco, porque aquella nube parda que parecia besar ya la montaña, vomitó torrentes de granizo.

Todos se refugiaron en los coches y cerraron los vidrios.

El ruido era espantoso: verdaderas cataratas se desprendian de lo alto, formando una sucesion de blancas columnas que se estrellaban en las rocas. En pocos momentos el suelo estuvo blanco, y los granizos al azotar contra los cristales de los coches, parecian romperlos á cada momento, porque no era una corriente continuada, sino grandes descargas á cortos intervalos.

El granizo fué haciéndose mas pequeño hasta convertirse en lluvia, á tiempo que algunos truenos rimbombaron prolongados y magestuosos por toda la bóveda, que á poco se entoldó completamente, haciendo mas densa la oscuridad.

El aguacero se desencadenó resueltamente.

Los ginetes que rodeaban los carruajes se habian dispersado, buscando algun abrigo; unos junto á los coches, y otros alejándose, buscando el tronco de un árbol ó un respaldo de rocas.

El aguacero, con intervalos de mas ó menos intensidad, duró cerca de cuarenta minutos.

En el Poniente las nubes se agruparon de manera, que

no dejaban penetrar un solo rayo del sol: el camino estaba inundado y se determinaban sucesivamente, despues del chubasco, grandes caidas de agua, á medida que se deshacia el granizo en las alturas; no obstante, Carlos dió órden de seguir la marcha.

Pero esta marcha iba á ser precisamente por el lugar mas accidentado del terreno, de manera que los coches fueron descendiendo lentamente al fondo de una parte baja de la barranca para salvar todavia á favor de la escasa luz de la tarde, los malos pasos.

La marcha se hacia cada vez mas difícil y peligrosa y el camino estaba intransitable para andarlo á pié.

Caracoleando y salvando con frecuencia algunos atolladeros, la comitiva llegó á descender hasta el fondo de la barranca para emprender de nuevo la subida y ganar los llanos para rendir la jornada.

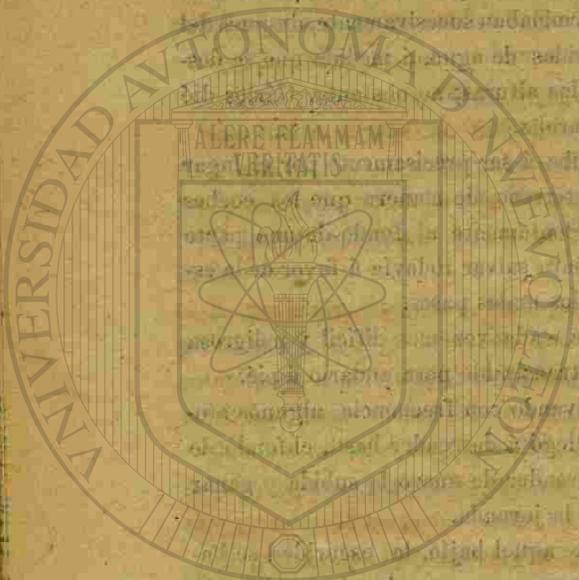
Pero en el fondo de aquel bajío, la oscuridad se hacia mas densa y un nuevo aguacero vino á complicar la situacion.

Se oyó de repente el andar de dos caballos que bajaban precipitadamente de la pendiente opuesta.

Carlos saltó del carruaje y fué al encuentro de los ginetes.

Salvador lo siguió.

Eran los dos mozos que habian ido de exploradores y que regresaban haciendo señas con el sombrero.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

los exploradores como seis hombres á caballo. Carlos y Salvador regresaron para dar la voz de alarma. Bajaron los hombres de los coches, y desde aquel momento empezó á reinar la mayor confusion y desórden; todos gritaban y ninguno podia entenderse. Carlos, Salvador, otras dos personas y dos de los cria-

## CAPITULO XXIV.

EN EL CUAL SE VERÀ BAJO QUE AUSPICIOS VUELVEN Á ENCONTRARSE GOMEZ Y SALOMÈ.

**P**ARECIERON detras de los exploradores como seis hombres á caballo.

Carlos y Salvador regresaron para dar la voz de alarma.

Bajaron los hombres de los coches, y desde aquel momento empezó á reinar la mayor confusion y desórden; todos gritaban y ninguno podia entenderse.

Carlos, Salvador, otras dos personas y dos de los cria-

CAPITULO XXIV. GOMEZ Y SALOMÈ.

dos se posesionaron de un punto avanzado sobre unas rocas.

Los coches ocupaban una larga línea que podía ser atacada por varias partes con ventaja.

Otro peloton como de cinco hombres apareció por el lado opuesto.

Cárlos y Salvador hicieron fuego los primeros con sus rifles, y el grupo de seis hombres contestó los tiros avanzando: por el extremo opuesto se oyeron también tiros, siendo entonces los ladrones quienes descargaron sus armas contra los últimos carruajes.

Era el terreno un callejón sin salida, y los viajeros estaban atacados por los dos extremos del convoy.

A los fuegos de Salvador y Cárlos hubieron de replegarse los seis bandidos que los atacaban, moviéndose sin cesar y haciendo fuego.

—¡Castaños! ¿Dónde está Castaños? gritaban unos.

—¿Y Santibañez?

—¿Dónde están los que tiran bien?

—¡A ellos!

Cuatro de los criados, de los más intrépidos, aparecieron sobre la eminencia, en faz de atacar á los seis ladrones.

Cárlos y Salvador tuvieron que suspender sus fuegos.

—Cuida el otro extremo y haz que se defiendan, dijo

Cárlos á Salvador; yo avanzo para sostener aquel ataque.

Salvador obedeció poniéndose en seguida á la cabeza de los que defendían la retaguardia.

Habíase empeñado una encarnizada lucha entre los

cuatro criados y los seis bandidos que atacaron primero, mientras que los cinco, á quienes atacaba Salvador con los que le ayudaban, se replegaban incesantemente.

Castaños, aunque había disparado algunos tiros al aire y sin acercarse demasiado al peligro, se encargó empeñosamente, según él decía, de poner á las señoras en puerto de salvamento, haciéndolas descender hasta el arroyo para resguardarlas de las balas que silbaban sobre sus cabezas.

A pesar de todos los esfuerzos de Castaños, no pudo lograr que todas las señoras estuvieran juntas.

En el grupo mayor no estaban ni doña Refugio ni Luisita, á quienes no pudo encontrar Castaños.

La noche se presentó negra y pavorosa, y á los dos extremos del convoy se veían claramente los fognazos de las armas de fuego de una y otra parte; y cada detonación repercutía sus ecos en aquellas desiertas y áridas barrancas, de manera que el fuego parecía más nutrido de lo que era en realidad.

Los criados de Salvador habían cobrado ánimo y azuzaban á sus enemigos gritándoles improperios, que eran contestados por parte de los bandidos con espantosas maldiciones que hacían estremecer á las señoras, quienes en esos momentos formaban un grupo compacto al rededor del padre Gonzalez.

Los fuegos se fueron apagando poco á poco y sólo resonaba uno que otro tiro contestado siempre.

Llegó á reinar una oscuridad tan profunda, que asal-

tantes y asaltados no podían distinguirse sino cuando disparaban sus armas.

El ataque se hizo de repente mas vigoroso por la vanguardia, y allí acudieron los mas de los criados y de los viajeros útiles para defenderse.

Mientras que se concentraba toda la atención en aquel ataque, una escena singular pasaba en el extremo opuesto.

Doña Refugio y Luisita habían sido sorprendidas en su escondite por dos hombres de á pié que las amagaban con puñales, obligándolas á callar y á entregarles las alhajas y el dinero.

Castaños, que había ido en busca de doña Refugio, y que había ya descargado su pistola, llegaba á tiempo de este asalto parcial, pero no habiendo sido sentido se ocultó en unas malezas á algunos pasos de la escena, sobrecojido de pavor.

Un tercer bandido amenazaba á otra de las señoras, á quien no podía distinguir Castaños á causa de la profunda oscuridad del lugar.

Los gritos de las señoras se confundían con los de los criados, y todos se perdían en el incesante rumor que producían algunas cascadas que se precipitaban por varios puntos al fondo de la barranca.

Pero á pesar de estos rumores, Castaños pudo hacerse cargo de la situación, oyendo estas palabras:

—¡Mátame, infame! soy yo.

—¿Tú, Salomé, tú? Ven, vámonos.

—¿Por qué no me heriste antes de hablarme?

—Cállate, y no digas mi nombre. Vámonos.

Esta palabra la pronunció Gomez tan alto, que sus compañeros la tomaron por la señal del peligro, y abandonando á sus víctimas, se perdieron entre las sombras.

Castaños, que había tenido tiempo de poner tres cartuchos metálicos en su pistola, preparó, apuntó á Gomez, y dejó ir el tiro.

Gomez dió un grito, que fué seguido de otro de Salomé.

A la sazón se acercaban á aquel lugar dos de los criados con Salvador, y Castaños, saliendo de su escondite, gritó:

—Señor D. Salvador, por ahí. ¡A ellos! están á pié, y acabo de herir á uno: no deben estar lejos.

Los criados metieron sus caballos entre las malezas, pero estas eran tan espesas que no pudieron avanzar, y se contentaron con hacer fuego en la dirección que les había indicado Castaños.

El ataque de la vanguardia había cesado completamente.

Cárlos había avanzado, con su grupo á caballo, por la parte mas alta del terreno, y todavía hizo disparar algunos tiros en la dirección que habían tomado los asaltantes.

En seguida envió un criado con orden de que solo las señoras montaran en los carruajes, y que los hombres caminaran á pié y á los lados del convoy.

El cielo empezaba á despejarse y aparecían algunas estrellas: el azul del cielo era claro en cada jiron de nu-

bes que se rasgaba, porque la luna ya estaba bañando con su luz todo el espacio.

Habian resultado algunas señoras accidentadas, entre ellas Carolina, que padecía ataques de nervios.

Doña Refugio y Luisita estaban altamente preocupadas con motivo de la escena que habian presenciado entre Salomé y Gomez.

Se acercó Castaños al coche que estas ocupaban, y parándose en el estribo, preguntó:

—¿Dónde está la muger?

—¿Quién?

—La protegida de usted, señora; ya habrá usted comprendido que nos hemos echado una víbora en el seno.

—¿Usted sabe?

—Sí, señora, yo fuí quien disparé sobre el bandido. Yo decia bien: esta muger es espía de los ladrones.

—¿Y la traemos con nosotros? dijo Luisita.

—Yo ya avisé á Cárlos para que la custodien.

—¿Y qué se ha hecho?

—Dijo que si nos volvian á asaltar, mandaba fusilar á la muger.

—¿Es posible! ¡qué atrocidad!

—Y en llegando va á dar á poder de la justicia.

—Eso sí me parece mas justo, dijo Luisita.

—Hemos sido las únicas robadas, dijo doña Refugio.

—¿Siempre perdieron ustedes algo?

—Los relojes.

—Yo les dí mi bolsillo, agregó doña Refugio.

—¡Cuánto lo siento! exclamó Castaños.

—De santos nos damos, porque peor hubiera sido otra desgracia.

La escena del bandido y Salomé circulaba ya entre todas las señoras, porque Castaños mas que de cuidar el camino, se entretenia en llevar la noticia de coche en coche para dar pié á la conversacion y á los comentarios.

—¡Bien deciamos! exclamaban las señoras, si esa muger no podia ser nada bueno; hay que desconfiar ya hasta de los limosneros.

—¿Y qué le harán?

—La van á entregar esta noche á la justicia.

—Harán muy bien.

—Ya se ve que sí.

Ya el convoy habia logrado trasponer la altura, y descendia por mejor terreno y alumbrado por la luna á la llanura.

A poco andar, Cárlos se unió con los demas y preguntó si alguien faltaba.

Tardaron algun tiempo en reunirse todos, y por fortuna no habia que lamentar ninguna desgracia, excepto el robo de doña Refugio y Luisita.

Habia que atravesar un llano, á cuyo extremo brillaban algunas luces.

—Allí está la hacienda, dijeron algunos.

—¿La hacienda grande?

—No, contestó Salvador, la otra; allí nos quedamos esta noche.

—Ya no hay peligro, dijeron algunos, y el terreno es magnífico.

—Sobre todo, dijo Cárlos, no tardarán en venir á encontrarnos.

—Aquí estaban los de la hacienda, dijo un criado.

—¿Y qué se hicieron?

—*Pos* echaron mucha bala á los *mañosos*, y si no ha sido por ellos, se nos meten, dijo otro de los criados.

—¿Tú los viste? le preguntó Salvador.

—Sí, señor amo, sí; por eso no entraron; eran como veinte, pero los de la hacienda los cortaron.

—Pues ahora sí vamos seguros.

—¡Pues vaya, amo, como no! si *chinampearon*.

Con esta seguridad, todos montaron en los carruajes.

—Bien lo necesitábamos, exclamó uno que venia cojeando; me he sumido en el lodo hasta las rodillas.

—Y yo estoy empapado.

—Y yo arañado de la cara.

—Pero no nos robaron.

—Nos libró Castaños, dijo el pollo que no desperdiciaba ocasion para provocarlo.

—¿Cuántos mató Castaños? preguntó ingenuamente la polla que tenia mas fé en este tirador.

Una risa general acogió esta pregunta.

La animacion reinó entre los pasajeros al verse completamente libres de todo peligro, y poco tiempo tardaron en llegar á la hacienda, adonde los esperaban muy diversas y no menos notables impresiones.

## CAPITULO XXV.

## EL RECIBIMIENTO.

**L**a aproximarse la comitiva como á unos doscientos pasos de la finca, rompieron el aire los ecos de una música de viento, que si bien hubiera podido tener mas armonía, no por eso era menos estrepitosa, especialmente por lo tocante al que golpeaba la tambora; pues su entusiasmo excedia con mucho á todos los *fortísimos* de la pauta; de manera que el buey que estácose su piel en aras de Euterpe no recibió jamas golpes póstumos menós merecidos.

Frente á la casa de la hacienda habia haces de leña ar-

—Ya no hay peligro, dijeron algunos, y el terreno es magnífico.

—Sobre todo, dijo Cárlos, no tardarán en venir á encontrarnos.

—Aquí estaban los de la hacienda, dijo un criado.

—¿Y qué se hicieron?

—*Pos* echaron mucha bala á los *mañosos*, y si no ha sido por ellos, se nos meten, dijo otro de los criados.

—¿Tú los viste? le preguntó Salvador.

—Sí, señor amo, sí; por eso no entraron; eran como veinte, pero los de la hacienda los cortaron.

—Pues ahora sí vamos seguros.

—¡Pues vaya, amo, como no! si *chinampearon*.

Con esta seguridad, todos montaron en los carruajes.

—Bien lo necesitábamos, exclamó uno que venia cojeando; me he sumido en el lodo hasta las rodillas.

—Y yo estoy empapado.

—Y yo arañado de la cara.

—Pero no nos robaron.

—Nos libró Castaños, dijo el pollo que no desperdiciaba ocasion para provocarlo.

—¿Cuántos mató Castaños? preguntó ingenuamente la polla que tenia mas fé en este tirador.

Una risa general acogió esta pregunta.

La animacion reinó entre los pasajeros al verse completamente libres de todo peligro, y poco tiempo tardaron en llegar á la hacienda, adonde los esperaban muy diversas y no menos notables impresiones.

## CAPITULO XXV.

## EL RECIBIMIENTO.

**L**a aproximarse la comitiva como á unos doscientos pasos de la finca, rompieron el aire los ecos de una música de viento, que si bien hubiera podido tener mas armonía, no por eso era menos estrepitosa, especialmente por lo tocante al que golpeaba la tambora; pues su entusiasmo excedia con mucho á todos los *fortísimos* de la pauta; de manera que el buey que estácose su piel en aras de Euterpe no recibió jamas golpes póstumos menós merecidos.

Frente á la casa de la hacienda habia haces de leña ar-

diendo, que despedían una luz intensa así como un humo insoportable.

Había como hasta quinientas personas frente á la casa, de entre las cuales se elevaban cohetes en todas direcciones poblado el aire de chispas y atronándolo con sus inofensivas detonaciones.

Eran aquellas gentes, casi en su totalidad, peones de las haciendas inmediatas y vecinos de todos los contornos, que sabedores del magnífico recibimiento que se preparaba allí al dueño de la *hacienda grande*, habían acudido con sus golosinas y sus comestibles, improvisando una especie de *féria*.

Un acontecimiento de esta especie entre la gente del campo atrae, hasta de muchas leguas en contorno, á los habitantes, deseosos de interrumpir la monotonía de su vida con cualquiera pretexto.

Los coches surcaron en aquel *maremagnum*, y los viajeros fueron recibidos con mas pompa y aparato de lo que podían esperarse á aquellas horas y despues de los chubascos y de todos los contratiempos del camino.

Desde el lance de la barranca, Salomé había sido colocada en uno de los carros de equipajes y custodiada constantemente por dos de los criados, quienes al llegar no le permitieron apearse, sino que inmóviles esperaron las órdenes de Carlos con respecto á la presa.

El dueño de aquella hacienda se llamaba D. Homobono Perez, cuyo aspecto respiraba bonhomía, salud y jovialidad.

Seria un hombre como de sesenta años que conservaba aún la rubicundez de sus mejillas y de su grueso cuello, todos sus dientes y el mejor humor del mundo.

—¡Mi señor D. Carlitos, amigo y señor miol pase su mercé á lo regado.

—¡Señor D. Homobono!

—Señoritas, ¿cómo va de susto?

—Muertas de miedo, contestaron algunas.

—Pero no hay cuidado; á tiempo mandé á los muchachos y aún nó han vuelto; pero estoy seguro de que pillarán á algunos.

Todos fueron saludando á Don Homobono, y Don Homobono tuvo para cada uno un cumplimiento ó una palabra de franqueza y jovialidad.

—Pues si á ustedes les parece, dijo Don Homobono, que hablaba tan alto como Doña Refugio; si á ustedes les parece, pasaremos á la sala para que descansen un poco, y en seguida les haré conocer mi programa.

—¡A ver el programa! dijeron varios.

—No, en la sala; vamos á la sala.

Efectivamente, los huéspedes tomaron posesion de una sala como de catorce varas, amueblada con canapés con fundas de indiana, algunas rinconeras, nichos antiguos y varias pinturas de santos, alternando con una media docena de litografías iluminadas representando la vida de Atala y de René; otras dos litografías en que se veía á Robinson; un retrato de Iturbide y una Virgen de Guadalupe.

La sala estaba enladrillada y solo á los pies de las sillas y de los canapés habia largas tiras de alfombra con labor de arco-iris.

Tan luego como se hubieron sentado los concurrentes, Don Homobono tomó la palabra.

—Conque..... Señores, he aquí mi programa. Tan luego como hayan ustedes descansado, pasaremos al comedor á tomar alguna cosa.

—Aprobado, dijo Castaños, porque el susto nos ha preparado el estómago.

—Continúo, dijo Don Homobono.

—¡Silencio! gritó Santibañez, el señor Don Homobono va á decir la segunda parte del programa.

—Después de cenar, dijo Don Homobono, pasaremos al circo.

—¿Al circo? dijo Cárlos.

—Sí, señor; pasaba por aquí una compañía á la que dí alojamiento anoche á condicion de organizar una funcion, que tengo el gusto de dedicar á ustedes.

—¡Bravo! buenísimo! dijeron casi todos los concurrentes.

—Puesto que está aprobado el programa, pasemos al comedor.

Todos se levantaron para conducir á las señoras, pero Cárlos se acercó á Don Homobono.

—Perdone usted, amigo mio; pero tenemos que cumplir antes con un deber.

El *menu* de aquella cena de hacienda era el siguiente:

“Cabritos asados.

Pollos fritos en manteca.

Ensaladas.

Arroz á la valenciana.

Mole de cecina.

Salsas picantes de chile verde y de chile colorado, & &.”

Hasta seis peones de los mas limpios, iban y venian en incesante movimiento, ministrando tortillas calientes á los convidados, circunstancia que es de rigor en comidas de esa especie.

Todos aquellos manjares debian regarlos los convidados, con algunas botellas de vino Burdeos y algunos liciores extranjeros, y sobre todo, té y café, bebidas en cuya confeccion la gente de aquella cocina no estaba muy diestra.

Castaños objetó que el *mole* de cecina no debía tomarse con cubierto, sino haciendo por medio de cucuruchos de portilla, una exacta imitacion de las cucharas de Mocha.

—¡Bueno! dijo Castaños, pero no se debe hacer así. Seria bueltaron pollos y pollas que, á pesar de ser mexicano en la caieran exajerados aspavientos, al tratarse de cosa que es de competencia de los franceses, debido á que las costumbres francesas son competentes. No poner ya á aquellos mexicanos inconocidos.

Cárlos llamo.

—Conducir á Salgono, en su calidad de anfitrión, hizo los honores del cuarto que con franca urbanidad.

Ya en uno de los corrales de la casa la compañía de cirqueros habia improvisado un circo, y multitud de gente estaba colocada en los andamios que servian de asientos.

Aquellos maromeros eran precisamente los compadres que se robaron á Gabriel: las partes secundarias habian sido sustituidas con otros individuos, pero el payaso y el director eran los mismos.

Tambien existia la niña compañera de Gabriel, y de quien el director y el payaso habian logrado hacer ya una notabilidad ecuestre.

El payaso se llamaba Melquiades Ramos: desde muy niño fué afecto á hacer suertes, y su primer oficio fué el de rebocero; pero próximo á contraer nupcias con una jóven *empuntadora*, recibió Melquiades las mas estupendas é inmotivadas calabazas, de cuyas resultas enfermó, y en su convalecencia mitigaba sus pesares con la música; comenzó recitando versos que aprendia de memoria, y despues componia canciones y las cantaba.

Una de sus canciones favoritas, tenia por letra la siguiente cuarteta:

Ya va saliendo la luna  
Y un lucero la acompaña;  
¡Que triste se pone un hombre  
Cuando una muger lo engaña!

El espíritu de Melquiades encontraba cierto consuelo

triste en cantar versos que encerraban un fondo de amargura y desencanto.

Poco á poco su carácter se inclinó al sarcasmo, y en medio de sus expansiones y de su alegría se podia notar siempre en Melquiades algo profundamente amargo.

Melquiades, como poeta, tenia esa sal ática peculiar de los mexicanos: su metro favorito era la sextilla, siendo de notar que en todas ellas habia entre los primeros versos y los últimos cierta incoherencia inimitable que encerraba toda la gracia, y en lo general toda la intencion malévola del poeta.

Esta clase de versos es característica de la plebe de México, y por cierto que entre ellos hay pensamientos de notable mérito y de una malicia de lo mas picaresco que se conoce.

Pasaron las señoras y los caballeros al corral, en donde sobre una azotea baja se les habia improvisado un palco.

Alumbraban el circo algunos hachones, que consistian en una media esfera formada de aros de fierro sobre un pié derecho, conteniendo un haz de astillas de ocote.

La música saludó á los recién llegados, y empezó la funcion con una arenga del payaso.

—Echo de menos aquí á doña Refugio, dijo Castaños en voz bastante perceptible.

—Hay mas, dijo Anita, han desaparecido el señor D. Cárlos y D. Homobono Perez.

—¿Si estarán ocupándose del negocio de la ladrona?

—Probablemente.

—¡Pobre muger! exclamó una señora.

—¡Pobres de nosotros! dijo un pollo, porque bien pudo habernos tocado una bala de esos bandidos.

—Ya se ve, continuó Castaños, como que á mí me pasaron cerca: las oí silbar como pajaritos.

—¡Ay, qué horror!

Aquellas señoras tenían razon: efectivamente doña Refugio se estaba ocupando de la ladrona, segun la llamaban todos.

Cuando se levantaron de la mesa los convidados, doña Refugio recibió un recado de parte de Salomé.

Doña Refugio no podia comunicarse con la presa sino con la intervencion de D. Homobono, quien para servir eficazmente á Cárlos habia convocado ya al juez y á algunas de las autoridades que allí se encontraban; de manera que todos reunidos en el cuarto de despacho de D. Homobono mandaron comparecer allí á la presa.

## CAPITULO XXVI.

### EL PROCESO.

**S**ALOMÉ habia caído en la atonía del dolor; sus pasos eran inseguros y vacilantes, y habia necesidad de ayudarla á andar.

Al fin se presentó en la puerta, custodiada por dos celadores que habian relevado ya á los criados de Cárlos.

Estaban sentados al rededor de una mesa cubierta con carpeta de bayeta verde, hasta cuatro leguleyos.

—Escriba usted, dijo uno, dándole la pluma á su vecino.

—No, amigo mio; está en muy buenas manos.

—Pues ustedes, dijo entonces el de la pluma, ofreciéndola á los demas.

—No, señor; usted es mas práctico, y á usted le toca como el mas antiguo.

—¡Adios de antiguo!

—Cabal, dijo otro; D. Nestor vivia en el pueblo cuando yo me casé.

—¡Ah que usted!

Y luego dirigiéndose á Salomé le dijo:

—Pues entre, señora.

Salomé avanzó difícilmente dos pasos.

—Diga sus generales.

Salomé permaneció callada.

—Que diga usted su nombre, dijo una de las autoridades, traduciendo lo de las generales.

Salomé no podia hablar.

—¿Cómo se llama usted, señora? dijo D. Nestor.

Salomé pronunció su nombre con voz débil; D. Nestor escribió:

«En la hacienda de...etc. A los veinte dias...etc.»

—Aquí los señores dicen que usted conoce á los ladrones que asaltaron los coches; diga si es cierto.

Salomé no contestó.

Don Nestor, á pesar de esto, seguia escribiendo, y murmuraba: «dijo llamarse como queda dicho; casada, de veintiocho años... etc.,» y agregó en voz alta: diga si es cierto, como lo es, que estaba en connivencia con los la-

drones, siendo espía expensada por ellos para darles noticias de las circunstancias de los pasajeros.

Don Nestor escribia velozmente y sin cesar.

—Hable usted, señora, se atrevió á decirle uno.

—Hay muchos testigos del hecho, dijo otra de las autoridades.

—Y todos los testigos son personas de entera fé, agregó otro.

—Si la *reo* no responde, se verá precisada la autoridad á aplicarle el tormento, exclamó D. Nestor, tomando una actitud severa.

—¡Eso es! ¡el tormento! dijo otra autoridad, lamiéndose los lábios.

—Pido la palabra, agregó uno que no habia hablado.

—Tiene la palabra mi yerno, dijo D. Nestor.

—Aquí no hay yernos, objetó el que aprobaba el tormento..... en lo oficial... pues diga usted, entonces.....

—Es que mi yerno estudió en Querétaro, y sabe leyes y otras muchas cosas.

—¡Adios! si el señor no es letrado.

—Pero ejerce.

—Estábamos hablando del tormento.

—Sobre eso rolaba la discusion, dijo el que habia estudiado.

—Habla el señor, dijo D. Nestor señalando á su yerno.

El yerno tomó la palabra.

—Eso del tormento, dijo, me parece que es anticonstitucional.

—Lo que el señor quiere decir, agregó una de las autoridades, es que el tormento está prohibido por la constitucion, en uno de sus artículos.

—¿Qué artículo?

—No lo sé, pero es fácil averiguarlo.

—El señor D. Homobono nos hará el favor de prestarnos un ejemplar de la constitucion.

—¿De 57? preguntó D. Homobono.

—La misma que viste y calza, dijo gravemente Don Nestor y luego agregó.—Se suspenden los procedimientos mientras el señor D. Homobono nos proporciona un ejemplar de la constitucion.

Y al decir esto D. Nestor, ofreció cigarros á los circunstantes y luego dijo en voz alta:

—Puede retirarse la reo al fondo de la sala, mientras fumamos un cigarro.

Los dos celadores que custodiaban á Salomé, armados con dos grandes fusiles, estaban descansando sobre las armas, y tenian puesto su gran sombrero de palma en señal de que estaban de servicio.

A la voz de mando de D. Nestor, los dos celadores terciaron las armas al lado izquierdo, dando una fuerte palmada en el fusil con la mano derecha, segun se le exige al recluta en la formacion; adelantaron el talon del pié derecho, y girando dieron *media* vuelta á la izquierda, dejando ver sus bayonetas que tenian pendientes del *ceñidor*.

Salomé antes de seguir el movimiento de sus guardia

nes, dirijió una mirada tan suplicante á doña Refugio, que esta señora no pudo menos de exclamar dirijiéndose á las autoridades:

—Voy á hablar con la presa entre tanto, si ustedes me lo permiten.

Las autoridades se vieron unas á otras.

—Señora, dijo D. Nestor, la reo está incomunicada y con centinela de vista, segun está usted viendo.

—Ya usted vé, señorita, agregó oton, que estos asuntos son muy delicados.

—Y luego, dijo el yerno de D. Nestor, que como usted todavia no da su declaracion en forma.....

—Pero sea cual fuere el crimen de que se trata, á todo reo se le permite tener un defensor.

—En hora buena, contestó D. Nestor, pero no una defensora.

—Ademas, agregó el yerno de D. Nestor, se necesita que el defensor sea letrado.

—¡Caball

Doña Refugio comprendió que su situacion se hacia embarazosa y que Salomé corria el peligro de ser víctima de una alcaldada de aquellas autoridades; y como por otra parte, doña Refugio habia hablado con Salomé lo suficiente para conocer que se trataba solamente de una muger desgraciada y no de una criminal despreciable, se decidió á protegerla á toda costa.



## CAPITULO XXVII.

DE COMO LA JUSTICIA PREFIRIÓ LA MAROMA  
A LOS PROCEDIMIENTOS.

**A**PARECIO por fin D. Homobono, trayendo el ejemplar de la constitucion.

Doña Refugio se aprovechó de los momentos en que aquellos hombres consideraban en suspenso su investidura judicial, y habló de esta manera:

—Señor D. Homobono. Veo con sentimiento que los procedimientos judiciales van tomando en este asunto un carácter que bien podria ser inconveniente: para mí está

fuera de toda duda que es una barbaridad y un crimen, la aplicacion del tormento, y que tal proceder está expresamente prohibido, no solo por las leyes del país, sino por la civilizacion y por la humanidad.

La persona á quien ustedes consideran ya como reo, complicado en el delito de robo con asalto, tengo para mí que no es mas que una muger desgraciada, que se encuentra en una situacion horrible, sin tener de su parte nadie que la defienda ni abogue por ella, y en tal caso, si entre ustedes no hay uno solo á quien le interese la desgracia, si todos son indiferentes á los padecimientos de una muger desvalida, yo, á nombre de la justicia, la defiendo y la amparo, porque tengo la conviccion de su inocencia; tengo, mas que ninguna de las personas que nos han acompañado, motivos para poder juzgar á esta señora y para asegurar, que no ha tenido ni tiene parte alguna en el asalto que hemos sufrido.

¡Salomé! dijo en seguida dirigiéndose á la acusada, hable usted, defiéndase y no vacile usted en decir la verdad; pruebe usted su inocencia y no tenga usted embarazo en revelar los antecedentes de su vida, de la que conozco ya una parte; justifíquese usted, Salomé, no tenga usted temor, porque ahora le repito á usted lo que le he dicho: estoy dispuesta á proteger á usted, á ayudarla, á defenderla, porque su situacion es para mí muy interesante.

Reinó por un momento profundo silencio en la sala, y por fin D. Nestor exclamó:

—Todo esto es ilegal; yo no tomaré parte en un asunto en que se empieza por destruir la rutina de los procedimientos, y sobre todo, cuando una persona tan respetable como la señora que está presente, ofrece proteger á la reo; probablemente toda nuestra energía como autoridades que somos, va á estrellarse contra ciertas influencias; y á este negocio se le echará tierra, con menoscabo de nuestra justificacion y de nuestro deber.

—Nada de ilegal tiene, á mi modo de ver, dijo doña Refugio, que se le permita á la acusada defenderse; hable usted, Salomé, se lo suplico.

Salomé hizo un esfuerzo y dijo:

—No sé cuál es el crimen de que se me acusa; yo no conozco á los ladrones.

—Entonces, preguntó D. Nestor, ¿por qué uno de los bandidos ha dicho: “ven, vámonos?”

—Lo ignoro.

—Ha dicho mas, agregó el yerno de D. Nestor, ha dicho el bandido: «No digas mi nombre.»

—Lo cual prueba, interrumpió D. Nestor, que entre la acusada y el bandido existen relaciones, cuando menos de parentesco, ú otras.

—¿Qué contesta usted? preguntó el yerno.

—Diga si es cierto, como lo es, que ha hablado con uno de los foragidos que atacaron esta tarde á la familia y amigos del señor D. Carlos, dueño de la hacienda grandes

—No es cierto, contestó Salomé.

—Quien todo lo niega, dijo D. Nestor, todo lo confie-

sa; y tomó la pluma para asentarse probablemente la confesion de la acusada.

—Voy á persuadirla de que debe confesar la verdad, dijo doña Refugio. ¿Se me permite que la convenza de su error? Tal vez despues de hablar conmigo á solas, logrará la justicia lo que pretende averiguar.

—Si es para esclarecer el hecho, se le permite á usted, señora.

—¡Mil gracias! dijo doña Refugio, y se dirigió á Salomé, que permanecia al extremo de la sala.

—¿Por qué se niega usted á decir la verdad, dijo á Salomé, cuando por desgracia ha habido testigos de esa escena? yo misma lo he oido.

—¡Señoral dijo Salomé muy quedo, ¿usted tambien pretende que sobre ser desgraciada, sea yo infame?

—¿Por qué?

—¿Recuerda usted mi historia?

—Sí.

—Busco á mi hijo y á mi amante.

—¿Y bien?

—Si el que me habló fuera mi amante, ¿deberé denunciarlo aun cuando sea el autor de mis desgracias? ¡Ah! señora, yo no puedo delatar al hombre á quien mas amo en el mundo; estoy dispuesta á arrostrarlo todo, hasta la muerte, pero nunca me vengaré cometiendo una villanía.

—¿Pues qué, él es?

—Sí señora; figúrese usted cual habrá sido mi aficcion al volver á encontrar á ese hombre despues de algu-

nos años de llorar su ausencia, teniendo que arrojar un grito de terror en lugar de entregarme á la alegría de mi dicha! ¿El robando, señora? ¿él ladron? ¡Ah, nol estoy segura que me seguia, y que tal vez el robo no era otra cosa que un pretexto para acercarse á mí.

—Pues confiese usted eso, diga al menos que, conociendo á quien le habló, está usted segura de que aquello no era mas que un robo simulado; pero que en todo caso no se trata mas que de un asunto de amores.

—No espere usted, señora, que de mis lábios salga jamas este nombre, y si lo que me pasa es una expiacion de mis faltas, estoy pronta á sufrir resignada hasta morir.

La secreta conferencia se prolongó mas de lo que podia esperarse, al grado que las autoridades comenzaron á estar impacientes y á tener mas deseos de divertirse en la maroma, que de ejercer su elevado magisterio aquella noche.

Doña Refugio, por su parte, hizo cuanto le fué posible para obligar á Salomé á decir la verdad; pero todo fué inútil, y D. Homobono fué quien puso término á aquella situacion, persuadiendo á los jueces de que por lo pronto era mas conveniente concurrir á la funcion de circo, que entretenerse en cosas de justicia.

En tal virtud se procedió á poner á la acusada en sitio seguro, sin omitir el consabido centinela.

Doña Refugio aún permaneció al lado de Salomé por todo el tiempo necesario para proporcionarle alimento y

algunas comodidades, que cooperaron á hacerle mas llevadera su situacion.

Don Homobono, con todos los curiales, se presentó en el corral del espectáculo, en donde Castañes, Anita y los demas convidados habian disfrutado de las delicias que les proporcionara Melquiades con sus canciones y sus pantomimas.

Acababa de pasar el ejercicio de la percha egipcia, y el payaso amenizaba el intermedio con una de sus canciones favoritas.

Para comenzar echó una mirada á la concurrencia, y se fijó en una pareja, en la que creyó sorprender señales inequívocas de que hablaban de amores.

Ella era la joven galopina de la casa de Carlos, y el galan era nada menos que Angulo, el famoso varillero que conocen nuestros lectores.

Debían tratar, en efecto, asuntos de la mayor importancia, pues ni las barbaridades acabadas de ejecutar en la percha egipcia, ni la cancion del payaso habian logrado llamar su atencion; era, tal vez, la única pareja que entre toda la concurrencia, se manifestaba indiferente á la diversion.

Tenemos razones para creer que, en efecto, Angulo y la galopina tenian entre manos asuntos de no escasa importancia, pues en aquellos amores, asaz inocentes por parte de la galopina, tocaba Angulo, á la sombra de la ingenuidad de su amada, no pocas cuestiones de trascendencia y criminalidad.

La galopina estaba, á la sazón, relatando á Angulo las peripecias del asalto, y Angulo, por su parte, aglomeraba datos á los que de antemano habia recogido entre todas aquellas gentes, que tenian á Angulo como el comerciante mas inofensivo y como el mozo mas puro de costumbres.

La mirada del payaso dirigida á la pareja, habia sido acompañada de esa mímica grotesca con que estos entes originales saben acentuar el sarcasmo y el epigrama, hasta ponerlos al alcance de los mas rudos espectadores.

Melquiades estaba frente á frente de la galopina, y no contento con señalarla con el dedo y con llamar la atencion de la concurrencia hácia aquella escena, hizo comprender por medio de sus señas, que iba á dedicarles el intermedio; de manera que cuando empezó su cancion, los espectadores sabian todos á quien iban dirigidas las pullas.

Una seña de Melquiades bastó para que la música supiera tambien cual era la cancion elegida por el payaso.

Este comenzó cantando el siguiente estribillo:

“Qui-qui-ri-qui-ri-qui  
Canta el gallito,  
Que yo te quiero querer  
A tí solito.”

Este estribillo repetido dos veces, fué acompañado por la música, y en seguida colocándose Melquiades en el cen-

tro del circo, prorumpió en un tono declamatorio imposible de describir:

“Va una moza á la maroma  
 Con su enagua de castor,  
 Pensando.... que no hay quien coma  
 Si no hace antes el amor.  
 En esto viene un señor  
 De sombrero galoneado  
 Que se coloca á su lado  
 Para relatarle historias.  
 Y ella está tan en sus glorias  
 Que ni me pone cuidado.  
 Qui-qui-ri-qui-ri-qui  
 Canta el gallito,  
 Que yo te quiero querer  
 A tí solito.»

Este estribillo lo cantaba el payaso dando vueltas en el circo con un paso de baile; accionando, lanzando miradas furtivas á la pareja amorosa y fingiendo que una risa maliciosa que no podía contener, le impedía cantar.

Cada una de estas demostraciones, era acompañada por la risa de los espectadores.

Cesó la música y Melquiades declamó su segunda décima:

“Es el lance divertido  
 Pues se dicen cosas buenas,  
 Que hay muertos que no hacen ruido  
 Y son mayores sus penas.

Porque las dulces cadenas  
 Con que nos une el amor  
 Son de tal modo, señor,  
 Que nos ponen como en misa  
 Mientras se muere de risa  
 Este payaso hablador.  
 Qui-qui-ri-qui-ri-qui  
 Canta el gallito,  
 Que yo te quiero querer  
 A tí solito.”

La segunda salva de risas, hizo por fin levantar la cabeza á Angulo, y calcúlese cual seria su sorpresa al enterarse de que casi sin excepcion todas las miradas de la concurrencia estaban fijas en él.

La galopina tambien recorrió con una mirada la concurrencia, y no se podía explicar la causa de aquella atencion y de aquella hilaridad.

Pero Melquiades que, como sabia ser cáustico, sabia tambien la manera de ser clemente, se dirigió al director para decirle:

—Señor Martínez, ya cuanto há que no hacemos nada y esto no es justo. Hágame usted favor de disponer otros pasos diferenciando de los anteriores, ¿ó me va usted á salir con que está cansado?

La respuesta del director fué tronar el látigo amenazando al payaso, procedimiento que es en lo general la chanza mas usual en el circo.

—¡No me pegue usted, señor Martínez, ni se sulfure-

por tan poca cosa, siquiera por respeto á la respetable concurrencia!

Aunque Chona y Salvador estaban lejos de creer que el payaso se atreviera á dirigirles una pulla, se abstuvieron desde la escena que acababa de pasar, de continuar sus interesantes diálogos.

Instintivamente y como si se hubieran puesto de acuerdo, guardaron silencio.

Lola, Castaños y Anita, no abandonaban su tarea de observarlo todo, y á pesar de las gracias del payaso, seguían comunicándose sus observaciones, con respecto á la ausencia de doña Refugio.

—Yo apuesto, decía Anita, que en estos momentos está con su protegida.

—Ella dijo, observó Castaños, que se retiraba indispueta.

—Debe estarlo, porque la tal limosnera parece un pájaro de cuenta, á juzgar por la confianza con que la tratan los bandidos.

—¿Y será capaz todavía de abogar por ella?

—Ese es el fuerte de doña Refugio; tiene unos protegidos, que mas le valiera pensar en redimir cautivos como los antiguos frailes mercedarios, que echarse esas víboras en el seno.

—Hasta D. Homobono me parece preocupado; lo veo menos expansivo que al principio.

—Ya lo creo, después de dos horas de debates, es natural que esté fastidiado.

Las criadas de la casa de Carlos, se ocupaban entretanto en dirigir bromitas á la galopina, cuyos amores desde aquel momento empezaron á ser motivo de rencillas y celos por parte de aquellas que, considerándose superiores á la galopina, no habian sido preferidas por Angulo, quien segun opinion de la cocinera, no tenia mas defecto que la manera de colocarse el pelo sobre la frente.

ANIL

MA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



CAPILLA ALFONSINA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

CAPITULO XXVIII.

DE COMO DOÑA REFUGIO PREFERIA EL CALABOZO  
A LA MAROMA.

**P**ONDREMOS al tanto al lector de lo que en aquellos momentos estaba pasando entre Salomé y doña Refugio.

Cuando Salomé se vió libre de sus jueces y al lado de doña Refugio, habló de esta manera:

—Señora, la Providencia no me ha abandonado, en el hecho de tener á usted á mi lado, y de ser objeto de un celo y de una solicitud que me llena de ternura hácia usted..... ¡Ah! usted no lo puede comprender, porque tal

CAPILLA ALFONCINA

vez nunca ha sufrido; pero yo que he llorado tantos años, yo que vivo abandonada de todo el mundo, yo que no he recogido, desde que fuí culpable, mas que reproches y censuras, mas que desengaños y penas, yo sé valorizar las acciones de usted, yo comprendo todo lo que valen sus servicios, todo lo caro que son para mí sus sacrificios.

—No hago mas que cumplir con un deber, y sobre todo, yo gozo con socorrer á los desgraciados; no hay para mí mayor placer que consolar al que padece.

—¡Es usted muy buena, señora! y no tiene usted una idea de lo que siento al pensar que nos van á separar, y que no siendo usted, señora, no habrá quien se interese por mí.

—Me he propuesto amparar á usted y tengo empeño en cumplirle mi palabra. Deseo por lo mismo que me cuente usted la parte de su historia que quedó pendiente. ¿Lo recuerda usted?

—Sí, señora; debo decir á usted de que manera he llegado á tener noticias de mi hijo.

En la terrible noche en que dí á luz á este hijo desgraciado, ví ahogarse mi alegría maternal en el sopor de la fiebre; y ni ese momento, señora, ni el único momento indemnizador de mis amarguras, ni el momento en que iba á oír el primer acento del hijo de mis entrañas pudo servir de compensacion á mis desgracias.

Salí de aquella fiebre como si volviera de nuevo al mundo, y lo primero que hice fué preguntar por mi hijo.

Nadie me contestó; circularon á mi rededor algunas mi-

radas de inteligencia, y pretendieron hacerme creer que mi hijo habia muerto. Querian consolarme y persuadirme de que aquello era providencial y que debia estar gozosa por su muerte; pero ¡ah! aquellas mugeres no eran madres y no sabian que una madre sabe cambiar su vergüenza por una caricia de su hijo!.....

Mas tarde supe que la única persona que podia darme una noticia cierta habia muerto, y ya no me quedó ninguna esperanza.

Pero una noche (algunos años despues) supe que habia desaparecido un niño huérfano que estaba en poder de un maestro herrador: tenia la edad que debia tener mi hijo, y oí, muerta de emocion, que aquel niño habia sido abandonado, y se decia que el padre del niño habia conocido á la que le dió el sér, en un cementerio..... y allí, señora, efectivamente, en un cementerio fué donde yo conocí á..... á mi amante.

Desde aquel momento corroboré el presentimiento que habia acariciado de que mi hijo vivia, y la certidumbre de su existencia, señora, fué entonces para mí el mas desgarrador de los tormentos.

Llorar sobre una tumba cierta, es un consuelo triste; pero llorar desgracias que se adivinan, peligros que se sueñan, ideas de desolacion que nos sorprenden á todas horas; llorar dudando, señora, es el mas punzante de los dolores.

Mi hijo era una copa que depositaba todas mis alegrías mezcladas con todas mis lágrimas; ese sér desconocido

era la encarnacion de mis dichas pasajeras y de mis largas amarguras; y..... no lo conocia, no habia podido recoger ni su primera sonrisa, ¡ay! siquiera una vez lo hubiera visto!..... Pero..... las madres tenemos otros ojos, señora, vemos á nuestros hijos al traves de las distancias, y yo veo á mi hijo, porque lo siento en mi dolor y lo conozco en mis lágrimas; cuando veo mis lágrimas que caen sobre mis manos veo en ellas á mi hijo..... ¡es lo único que tengo de él! ¡Ah! estoy segura que lo conoceria, lo adivino, sé como ha de ser, porque..... yo no creo en sueños..... pero muchas veces lo he visto dormida..... nada mas durmiendo es como lo he visto!.....

Reinó por un momento un penoso silencio, durante el cual se percibian á lo lejos los ecos de la tambora del circo y algunas notas de la música.

Doña Refugio estaba profundamente conmovida.

Salomé, arrojando un suspiro, exclamó:

—¡Qué terrible es la expiacion de la muger culpable, señora! Si lo pudieran comprender todas las infieles, se dejarían matar antes que ser culpables!

—¡Es cierto! dijo impensadamente doña Refugio, no sabemos cuan caro se paga ese delito, porque..... nunca, nunca se queda impune. ¡Hay algo mas cruel que el verdugo, mas terrible que el castigo..... el remordimiento! ¿No es verdad?

—Sí, señora; el remordimiento es mas amargo que todo lo que el hombre pudiera inventar.

—Pero en fin, usted me ha dicho que tiene ya noticias ciertas de su hijo.

—Sí, señora. Habia en el pueblo dos compadres que habian logrado hacerse notables por estar dotados de un espíritu de investigacion extraordinario; pero no fué sino despues de algunos años cuando llegué á enterarme de esta circunstancia; y valiéndome entonces de Gertrudis, mi criada de confianza, logré hablar un dia con uno de los compadres curiosos.

Me enteré sin dificultad de que habia observado mis citas nocturnas, y de que habia visto á la muger que me arrebató á mi hijo.... [¡Dios la haya perdonado!...] me aseguró que el maestro herrador era quien habia tenido la dicha de adoptar al niño.

Con estos datos procuré hablar con el herrador, y hé aquí lo que me pasó en aquella entrevista:

—Yo, señora, me dijo el herrador, es cierto que no soy muy amante de los muchachos, pero qué quiere usted; aquel niño me cayó en gracia; ¡y vaya si me cayó, pues resistí el enojo de mi pobre muger! porque.... ¿pasará á creer su merecé que llegó á encelarse?..... pues sí, señora, y mas de un altercado tuvimos por la criatura; pero á pesar de todo la recogí, y con mucho gusto la bauticé en la santa parroquia, y le puse por nombre Gabriel, mi santo arcángel.

—¿Y así se llama? interrumpió doña Refugio.

—Para mí, se llama Alberto.

—¿Por qué?

—Porque..... su padre me encargó que al hijo que íbamos á tener, le nombrara Alberto, y hasta en esto, señora, he creído encontrar no sé que misterio, pues al hacerme tal encargo mi amante, me suplicó que nunca le preguntara las razones que tenia para que su hijo se llamara Alberto; yo respeté sumisa el secreto, y desde entonces, cada vez que llamo á mi hijo á solas, pronuncio ese nombre: Alberto, y ya hace como diez años que le llamo así.

—Siga usted, dijo doña Refugio.

—Aquel hombre, continuó Salomé, me contó con una nimiedad suma todas las peripecias de la vida de su hijo adoptivo, me relató minuciosamente todo lo que el niño hacia, y me dijo, por último, que mi hijo era el encanto de aquella pobre familia; y cuando aquel hombre llegó en su relato al momento en que perdió á Gabriel..... ¡ah! cuanto se lo agradezco, señora! aquel buen hombre lloró! Era mi hijo ya, me dijo, haga usted cuenta que era mi hijo, porque yo le hice probar las primeras gotitas de leche, yo lo cuidé y lo mimé con toda mi alma.

Mas tarde supe, continuó Salomé, que las compañías de maromeros suelen robarse á los niños para enseñarles el oficio; é inquiriendo y recordando fechas, vine á averiguar que la desaparicion de Gabriel coincidía con la marcha de la compañía de acróbatas que habia estado dando funciones en el pueblo.

Entonces, todas mis pesquisas se dirigieron á seguir el derrotero de la compañía, y hoy mi vida, señora, es ca-

minar de pueblo en pueblo buscando en las compañías de acróbatas á un hombre que se llame Melquiades, que fué, sin duda alguna, el que se robó á mi hijo.

—¿Pero ha tenido usted posteriormente algunos datos para asegurarlo?

—Sí, señora; supe que un año despues de la desaparicion de mi hijo, la compañía que habia estado en el pueblo presentaba á la espectacion pública un niño y una niña acróbatas, y que el niño podia tener de seis á siete años.

Hoy, señora, á estas horas debia yo haber hablado ya con el payaso de esta compañía que está aquí trabajando; ya he visto varios payasos, pero ninguno se llama Melquiades, ni ha estado en el pueblo donde nació mi hijo; y quien sabe si este payaso sea el que yo busco. Calcule usted cual será mi afliccion al verme incomunicada.

—No tenga usted cuidado, interrumpió doña Refugio, que yo haré sus veces; hablaré con ese hombre, y si fuere el que usted busca sabrá usted cuanto sea necesario, porque yo le haré hablar.

—¡Mil gracias, señora! es usted mi ángel tutelar! ¡Ay! mi situacion no puede ser mas horrible; ya no podré seguir buscando á mi hijo, porque tal vez esté destinada á morir desesperada en una prision; tiemblo ante los jueces; la palabra justicia me hace estremecer, y creo que todos las gentes leen en mi frente un letrero que revela mi primer delito..... ¡Y estar presa, señora, cuando despues de diez años he vuelto á oír la voz del hombre á

quien amol..... ¡Ay! me pierdo en un mar de conjeturas, de sospechas y de terribles ideas!

—¿Pero será posible que ese hombre sea ladrón?

—No, señora; yo lo juro, es un hombre muy honrado, ha sido mayordomo de una hacienda y lo fian y responden de él personas, de suposición y de respeto.

—Entonces ¿por qué teme usted decir su nombre, y por qué él mismo encargó á usted que no lo dijera?

—Esa es una duda que me mata; y cuando llego á pensar que tal vez el despecho ó no sé qué otra causa haya podido inclinarlo á llevar una vida criminal, tiemblo ante esta idea, señora, y me basta vacilar siquiera, para que de mis labios no salga ese nombre que me convertiría en su delatora.

La concurrencia se retiraba en estos momentos de la maroma, y doña Refugio creyó conveniente sustraerse á las miradas de los curiosos, y no llamar la atención de sus compañeros de paseo, quienes tendrían abundante pasto para sus habladurías, una vez convencidos que doña Refugio había preferido á la maroma, el hablar con una cómplice y espía de los ladrones.

De manera que, despidiéndose cariñosamente de Salomé, doña Refugio tuvo tiempo de entrar en su habitación y de recogerse sin ser notada.

Salomé se quedó sola sentada en su lecho, y entregada del todo á sus amargas reflexiones.

## CAPITULO XXIX.

CAB EN PODER DE LA JUSTICIA UN PÁJARO DE CUENTA.

**A** la mañana siguiente, Castaños fué el primero que salió de las habitaciones, para respirar el aura matutina, teniendo el indisputable placer de oír el canto de las golondrinas y ver la ordeña, con camisa limpia, pues Castaños no era hombre que descuidara su tocador ni aun en las circunstancias mas difíciles; porque merced á ese refinamiento, según hemos dicho ya, no pasaba día por Castaños; había en la reunión personas que lo habían conocido con catorce años menos, absolu-

quien amol..... ¡Ay! me pierdo en un mar de conjeturas, de sospechas y de terribles ideas!

—¿Pero será posible que ese hombre sea ladrón?

—No, señora; yo lo juro, es un hombre muy honrado, ha sido mayordomo de una hacienda y lo fian y responden de él personas, de suposición y de respeto.

—Entonces ¿por qué teme usted decir su nombre, y por qué él mismo encargó á usted que no lo dijera?

—Esa es una duda que me mata; y cuando llego á pensar que tal vez el despecho ó no sé qué otra causa haya podido inclinarlo á llevar una vida criminal, tiemblo ante esta idea, señora, y me basta vacilar siquiera, para que de mis labios no salga ese nombre que me convertiría en su delatora.

La concurrencia se retiraba en estos momentos de la maroma, y doña Refugio creyó conveniente sustraerse á las miradas de los curiosos, y no llamar la atención de sus compañeros de paseo, quienes tendrían abundante pasto para sus habladurías, una vez convencidos que doña Refugio había preferido á la maroma, el hablar con una cómplice y espía de los ladrones.

De manera que, despidiéndose cariñosamente de Salomé, doña Refugio tuvo tiempo de entrar en su habitación y de recogerse sin ser notada.

Salomé se quedó sola sentada en su lecho, y entregada del todo á sus amargas reflexiones.

## CAPITULO XXIX.

CAB EN PODER DE LA JUSTICIA UN PÁJARO DE CUENTA.

**A** la mañana siguiente, Castaños fué el primero que salió de las habitaciones, para respirar el aura matutina, teniendo el indisputable placer de oír el canto de las golondrinas y ver la ordeña, con camisa limpia, pues Castaños no era hombre que descuidara su tocador ni aun en las circunstancias mas difíciles; porque merced á ese refinamiento, según hemos dicho ya, no pasaba día por Castaños; había en la reunión personas que lo habían conocido con catorce años menos, absolu-

tamente igual á como estaba á la presente.—Castaños «era así.»

La curiosidad de Castaños encontraba siempre un objeto en que fijarse, y esa mañana tuvo algo mas que ver, que vacas de ordeña y golondrinas; vió á doña Refugio hablando con un personaje que al pronto no conoció Castaños.

Dejando pendiente su curiosidad, pondremos al tanto al lector, de lo que pasaba entre doña Refugio y el payaso, que no era otro quien en aquellos momentos tenia la palabra.

—Señorita, decia á doña Refugio, me han dicho que tiene usted un negocio conmigo.

—Efectivamente.

—Pues estoy para que usted me mande.

—En primer lugar, ¿me hace usted favor de decirme si es cierto que se llama usted Melquiades?

—Sí, señorita; Melquiades es mi nombre y lo ha sido desde que nací, y estoy bautizado en el pueblo de.....

—Es suficiente, dijo con cierta autoridad doña Refugio y luego continuó:—Supongo que usted en su ejercicio, tiene lo necesario; pero como yo podria hacer á usted un obsequio en caso de que me dijera la verdad en lo que voy á preguntarle, creo que tendria usted la amabilidad de aceptarlo.

—Sí, señorita; y..... puede usted mandar lo que guste.

—Se trata simplemente de averiguar el paradero de

un niño, que hará como seis años estuvo en la compañía de que forma usted parte; y en todo caso debo advertir á usted que no le parará en perjuicio cualquiera revelacion que pueda usted hacerme sobre el particular, pues no se trata mas que de consolar á una madre aflijida.

—¿Una madre?

—Sí, ese niño tiene madre.

—Nosotros tuvimos un niño, pero no tenia padre ni madre; que es como los necesitamos.

—¿Cómo se llamaba?

—Gabriel.

—Pues es el mismo.

—El mismo que?..... Pues vea usted, señorita, y yo he de decir la verdad; porque al fin usted es una señorita de respeto, porque..... aunque es cierto que nosotros, quiero decir, mi compadre Martinez y yo, tuvimos á Gabriel, pero fué porque él quiso irse con nosotros diciéndonos que no tenia padre ni madre, y el muchacho estaba contento y se le trataba muy bien..... ¡Vaya! sobre que yo lo queria como si fuera mi hijo, y nunca se le castigó ni se le hizo nada; pero el muchacho así como vino se fué; y el dia menos pensado, adios aprendiz! Y vea usted, señorita, iba saliendo el chico de primera; ¡qué agilidad y que viveza de criatura! era cosa que ya lo presentábamos en público.

—Pero en fin, ¿usted no ha vuelto á tener noticias de ese niño?

—No, señorita; y lo que es mas, no hemos vuelto des-

de entonces á pensar en eso, porque hay cosas que olvidarlas es lo mejor.

Ya Castaños habia llamado á Anita, para comunicarle sus impresiones.

—¿Qué tiene usted que decirme? le preguntó Anita.

—Nada, hija, que vea usted lo que está pasando.

—¿Qué pasa?

—Vea usted hacia el corredor de la izquierda.

—¿Doña Refugio?

—La misma.

—¿Con quién habla ahora?

—Con un personaje que no conozco.

—¡Aguardol ya sé quien es.

—¿Quién?

—El payaso.

—¡Otra te pegol exclamó Castaños apretándose las narices, para que su risa no fuera una estrepitosa carcajada; ¡el payaso! ¿con que ese es el payaso? ¿pero está usted cierta, hija de mi vida?

—Ciertísima, sí; yo no sé como usted no lo ha conocido!

—¡Bravo, bravísimo! Sabe usted, hija mia, que esta doña Refugio es un personaje muy interesante?

—¡Contrae unas amistades!

—Si será doña Refugio demócrata!

—Decididamente se ha propuesto proteger al pueblo; pero no como lo hacen nuestros gobiernos, en masa y por escrito, sino de palabra é individualmente.

—¡Pues no se ha echado encima mala tarea!

—Le aseguro á usted que entre la ladrona y el payaso, no sé á cual ir.

—Ni yo tampoco.

—¿Si querrá hacer feliz tambien al payaso?

—Y luego que ni lo ha visto trabajar.

—Yo creo que por eso lo protege; porque si lo hubiera visto anoche, es seguro que ese personaje no seria hoy de su devocion.

—Por lo menos á mí me fastidió soberanamente.

—Pero doña Refugio tiene unas tragaderas, que es de temerse que vaya haciendo amistades con los carreteros y con lo peor, en fin, que pueda darse.

—No; yo creo que hay en todo esto un gran misterio, y si nó, ya verá usted como no le hacen nada á la presa.

—Dicen que anoche presenció doña Refugio las primeras diligencias.

—A mí me han dicho que hasta tomó parte en los debates.

—Es muy posible; ya la conoce usted, que por hablar en público y dar su opinion, se sale de misa doña Refugio.

Esta anécdota no tardó en circular en forma de secreto entre todas las señoras, y Castaños, por su parte, tuvo ocasion de formarse corrillos á quienes entregar aquella nueva especie, para pasto de la conversacion y solaz de los paseantes; porque segun el mismo Castaños decia, al-

gundo habia de costear la diversion, y doña Refugio estaba llamada á ser la heroína de la crónica en el viaje.

Se habia dispuesto dar doble descanso y doble pienso á los animales, y no emprender la marcha para llegar á la hacienda grande sino despues del medio dia.

Era tal la afluencia de noticias misteriosas que circulaban entre las personas de la comitiva, que Cárlos empezó á darles desfavorable interpretacion, creyendo que se trataba de su persona.

Redobló su vigilancia, y á pesar del profundo disimulo de Chona y de Salvador, Cárlos corroboraba, momento por momento, sus sospechas.

—¡Si todos esos cuchicheos, decia Cárlos para sí, tendrán por origen el miserable papel de marido que estoy haciendo!..... ¡El! ¡Salvador! ¡Salvador traicionarme! pero ya se ve, en Paris nos reiamos de todo esto; en Paris proclamábamos, en presencia de mas de una hermosa, que la fidelidad es una quimera y el matrimonio una preocupacion; y lo peor es que yo iba adelante, yo comuniqué á Salvador mi filosofía, yo lo induje á no creer en nada, al grado de serle todo indiferente. Qué mucho que ahora, practicando mis reglas, me haga su víctima por haber sido su maestro!..... Esto no puede seguir así, voy definitivamente á tener una aclaracion con Salvador... ¡Qué diablos! es preciso que esto tenga un término.

Se dirigia ya Cárlos en busca de Salvador, cuando acertó á parecer D. Homobono.

—Mi señor D. Cárlos amigo! ¡qué le dije á usted!

—¿De qué? preguntó Cárlos.

—De mis muchachos.

—No comprendo.

—¡Vaya, señor! pues los muchachos que cortaron ayer á los mañosos. ¿No le dije que los fueron siguiendo?

—Sí, es cierto.

—Pues no volvieron; anduvieron toda la noche, y cogieron dos.

—¿De los de anoche?

—¡Pues no!

—¿Y dónde están?

—Ya vienen; *nomas* mandaron avisar.

—¿Y llegarán aquí á tiempo para que los veamos?

—No, señor, han de haber cortado para la hacienda grande, porque los muchachos han fanteado que no nos encontrarian aquí.

—Tiene usted razon, señor D. Homobono; ellos no pueden saber que hemos diferido la hora de la marcha.

—De manera que en llegando á la hacienda les veremos las caras. Entretanto hay lugar de continuar las primeras diligencias acerca de la espía y ya tendrémos adelantado todo eso en la causa, que le aseguro á usted, señor D. Carlitos, que va á estar buena.

Doña Refugio logró ver á Salomé á pesar de la inco-municacion.

—¿Qué noticias me da usted, señora?

—He hablado largamente con ese hombre.

—¿Y es Melquiades?

—El mismo.

—¿Y dijo?

—Dijo que tuvo á Gabriel en su compañía; pero.....

—¿Pero qué, señora? ¿qué sucedió?

—Que el niño se les escapó y no lo han vuelto á ver.

—Eso no es cierto, no ha de ser cierto. ¿Y qué, no había anoche en el circo algun niño como de diez años, no había ninguno que pudiera ser?.....

—No lo sé. Como usted vió, yo no estuve en el circo.

—Pregunte usted, señora, pregunte usted á todos, si había anoche un niño en el circo. ¡Ah! ¡si fuera mi hijo, si despues de tanto tiempo tuviera, al fin, el gusto de verlo, olvidaria todos mis padecimientos!..... pero ya usted lo ve, señora, creo que está decretado que he de llorar siempre sin consuelo, porque cuando se comete una falta como la que yo cometí, no se recogen mas que dolores todos los dias. ¡Ah! ¡qué dichosa es usted, señoral! Estoy segura de que usted jamas ha probado esta desazon, porque si ha tenido usted hijos, habrá tenido el gusto de verlos, de amarlos, de verlos crecer recibiendo sus caricias, contemplantos sus gracias y siguiendo paso á paso el desarrollo de sus facultades, midiendo los vestiditos y guardando con placer el que ya no le vino. ¡Ah! ¡qué hermoso ha de ser todo eso, porque ver crecer á los niños es lo mismo que ver abrirse las flores! ¿No es verdad, señora? ¡Y privar á una madre de ese consuelo, hacerle soñar en esa dicha sin alcanzarla jamas, es el más cruel de los tormentos!

Doña Refugio había estado oyendo á Salomé, primero con atencion, y despues con enternecimiento, hasta que acabó por apoyar la frente entre las manos y derramar abundantes lágrimas.

—He hecho mal en hablar á usted así, señora, y temo haber abusado de su bondad; pero es tan nuevo para mí encontrar quien tome parte en mis desgracias, que me sentia con deseos de depositar estas tristes confidencias, esos negros secretos en el seno de una persona que supiera comprender á los que lloran.

—Tiene usted razon, Salomé, dijo al cabo de un rato doña Refugio enjugándose las lágrimas; es un consuelo muy dulce tener á quien comunicar uno sus pesares, y por mi parte debo ser leal: la comprendo á usted, no porque sea yo buena, sino porque tambien..... sí, no debo ocultárselo á usted, somos hermanas; yo tambien he llorado como usted, yo tambien he devorado esas horas amargas de la desolacion y de la desgracia.

—¿Usted, señora?

—Sí; solo que mis dolores están cubiertos con esta careta que es preciso usar en la sociedad.

—¡Apenas puedo creer lo que usted me dice, señora!

—Pues no hay nada mas cierto; y como no quiero engalanarme á los ojos de usted con virtudes que no poseo, no quiero que siga usted atribuyendo el interes que usted me inspira á un rasgo desinteresado de buen corazon, no; me intereso por usted, porque en mi vida hay,

por desgracia, algunos puntos de contacto con los pesares de usted.

—¿Es posible?

—Sí, también he sido culpable, y como culpable, desgraciada.

—¡Ah, señora! usted tal vez se calumnia, y es tanto más sorprendente para mí esa confesión, cuanto que estaba cierta de que no había en el mundo quien sintiera lo que yo siento!

—¿Por qué creía usted eso?

—Porque sé, porque he visto que hay madres capaces de abandonar, espontáneamente al hijo de sus entrañas, haciendo al ser indefenso é inocente, la víctima de una falta que no tiene más que una responsable.

—¡Ay! exclamó doña Refugio con profunda amargura, pues yo he sido de esas madres, yo he sido capaz de cometer después de una falta, otra mayor para subsanarla, y obligada por mil gravísimas consideraciones sociales á dar tormento á mi corazón, he sabido disimular mis tormentos y hacer mi papel de mujer feliz en el gran mundo, cuando no merezco más que la desolación y el remordimiento como fruto de un amor tan desgraciado como culpable.

Yo también he callado muchos años, pero la situación de usted ha hecho en mi ánimo una impresión tan profunda, que he sentido la necesidad de dar libre curso á mis ideas y de hablar, por fin, de lo que tanto tiempo ha permanecido oculto en el fondo de la más negra reserva.

Hubo una larga pausa en la que, á la perplejidad de Salomé, se agregaban solo algunos sollozos íntimos de doña Refugio.

—De hoy en adelante, prorumpió, arrostraré con la indignación de los que han creído apreciarme por lo que valgo y tornaré á ser madre; recogeré á mi hijo, lo pondré á mi lado, y afrontaré con la humillación antes que continuar dando á mi corazón esta tortura muda y perenne, para la que se necesita tener un valor que he perdido completamente desde el momento en que he visto representado en usted el más terrible cuadro de los dolores que he sabido disimular, y que hoy, rebosando en mi alma, me obligan á cambiar de conducta. Usted ha despertado en mí este deseo amortiguado y me ha hecho comprender que, efectivamente, una falta de la naturaleza de la nuestra, trae consigo la más dolorosa y lenta de las expiaciones.

—Señora..... murmuró Salomé estrechando entre las suyas una de las manos de doña Refugio.

—Sé que desde este momento, dijo esta, me aprecia usted menos de lo que me apreciaba; he bajado en la estimación de usted, porque no son ya virtudes, sino faltas las que nos ponen en contacto.

—No pretenda usted rebajar el mérito que ha contraído usted á mis ojos; y la misma ingenuidad con que usted me revela sus secretos, correspondiendo á la confianza de una pobre mujer desgraciada como yo, es para mí un título de doble estimación y sobre todo de cariño; por-

que si la desgracia ha querido unirnos, esta se hace menos cruel desde el momento en que, pobres desheredadas del placer, nos va á unir un vínculo triste, es cierto, pero no por eso menos íntimo y seguro.

—Es usted muy buena.

—¿Yo señora?

—Sí, y al devolverle á usted estas palabras que usted varias veces me ha dirigido, se las digo sintiéndolas brotar de mi corazón.

—La confesion de usted, señora, contestó Salomé, tiene un mérito de que carece la mia; porque la posicion que usted guarda, ni la obligaba á hacarla, ni puede compararse con la de una muger desgraciada como yo que tocando á las puertas de la miseria vive como una triste paria entre las gentes.

—¡Ah! yo me siento indemnizada de mis padecimientos porque por primera vez confio mis penas á quien es capaz de comprenderme; siento un placer inmenso al contarle á usted mis amarguras.

—¿Es posible, señora?

—¿Señora? dígame usted amiga.

—Sí, somos amigas y lo seremos siempre.

—Y nos uniremos á nuestros hijos y seremos felices.

—El de usted..... ¿sabe usted dónde está?

—Sí.

—Es usted muy feliz; ¿y va usted á unirse con él?

—Sí, y en esta resolucion usted tiene una parte muy directa.

—¿Yo, por qué?

—Porque ha sabido usted despertar en mi corazón un sentimiento amortiguado á fuerza de disimulo y de falsedades; usted me ha revelado una verdad que me empeñaba en desconocer. ¡Si supiera usted los episodios de mi vida, que se ligan á la desgracia que nos ha unido!

—Va usted á contármelos ¿no es verdad, amiga mia?

—Sí, ¿usted lo quiere?

—Es la sancion de nuestra amistad.

—Bien, pues aun temiendo cansarla le hablaré.

—Vea usted, el centinela se ha dormido y.....

—Efectivamente, debe estar desvelado para dormir tan profundamente, interrumpió doña Refugio, y esto nos proporciona el placer de poder platicar, sentándonos á la orilla de ese arriate, en vez de seguir respirando la atmósfera de este cuarto inmundo, donde ya no se puede vivir.

Habia en efecto á corta distancia de la puerta del calabozo, un hermoso fresno, cuyo pié circundaba una banca circular.

Con suma precaucion salieron las dos nuevas amigas del calabozo y se dirigieron al patio, para sentarse en el arriate, quedando á la vez veladas de la vista de los curiosos. ®



## CAPITULO XXX.

EN EL QUE CONTINUA EL ASUNTO INICIADO EN EL  
CAPITULO ANTERIOR.

**D**OÑA Refugio comenzó la narración de su vida de esta manera.

—Vivia yo tranquila en el seno de mi familia, mimada y rodeada de cuantas atenciones y comodidades pueden imaginarse.

A la edad de diez y ocho años no había yo aprendido mas que á despreciar á los hombres, pues el orgullo ha sido el distintivo del carácter de mi familia.

Rica, hermosa y considerada, me pareció que era para mí tan fácil el casarme bien, que desprecié cuantos

partidos se me presentaron, y prodigué todo el hielo de mis desprecios, casi sin mas razon que la exajerada idea que tenia yo de mi mérito.

Llegué á los veinte años; y en el círculo de nuestras relaciones, no faltaba tal vez ninguno de los jóvenes que me rodeaban que no hubiese hecho al menos un ensayo para vencer mi aversion á un enlace prematuro; llegué á adquirir fama de esquivá y lo creerá usted? en esto encontraba un placer extraño que saboreaba incesantemente segura de que el dia en que quisiera por fin decidirme al matrimonio, podia elegir descansadamente entre todos los que me pretendian.

Alguno de estos contrajo por despecho, un matrimonio en el que es actualmente desgraciado; otros se alejaron corridos y los mas se propusieron tratarme con una circunspeccion que rayaba en estravagancia.

El casamiento de uno de mis mejores amigos, me hizo mas impresion de lo que yo podia esperar, lo cual me hizo entrar un en nuevo género de ideas. Pensaba que mis desdenes iban á acabar por alejar de mi lado á todos mis amigos, y que al fin tendría que resignarme á vivir aislada.

Entonces me decidí á fijarme, pero ya era tarde; en vano esperaba yo por parte de aquellos hombres que mas me simpatizaban alguna señal de insistencia en sus pretensiones y..... lo diré de una vez, al conocer mi aislamiento tuve que recurrir á esos pequeños recursos que las mugeres sabemos emplear tan bien cuando se hace

necesario; en una palabra, tuve necesidad de ser coqueta; pero ¡ay! entonces la lucha moral que emprendí con mi propia posicion fué terrible, porque entonces empecé á recoger desdenes en pago de los míos y comprendí que habia equivocado el camino.

Hubo quien me burlara, pagándome mis pasados desprecios con indiferencia y con burlas que me hirieron profundamente.

Mis amigas se casaban y los hombres huian de mí. A la sazón un joven, el mas joven de todos mis amigos, era el único en quien se encontraba buena voluntad hácia mí: yo no lo queria; habia mas, le tenia aversion; pero una noche en un gran baile, necesitaba yo hacerle ver á cierta persona que aun habia quien se acordara de mí, y contraí unas relaciones que me fueron funestas: fuí burlada cruelmente y obligada en mi situacion difícil á cometer un delito, para el cual tuve por desgracia muchos cómplices.

—Apenas se comprende, dijo Salomé, como hay quien espontáneamente coopere á que se cometan faltas de esa especie.

—Qué quiere usted, la sociedad es inexorable, y por otra parte, se cree que lo mas grave de esas faltas es el escándalo.

—¡Adentro la presa! gritó de repente el centinela.

Aquellas dos mugeres se estremecieron de piés á cabeza.

Los viajeros se disponian ya á seguir la marcha, lo

criados iban y venian acomodando bultos, y Castafios y Anita empezaron á comunicar á los demas sus temores de que doña Refugio hubiera desaparecido.

Don Homobono Perez se encargó de guardar á la presa y mandarla al dia siguiente bajo segura custodia al lugar de su destino, para que la causa comenzada siguiera sus trámites de estilo.

Llegó para Salomé el momento mas cruel; iba á despedirse de su única amiga, de la única persona que se habia interesado por ella en mucho tiempo.

Tiernísima y larga fué la despedida de aquellas dos mugeres á quienes habian identificado delitos del mismo género, pero cambiándose mútuas promesas y juramentos, se separaron al fin.

Acrecia en estos momentos el rumor de las despedidas, los agradecimientos y los encargos; y esa alegre algarabía que producía una nube de viajeros que emprenden la última jornada, llenos de ilusiones por el deseado arribo.

Salomé, que habia vuelto á su calabozo, oia desde el fondo de aquella triste prision, el rumor alegre de los convidados, el incesanteruido de las herraduras de los caballos en el patio, contrastando con la desolacion que amenazaba á la presa que iba á quedar á merced de las consabidas autoridades, partidarias del tormento.

A poco rato, empezaron á desfilar los carruajes, y algunos momentos despues, el patio de la hacienda volvió á tomar su ordinario aspecto; y volvió á reinar el silencio mas completo.

Habia precedido á la salida de la comitiva un viajero, cuyas piernas estaban acostumbradas á devorar leguas con la facilidad de un camello: este viajero era Angulo, que cargaba á las espaldas su varilla, cubierta con un hule amarillo.

Angulo iba mas preocupado de lo que hubiera podido estarlo un simple vendedor de baratijas, porque segun todos los datos que habia recogido, el golpe preparado por Gomez y el Pájaro iba á dar sin duda lugar á serios trastornos y consecuencias entre sus amigos.

Angulo conocia las veredas, que es la ciencia del caminante pedestre, y sabia cortar leguas al grado de llegar al lugar de su destino, casi al mismo tiempo que los que iban á caballo ó en carruaje.

Tenia razon Angulo de estar temeroso y preocupado, pues despues de media hora de camino, aparecieron á lo lejos algunos ginetes por la falda de una loma, y como dirigiéndose al camino que llevaban los viajeros.

Dos de los criados arrancaron sus caballos hácia el punto por donde venian los ginetes, y este movimiento produjo desde luego la alarma. Carlos mandó parar los coches, y esperaron todos con impaciencia el regreso de los ginetes.

Angulo observaba tambien en esos momentos, solo que él lo hacia desde la loma inmediata por donde atravesaba para cortar el camino.

Se percibian á lo lejos como seis bultos, que poco tiempo despues resultaron ser seis ginetes.

Los dos exploradores se juntaron con ellos y los ocho reunidos se dirigieron al lugar en que se había parado la comitiva.

—Son los muchachos de D. Homobono, dijo uno de los criados, que traen á un mañoso.

—¡Qué buena vista tienen estos! exclamó Castaños, yo no distingo nada.

—Y ya *este*, dijo otro, refiriéndose al criado, dá las señas y hasta las costumbres del sexto de esos ginetes que se perciben apenas desde aquí.

Tardaron algun tiempo en llegar aquellos ginetes, y adelantándose uno de ellos hácia donde estaba Cárlos, trajo la noticia de que en la refriega de la noche anterior habían logrado atrapar á uno de los compadres, que probablemente era el gefe por lo bien plantado que estaba.

A poco rato se pusieron á la vista de los coches los seis ginetes, de los cuales cinco venían en faz de escolta de seguridad, trayendo en su centro un jinete, que embobado en un zarape saltillero hasta los ojos, y con el sombrero calado hasta las cejas, no dejaba que se le observara exactamente. Traía unas chaparreras de piel de venado, cerradas con profusion de pequeñas correas, que caían á los lados como un fleco abundante: el sombrero de aquel hombre era notablemente rico, pues brillaba á los rayos del sol por lo recamado de oro y plata, y aun se podía notar, si bien se examinaba, que á los lados de la copa brillaban algunas piedras preciosas.

El jinete no venía ya en su propio caballo, sino en uno

de los de la escolta, pues á haber estado sobre su arrogante cabalgadura, no hubiera habido piés para seguirlo ni bala que le hubiera alcanzado en su carrera.

El jinete, por lo tanto, estaba dado, al sentir bajo sus piernas la enclenque armazon de un *pizcle* de hacienda, en vez de experimentar los nerviosos movimientos de su caballo de campaña.

Los soldados de la escolta eran algunos criados de la hacienda de D. Homobono Perez, y todos ellos se habían echado hácia atras sus grandes sombreros, como para dejar rebosar en sus semblantes la expansiva satisfaccion de su hazaña; traían sus armas en las manos, haciendo ostentacion de ellas ante el preso desarmado, y al notar aquellos ginetes que eran observados por las señoras que venían en los coches, comenzaron á moverse en sus caballos, con esa ostentacion de destreza que constituye la coquetería del jinete mexicano; finjan que aquellos caballitos, tal cual despiertos y ágiles, tenían toda la ley de los grandes caballos de raza, y ya hincándoles las espuelas, ya excitándolos, los hacían caracolear y dispararse, arrancar y rayar, coreobear y tascar el freno con espumosa boca.

Este alarde, que contrastaba con la actitud tranquila y resignada del preso, que había tenido el desden de no tomar la rienda de su cabalgadura, daba á aquella escena toda la significacion necesaria para juzgar, como en un cuadro, del asunto, por solo el aspecto de las figuras.

Por todas las portezuelas, asomaban las cabezas de las

señoras para ver al ladrón, en todos los carruajes se trataba con calor de aquel asunto, y quién se entusiasmaba figurándose el valor de aquellos rancharitos que habían logrado atrapar á aquella fiera de los caminos; quién opinaba por la guillotina; quién por la horca; quién, proclamándose abolicionista, optaba por la penitenciaría, no sin producir cierto escándalo en algunas señoras del régimen antiguo y partidarias acérrimas del asesinato legal.

Algunas señoras, pasada la primera impresion, sentian commiseracion por el preso y exclamaron "¡pobre hombre!" y quién, en fin, deseaba que llegase el momento de rendir la jornada para ver de cerca á aquel personaje, que causaba tantas emociones entre los viajeros.

Durante todo el camino, el espectáculo del preso fué el pasto de la conversacion en todos los carruajes, y la cuestion de la pena de muerte estuvo largamente á discusion.

Por fin, se avistó la hacienda, situada ventajosamente sobre las ondulaciones de un terreno accidentado, por donde serpeaban arroyuelos y crecian espesas arboledas: parecia que un respaldo de montañas de color azul oscuro, resguardaba aquella pintoresca posesion de los vientos del N. E. Sobre el mismo fondo azul de la montaña, se destacaba, como una garza blanca, la capilla de la hacienda, elegante y moderna construccion dirigida por el hábil ingeniero Santiago Mendez.

El padre Gonzalez y Chona se asomaban á la portezuela del carruaje para devorar con sus miradas la nue-

va capilla, de cuya torre se desprendian los sonoros ecos de sus campanas, saludando á los amos.

Ya estaba la comitiva próxima á la calzada que, ornada de árboles, servia de entrada á la finca, y el administrador, con algunos dependientes y convidados venian al encuentro de los viajeros.

Pendian de trecho en trecho, de uno á otro de los árboles de la calzada, esos grandes flecos vegetales que caracterizan nuestras fiestas de pueblo: los arcos de tule, en fin, salpicados con amarillos *zempatzochilt* daban un aspecto risueño á la calzada, en cuyo término se distinguia una masa compacta de gente que avanzaba al encuentro de los dueños de la hacienda.

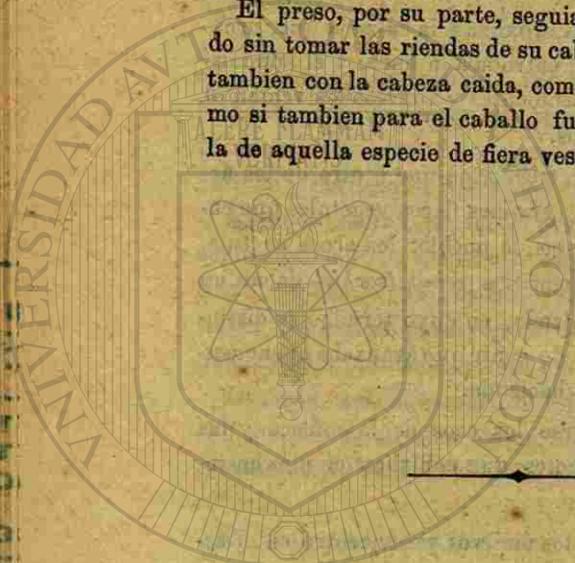
Empezaron á percibirse los ecos de la música y las detonaciones de los cohetes que poblaban el aire en todas direcciones.

Toda la atencion de los viajeros se concentró en el aspecto risueño que ofrecia la hacienda con su peonada alborozada, con sus músicas chillonas, con sus rancheros vestidos de gala y con su profusion de arcos, festones, guirnaldas y banderas que por todas partes flotaban, ostentando los vistosos colores de mascadas de la India, de cortinas de la iglesia, de sobrecamas y pañuelos de todos matices y tamaños.

Entre tanto, los cinco ginetes que custodiaban al preso habian esquivado la calzada y, haciendo un rodeo, se dirigian á la hacienda para deshacerse pronto de aque-

lla carga embarazosa y entregarse á sus anchas á los regocijos de la fiesta.

El preso, por su parte, seguía cabizbajo y preocupado sin tomar las riendas de su cabalgadura que caminaba también con la cabeza caída, como animal de recua, ó como si también para el caballo fuese carga poco lisonjera la de aquella especie de fiera vestida de plata.



### CAPITULO XXXI.

EN EL QUE SE CONOCE LA UTILIDAD DE UN CERTIFICADO  
PEDIDO À TIEMPO.

INDESCRIBIBLE fué el regocijo de los paseantes, que prorumpían en gritos de sorpresa y de alegría á cada accidente, á cada manifestación del aprecio con que eran recibidos.

La casa de la hacienda, recientemente reedificada, tenía un aspecto de alegría á la vez que de magnificencia, que convidaba con sus mil comodidades á habitar en ella.

Grandes patios cercados por amplios corredores, espaciosas habitaciones antiguas, en las cuales se notaba to

davía alguna que otra puerta, cuya parte alta ostentaba la forma de una gran concha, y en otras un frontispicio en donde estuvieron esculpidas las armas de España entre dos ángeles de piedra sin narices y sin manos, pero atestigüando con sus menoscabadas formas la veneración de los antiguos poseedores por su rey y señor.

Cárlos había querido conservar aquellos vestigios, que patentizaban la antigüedad y nobleza de los ascendientes de Chona, de manera que aun había poyos revestidos con azulejos, cocina con brasero, y lavaderos de estilo monástico, baño en forma de *placer* y otra porción de recuerdos que no había sido dado á la mano del arquitecto trocar por otra construcción.

Había una sala decorada al estilo moderno, aunque con los muebles desechados de la casa de México por ser de menos gusto que los actuales; pero en algunas piezas permanecían aún los sillones de caoba maciza con asientos de baqueta, las pantallas formadas con trozos de espejo, las mesas de bálsamo con patas de león y goteras de ondas, algunos grandes cuadros pintados al óleo, ennegrecidos por el tiempo y colocados todavía en sus primitivos marcos de madera tallada de estilo churrigüesco.

Había también algunas astas de venado que recordaban las cacerías, no con trompetas ni trahillas, sino los solaces poco ostentosos de los antiguos dueños, ó la acertada puntería del niño grande de la hacienda, que había matado su venado en sus primeras vacaciones hacia muchos años.

Todo fué objeto de estudio y de curiosidad para las visitas, quienes por todas partes encontraban objetos raros en que fijarse y que cada cual comentaba á sus manera.

Castaños y Anita, que como sabemos eran muy curiosos, representaban netamente esa parte de nuestra sociedad que cogida por la red de una ignorancia supina, ha sabido adquirir cierto aire de suficiencia, y cierto aplomo para la mas necia crítica; y poniéndose sobre todo lo que la rodea, se convierte en censora perenne de cuanto se le pone delante.

Estos entes son refractarios á todas las impresiones de lo maravilloso y de lo grande; nunca se conmueven, y son frios por cálculo mas que por temperamento: temiendo siempre elogiar una barbaridad, se rien de lo que no es risible, y no elogian sino despues de haber pillado su opinion á personas que les merecen crédito.

Castaños y Anita «eran así.»

Para Castaños era malo todo lo de México y sublime todo lo de Europa, en cuyos países creía de buena fé que no había mas que maravillas, y para cuyo progreso tenía Castaños unas tragaderas, que daba por cosa olvidada la navegación aérea, y todas las hipótesis y las aspiraciones de la ciencia.

Castaños «era así.»

Anita era su eco, y Castaños era el oráculo de aquella muger llena de suficiencia y de una ignorancia incorregible, porque á su vez también Anita «era así.»

Se rieron los dos de los sillones y de los azulejos, y creyeron que todo aquello eran lunares de la casa.

Los filarmónicos, apenas se hubieron lavado las manos, se apoderaron del piano, que estaba acabado de afinar.

Castaños exclamó con énfasis:

—¡Qué desafinados están los tiples!

—Está el piano insoportable, repitió Anita.

Esto lo estaba diciendo delante de un señor enjuto de carnes y de grandes orejas, que tenía en la mano la llave de las clavijas del piano y á quien se había obligado á adelantarse á los viajeros, con el exclusivo objeto de afinar el piano.

—Ha quedado usted perfectamente, señor Villalvazo, le dijo al afinador uno de los filarmónicos, cuando acabó de ejecutar una pieza de Aniceto Ortega.

—¡Qué bárbaro! dijo Castaños al paño á Anita.

—¿Lo oyó usted?

—Sí.

—Y así se llaman filarmónicos estos hombres!

—En Europa no hubiera sido esto tolerable, hubieran llevado al afinador ante los tribunales.

—¡Lástima de dinero! exclamó Anita fingiendo que la risa no la dejaba ni hablar.

Todo lo cual no tenía otra explicación sino que Anita y Castaños «eran así».

Pasadas las primeras impresiones del recibimiento y del exámen de la casa, vino á poner en movimiento y ob-

servación á aquellas gentes, la circunstancia de haber entrado al patio de la hacienda, los jinetes que traían preso al ladrón.

La mayor parte de los concurrentes salieron á los corredores, para ver de cerca al bandido; algunas niñas pusilánimes corrieron á esconderse como si hubieran anunciado la aparición de un tigre, y Carlos conociendo que aquella escena podría cambiar en disgusto la alegría de sus convidados, llamó á uno de los de la escolta y le dijo:

—¿Quién ha dado á ustedes órden de traer aquí al preso?

—*Pos* nosotros dijimos, señor amo, que aquí debíamos traerlo.

—¿Aquí, para qué?

—*Pos* el amo don Homobono, nos mandó decir que á la hacienda grande.

—Bien está, pero el reo vendrá consignado á alguna autoridad.

—En eso, señor amo, nosotros no sabemos y su merced dirá.

—Será bueno, agregó el administrador, que se lleven á este hombre ante la autoridad.

—*Pos* como sus mercedes dispongan, dijo el jinete que sostenía su sombrero con la mano derecha, á corta distancia de la cabeza.

Entretanto el reo había fijado una mirada escudriñadora al administrador y á Carlos, y luego bajándose violentamente el embozo del jorongo que le cubría toda

la cara, saltó del caballo y casi de un salto á pesar de la escolta estuvo frente á Carlos.

Este salto acabó de desmoralizar á los espectadores tímidos, que creyeron ver en él una agresion, y hasta Castañón retrocedió dos pasos.

Permaneció el bandido unos cortos momentos frente á Carlos, fijándole aun la vista y en seguida se descubrió quitándose su rico sombrero.

—¡Será cierto! exclamó el administrador.

—Sí, señor; es cierto, soy yo: dijo el bandido.

—¡José María Gomez! exclamó de nuevo el administrador.

—El mismo, para servir á usted; dijo Gomez dejando vagar en sus lábios una sonrisa, que bien podia interpretarse como el signo de una perfecta tranquilidad.

—¿Gomez? repitió Carlos, no pudiendo dar crédito á lo que estaba viendo.

Gomez tendia la mano al administrador y este vacilaba en aceptarla.

—Puede usted tomarla con confianza, señor administrador; soy José María Gomez, su amigo de usted y que respeta al amo todavía.

El administrador aceptó la mano de Gomez.

Los curiosos se habian ido acercando poco á poco.

—¿Pero usted, Gomez?..... dijo de nuevo el administrador, usted.....

—Que quiere usted señor, á todo el mundo le puede suceder una desgracia. Yo venia caminando solo, acor-

dándome del amo, y como se decia por donde quiera que venian los amos y como hace tanto tiempo que no los veo, dije, pues voy á saludar á los patrones y á ver como están de salud.

—Entonces..... interrumpió Carlos.

—Entonces estos señores, dijo Gomez señalando la escolta, me marcaron el alto; y como el que nada debe, nada teme, me paré.—Eche pié á tierra.—Adios ¿y porqué? les dije.—Ya lo sabrá con la justicia.—¿Y yo de qué? —Jale por ahí—me dijeron, y jalé.—Pero oiga, amigo, le dije al de la escolta, y usted por qué me lleva? y el señor me dijo que porque habian robado anoche, y que el juez mandaba que aprehendieran á todos; y dije: pues vaya, al fin voy *pa* la hacienda grande, pos nos iremos juntos.—A ver las armas, me dijo otro.—Adios, posqué les he de hacer, les dije, y con perdon de usted, me dijeron una mala razon—y yo, la verdad, como estaban de *á bola* y metiendo luego luego los caballos y poniéndome las armas en la cara, dije, pues vamos, que al fin el amo me conoce y está satisfecho de mi persona; y dije *pos* en llegando cuando no me sueltan; *pos* donde mejor hemos de ir que á la hacienda grande ¡vaya! pues allá es como mi casa....

Carlos estaba perplejo.

—¿A donde aprehendieron al señor? preguntó Carlos al de la escolta.

—Pues bajando la loma.

—¿Iba solo?

—Pos solo y su alma.

—¿Quiere decir que á ustedes no les consta que la persona que traen, es de los que atacaron anoche los coches?

—Pues eso yo creo que lo averiguarán en el juzgado.

—¿Pero entre ustedes, insistió Cárlos, no hay quien haya presenciado.....

—En cuanto á testigos, dijo el de la escolta, pos la verdad no le diré á su merced que los haya, pero como el señor venia por la loma.....

—¿Y qué? le preguntó Gomez acompañando á la palabra una mirada fija á su interlocutor.

—Nada, señor; sino que como el señor iba y no..... pues como no lo conocen por aquí.

—Es que yo conozco al señor, dijo el administrador en tono que empezaba á tener el carácter de reconvenccion.

El ginete de la escolta se encogió de hombros.

—Sus mercedes dirán si á pesar de la equivocacion, hemos de ir á ver al juez.

Cárlos y el administrador se vieron como consultándose y al fin Cárlos dijo:

—En fin, por mi parte no puedo creer que Gomez en el tiempo que hace que no viene por aquí, haya cambiado de conducta, y ya usted ve, continuó dirigiéndose al administrador, ya usted ve que Gomez ha sido sentido por nosotros, porque nos consta su honradez.

—¡Ah! en cuanto á eso, dijo el administrador, yo dudaba al pronto de que fuera el mismo.

—Cabalmente, dijo Gomez, traigo la carta del amo que me la eché en la bolsa, para manifestarle que siempre me acuerdo de sus favores.

Gomez sacó su carta de una pequeña cartera que ocultaba en el sombrero.

Ante aquella prueba, desaparecieron las dudas de Cárlos y el administrador.

Cárlos se dirigió entonces á las personas que lo rodeaban y les dijo:

—Señores, parece fuera de toda duda que estos muchachos han cometido una equivocacion aprehendiendo al señor, que es José Maria Gomez, persona cuya honradez nos consta por haberla probado en mil ocasiones en esta propia finca, de la que ha sido mayordomo.

Una estrepitosa carcajada de Castaños acabó con la ambigüedad de aquella escena y desde el momento en que se trató de reirse, no hubo ya quien siquiera vacilara acerca de que aquel señor Gomez habia sido simplemente víctima de una equivocacion.

—¿Qué sucedió? preguntaban por todas partes.

—Nada, ha sido un chasco.

—¿Por qué?

—Pues si es Gomez.

—¿Quién es Gomez?

—Ese señor.

—¿El ladron?

—Cállese usted, hombre, si no es ladron, es una perso-

na honrada que ha estado empleada en la hacienda y lo conoce el señor D. Carlos.

—¿Es posible?

—Sí, señor.

—¡Vaya un chascó!

—A la verdad, pesado.

—¿Con que es Gomez?

—Gomez, el mismo.

—¿Ya sabe usted?

—¿Qué, que no es ladron?

—No, es Gomez.

—¡Ah! ¿pues sabe usted que es un gregorito?

Estas y otra multitud de voces, circulaban por todas partes, entre las risas y la sorpresa de los convidados.

—Pueden retirarse, dijo al fin Carlos á la escolta.

El que habia sido interpelado, se apresuró á entregar á Gomez su caballo; otro le volvió su pistola, el de mas allá su cuarta y su reata y otro sus espuelas y su espada.

—Vaya, amigos, Dios se los pague y con su permiso, patron, dijo en un paréntesis, dirigiéndose á Carlos; ahí están esos medios para que se los tomen de vino.

Y metiendo mano á la honda bolsa de sus calzoneras, entregó al primero de sus guardianes una suma como de doce pesos.

El administrador repuesto de su primera sorpresa, tendió sus brazos á Gomez y se abrazaron.

Carlos se habia separado de Gomez, para hablar con sus convidados.

—¿Qué pasa? le preguntaban algunos.

—¿Qué hay?

—¿Quién es?

—Es José María Gomez, un hombre muy honrado que ha sido mayordomo de la hacienda.

Entretanto habian rodeado á Gomez algunos de los sirvientes que lo habian reconocido, y los convidados comenzaron á dispersarse, dirigiéndose á sus respectivas habitaciones.

—Señor D. Carlos, dijo Castaños tomando un tono grave y hablando muy bajo. ¿Está usted seguro de que ese hombre es efectivamente José María Gomez, y el mismo que fué dependiente de la casa?

—Sí, señor Castaños, contestó Carlos y estoy enteramente seguro de su honradez; sobre que no hemos vuelto á tener otro dependiente mejor que Gomez.

—Es que..... decia yo; que pudiera no ser el mismo.

—Sobre que trae la misma carta firmada por mí y que le dí cuando se separó de mi casa.

—Yo extraño, insistió Castaños, que estos muchachos que lo atraparon, hayan podido padecer una equivocacion tan punible.

—Nada mas fácil.

—Es que ellos conocen mas que nosotros á esa gente.

—Vea usted, Castaños, el traje, el buen caballo que trae Gomez, y el ser desconocido de los criados de Don

Homobono, son motivos suficientes para explicarse la equivocacion; ademas, esto pasaba en momentos en que estos muchachos tenian empeño en quedar bien con nosotros: esta es otra circunstancia que disculpa el error: tal vez, señor Castaños, los mismos muchachos lo han aprehendido á sabiendas de que es inocente.

—Precisamente en eso me fundo para creer, que acaso la equivocacion está mas bien de nuestra parte.

—¿Por qué?

—¿Ve usted aquel criado que habla con otros dos?

—Sí.

—Pues á ese le acabo de oír decir, que está seguro de que el tal D. José María Gomez, es un ladrón de cuenta.

—¿Es posible?

—Sí, señor D. Carlos.

—No lo crea usted, yo conozco bien á Gomez; solo que últimamente haya dado en malearse..... en fin, veremos.

—En todo caso será conveniente que hable usted con ese criado, y tal vez de sus aseveraciones se pueda deducir la verdad.

—En efecto, y aun cuando no sea sino por una simple precaucion, le daré á usted gusto, señor Castaños.

Cárlos en seguida mandó llamar al criado que le habia indicado Castaños, y se retiró para hablar con él á solas.

Poco á poco fué despejándose el patio y ya solo que-

daban en él algunos criados, cuando se pudo notar que Gomez, no muy lejos de un grupo de peones, hablaba con un varillero.

—Un par de mancuernas, lápices, cortaplumas, tijeras muy finas, decia en voz chillona el varillero, y luego agregaba bajando la voz, y enseñando á Gomez algun objeto: —Aquí lo entregan, patron.—Plumas de acero, llaves para relojes.—Yo sé lo que le digo, sáquese pronto.—Cerillos del ruido y del silencio, un par de ligas para la señorita.

Gomez, disimulando, fingia reconocer los objetos que le mostraba el varillero, y cada vez que tenia que decirle algo, se inclinaba hácia la vidriera del cajón de las chácharas.

—Ya saben lo del muchacho en la otra hacienda y hay exhorto.—Navajas de afeitar, patroncito.

—¿Y saben donde está? preguntó Gomez.

—[No, patron;] Unas tijeras [pero saben que usted y el Pájaro.....] son muy finas, patron.

—¡Adios! ¿Y cómo lo saben?

—Es lo menos, veinte riales; [Pues como siempre cogieron á Celso.....] Son de cuatro hojas, señor amo.

—¿Qué de veras?

—Eso nos cuestan y no ganamos nada. [¿Pues no? si por eso vine;] Es lo menos, patron, [yo sé lo que le digo; sáquese.]

—Espéreme por ahí.

Gomez dió algunas monedas al varillero, fingiendo que se guardaba algunos objetos, y se dirigió con paso firme hácia el lugar por donde habia desaparecido Cárlos.

## CAPITULO XXXII.

DE LO QUE LES HABIA SUCEDIDO Á GABRIEL  
Y Á DON SANTIAGO.

**P**OR comprometida que sea la situación en que se encuentran varios de los personajes de esta historia, nos vemos precisados á conducir al lector cerca de Gabriel y de D. Santiago, á quienes hemos dejado hace tiempo en situación no menos difícil y angustiosa.

No pudo calcular el pobre niño el tiempo que trascurriría desde el momento en que la luz de la aurora hirió sus pupilas al través de sus párpados cerrados.

Después de aquel momento, la penumbra rojiza, que

—Espéreme por ahí.

Gomez dió algunas monedas al varillero, fingiendo que se guardaba algunos objetos, y se dirigió con paso firme hácia el lugar por donde habia desaparecido Cárlos.

## CAPITULO XXXII.

DE LO QUE LES HABIA SUCEDIDO Á GABRIEL  
Y Á DON SANTIAGO.

**P**OR comprometida que sea la situación en que se encuentran varios de los personajes de esta historia, nos vemos precisados á conducir al lector cerca de Gabriel y de D. Santiago, á quienes hemos dejado hace tiempo en situación no menos difícil y angustiosa.

No pudo calcular el pobre niño el tiempo que trascurriría desde el momento en que la luz de la aurora hirió sus pupilas al través de sus párpados cerrados.

Después de aquel momento, la penumbra rojiza, que

creía tener delante de sus ojos, fué oscureciéndose poco á poco, como si un círculo de plomo hubiera ido ensanchándose hácia la circunferencia, y estrechándose hácia el centro, hasta terminar en un punto que se extinguió por fin.

Un rumor parecido al de la mar lejana, fué creciendo por instantes, hasta semejarse al bramido del torrente: el niño atravesaba la region del ruido, como si al desprenderse del mundo tuviera que pasar por mundos intermedios hasta perderse en el infinito.

A la luz, habian sucedido las tinieblas: al ruido, debia seguir el silencio.

El dolor, en tanto, clavaba su aguijon en el niño indefenso: la conciencia vaga de su situacion se hacia sensible por la punzada aguda de sus sienes, y por la extrangulacion de sus extremidades; y como si los mazos y los *yungues* de sus oidos tomaran dimensiones colosales, golpeaban con furor, produciendo una sucesion de estrépitos inaguantables, que terminaron en un colosal gemido parecido al que produce el pito de una locomotora; este gemido fué haciéndose agudo, como si el ruido mismo hubiera estado sometido á la presion de una atmósfera de plomo.

Sucesivamente iba disminuyendo en gravedad y en intensidad el chirrido, que iba siendo gradualmente como un silbo; despues, como el vuelo de un insecto; luego, como un soplo imperceptible, que se perdió en la region pavorosa del silencio...

No supo Gabriel que tiempo trascurió desde el mo-

mento que acabamos de describir, hasta aquel en que volvió á este mundo, como el cadáver que sale del sepulcro en cuya eternidad perdió la idea del tiempo.

La vida, abriéndose paso entre las tinieblas y la nada en que se habia sumerjido, asomaba de nuevo, como uno de esos pequeños insectos que triunfan de un monton de tierra que les cayó encima.

La reminiscencia, la vida, el primer albor mental volvian á alentar dentro de aquel cráneo, cuyas vísceras habian estado expuestas á ser destruidas para siempre.

Parecia que ese huésped que se llama «el alma,» volvía á su hogar despues del cataclismo.

Era como el colono que vuelve á contemplar las ruinas de su casa, despues del huracan.

Era una alma que iba á emigrar y se volvía arrepentida de emprender tan largo viaje.

Gabriel vivia.

Vivian sus padres.

Vivia la justicia de Dios.

En este despertar, la materia estaba marchita, como la planta cuya vida, que es la sávia interior, lucha en las células para reorganizar al individuo.

Gabriel no sentia aún: el colono iba entrando sin saber si podria vivir allí.

Si la planta arrancada de su tallo pudiera hablar, exclamaria como Gabriel esta sola palabra:

—¡Agua!

Esta voz salió casi sin aire de los pulmones de Gabriel y en seguida sintió, como si en los gases del agua viniera el complemento de la vida, que al tocar sus labios reseco los bordes de una taza fría, se difundía por todo su cuerpo una sávia vivificadora.

Gabriel bebió con el placer de la resurrección y tuvo la conciencia de sí mismo.

Los generadores del mundo físico, los gases, ejecutaban sus maravillosos consorcios, sus sábias combinaciones y engendraban la sensibilidad y el movimiento.

Resultaba cierta beatitud de aquel despertar, había no sabemos que voluptuosidad en aquel regreso: la vida volvía haciéndose sentir como un placer.

Gabriel era una máquina que comenzaba su segunda prueba, después de subsanado un dislocamiento.

Todavía Gabriel no participaba del vigor que se necesita, para que el dolor entrara á ser el testimonio irrefragable de la vida.

La vida de Gabriel empezaba como todas, gozando. Hubiera deseado padecer.

Estaba circunvalado Gabriel por las paredes de un recinto en donde el oxígeno no era precisamente lo que más abundara: en lugar de este soplo de Dios, había sulfídrico y carbónico, implacables enemigos de la vida.

El pecho de Gabriel ondulaba con cierta fatiga tormentosa.

—¡Aire! hubiera dicho un hombre entendido, pero al lado de Gabriel no estaba sino una especie de momia dor

mitando: era una vieja medio idiota, incapaz de ocuparse en cuestiones de atmósfera.

Pero Gabriel tenía un ángel, supuesto que una mano desconocida le había salvado.

El ángel abrió un postigo, y por allí entró con la luz en un torrente de vida.

Gabriel aspiró el aire; y se dibujó una sonrisa de placer en sus labios.

Abrió los ojos. Ya estaba allí la luz; la luz era un pedazo de cielo azul.

—¡Mas luz! murmuró Gabriel.

La momia se incorporó como movida por un resorte, y fijando una mirada de reptil en el niño, dijo:

—¿Y para qué quieres la luz, acaso te sirve para algo? ¿no ves que se ha abierto la ventana?

Gabriel fijó la vista en el azul del cielo y no contestó.

—Voy á avisar que has resucitado; porque me parece que de esta no te vas, y eso es porque tienes el cuero duro. Cuidado como te levantas; dado el caso que pudieras hacerlo.

La vieja salió de aquel tabuco, y cerrando la puerta tras de sí se la oyó por algún tiempo hacer ruido con la llave en la cerradura.

Gabriel no se había movido, porque al volver en sí, no se había acordado de su cuerpo. Reconoció con la mirada aquella habitación.

Contempló sobre su cabeza una serie de vigas ennegrecidas; hacía su derecha una pequeña ventana alta; á

sus piés la puerta por donde habia salido la vieja; á su derecha se levantaba una pared de adobes carcomida y ensalitrada.

—¿En dónde estoy? pensó Gabriel. ¡Ah! ya no estoy atado al tronco! ¡Gracias, Dios mío! estoy en una cama. Siento aún el lazo que está quebrantando mis huesos... sigo atado. ¡Ay! si pudiera moverme.

Y probó á mover un brazo; y experimentó una violenta impresion de alegría al conocer que podia hacer uso de sus movimientos.

No habia salido aún Gabriel de su perplejidad, cuando volvió á abrirse la puerta y aparecieron la vieja y otro personaje.

El niño reconoció bien pronto las facciones de su verdugo y experimentó un estremecimiento de terror.

José María Gomez se puso á contemplar á su víctima.

—Ya lo estás viendo, dijo la vieja dirigiéndose á Gomez, si no ha sido por mí, este muchacho se hubiera muerto.

—Adios ¿pues qué le has hecho?

—¿Qué le he hecho? pues acaso será el primer muerto que resucito ¡vaya! en el pueblo me decian la resucita—muertos, y si no he hecho otras curaciones, es porque tiene uno que estar cuidando de otras cosas.

—¿Pero con qué recordó?

—Adios ¿pues qué crees que no estaba mas que dormido? estaba muerto, José María, yo sé lo que digo, estaba muerto.

—Bueno ¿pero qué le hizo?

—Pues en primer lugar lo jalamos hasta que le trobaran los huesos, para componérselos.

—¡Adios!

—Como te lo digo, todito estaba descoyuntado; luego lo rociamos con una medicina que yo uso y le dimos recio en todo el cuerpo con un costal y lo arropamos hasta que sudó.

—¿Y ya puede hablar?

—¡Vaya! con que me dijo que queria mas luz.

—¿Y por eso abriste la ventana?

—Yo, nó: el aire.

—¿Y puede andar?

—¡Adios! pues tu si qué..... Lo menos en cuatro dias no podrá menearse.

—¡A ver, amigo! dijo José María Gomez, haga por levantarse.

Gabriel levantó un poco la cabeza, iba á hacer un esfuerzo para incorporarse, pero no pudo.

—Lo ayudaremos, dijo Gomez.

Y tomó al niño por los hombros, obligándolo á sentarse.

Gabriel sintió un dolor agudo y en seguida un desvanecimiento.

—Míralo, dijo la vieja, no puede, yo le daré su atole, para que cobre fuerzas, y dentro de cuatro dias, vienes para que te lo entregue.

—¿Y para entonces podrá andar?

—Yo creeré que sí.

—¡Pero cuidado! dijo Gomez á Gabriel que estaba desmayado, cuidado como te haces el mañoso por no caminar; lo que tienes mas que todo es taimado, pero te compondrás conmigo.

Esto lo oyó apenas Gabriel, y no quiso moverse.

Gomez salió de aquella horrible habitacion y Gabriel volvió á quedar al cuidado de su enfermera.

Despues de un rato, el enfermo tomó unos tragos de atole, alimento que la enfermera ministró á Gabriel varias veces durante todo aquel dia.

Un sueño regenerador y tranquilo sucedió al alimento, y el enfermo comenzó á rehacerse poco á poco.

Cuando Gabriel pudo hablar, preguntó á su enfermera.

—¿En dónde estoy?

—En mi casa, pues donde has de estar!

—¿Y mi padre?

—Que sé yo de tu padre, ni se si lo tienes.

—El señor D. Santiago.

—No lo conozco.

—Veniamos juntos.

—Oiga..... entonces.....

—¿En dónde cree usted que pueda estar?

—¿Con qué venian juntos?

—Sí.

—¿Y luego?

—Nos asaltaron.

—Ya sé, que ibas á matar al señor.

—¿Qué señor?

—Al que estuvo aquí.

—¿Al ladron?

—¿Ladron? ¿qué le sabes? ¡Habrased visto! ¿es qué ladron! ¿Pues no lo ves, muchacho grosero, que es una persona?.....

—Sí; pero él fué quien.....

—¡Mientes! gritó la vieja, incomodándose.

—No se enoje usted, señora, dijo Gabriel; á pesar de todo, no le guardo rencor.

—¡Ni tienes por quel

—En cuanto á eso, puede ser que tenga; ¿pero lo creerá usted, señora, ese hombre me simpatiza; ¡ya se ve, es el primer!.....

—¿El primer, qué?

Gabriel iba á repetir la palabra *ladron*; pero se arrepintió.

—Pues.... es el primer hombre que yo veo así.... en el camino, y si bien es cierto que disparé mi pistola, pero me alegro de no haberlo herido.

—Sí, alégrate; porque te hubiera matado.

—¿Sí?

—¡Vaya! si tiene muy mal genio.

—Pues cuando quiso levantarme para que me sentara, se lo agradecí mucho.

—¡Oigal

—Sí; y desde ese momento ya no lo aborrezco.

—¿Y por qué lo habias de aborrecer antes?

Gabriel guardó silencio, pero al fin contestó:

—Por nada.

Y al cabo de un rato, dijo:

—¿Si usted me dijera en donde está mi padre?.....

—¿Qué?

—Que á usted tambien la querria mucho, porque me haría un favor muy grande.

—Pues lo siento, porque yo no sé nada.

—Pero puede usted preguntar.

—¿Yo?

—Sí. ¿Por qué no?

—Tú, no conoces al señor; me mataría.

—¿Por eso, nada mas?

—Por ménos lo hace; ya te he dicho que tiene muy mal genio.

—Pues no se lo pregunte usted á él.

—¿Pues á quién?

—A todos; á quienes usted quiera; pero yo quiero saber lo que ha sucedido con mi padre.

—¿Tiene mucho dinero tu padre?

—Creo que no; al menos, yo no se lo he visto nunca.

—Pues si tuviera mucho dinero, bien le podia dar algo al que le dijera donde estás tú.

—Ya se vé que sí le daría, porque mi padre me quiere mucho.

—Pues yo creo que eso será lo que haga, porque si no sirve el dinero para estos casos, ¿para cuándo, entonces?

Al dia siguiente, se presentó otra vez Gomez en el tabuco.

—¿Qué hay, amigo! dijo al entrar, ya nos vamos.

—¿A dónde?

—¿Y cree que se lo voy á decir?

—¿En dónde está mi padre?

—¡Otral! ¿Y qué le importa?

—Es mi padre, contestó Gabriel con energia, y pregunto por él. Yo quiero saber si le ha sucedido algo.

—¿Y qué con que le suceda, pues acaso lo puede remediar?

—Quién sabe.

—¡Adios del muchachol

—¿Dígame usted, por favor, en dónde está mi padre? ¿dígame usted siquiera que está bueno?

Gomez se quedó pensado y sintió á su pesar, algo á favor del niño, y dijo:

—Pues ya lo verá, no se apure tanto.

—¿Lo verá? ¿es cierto que lo verá? Pues vamos, aunque no pueda yo andar de prisa, iré poco á poco; pero iré.

—Sí; pero eso, depende de él.

—¿Por qué?

—Pues no quiere darnos unos medios que necesitamos.®

—Mi padre es muy bueno, y les dará á ustedes todo lo que tenga; yo sé que es capaz de todo por tal de verme.

—Eso no es cierto, porque no quiere prestarnos esos medios.

—Será mucho, y no lo tendrá.

—No, no es mucho; todavía le queda bastante.

—Pues si yo le ruego, les hará á ustedes el favor que le piden; pues aunque se quede sin nada, yo trabajaré para mantenerlo; pero para eso es necesario ir á México.

Ya Gabriel estaba sentado sobre un *huacal* que le servía de silla, y habia ensayado á dar algunos pasos por la habitacion.

—Vaya, dijo Gomez, ya mañana podrá andar; le traeré su caballito y en la noche nos vamos á ver á su papá.

—¡Gracias, señor; muchas gracias! exclamó Gabriel en el colmo de la ternura, y pretendió tomar una de las manos de Gomez para acariciarla.

Gomez se estremeció al contacto de las manos de Gabriel y retiró las suyas.

—¡Diablo de muchacho! pues vá á hacer que uno no se enoje con él por nada.

—¡Vaya! dijo la vieja, conque yo tampoco me he podido enojar...

—Es medio *barbero*.

—¡Pues no!

—Con que, prevenido, mi amigote, dijo por último Gomez, saliendo de la habitacion.

La esperanza reanimó á Gabriel hasta el punto de sentirse capaz de emprender el viaje que se proyectaba; é ingenuamente creia que debia estar agradecido á Gomez, por quien cada vez sentia una simpatía mas viva.

### CAPITULO XXXIII.

CONTINUA EL RELATO DE LO QUE HABIAN HECHO  
GOMEZ Y EL PÁJARO, ANTES DEL ASALTO Á  
LA FAMILIA.

**D**ON Santiago habia sido á la sazón objeto de brutales tratamientos por parte del *Pájaro*, y habia pasado ya por las mas crueles angustias y sozobras.

Ignoraba absolutamente la suerte de Gabriel, y se entregaba sin cesar, á las mas negras cabilaciones y conjeturas.

El *Pájaro*, en su calidad de gurdian de D. Santiago, habia puesto todos los medios posibles para hacerle insoportable su situacion. Al *Pájaro*, solian sustituirlo dos

hombres de la cuadrilla, mucho mas mal encarados é in-comunicativos que el mismo *Pájaro*.

Algunas veces estuvo á punto D. Santiago, de esponer el todo por el todo; y contemplando á su carcelero, media sus fuerzas, estudiando la manera de iniciar una lucha, una sorpresa á una celada; pero nunca pudo resolverse, porque no encontró ninguna oportunidad favorable.

Sus guardianes no le perdian movimiento, y varias noches le obligaron á pasársela sentado en una pequeña grieta de las peñas que formaban la cueva.

En vano procuró seducir á sus carceleros, aquellos hombres eran inflexibles y parecían obedecer al absoluto dueño de sus acciones y su vida.

Los compañeros de Gomez y el *Pájaro* en el asalto á D. Santiago, que como recordará el lector habian corrido en seguimiento de los criados de este, habian acabado por perder, tanto á sus perseguidos como á sus compañeros; y solo despues de muchas pesquizas lograron, al dia siguiente, encontrar la guarida del *Pájaro*, que era una de las cuevas, que en casos extremos, le servia de refugio y de guarida.

La noticia del plagio de D. Santiago no tardó en propagarse por todos los contornos, pues los criados al llegar al pueblo pusieron en alarma á los vecinos y á las autoridades, quienes desde luego armaron alguna gente y emprendieron la persecucion de los malhechores.

Pero Gomez y el *Pájaro*, que preveian este resultado,

habian tomado una direccion opuesta al lugar del asalto, trasponiendo montañas y abriéndose paso por lugares casi inaccesibles, pues segun ellos mismos dijeron, lo que mas importaba era ganar monte.

El *Pájaro*, conociendo la situacion, determinó ocultar por un tiempo indefinido á sus plagiados, con objeto de que mientras D. Santiago y Gabriel estaban custodiados y en lugar seguro, los autores de aquel crimen se presentaran en algunos lugares en que eran bastante conocidos para preparar la *coartada*, segun el *Pájaro* decia.

En efecto, la *coartada* era un procedimiento en que el *Pájaro* era diestro.

Preparaba un robo, tendia todos los hilos, lo dirigia, lo mandaba ejecutar, y á la hora en que debia verificarse, emprendia una riña en lugar en que alguna autoridad pudiera atraparlo.

De manera que al ser acusado el *Pájaro* por el robo cometido, habia siempre una autoridad que pudiera prestar entera fé, de que el dia, y á la hora, en que aquel robo se habia cometido, el *Pájaro* estaba detenido en tal cárcel y á disposicion de tal autoridad por motivo de una simple riña.

El *Pájaro*, aunque diestro en todas estas peripecias tratándose de robos comunes, no se encontraba muy seguro de sí mismo, en tratándose de un plagio.

Gomez, por su parte, tampoco se consideraba mas expedito que su compañero.

—¿Qué hacemos ahora, vale?

—Pues lo que es yo..... á mí no me gustan estos negocios.

—¿Por qué, vale?

—A mí deme usted donde *rifarme* machete en mano.

—Ya se vé, sale uno pronto y todo se acaba; pero andarse con presos.

—¡Y luego, que presos: el viejo chocho!

—¡Y el maldito muchacho tan delicado, que por poco se muere!

—Bueno; pues lo que yo le digo es que qué hacemos.

—En el pueblo ya saben que el viejo se ha perdido.

—¡Vaya! con que salieron los vecinos.

—¡Adios!

—Por vida de usted, ¿pues qué, no se lo dijo Celso?

—Pero ya se cansarian.

—¡Pues cuando no!

—Saldrian en *pisces*.

—¡Vaya! si dice Celso que los vió, que venian en *sardinas* de rancho; el mejor caballo era el del gachupin de la tienda.

—¡Adios! ¿Y Perfecto?

—Pues ese no estaba en el pueblo.

—¿Y los Sedillos?

—Pues tampoco.

—¿Y esos nos iban á coger?

—Pues esos.

—¡Pues hora sí nos cogieron!

Gomez sacó un cigarro grueso de Monzon, le deshizo

una cabeza, mordió la otra con los colmillos, volvió hacia un lado la cara para escupir con fuerza el pedazo de papel que le habia arrancado al cigarro, y alargó la mano izquierda para recibir el puro que estaba fumando el Pájaro.

—¿Qué le ha dicho el viejo, preguntó Gomez?

—Pues dice, que dará mil pesos.

—¡Adios de mil pesos!

—Dice que no tiene dinero en pesos; que lo tiene en casas.

—Pero tiene amigos.

—¡Cuando no!

—Siquiera que duplique.

—Eso es; una talega para cada uno.

—Es poco, porque Celso dice que quiere la tercera parte.

—Pues le pedirémos tres talegas.

—Y si no las dá, lo ahorcamos.

—¿Vamos á verlo?

—Vamos.

El Pájaro y Gomez se encaminaron hacia la poblacion mas inmediata y pararon al frente de las primeras casas de uno de los suburbios.

Habia una muger parada en el dintel de una puerta desvenejada. Cerca de esta puerta habia una mesita con una servilleta, lo que indicaba que allí se daba de comer al hambriento.

Al pararse los dos ginetes frente aquella muger, no

medió ningun saludo; solamente se vieron con esa mirada que revela que los interlocutores se ven con frecuencia.

—¿Se apean? preguntó la muger, sin cambiar de postura.

Los ginetes en vez de contestar, se dirigieron hácia una especie de portal ó cobertizo, que estaba á pocos pasos de allí, se abrió otra puerta frente á ellos, y agachándose lo mas que pudieron, pasaron adelante.

Un muchacho, como de ocho años, salió á recibir á los recién llegados, que se encontraban á la sazón en un patio ó corral cerrado por todas partes.

Tampoco á aquel muchacho le hablaron; pero al verlo, se apearon y le entregaron las riendas de sus caballos.

El muchacho les tocó el encuentro á los caballos, y sintiéndolo caliente, se puso á pasear á aquellos animales al rededor del patio.

El Pájaro se quedó viendo al muchacho, y por agazajo le tiró con la cuarta; el chico la esquivó, la recogió en seguida y continuó el paseo.

Parecia que en aquella casa estaba prohibido hablar; pero si bien se veia, aquella sobriedad de palabras, no era otra cosa que esa especie de reserva y de laconismo, característico en nuestro pueblo; laconismo que muchas veces le hace á uno dudar que puedan entenderse dos interlocutores que mantienen un largo diálogo de monosílabos, en los que ni la mímica interviene para hacerlos mas expresivos, y no obstante, los que dialogan se comprenden admirablemente.

Gomez y el Pájaro llegaron á donde estaba la muger que los habia recibido, la cual estaba ya preparando el almuerzo, ni mas ni menos que si los recién llegados, lo hubieran pedido terminantemente.

—¿Chile? preguntó el Pájaro.

—¿Qué, no? contestó la muger sin volver la cara.

—¡Vaya!

Al cabo de algunos momentos, agregó:

—¿Hay fresco?

Se referia al pulque.

—De hora, contestó la muger.

—¿Qué, sabías?

—Pues no.

—¿Cómo?

—Yo dije.

—No; ¿pero por qué?

—Pues como los andaban buscando.

—¿Quién?

—Don Celso.

—¿Qué dice?

—Pos.....

—¡Oye!

La muger volvió la cara para ver á su interlocutor, como si este «oye» quisiera decir: «Mírame.»

—De lo de.....?

El Pájaro debió poner un gesto, que queria decir: «de lo del plagio,» porque la muger movió la cabeza en señal afirmativa.

—¿Y qué dice? agregó el Pájaro.

—*Pos* chismosos que son, y montoneros.

—¿Sí?

—*Pos* dicen que usted y D. Gomez, desde el otro día, quién sabe qué han hecho con un señor grande y con su hijo.

—¿Oiga?

—Y dice que los andan buscando.

—¿Y tú qué dijiste?

—*Pos* yo le dije á Celso, que como no habían pasado anoche, *pos* cuándo no venian ahora á almorzar.

A la sazón, puso la muger sobre la servilleta una cazuela con manteca hirviendo, en la que reposaban cuatro huevos; despues puso dos platos soperos de loza fina y un bote, que habia sido de pomada, lleno de sal no pulverizada; agregó una cuchara de cobre amarillo, y, envueltas en un lienzo de manta, hasta treinta tortillas.

Gomez, que habia permanecido callado y taciturno, se echó hácia tras su gran sombrero.

La muger colocó sobre la pequeña mesa, que casi se llenaba ya con aquellos objetos, un gran jarro con pulque y dos vasos de vidrio delgado de forma cónica.

Mientras los dos bandidos tomaban los huevos, humeaban en la hornilla varios trozos de tasajo, que una vez tostados, fueron puestos por la muger en la mesa y acompañados de un *molcajete* donde habia triturado chiles con sal y agua, á cuyo manimiento daba aquella muger, el nombre de *chile bruto*.

Reinaba cierto silencio soporoso en aquel comedor: no parecia si no que los tres personajes de aquella escena, tenian mas motivos para callar, que para comunicarse abiertamente.

Gomez no habia desplegado los lábios mas que para comer.

El Pájaro fijaba, de vez en cuando, sus miradas en la muger que los servia.

Esta tendria mas de veinte años, estaba demacrada y sucia, y en la manera particular con que era tratada por el Pájaro, se conocia que debian existir entre ellos ligas de cierta especie y asuntos no muy limpios.

En efecto, aquella muger *estaba en el mundo*, segun ella decia, por el Pájaro. Tenia diez y seis años cuando conoció á este hombre, y pocos dias despues perdió la tierra y la familia; fué primero la ilusion del Pájaro, y ahora era su esclava; la habia obligado á mezclarse en sus malos asuntos, y ya la justicia tenia sobre aquella muger fatales derechos.

La intranquilidad de aquellas conciencias concentraba el pensamiento de cada uno de las actores de aquella escena, en la que las palabras salian de vez en cuando y despues de largas pausas de soporoso silencio.

En aquella casa de triste y miserable apariencia, vivian en el exterior y hácia el camino, dos mugeres: una de las cuales era aquella cocinera, y la otra la vieja, que en una de las habitaciones interiores, era la carcelera de Gabriel.

El Pájaro y Gomez acabaron de almorzar con cierta intranquilidad y precipitacion, se levantaron de la mesa, salieron al corral donde los esperaba el muchacho, teniendo del ronzal los caballos, montaron y salieron de la casa sin haber vuelto á dirigir la palabra á la muger que les habia servido.

## CAPITULO XXXIV.

CONTINUACION DEL ANTERIOR Y DOS PALABRAS DEL  
AUTOR PARA CERRAR ESTE PRIMER TOMO.

**G**OMEZ y el Pájaro tomaron la direccion de la cueva en donde estaba oculto D. Santiago, y no habian andado mucho, cuando vieron venir hácia ellos un ginete á paso apresurado.

- Mire Don..... dijo Gomez al Pájaro.
- Ha de ser el Chato.
- ¡Adios! ¿Pues de qué color es el caballo?
- Es el alazan cuatralvo.
- Y viene recio.

El Pájaro y Gomez acabaron de almorzar con cierta intranquilidad y precipitacion, se levantaron de la mesa, salieron al corral donde los esperaba el muchacho, teniendo del ronzal los caballos, montaron y salieron de la casa sin haber vuelto á dirigir la palabra á la muger que les habia servido.

## CAPITULO XXXIV.

CONTINUACION DEL ANTERIOR Y DOS PALABRAS DEL  
AUTOR PARA CERRAR ESTE PRIMER TOMO.

**G**OMEZ y el Pájaro tomaron la direccion de la cueva en donde estaba oculto D. Santiago, y no habian andado mucho, cuando vieron venir hácia ellos un ginete á paso apresurado.

- Mire Don..... dijo Gomez al Pájaro.
- Ha de ser el Chato.
- ¡Adios! ¿Pues de qué color es el caballo?
- Es el alazan cuatralvo.
- Y viene recio.

—Es que nos ha *devisado*.

Acortaron los ginetes el paso para no alejarse del punto en que debían reunirse con el Chato.

En efecto, á poco rato estaban juntos.

—¿Qué hay? preguntó el Pájaro.

—Que esta tarde pasa por las barrancas la familia de la hacienda grande.

—¿Vienen muchos?

—Son *hartitos*.

—¿Y armados?

—Traen sus pistolitas; pero casi todos son *catrines* de ¡ay mamá!

—¿Y Angulo?

—Ya estuvo con la galopina: dice que solo ha visto dos rifles; pero que el *catrin* Castaños y el *catrin* Santibañez son *pelones*.

—¿Y los muchachos donde están? preguntó el Pájaro.

—Lo que es los míos, ahí *nomas* en la arboledita; pero á los otros, es necesario avisarles para que vayan llegando á la hora.

—¿Cuántos son por todos?

—Podremos ser como doce.

—¿Qué dice, D. Gomez?

—Que somos pocos.

—¡Adios de pocos!

—No vé que traen rifles.

—¡Pues usted sí que anda *templando tempranol*!

—¡Yo, no: vamos!

—Ya sabe, *amigote*, que no hay que *rajarse*.

—Yo decia que podíamos dejar á D. Santiago en la peña.

—¿Y si se vá?

—¡Qué se ha de ir!

—Lo que es por esta noche, lo dejamos con uno que lo cuida.

—¡Eso es, para que el otro venga con nosotros, para que seamos siquiera *trece*! dijo Gomez, pensando en los rifles de los pasajeros.

—Oiga, Don Gomez; dijo el tercer ginete si viera que D. Angulo me contó una cosa.

—¿Qué le contó, amigo?

—Pues dice, que anoche llegó una señora á la hacienda; pues..... una pobre que venia caminando y que no la dejaban entrar.

—¿Y que tengo yo que ver con eso? dijo Gomez con enfado.

—Yo no digo que tenga que ver, sino que como Don Angulo el raton, rasea por todas partes, me dijo: pues anda y dile á Gomez, que aquí esta una señora, que le importa.

—¿A mí?

—Pues eso me dijo: dile que ya sabe que es de la que me ha contado.

—¿Qué contado, ni que.....

—Pues usted hará lo que quiera.

—¿Y quién es esa?

—Pues me dijo Angulo que una señora y que estaba muy compadecido y que luego que la vió, dijo: Ay, si la viera D. Gomez hasta *muina* le habia de dar, de verla en ese estado.

—¡Adios!

—Por vida de usted.

—¿Pero no le dijo cómo se llama la señora?

—Salomé.

—¿Cómo? exclamó Gomez parándose ¿cómo dice que se llama?

—Pues doña Salomé.

—¡Pero hombre.....

—Yo digo lo que me dijo D. Angulo.

—¿Y usted la vió?

—Yo nó, ya sabe usted que no bebo agua por la hacienda; pero lo que es D. Angulo, hasta sabe que esa señora pobre y todo como es, creo que es amiga de la señora doña Refugio, la rica.

—Gomez lanzó una terrible imprecacion, echándose para atrás su gran sombrero y se dirigió hácia el *Pájaro* para decirle.

—Oiga, amigo; aunque sea con cinco muchachos, pero buenos, les caimos esta tarde.

—¡Adios! mire que valiente se ha puesto de repente.

—Sí, vale, y lo que es yo, no cojo nada de lo que llevan.

—¿No, pues qué?

—Nada mas una muger que viene con ellos.

—¡Adios! ¿y qué va hacer con otra muger, pues no tiene tantas? usted si que.....

—No le hace, vale; yo me la llevo porque me pertenece.

Esto lo decia Gomez sin seguir caminando.

—Bueno: dijo el *Pájaro*, usted se la llevará, pero vamos á ver á D. Santiago.

—No, vale; vaya usted á dejarlo seguro y á traerse al otro muchacho; yo aquí me quedo mientras llega la hora, porque lo que es esa muger no se me escapa.

—Ande, vamos.

—No, amigo: yo me quedo y aquí nos vemos.

—Quiere decir que aquí nos juntamos á la tarde.

—Aquí lo espero, vale.

—Pues hasta luego.

José María Gomez arrendó su caballo hácia la montaña vecina, y el bandido que le habia llevado la noticia de la aparicion de Salomé lo siguió á corta distancia.

Caminaron así por espacio de una hora sin que Gomez desplegara los labios ni se cuidara del que lo seguia.

Habian llegado á lo mas espeso de una arboleda que se levantaba al pié de una montaña.

El caballo de Gomez se paró allí como obedeciendo á una antigua costumbre.

—¿Pero, es cierto, vale, todo lo que me ha dicho? mire que estoy decidido á todo, á jugar la piel por juntarme con esa muger.

El vale no contestó, y Gomez se quedó profundamente pensativo.

Diez años de recuerdos se agolpaban en su imaginacion: se reproducian con una claridad inusitada y deslumbrante todas las escenas de aquellos amores que habian logrado hacer tan honda huella en el corazon de Gomez, y volvía á sentir las mismas inquietudes de otro tiempo como si aquel periodo fuera estinguiéndose á la viva luz de sus recuerdos.

Se echaba en cara en aquel momento haber sido omiso para buscar á Salomé; conocia que el haberla abandonado habia sido una accion infame, pero recordaba tambien los mil contratiempos, las prisiones que habia sufrido y las mil peripecias de su vida fatigosa é inquieta, y todas estas contemplaciones y recuerdos le hacian probar una amargura profunda y desgarradora.

Pero la idea que mas lo atormentaba y que le hacia desear la venida de la tarde, era la de figurarse á Salomé en poder de otro hombre: considerar que ya no le pertenecia y que tendria que arrancarla de otros brazos, lo hacia devorar el fuego de sus celos, reducido á una impotencia que lo entregaba á la desesperacion.

Largo tiempo estuvo Gomez entregado á sus tristes pensamientos, hasta que conociendo que se aproximaba la hora del asalto, salió de la arboleda para reunirse con sus compañeros.

De entre estos hubo quien diera á Gomez noticias mas fidedignas y pormenorizadas acerca de Salomé; perso-

na que habia visto á los viajeros montar en los coches habia dicho que la muger á quien doña Refugio habia amparado, caminaba en uno de los últimos carruajes; de manera que Gomez eligió dos de entre sus *valedores* con objeto de atacar el convoy por la retaguardia.

Nuestros lectores saben ya el resultado de esta expedicion.

Gomez, segun su costumbre, se habia dado valor por medio de libaciones repetidas, tanto mas frecuentes, cuanto que se trataba de un asunto de la mayor importancia.

Este procedimiento, si bien por una parte le proporcionó á Gomez toda la suma de valor que necesitaba, para afrontar las balas de los pasajeros, le hizo por otra parte llegar á un momento en que, perdiendo la conciencia de sus acciones, creyó deber ponerse en salvo antes de que el caso así lo requiriera.

Al llegar á este punto de nuestra narracion, tenemos el deber de dirigirnos al benévolo lector, de cuya bondad creeriamos abusar si no lo pusiéramos al tanto de nuestras circunstancias del momento como escritores.

Desde que el autor de la «*Linterna Mágica*» dió en la idea de escribir novelas (lo confiesa ingénuamente) ha creido invadir uno de los mas espinosos terrenos de la literatura; y si bien con mas temor que suficiencia, no por eso mas seguro de haber acertado. En casos como el presente, que son los mas, Facundo tiene el buen sentido de consultar á quien mas sabe, y buscando entre sus ami-

gos y compañeros en las letras, quien le hiciera provechosas y acertadas advertencias, ha consultado muchas opiniones, de las cuales se ha desprendido sin esfuerzo el siguiente corolario:

«Facundo debe dar mas estension á sus novelas.»

Facundo necesitaba, en efecto, de este consejo; pues en lo general está poseido del temor de fastidiar á sus lectores, y preocupado con esta idea, suele caer en el extremo opuesto; quiere decir, en la rapidez de la descripcion y en la precipitacion en el relato de los acontecimientos.

Aceptando de lleno estas indicaciones, el autor de esta obra ha escrito ahora con mas tranquilidad, sin cuidarse mucho de las dimensiones de su manuscrito y sin preocuparse con el límite prescrito editorialmente á sus libros.

El inmediato resultado de la consulta, ha sido este:

«*Las gentes que son así*» será una novela en dos tomos, por exigirlo así el carácter, la exposicion, el enredo y el desenlace de la obra.

FIN DEL PRIMER TOMO.

DIRECCION GENERAL DE

## INDICE.

CAPITULO I.—Preámbulo.....	7
CAPITULO II.—En el que comienza la historia de una de las gentes que «son así».....	13
CAPITULO III.—Desarrollo del organo de la adquisividad.....	23
CAPITULO IV.—Continúa la historia de José María Gomez.....	35
CAPITULO V.—Gabriel... ..	47
CAPITULO VI.—El viento de febrero.....	59
CAPITULO VII.—Dos compadres curiosos.....	69
CAPITULO VIII.—El rapto y la creciente curiosidad de los compadres.....	79

gos y compañeros en las letras, quien le hiciera provechosas y acertadas advertencias, ha consultado muchas opiniones, de las cuales se ha desprendido sin esfuerzo el siguiente corolario:

«Facundo debe dar mas estension á sus novelas.»

Facundo necesitaba, en efecto, de este consejo; pues en lo general está poseido del temor de fastidiar á sus lectores, y preocupado con esta idea, suele caer en el extremo opuesto; quiere decir, en la rapidez de la descripción y en la precipitacion en el relato de los acontecimientos.

Aceptando de lleno estas indicaciones, el autor de esta obra ha escrito ahora con mas tranquilidad, sin cuidarse mucho de las dimensiones de su manuscrito y sin preocuparse con el límite prescrito editorialmente á sus libros.

El inmediato resultado de la consulta, ha sido este:

«*Las gentes que son así*» será una novela en dos tomos, por exigirlo así el carácter, la exposicion, el enredo y el desenlace de la obra.

FIN DEL PRIMER TOMO.

DIRECCION GENERAL DE

## INDICE.

CAPITULO I.—Preámbulo.....	7
CAPITULO II.—En el que comienza la historia de una de las gentes que «son así».....	13
CAPITULO III.—Desarrollo del organo de la adquisividad.....	23
CAPITULO IV.—Continúa la historia de José María Gomez.....	35
CAPITULO V.—Gabriel... ..	47
CAPITULO VI.—El viento de febrero.....	59
CAPITULO VII.—Dos compadres curiosos.....	69
CAPITULO VIII.—El rapto y la creciente curiosidad de los compadres.....	79

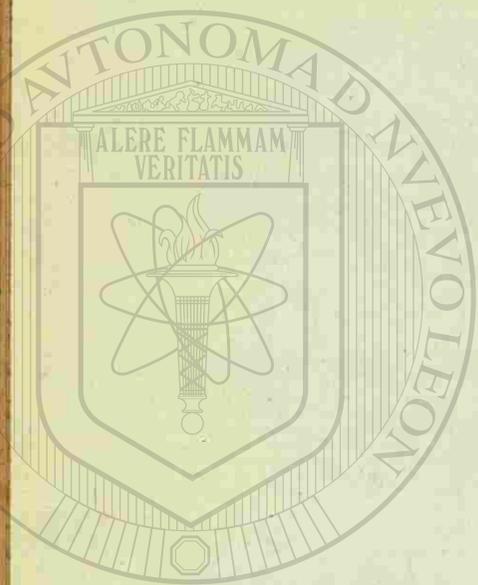
CAPITULO IX.—Don Máximo no abandona el grave proyecto de averiguar lo que pasa....	89
CAPITULO X.—El descubrimiento de los dos compadres.....	97
CAPITULO XI.—En el cual conocerá el lector los poderosos motivos que tuvo Gomez para no concurrir á la cita de Salomé.....	105
CAPITULO XII.—Apuntes para la hoja de servicios de Gomez.....	115
CAPITULO XIII.—El padre y el hijo.....	123
CAPITULO XIV.—De como las noticias de Celso á cerca de la casa de Carlos, eran fidedignas.....	135
CAPITULO XV.—De como la aparicion de un gato negro trae un aviso de parte del demonio.	147
CAPITULO XVI.—Una partida de caza, urbana...	159
CAPITULO XVII.—El asalto.....	167
CAPITULO XVIII.—Las víctimas y los verdugos..	179
CAPITULO XIX.—La partida.....	189
CAPITULO XX.—La primera jornada.....	199
CAPITULO XXI.—En el cual el lector vuelve á encontrar á una conocida suya.....	209
CAPITULO XXII.—De lo que les aconteció á los viajeros en una mala tarde.....	219
CAPITULO XXIII.—El chubasco.....	229
CAPITULO XXIV.—En el cual se verá bajo que auspicios vuelven á encontrarse Gomez y Salomé.....	239

CAPITULO XXV.—El recibimiento.....	247
CAPITULO XXVI.—El proceso.....	257
CAPITULO XXVII.—De como la justicia prefirió la maroma á los procedimientos.....	263
CAPITULO XXVIII.—De como doña Refugio preferia el calabozo á la maroma.....	275
CAPITULO XXIX.—Cae en poder de la justicia un pájaro de cuenta.....	283
CAPITULO XXX.—En el que continua el asunto iniciado en el capítulo anterior.....	297
CAPITULO XXXI.—En el que se conoce la utilidad de un certificado pedido á tiempo....	307
CAPITULO XXXII.—De lo que les habia sucedido á Gabriel y á D. Santiago.....	321
CAPITULO XXXIII.—Continúa el relato de lo que habian hecho Gomez y el Pájaro, antes del asalto á la familia.....	333
CAPITULO XXXIV.—Continuacion del anterior y dos palabra de Facundo para cerrar este primer tomo.....	343

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN



DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49  
50  
51  
52  
53  
54  
55  
56  
57  
58  
59  
60  
61  
62  
63  
64  
65  
66  
67  
68  
69  
70  
71  
72  
73  
74  
75  
76  
77  
78  
79  
80  
81  
82  
83  
84  
85  
86  
87  
88  
89  
90  
91  
92  
93  
94  
95  
96  
97  
98  
99  
100